Roy Hora

Historia económica de la Argentina

en el siglo XIX

biblioteca básica de historia



siglo veintiuno editores

Roy Hora

Historia económica de la Argentina

en el siglo XIX

siglo veintiuno editores

FUNDACION OSDE

Editorial : Siglo XXI Editores, S.A. de C.V.
Fecha de edición: 2012
ISBN : 978-9876291286

Índice

Introducción

El libro que el lector tiene entre sus manos ofrece una introducción a la historia económica de la Argentina en el siglo XIX. El trabajo se abre con una breve descripción de la economía colonial, y luego centra su atención en el período que corre entre la Revolución de Mayo y la Primera Guerra Mundial. Las páginas dedicadas a la etapa virreinal sirven, pues, para trazar los contornos del escenario en el que tiene lugar la historia relatada en este estudio, y ofrecen un término de comparación para evaluar la profundidad de las transformaciones acontecidas en la centuria posterior a la ruptura con España. A lo largo de ese siglo, la economía de la región que se encontraba en contacto directo con la economía atlántica experimentó un proceso de crecimiento de considerable importancia. Para el Centenario de la independencia, lo que había sido una región pobre y periférica del imperio español se había convertido en una de las economías agrarias de exportación más exitosas del planeta, cuyo nivel de ingreso per cápita no sólo era por lejos el más alto de América Latina, sino que se hallaba en el mismo rango que el de los países más dinámicos de la Europa Continental.

A lo largo de la etapa que este libro analiza, la trayectoria de la economía argentina estuvo hondamente marcada por su inserción en una economía cada vez más globalizada. La capacidad para sacar provecho de la gran expansión que el mercado mundial experimentó en el siglo XIX –que dio lugar a un sostenido incremento de los flujos de mercancías, hombres y capital a través del Atlántico– resultó crucial para el desarrollo económico argentino. En consecuencia, el estudio presta especial atención al sector exportador (toda vez que éste constituyó el motor del crecimiento económico desde que, en 1810, el Río de la Plata se abrió al comercio libre) y, de modo más general, al patrón de crecimiento inducido por las exportaciones. El relato se organiza en torno a los tres grandes ciclos de expansión de la economía de exportación: el del cuero en la primera mitad del siglo, el de la lana en las décadas de 1850-1880, y el de los cereales y la carne refinada, sobre el que se apoyó

la gran expansión productiva de la etapa 1880-1914. Para cada uno de estos períodos, se estudian las características del mercado internacional, se describen las estructuras productivas que motorizaron el crecimiento de las exportaciones, y se analiza el marco político e institucional en el que el sector exportador debió desenvolverse.

La historia económica del siglo XIX, sin embargo, no se agota en el estudio del sector que lideró el crecimiento, de las instituciones que lo encauzaron y estimularon, y de la conexión entre la economía local y la internacional. Este libro también analiza de qué manera y con qué intensidad el dinamismo exportador se transmitió al resto de la economía. Para ello, se estudia la relación entre las actividades volcadas hacia el mercado externo y las que dirigían sus productos hacia el mercado interno, tanto en las regiones del litoral dominadas por la economía de exportación como en el interior del país. De este modo, se intenta ofrecer un panorama atento a la diversidad regional, un tema cuya importancia resulta muy considerable en un período todavía caracterizado por la precariedad de los sistemas de transporte y la fragmentación del espacio económico. Finalmente, el trabajo también ofrece (hasta donde es posible con la escasa información disponible) un análisis de cuestiones tan cruciales pero tan poco conocidas como la evolución del bienestar y de la equidad. En particular, intenta responder a la pregunta por la relación entre el crecimiento exportador, las instituciones, y la calidad de vida de los sectores mayoritarios de la población.

Muchos de los temas abordados en este ensayo todavía requieren más investigación y reflexión. Con todo, el volumen de la literatura existente sobre las cuestiones centrales de la historia económica del siglo XIX resulta muy considerable. Por tanto, el resultado de un esfuerzo de síntesis e interpretación como el que el lector tiene entre sus manos depende más de la calidad, ambición y originalidad de las investigaciones existentes que de las contribuciones específicas del autor de estas páginas. Un ensayo de estas características es así, en el sentido más amplio de la palabra, el fruto de un trabajo colectivo. En la bibliografía que se incluye al final del trabajo aparecen mencionados aquellos estudios que han sido los principales inspiradores de las ideas que dan forma a este libro.

Finalmente, quisiera dar testimonio de las deudas de gratitud que contraje a lo largo de la escritura de este trabajo, que comprenden a instituciones, colegas y amigos. Las bibliotecarias de la Biblioteca Max Von Buch, de la Universidad de San Andrés, me ayudaron a localizar materiales de difícil acceso y, con el profesionalismo y la cordialidad

que las caracterizan, lo pusieron a mi disposición. Julio Djenderedjian y Roberto Schmit respondieron mis consultas sobre los temas de su competencia con su solvencia y generosidad habituales. Luis Alberto Romero, el director de esta colección, me indicó el mejor modo de encarar el trabajo, y luego me dejó las manos libres para que yo hiciera a mi gusto el resto de la tarea. José Antonio Sánchez Román realizó una cuidadosa lectura del primer borrador de este libro, me señaló errores y me ayudó a refinar mis argumentos. A todos ellos mi más sincero agradecimiento.

1. La economía colonial

Durante los dos siglos y medio que transcurren entre la llegada de los españoles al Río de la Plata y la revolución de independencia, el territorio de lo que más tarde sería la Argentina ocupó una posición marginal dentro de un universo económico que giraba en torno a la extracción de metales preciosos en el Alto y el Bajo Perú. Al ritmo impuesto por la demanda de los centros mineros, entre el siglo XVI y el XVIII cobraron forma emprendimientos agrarios y artesanales que, de Salta a Buenos Aires, producían un conjunto de bienes destinados a atender estos requerimientos. Sin embargo, el sector mercantilizado de la economía sólo reclamaba una porción minoritaria de los recursos productivos de la región, mucho menor que la dirigida a satisfacer las demandas de bienes de las familias campesinas o el intercambio en pequeños mercados locales. Esta organización económica del territorio respondía a las constricciones que imponía un rústico sistema de transportes, pero también a los designios del estado colonial, que limitaba todas aquellas actividades que podían competir por recursos productivos o energía humana con la economía del metal precioso. Estas restricciones no se mantuvieron inalteradas a lo largo del tiempo, ni fueron iguales para todas las regiones o grupos sociales. La coyuntura que se abrió con las reformas borbónicas del último tercio del siglo XVIII fue especialmente favorable para la región litoral y en particular para el puerto de Buenos Aires, que se vieron beneficiados por la creciente orientación atlántica que adquirió el imperio en el medio siglo que precedió a su derrumbe. Sin embargo, este giro no logró desplazar el centro de gravedad de la economía de la región desde las tierras altas hacia el Atlántico. Hasta la crisis final del orden colonial, la actividad económica, el intercambio a distancia y las finanzas públicas continuaron reposando sobre la economía de la plata.

Antes de la independencia

En vísperas de la Revolución de Mayo, el espacio que solemnos identificar con la Argentina ocupaba una posición periférica dentro del imperio colonial de los soberanos de Madrid. Tras dos siglos y medio de presencia en la región, la dominación hispana apenas había logrado asentar poco menos de medio millón de habitantes (una cifra inferior a la población actual de provincias como San Juan o Jujuy) sobre una superficie casi tan extensa como la de Europa Occidental. Ese vasto y despoblado territorio fronterizo apenas contaba con una décima parte de la población del Virreinato de la Nueva España y no alcanzaba al 4% de la población total de América Latina. Más de tres cuartas partes de esta humanidad mayoritariamente mestiza vivían en la campaña, agrupadas en torno a un conjunto de pequeños centros urbanos gestados durante el ciclo de fundaciones de ciudades que dio su sello característico a la conquista de esta parte del territorio americano a mediados del siglo XVI. Como suele suceder en las economías agrarias de baja productividad que dependen de medios de transporte pobres y costosos, el grueso de la producción local –que consistía fundamentalmente en alimentos, aunque también incluía textiles y otras manufacturas– se destinaba al consumo de las propias familias campesinas y al intercambio en mercados locales, y se realizaba con una tecnología que no había sufrido cambios radicales desde el arribo de los invasores europeos. Vistas desde esta perspectiva, las ciudades coloniales y las áreas rurales que las circundaban, muchas veces separadas de otros asentamientos similares por extensos territorios desiertos donde la presencia española tenía escasa incidencia, semejaban pequeños islotes dispersos sobre un mar tan vasto como poco integrado, cuya expansión era resultado, más que de incrementos de productividad, de su propio crecimiento demográfico.

La sociedad colonial era un mundo predominantemente agrario cuyos habitantes sólo se hallaban parcialmente integrados a la economía de intercambio y producían con una tecnología que permaneció relativamente estática a lo largo de dos o tres siglos, y cuyo producto creció y se contrajo siguiendo el ritmo de sus movimientos demográficos: en esencia, fuerte caída de la población en las décadas que sucedieron a la conquista (imputable en primer lugar al impacto sobre la población nativa de un conjunto de virus y bacterias de origen europeo frente a las cuales no poseía defensas), y recuperación y crecimiento desde finales del siglo XVII. Este énfasis en la estabilidad relativa de la economía

colonial no debe hacernos perder de vista la crucial importancia que, pese a los elevados costos de transporte de una sociedad que dependía de las mulas y las carretas tiradas por bueyes para mover sus hombres y sus bienes, comenzó a adquirir el intercambio a distancia desde el asentamiento de los europeos. Además de la producción destinada a satisfacer las necesidades directas de los productores o la demanda de los consumidores locales, la economía colonial se hallaba articulada a través de una extensa red de mercados urbanos.

Entre estos mercados circulaba un conjunto de bienes cuya relevancia no se mide tanto por el volumen o el valor de los productos como por los actores a los que involucraba y las actividades a las que servía. En efecto, el movimiento de mercancías a lo largo de rutas que se extendían a través de miles de kilómetros resultaba decisivo para satisfacer los requerimientos de consumo de los grupos dominantes de la sociedad colonial y, en especial, para el funcionamiento de la minería altoperuana, principal fuente de ingresos del estado español y de los grupos económicamente predominantes de esa sociedad. Sería erróneo percibir el desarrollo de los mercados coloniales exclusivamente a la luz de las demandas de la minería y de sus grandes beneficiarios. Los procesos de mercantilización también se vieron afectados por la difusión de nuevas necesidades de consumo que incluso alcanzaron a la población indígena y que contribuyeron a estimular la circulación mercantil y la producción para el mercado. La transformación de la yerba mate de un cultivo de uso ceremonial en un pequeño lujo cotidiano para poblaciones que residían a miles de kilómetros del lugar de producción de esta infusión constituye un claro ejemplo de este proceso. Sin embargo, la participación popular en el mercado no debe hacernos perder de vista que los parámetros básicos del orden económico americano fueron delineados desde la cumbre, como parte de un proyecto de clara impronta colonial.

En efecto, desde el inicio mismo de la Conquista, los monarcas de Castilla siempre tuvieron presente que los enormes esfuerzos invertidos en la construcción de un imperio americano sólo se verían justificados si sus dominios resultaban capaces de ofrecer un flujo regular de recursos que sirviese al supremo objetivo de incrementar el poderío del estado español y el prestigio de su dinastía gobernante. Una vez superada la etapa de rapiña y saqueo con que los europeos anunciaron su llegada al nuevo continente, las ideas mercantilistas (con su énfasis en el metal como expresión y síntesis del valor, y su hostilidad al trato con otros países) y los altos costos de transporte (que fijaban límites a

las posibilidades del comercio a distancia a través del Atlántico) determinaron los parámetros a partir de los cuales los soberanos de Castilla imaginaron la organización económica de su imperio americano. Hasta el quiebre de la dominación hispana, las líneas maestras de la economía colonial apuntaban a orientar los recursos del continente hacia la producción de metal precioso, a la vez que buscaban impedir o desalentar el desarrollo de toda actividad que pudiera competir con la minería, quitándole hombres, recursos o favores estatales.

Más que estimular el incremento de la producción o del comercio dentro del territorio americano, interesaba a las autoridades coloniales orientar las fuerzas económicas de modo de favorecer la expansión de aquellas actividades que consideraban estratégicas, dentro de las cuales se destacaba la extracción y exportación de metales preciosos. Para alcanzar este objetivo, la Corona contaba con el auxilio de un aparato administrativo más moderno y con mayor iniciativa que el que la asistía en Europa, donde el estado castellano siempre se vio obligado a convivir con todo tipo de privilegios corporativos y estamentales de origen medieval, que sistemáticamente limitaron su legitimidad y recortaron su radio de acción. En América, en cambio, el notable poder coactivo del estado sirvió, entre otras cosas, para dotar a las empresas mineras de fuerza de trabajo subsidiada a través de la constitución de un régimen de trabajo forzado basado en la explotación de los indígenas, para asegurarle la provisión también a precios subsidiados de insumos críticos como el mercurio, para limitar la constitución de mercados alternativos en los que los productores de bienes agrarios pudiesen colocar sus bienes, y para apropiarse (mediante tributos e impuestos) de una parte significativa del metal precioso que los empresarios mineros extraían de los socavones. El hecho de que los reyes castellanos –soberanos de un estado pequeño y periférico cuando Colón llegó a América– fueran capaces de desempeñar un lugar protagónico en la puja por la supremacía en la Europa moderna de los siglos XVI y XVII constituye una prueba elocuente de su capacidad para convertir a América en la gran fuente de financiamiento de sus ambiciosos sueños imperiales.

Principal rubro de exportación americano en la era mercantilista, la producción de metal precioso constituía el eje de un extenso sistema de circulación de bienes que en muchos aspectos resulta inverso al que terminó por consagrarse en el curso del siglo XIX. Esas redes de intercambio, lejos de contribuir a prefigurar los límites actuales de las economías nacionales latinoamericanas que comenzaron a cobrar

forma en el siglo posterior a la emancipación, orbitaban en torno a la demanda de bienes proveniente del Alto y el Bajo Perú (Bolivia y Perú, respectivamente), corazón del imperio español en Sudamérica. En esas tierras, las más densamente pobladas del subcontinente, se encontraban los mayores yacimientos mineros de la América del Sur. Una breve referencia a la ciudad de Potosí, surgida en medio de un desértico altiplano para explotar lo que en su momento fue el principal yacimiento de plata del mundo, puede ofrecer una idea del impacto de una urbe de estas características en el extenso territorio sobre el que hacía sentir sus requerimientos. En su etapa dorada, hacia mediados del siglo XVII, cuando contaba con más de 150 000 habitantes, Potosí no sólo se había erigido en la mayor ciudad sudamericana sino que, en lo que a población se refiere, rivalizaba con Madrid, entonces la capital del imperio más extenso del planeta. La demanda de bienes de consumo y de producción para alimentar, vestir y entretener a los habitantes de la Villa Imperial, y para poner en marcha la explotación minera en ese inhóspito altiplano en el que casi todo debía traerse de afuera, alimentaba una red de circulación de mercancías en el área que corría entre las Misiones paraguayas y el valle central de Chile y entre la Banda Oriental del Río de la Plata y las tierras altas de Quito.

Como sucedía en todos estos puntos de América, muchos de los bienes producidos en lo que más tarde conformaría el territorio argentino que no eran objeto de consumo local solían ingresar en los circuitos mercantiles que tenían su centro de imantación en los mercados andinos. La demanda de la economía minera estimuló la mercantilización de la producción y tuvo poderosos efectos dinamizadores incluso sobre bienes y mercados que no se vinculaban con ella. En todas partes, el elevado costo del transporte impuso límites a la especialización productiva, ya que obligaba a producir localmente muchos de los bienes que resultaba demasiado difícil o costoso traer desde lejos. Con todo, un conjunto de especificidades locales vinculadas a diferencias en la dotación de factores, condiciones ecológicas, proximidad a los grandes mercados altoperuanos e historia de las relaciones laborales dieron forma a distintos espacios económicos dentro de lo que luego sería el territorio argentino. Simplificando un panorama muy complejo, una distinción relevante se observa al contrastar el interior y el litoral, dos universos a los que puede concebirse como divididos por una línea imaginaria que separa las tierras bajas del litoral y la llanura pampeana de las tierras más altas y áridas que se extienden desde Córdoba y Santiago del Estero hacia el norte y el oeste.

En la primera de esas regiones, que era también la más densamente poblada (rondaba los 300 000 habitantes hacia 1810), la dominación hispana se había asentado sobre comunidades indígenas que contaban con una larga historia de prácticas agrícolas, vida sedentaria y división social del trabajo cuando llegaron los invasores europeos. Una vez vencida la resistencia de los nativos, los nuevos dominadores colocaron bajo su control gran parte de la tierra fértil y el agua de las que los habitantes originarios dependían para su subsistencia, e impusieron regímenes de trabajo forzado comunitario como la encomienda. A esta sociedad organizada sobre la base de la explotación del trabajo indígena se fueron agregando núcleos de población esclava arrancada y trasladada desde el África, cuya presencia se volvió muy significativa en el servicio doméstico, en algunas grandes estancias y en las actividades artesanales urbanas. Al cabo de un tiempo, en el interior cobró forma una sociedad dividida en líneas de casta, cuyas elites más poderosas –en Córdoba, en Salta– aspiraban a emular la más opulenta sociedad altoperuana a la que enviaban muchos de los frutos del esfuerzo productivo de la región: los productos de la vid de la región cuyana, las artesanías de Tucumán, las mulas de Córdoba y Salta, etcétera.

A lo largo del siglo XVII, y con más énfasis en el siglo XVIII, el interior asistió a un proceso de desestructuración de las comunidades indígenas. Su eclipse dio lugar a la emergencia de un campesinado mestizo asentado sobre unidades domésticas, que lentamente perdió los vínculos de solidaridad comunitarios forjados en la era prehispánica. La gradual desaparición del mundo indígena como grupo étnico separado, así como la erosión de las formas de organización comunitaria de origen precolombino que los españoles habían puesto al servicio de la dominación blanca, no se prestan a un análisis sencillo, en parte porque estos procesos fueron tanto impulsados como resistidos por las poblaciones originarias. Con todo, una vez superado el gran derrumbe demográfico que tuvo lugar tras el contacto con los españoles, las realidades laborales y las condiciones de vida de ese universo cada vez más mestizado no parecen haber sido muy distintas de las de sus antecesores indígenas. Si se produjo algún progreso en la calidad de vida de los campesinos del interior, éste se debió a la introducción y difusión de los grandes mamíferos domésticos europeos. Gracias a la vaca, el burro y el caballo, la sociedad colonial contó con mayor energía animal para el transporte y el trabajo de la tierra, y pudo también incrementar la cantidad de calorías de origen animal a disposición de la población.

Mientras en el interior se conformaba una sociedad de elites blancas y campesinos mestizos, en las tierras bajas la presencia española enfrentaba dificultades para afirmarse. Dada la enorme distancia que separaba al Alto Perú de las llanuras litorales, por largo tiempo la demanda que generaba la minería se hizo sentir de modo muy tenue en este remoto y despoblado confín del imperio. El arribo de los españoles a la región se produjo en 1530, con la llegada de una expedición que confiaba en abrirse camino hacia las tierras mineras remontando el caudaloso estuario bautizado de manera esperanzada con el nombre de Río de la Plata. Estos sueños de riqueza argentífera pronto se vieron frustrados. Mientras que el ganado europeo rápidamente encontró condiciones naturales muy propicias para reproducirse, la presencia española debió pugnar con ahínco para afirmarse en la región, a tal punto que, tras dos siglos de experiencia colonial, apenas residían unos 150 000 habitantes en el litoral. Esta población se asentó a la vera de los grandes ríos –el Río de la Plata, el Paraná, el Uruguay–, principales ejes del sistema de comunicación de la región, y desde allí avanzó lentamente en la ocupación de esa pradera pobre tanto en vegetación como en piedra y madera. Dos marcas originarias, que conjugan rasgos característicos de las sociedades de frontera, contribuyeron a dar forma a la actividad económica en esas llanuras casi ilimitadas: la ausencia de una población nativa dispuesta a subordinarse a un régimen de obligaciones laborales y la gran disponibilidad de tierra.

Como lo comprobaron Juan de Solís y Pedro de Mendoza, los invasores enfrentaron grandes dificultades para someter a las pequeñas y móviles comunidades aborígenes de esta región y, lo que resultaba aún más problemático a mediano y largo plazo, para constituir sistemas laborales erigidos sobre la base de la explotación regular del trabajo nativo. Sólo algunas órdenes religiosas cuyos móviles eran bastante más complejos que la mera búsqueda de beneficios, como la Compañía de Jesús, alcanzaron triunfos significativos en esta tarea, encuadrando en la disciplina del trabajo y la producción de excedente a parte de la población originaria de las selvas paraguayas, pero también de las actuales provincias argentinas de Corrientes y Misiones. Esa notable experiencia de dominación (que el estado español siempre vio con recelo en tanto limitaba su *imperium*) no tuvo, sin embargo, impacto alguno en distritos más septentrionales, y de hecho los propios jesuitas organizaron sus grandes estancias en el litoral y en Córdoba sobre la base del trabajo esclavo.

En el litoral, la disponibilidad de tierras fértiles y la relativa facilidad de acceso al uso productivo del suelo bloqueaban toda posibilidad

de someter a los sectores subalternos rurales a través del control de la tierra o de los recursos de los que éstos dependían para su subsistencia. El ideal de un orden señorial, donde los conquistadores y sus descendientes se erigieran como una elite cerrada sobre sí misma que explotara el trabajo indígena, no encontró aquí condiciones sociales que hicieran posible su realización. En el litoral, los colonos españoles se vieron obligados a mezclarse y trabajar codo a codo con grupos humanos –indios, mestizos, negros– a los que habrían preferido mantener a mayor distancia, así como también a ofrecer importantes incentivos monetarios para atraer trabajadores. La temprana y muy extendida difusión de relaciones salariales, y el elevado nivel de las remuneraciones, dan cuenta del fracaso de las formas coactivas que en otras regiones del imperio habían servido para movilizar la fuerza de trabajo y reforzar las jerarquías sociales. Esta combinación de facilidad en el acceso al suelo y dificultad para reclutar trabajadores hizo que un campesinado independiente, en parte blanco y en parte mestizo, desempeñase un papel de considerable importancia en la producción agrícola y ganadera. El modesto tamaño de las empresas agrícolas de la región, que contrasta marcadamente con el de las haciendas altoperuanas o mexicanas, revela tanto la ausencia de grandes mercados urbanos como las ventajas de que gozaban las unidades de producción que disponían de acceso a fuerza de trabajo sin necesidad de recurrir a desembolsos salariales para contratarla.

En un solo aspecto, quizás, los grupos preponderantes de la región litoral pudieron sacar algún provecho de su posición excéntrica en el territorio colonial. La enorme distancia que la separaba de Lima –sede comercial y administrativa del imperio en América del Sur–, sumada a la facilidad del acceso a través del Atlántico y la cercanía a los dominios americanos de los reyes portugueses, contribuyeron desde muy temprano a hacer del Río de la Plata un importante eje de comercio ilegal. Ya a fines del siglo XVI comenzaron a registrarse los primeros contactos entre Buenos Aires y diversos puertos del mundo atlántico. Desde entonces estos vínculos crecieron en forma sostenida, dando vida a un intenso intercambio ilegal de metal precioso altoperuano por esclavos y mercancías europeas. A su vez, este comercio contribuyó a otorgar mayor vitalidad a las redes mercantiles sobre las que se apoyaba el comercio legal, que muchas veces se yuxtaponían o eran las mismas que las que sostenían el contrabando. A comienzos del siglo XVII, a través del puerto de Buenos Aires ingresaban al territorio americano más de mil esclavos por año, muchos de los

cuales eran cambiados por metal precioso proveniente del Perú. Las autoridades imperiales, conscientes de la importancia de sostener el asentamiento español en el Plata para proteger esta región de frontera de sus ambiciosos vecinos portugueses, que aspiraban a controlar la Banda Oriental del Río de la Plata –de hecho, la ciudad amurallada de Colonia del Sacramento, fundada por los portugueses en 1680, fue objeto de fuertes disputas–, se preocuparon más por controlar que por ahogar este tráfico predominantemente ilegal.

En el siglo XVIII, el rígido sistema mercantilista diseñado por las autoridades de Madrid para mantener sus colonias al margen del comercio internacional comenzó a erosionarse. Ello trajo consecuencias positivas para la región litoral. Por una parte, los fracasos de los ejércitos y las flotas españolas desde la Guerra de Sucesión Española (1700-1713) y la expansión del comercio atlántico estimularon la conformación de lazos más estrechos entre Europa y América, gracias a los cuales creció el tráfico ilegal en el Río de la Plata. La iniciativa imperial también contribuyó a realzar la importancia de la región, en especial desde la llegada al trono de la dinastía de los Borbones. A lo largo del siglo XVIII, los reyes borbónicos promovieron una serie de medidas de liberalización comercial destinadas a estimular el intercambio dentro del imperio, como el reemplazo del sistema de flotas por el de navíos de registro, que otorgó mayor flexibilidad y amplitud al comercio entre los puertos europeos y americanos. Esta política liberalizadora culminó con la sanción del Reglamento de Libre Comercio en 1778, que ampliaba el intercambio legal entre España y América, y consagraba a Buenos Aires como uno de los puertos habilitados para desarrollar esta actividad. Al calor de estas reformas, el estuario del Plata logró atraer un número cada vez mayor de buques procedentes de España y de otros destinos americanos, y aumentó su influencia como eje de una red de circulación de bienes, desde el Alto Perú y el Paraguay hasta la metrópoli imperial.

La reorientación del comercio potosino en este período ofrece un indicador de la magnitud de ese giro. Hacia la última década del siglo XVIII, los comerciantes radicados en Buenos Aires habían pasado a controlar cerca de cuatro quintos de los ingresos de bienes extranjeros a la Villa Imperial (textiles de lujo, artículos de metal y otros bienes importados, en su gran mayoría destinados a satisfacer las demandas de consumo de sus grupos privilegiados), desplazando casi por completo a los hasta entonces dominantes mercaderes limeños. Ello dio lugar a un flujo inverso de metal precioso, que retribuía los bienes importados que ingresaban por Buenos Aires. Convertido en el principal punto de

salida del metal precioso sudamericano, en vísperas de la independencia el puerto de Buenos Aires exportaba legalmente entre 3 y 4 millones de pesos en oro y plata (y una cifra difícil de estimar de modo ilegal), que representaban más del 80% del valor total de las exportaciones de la región. Como los "efectos de Castilla" –término con el que muchas veces se designaba a los bienes importados– y los esclavos africanos solían ser bastante más voluminosos y pesados que el metal precioso –principal carga de los buques que regresaban a Europa–, los cueros comenzaron a beneficiarse de la disponibilidad de bodegas baratas en los navíos que cruzaban el Atlántico. De esta manera, el contacto más estrecho con la Península Ibérica que la economía de los metales preciosos hizo posible en la era de las reformas borbónicas dio lugar al desarrollo de una corriente exportadora de productos ganaderos que contribuyó a impulsar la expansión de la economía rural en el litoral, en particular en las tierras bañadas por el Paraná y el Plata.

El ascenso mercantil del Río de la Plata terminó de consolidar a los grandes comerciantes que residían en Buenos Aires como el grupo económicamente más poderoso de la sociedad colonial. En el Alto Perú, al igual que en otras regiones mineras, los empresarios de la minería ocupaban un lugar destacado en la jerarquía de la riqueza, que se correspondía con su centralidad en el proceso de producción del principal bien exportable de esa economía, y que se apoyaba sobre la enorme escala de sus emprendimientos productivos. En el interior, el dominio sobre la tierra y sobre los hombres constituyó una importante fuente de poder y riqueza, que dio lugar a la formación de importantes haciendas. No obstante, es indudable que fue en la esfera de la circulación, más que en la de la producción, donde se erigieron las mayores fortunas del Río de la Plata en las últimas décadas de dominación hispana. El comercio a distancia era la actividad que hacía posible apropiarse de grandes excedentes en esa economía de moroso crecimiento y pobres comunicaciones, que carecía de empresas agrarias o mineras de gran tamaño y de un sistema de crédito desarrollado.

Al poner en contacto espacios económicos mal integrados entre sí, el comercio a distancia permitía obtener grandes provechos de las diferencias de precios entre regiones y mercados. Más que la especialización en un rubro particular de actividad, el comercio colonial favorecía a los mercaderes dispuestos a incrementar el volumen de sus negocios expandiendo sus operaciones hacia nuevos rubros y mercados. La inexistencia de un sistema de precios uniforme en el amplio espacio económico en el que actuaban los comerciantes rioplatenses, típica

de las economías agrarias precapitalistas, constituía el dato a partir del cual éstos organizaban sus estrategias económicas. De allí, pues, la sorprendente extensión geográfica de las transacciones de la era mercantilista, que podían comprender mercados americanos distantes miles de kilómetros entre sí, que unían mercados en América y Europa, y a veces también en Asia y África. La falta de instituciones formales que aseguraran la confiabilidad de los socios comerciales y garantizaran la fluidez de las transacciones en operaciones realizadas entre mercados separados por cientos y a veces miles de kilómetros introducía grandes dosis de incertidumbre en la actividad comercial –contracara de sus altos beneficios–, y otorgaba importantes ventajas a quienes lograban organizar sus negocios en torno a sólidas y confiables redes de relaciones personales. No es sorprendente entonces que la organización de las empresas mercantiles muchas veces reposase sobre relaciones de parentesco y alianza matrimonial.

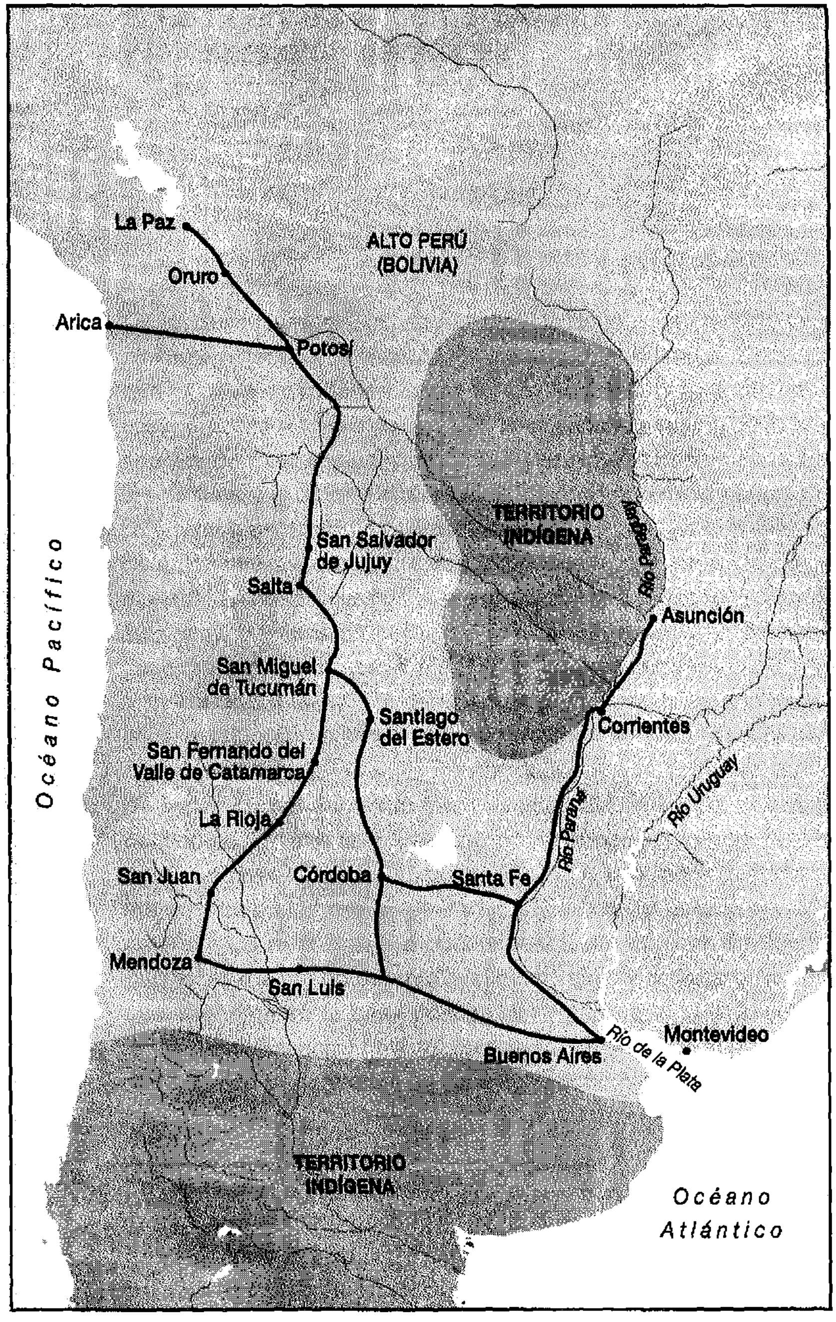
El ascenso de la ciudad de Buenos Aires a la categoría de gran centro del comercio imperial, el incremento del poder de su comunidad de comerciantes y la expansión de la producción rural en el litoral en las últimas décadas del dominio español no deben interpretarse como una victoria de las fuerzas del mercado sobre las restricciones políticas impuestas por el orden colonial. Hasta cierto punto, la aceleración de la expansión económica en las regiones del litoral mejor articuladas con la actividad mercantil y exportadora fue consecuencia de la propia acción de la autoridad colonial. Entre las medidas que favorecieron este resultado la más importante fue, sin duda, la creación de un poderoso centro administrativo en la región. Con el fin de reafirmar el control español sobre un territorio de frontera que se hallaba bajo la presión de la colonia portuguesa del Brasil, y a la vez favorecer la orientación atlántica del imperio, en 1776 el rey Carlos III creó el Virreinato del Río de la Plata. Su capital fue establecida en Buenos Aires, la única ciudad que contaba con un puerto de fácil conexión con el Atlántico. La región litoral carecía de los recursos suficientes para sostener la costosa burocracia civil y militar que comenzó a crecer en torno a una ciudad a la que nada en su historia pasada preparaba para alojar a una corte virreinal. Con el objeto de resolver los problemas de financiamiento de la nueva unidad administrativa, las autoridades imperiales arrancaron al Virreinato del Perú su gran tesoro minero, el Alto Perú, y lo incorporaron a la nueva jurisdicción. Hacia fines del siglo XVIII, cuando las exportaciones totales del Virreinato del Río de la Plata oscilaban entre los 3 y los 4 millones de pesos de metales preciosos, la administración

porteña realizaba erogaciones por un millón y medio de pesos, de los cuales casi tres cuartos eran aportados por las cajas recaudadoras del Potosí.

Los flujos monetarios con los que la economía minera subsidiaba el nuevo centro de poder –gran parte de los cuales se gastaban en sueldos y salarios en la sede virreinal– potenciaron el lugar de Buenos Aires como polo de crecimiento de la región litoral. En las tres primeras décadas posteriores a la creación del virreinato, la población de esta ciudad se incrementó a paso veloz, a punto tal que, con cerca de 40 000 habitantes, hacia 1810 se había convertido en la primera ciudad del nuevo virreinato. A su vez, la consagración de Buenos Aires como sede administrativa y centro de poder reforzó el papel de la ciudad como puerto fluvial y marítimo, y como nudo decisivo de las redes de intercambio comercial. En síntesis, la decisión imperial no sólo le otorgó a Buenos Aires una nueva jerarquía política y administrativa, sino que también le permitió crecer sobre la triple base de la apropiación por vía fiscal de los recursos mineros del Alto Perú, los beneficios del comercio regional e internacional y la expansión de su economía rural.

Los circuitos mercantiles de la era colonial del Virreinato del Río de la Plata

El actual territorio argentino formó parte de dos unidades políticas mayores, primero del Virreinato del Perú y, desde 1776, del Virreinato del Río de la Plata. En vísperas de la independencia, la población de este vasto y despoblado territorio no llegaba al medio millón de habitantes. Un conjunto de pequeñas aldeas y ciudades, separadas por grandes espacios apenas controlados por las autoridades, constituían el núcleo de la presencia española en este confín del imperio. Todo el Chaco y la llanura pampeana ubicada al sur y al oeste del Río Salado se hallaban fuera del control del estado español. El mapa muestra las principales ciudades y las rutas a través de las cuales circulaban los hombres y los bienes durante el período colonial. A fines del siglo XVII, Buenos Aires apenas contaba con unos 5000 habitantes. Gracias a la expansión de la economía atlántica, esta ciudad creció de forma sostenida a lo largo del siglo XVIII. Cuando fue elevada a capital del Virreinato del Río de la Plata, ya se había convertido en la primera urbe de la región, y contaba con unos 23 000 habitantes.


La Paz
Oruro
Arica
Potosí
ALTO PERÚ
(BOLIVIA)
TERRITORIO
INDÍGENA
Río Paraguay
Asunción
San Salvador
de Jujuy
Salta
San Miguel
de Tucumán
Santiago
del Estero
Corrientes
San Fernando del
Valle de Catamarca
La Rioja
Río Paraná
Río Uruguay
San Juan
Córdoba
Santa Fe
Mendoza
San Luis
Buenos Aires
Río de la Plata
Montevideo
Océano Pacífico
TERRITORIO
INDÍGENA
Océano
Atlántico

2. La apertura al comercio atlántico y la expansión ganadera

La apertura comercial consagrada por la Revolución de 1810 lanzó bruscamente a la región en la economía atlántica. Una vez que la crisis de independencia perdió sus aristas más disruptivas, comenzó a tomar cuerpo una sostenida expansión de la ganadería de exportación, que creció impulsada por la mejora de los precios y la apertura de nuevos mercados para el cuero. En este nuevo escenario, la agricultura cedió terreno ante el avance de estancias ganaderas de tamaño desconocido en la era colonial, que se desarrollaron codo a codo con pequeñas y medianas empresas basadas en el trabajo familiar. El dinamismo del sector exportador contribuyó a dotar de apoyos sociales cada vez más amplios a la política de apertura comercial. El estado republicano también favoreció esta orientación, en gran medida por razones vinculadas a su creciente dependencia fiscal respecto de los flujos del comercio internacional. Sin embargo, el orden político nacido tras la independencia no puede ser caracterizado como un mero instrumento al servicio de la economía ganadera, menos aún de la gran propiedad. La relación del estado con los empresarios rurales se vio condicionada por el clima de guerra que azotó a la región durante casi medio siglo y por la ampliación que experimentó la base política del estado tras la revolución, coyunturas que una y otra vez forzaron a los gobernantes a tomar distancia de los intereses de las elites económicas.

La crisis de independencia

La crisis final del imperio español se precipitó en el otoño de 1810. A mediados de mayo, llegó a Buenos Aires la noticia de la caída de la Junta de Sevilla. Con ella se derrumbaba toda resistencia organizada al avance del ejército francés que dos años antes había invadido Espa-

ña y apresado al rey Fernando. La desaparición de la Junta significaba también la caducidad de la autoridad que había designado a Baltasar Hidalgo de Cisneros al frente del Virreinato del Río de la Plata. Privado de respaldo militar y falto de legitimidad, Cisneros advirtió pocos días después que debía inclinarse ante la presión de los grupos locales que reclamaban mayor autonomía. Siguiendo un procedimiento ya ensayado en la metrópoli, los vecinos de Buenos Aires fueron convocados a un cabildo abierto en el que los partidarios del reemplazo del virrey llevaron la voz cantante en la elección de una junta que se hizo cargo del poder. Sin saberlo, y quizá sin desearlo del todo, los protagonistas de los sucesos de Mayo tomaban el camino del autogobierno, iniciando así una deriva que, al cabo de un quinquenio, habría de alejarlos definitivamente de toda posibilidad de reconciliación con la monarquía.

Más que la constitución de la Junta de Buenos Aires –que, al fin y al cabo, replicaba la forma en que la propia España había reaccionado ante la vacancia real–, lo que comenzó a separar las aguas de uno y otro bando fue el estado de guerra que pronto envolvió a la región. Apenas designado, el nuevo gobierno se propuso imponer su autoridad sobre el conjunto del virreinato. Teniendo en cuenta que un movimiento surgido de una institución eminentemente local contaba con títulos bastante dudosos para erigirse en gobierno legal de todo el virreinato, no resulta extraño que una de las primeras medidas de la junta porteña consistiera en llevar al interior, a punta de bayoneta, la noticia del desplazamiento del virrey. Las resistencias comenzaron a emerger ese mismo año, apenas los ejércitos de la Junta traspusieron los límites de Buenos Aires y se hicieron notar en puntos tales como Córdoba y Montevideo, y más tarde y de modo más definitivo, en el Alto Perú y el Paraguay, cuyos grupos más influyentes no veían motivo alguno para continuar aceptando el liderazgo político y la explotación fiscal de Buenos Aires. Desde entonces y durante más de una década, la guerra fue parte constitutiva del escenario en el cual debió desenvolverse la actividad económica en la región.

En primer lugar, la guerra fue una gran destructora de recursos materiales y humanos. Los ejércitos de las luchas de la independencia y de las guerras civiles posteriores debían ser armados y pertrechados, alimentados y pagados. Dichas necesidades supusieron una fuerte presión sobre las finanzas públicas y los recursos de esa sociedad, y afectaron a los propietarios de dinero, animales y mercancías. Muy pronto, los ejércitos pusieron de manifiesto una enorme capacidad destructiva, acentuada por la afición de los oficiales y soldados al robo y el saqueo. Los

territorios donde se estabilizaron frentes de combate vieron cómo su riqueza se consumía al ritmo de la marcha y contramarcha de las tropas o de las liquidaciones de emergencia con que los propietarios de ganado y mercancías respondían por anticipado a las amenazas de contribuciones forzadas o de confiscaciones lisas y llanas. En el noroeste, entre Tucumán y Salta, el avance y retroceso de los ejércitos fue acompañado, incluso, de importantes desplazamientos forzados de población (como el éxodo jujeño de 1812, tan celebrado por los relatos patrióticos). En la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe, pujantes distritos ganaderos durante el último período colonial, más de dos tercios de la hacienda habían desaparecido al cabo de una década de lucha.

La movilización de las tropas y el choque de los ejércitos también afectaron la disponibilidad de fuerza de trabajo. La escasez de brazos tuvo un impacto particularmente acusado en el litoral, debido a que allí la dotación de trabajadores era muy reducida y la presión reclutadora fue más intensa (en particular en Buenos Aires, que cargó con el grueso del esfuerzo bélico en la primera década revolucionaria). La historia demográfica registra una importante disminución en el segmento de varones en edad activa en las décadas de 1810 y 1820, resultado de la pérdida de vidas humanas y el desplazamiento forzado impuesto por la leva militar, así como también de los intentos de escapar al reclutamiento. La disminución de la cantidad de trabajadores y el desvío de energía humana hacia fines improductivos supuso una importante pérdida de capital humano.

La destrucción de vidas y riqueza, aunque imposible de estimar con alguna precisión, seguramente supuso una caída del producto bruto no inferior al 20% para el fin de la primera década revolucionaria. Sin embargo, desde el punto de vista del funcionamiento general de esta economía, todo sugiere que la fragmentación del virreinato y la crisis del sistema mercantil que unía al litoral con el Alto Perú resultaron tanto o más decisivas que los fenómenos meramente destructivos. Aunque los gobiernos de Buenos Aires realizaron considerables esfuerzos para mantener al Alto Perú bajo su dominio, todas las campañas contra ese baluarte realista terminaron en clamorosos fracasos. Salvo un breve paréntesis en 1810-1811 y otro en 1814-1815, luego de 1810 el altiplano quedó fuera de la órbita de las autoridades porteñas; la creación de la República de Bolivia en 1825 le otorgó estatuto definitivo a ese desmembramiento. La pérdida del Alto Perú privó a los gobernantes que derrocarron al virrey del acceso a la riqueza minera y los obligó a buscar fuentes de recursos alternativas para financiar el

estado (esta búsqueda terminaría por convertir al comercio atlántico en la principal fuente de ingresos fiscales del orden republicano). Además de poner en crisis las finanzas estatales, la interrupción de las relaciones con el altiplano privó a la economía rioplatense de su principal mercado. Ello afectó a los comerciantes que controlaban el tráfico entre estas regiones, y a todos los productores y transportistas cuya actividad dependía de las relaciones con ese espacio económico. El impacto se agravó pues, en pocos años, en la Banda Oriental, Chile y Paraguay surgieron gobiernos disidentes que, bajo signo realista o criollo, erigieron obstáculos a las relaciones con el territorio gobernado desde Buenos Aires.

Los grandes comerciantes porteños se contaron entre las primeras víctimas de la crisis que trajo la emancipación. Dos factores concurrieron para que el grupo de hombres más poderoso de la era borbónica –y el que más beneficios había recogido gracias a la protección que le dispensaba el orden mercantilista– fuese desplazado de su posición de privilegio. Por una parte, la ya mencionada transformación del Alto Perú en un baluarte enemigo (y más tarde independiente) dificultó el acceso de los comerciantes al mercado en el cual hasta entonces habían hecho sus mejores negocios, obligándolos a concentrar sus actividades en un territorio empobrecido por la guerra, y más reducido, que a grandes rasgos coincidía con el que se hallaba bajo el dominio de las armas de Buenos Aires.

La situación de los mercaderes se volvió más grave puesto que, con la liberalización del comerció exterior que acompañó a la independencia, ese espacio más pobre y más pequeño dejó de ser un coto de caza de su exclusiva propiedad. Como consecuencia de la apertura de los puertos del Plata al tráfico con buques de todas las banderas, los comerciantes nativos y peninsulares que hasta entonces habían dominado el nexo con Europa debieron ceder posiciones ante una avalancha de mercaderes provenientes del Atlántico Norte –en su mayoría británicos, pero también americanos, alemanes y franceses–, que ya para 1813 habían derribado todos los obstáculos legales que limitaban su accionar. Los comerciantes extranjeros actuaban como punta de playa de economías mercantiles e industriales más avanzadas que la española, lo cual les daba acceso a mercancías y crédito en condiciones imposible de igualar por los antiguos dominadores del mercado. En el curso de pocos años, y como ejemplo claro de esta revolución en el comercio de importación, los mercaderes extranjeros desplazaron casi por completo a los comerciantes nativos del tráfico internacional e incluso ganaron

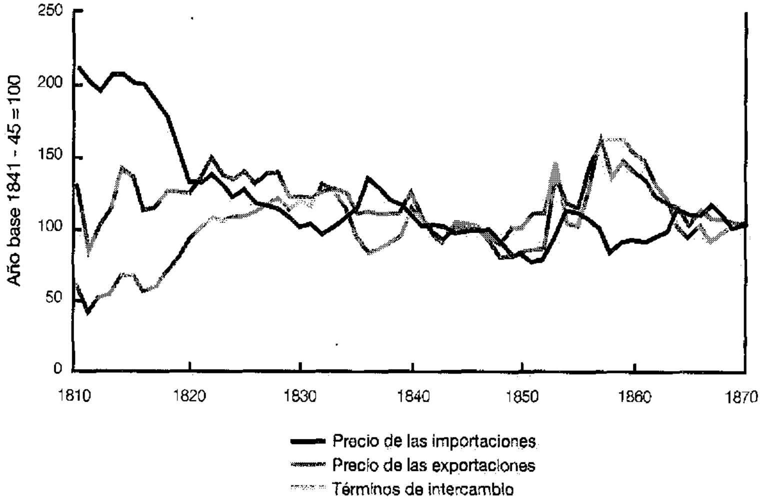
posiciones en los circuitos mercantiles de lo que hoy es el interior de la Argentina.

La Argentina ingresa en la era de la globalización

Aun cuando numerosos documentos de la época testimonian el pesimismo y los lamentos de quienes sufrieron en carne propia la crisis del orden colonial, no todas las consecuencias económicas de la emancipación fueron negativas. Es preciso distinguir entre los enormes costos humanos y materiales que la acompañaron (producto de la guerra y agravados por la fragmentación del virreinato), y las nuevas oportunidades que comenzaron a emerger en el mediano plazo como resultado del gran choque de la Argentina y la economía atlántica en esa primera fase de globalización. En la primera mitad del siglo XIX se produjo una aceleración de la integración de la economía mundial, con efectos positivos para regiones como la pampa, beneficiadas por la convergencia de precios entre el centro y la periferia, y el incremento de los volúmenes de intercambio. Tras la apertura comercial, los mercados del Atlántico Norte comenzaron a absorber productos pecuarios en mayores cantidades y a precios sustancialmente más elevados que los vigentes durante el período colonial, cuando la demanda externa para la producción rural de la región se hallaba restringida a la metrópoli y sus colonias, y a las actividades de contrabando.

Con la emancipación, las economías nordatlánticas pasaron a desempeñarse, también, como las principales proveedoras de una nueva gama de bienes que amplió considerablemente el universo de consumidores de bienes importados, sobre todo entre los grupos de menores ingresos. El derrumbe del sistema monopólico español trajo consigo una drástica transformación en el patrón de importaciones, que dejó de estar dominado por productos caros y sofisticados para basarse en bienes de consumo popular, que pasaron a comercializarse a precios considerablemente más bajos que los vigentes en el período colonial. En síntesis, como consecuencia de la apertura al comercio libre y en alguna medida también de la recuperación económica que sucedió al fin de las guerras napoleónicas en Europa, los productores y consumidores del Río de la Plata comenzaron a obtener precios más altos por sus exportaciones de productos ganaderos y a pagar precios más bajos por sus compras en el exterior.

Precios de las exportaciones, precios de las importaciones y términos de intercambio internacional



Fuente: Carlos Newland, "Exports and Terms of Trade in Argentina, 1811-1870", *Bulletin of Latin American Research*, 17: 3 (1998), p. 411.

Tras la apertura comercial, la Argentina se convirtió en una economía muy abierta al intercambio internacional, como lo pone de manifiesto el hecho de que sus exportaciones per cápita fuesen superiores a las de Gran Bretaña, el principal exportador de manufacturas del período. En un escenario de estas características, la evolución de los términos de intercambio (esto es, el precio relativo de las exportaciones y las importaciones) posee gran relevancia. Entre otras cosas, incide sobre el poder de compra de las exportaciones y el bienestar de la población. El gráfico muestra la evolución de los términos de intercambio internacionales, y pone en evidencia que la mejora que tuvo lugar en las dos décadas posteriores a la apertura comercial fue muy considerable. Esta mejora fue consecuencia de dos procesos paralelos de magnitud similar. Por una parte, la baja de los precios de los bienes importados; por la otra, el alza de las cotizaciones de las ventas al exterior. El fin del monopolio comercial español y el contacto con mercados más amplios y regiones económicamente más dinámicas están en la base de ambos procesos. Los términos de intercambio internacionales no miden los precios pa-

gados u obtenidos directamente por los productores y consumidores argentinos, sino los precios internacionales. Aranceles aduaneros, costos de transporte y comercialización inciden sobre el ingreso percibido por los productores y el costo de los bienes importados. En este período, ambos se redujeron, por lo que los términos de intercambio internos (o domésticos) experimentaron una mejora aún más importante que la registrada para los internacionales. De acuerdo a las estimaciones de Newland, la mejora fue sencillamente extraordinaria, pues se ubicó por encima del 350%. Otros indicios, si bien sugieren que puede haber sido algo más modesta, confirman de todos modos un formidable aumento en el poder de compra de las exportaciones rurales de la región y una caída del valor de las importaciones sin parangón, en velocidad y escala, en los dos siglos de vida de la Argentina independiente.
Luego de haber tocado techo hacia 1830, los términos de intercambio retrocedieron hasta fines de la década de 1840. Esta caída se originó en la sostenida declinación de las cotizaciones del cuero (el principal producto exportable del país durante la primera mitad de siglo), que en esas dos décadas perdió cerca del 40% de su valor en los mercados europeos. Sin embargo, el umbral alcanzado inicialmente resultaba tan elevado que la reversión de la tendencia alcista no comprometió la rentabilidad del sector exportador ni supuso impugnación alguna a la política de apertura comercial consagrada en 1810. Por otra parte, el precio de las importaciones continuó cayendo a lo largo de todo el período. Una vez perdido el Alto Perú, las ventajas de la integración a la economía mundial se revelaron tan grandes y contaron con apoyos tan amplios entre los consumidores y los productores, que incluso quienes se veían perjudicados por la apertura comercial pronto comprendieron que debían buscar formas de adaptarse más que de oponerse a ella.

Las consecuencias de la apertura: el comercio de importación

La profunda mutación en la relación entre la Argentina y la economía atlántica que tuvo lugar tras la emancipación merece ser analizada con mayor detalle. Comencemos por el cambio en el patrón de importaciones, en primer lugar porque su impacto se hizo sentir de modo más abrupto e inmediato. El rasgo más característico del nuevo patrón de importaciones que cobró forma con la liberalización comercial es el desplazamiento de los bienes de lujo por otros de consumo popular. Gracias a los cambios organizativos y técnicos ocurridos en Europa durante la

segunda mitad del siglo XVIII (habitualmente designados con el nombre de Revolución Industrial), los costos de la producción manufacturada disminuyeron de manera muy considerable. La baja de precios se tradujo en una notable ampliación del mercado consumidor. En el Río de la Plata, al igual que en el resto de América Latina, el sector textil lideró este proceso. Desde fines del siglo XVIII, los tejidos sofisticados (lana, seda) habían comenzado lentamente a ceder posiciones frente a productos más baratos, pero en vísperas de la revolución los productos importados todavía se hallaban fuera del alcance de los hombres del común.

La apertura transformó este panorama. Con la llegada del librecambio y el fin de las barreras mercantilistas, el comercio de textiles, eje del comercio de importación, cambió radicalmente. Desde entonces, y durante medio siglo, las telas de algodón barato se convirtieron en el principal rubro de importación del Río de la Plata. Los géneros de algodón dieron cuenta de más del 80% de los productos provenientes de Gran Bretaña, país que dominaba ampliamente el comercio de importación (en el cuarto de siglo posterior a 1810, más de la mitad de las compras en el exterior tenían este origen). Las importaciones de algodón británico pasaron de 3 millones de yardas en 1814 a 15 millones en 1824 y a más de 20 millones en 1834. Además de géneros, las importaciones de Gran Bretaña comprendían productos de ferretería, vajilla, porcelana, cuchillería y otros artículos manufacturados de bajo costo, puestos al alcance de una población considerablemente más amplia que la que había consumido bienes de origen europeo en la etapa colonial.

El avance de las importaciones tuvo un impacto geográfico desigual. En las ciudades del litoral los textiles europeos desplazaron casi completamente a la producción americana; en cambio, en los distritos rurales de la región pampeana, los tejidos de lana provenientes del interior lograron convivir con los algodones extranjeros. En el interior, la producción doméstica local o regional mantuvo a raya a los textiles importados, a los cuales dominó durante más de medio siglo. En lugares como Córdoba, Salta o Tucumán, los altos costos de transporte terrestre, incrementados como consecuencia de la inestabilidad política del período, erigieron una barrera de contención más eficaz que cualquier política proteccionista, que sólo cedió cuando la llegada del ferrocarril, en el último cuarto del siglo XIX, aceleró dramáticamente la integración del mercado.

Pese a estas limitaciones, el impacto de las importaciones sobre los patrones de consumo no puede subestimarse: las descripciones de las décadas inmediatamente posteriores a la independencia insisten en

señalar la presencia de manufacturas importadas tanto en la vestimenta como en el equipamiento hogareño de los habitantes de las zonas urbanas y rurales del litoral, y en menor medida también en el resto del país.

Importaciones de consumo popular

Gracias a la capacidad de la economía británica para producir bienes de consumo popular a precios muy bajos, auxiliada por la reducción de los costos de comercialización tanto locales como internacionales, la penetración de la producción importada fue muy veloz, y alcanzó a todos los niveles sociales. Los manufactureros británicos pronto lograron adaptar su oferta no sólo a las posibilidades de los consumidores locales sino también a sus gustos, creando productos especialmente diseñados para la región. Woodbine Parish, el representante británico en Buenos Aires, nos ha dejado un relato que, si bien exagerado, ofrece una idea de la amplia difusión de la producción importada tras la apertura comercial. A su juicio, para la década de 1830 los bienes británicos se habían "convertido en artículos de primera necesidad para las clases bajas [...] En todas partes, el gaucho se viste con ellos. Si se toma su equipo completo y se examina todo lo que tiene [...] ¿qué hay allí –excepto el cuero– que no sea británico? Si su mujer tiene un vestido [...] diez a uno que es de Manchester. El asador donde prepara su comida, los platos comunes de donde come, su cuchillo, espuelas, freno, y el poncho que lo cubre [...] todo es importado de Inglaterra". El poncho de algodón blanco que el viajero Charles Mansfield adquirió en Corrientes hacia 1850, diseñado para imitar el estilo local, había sido confeccionado en Manchester; sus espuelas criollas, en Birmingham.

Fuentes: Woodbine Parish, *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de la Plata: from their Political Discovery and Conquest by the Spaniards to the Establishment of their Political Independence, with Some Account of their Present State, Trade, Debt, etc.*, Londres, 1852, p. 363. Charles Blackford Mansfield, *Paraguay, Brazil and the Plate. Letters Written in 1852-1853*, Cambridge, 1856, pp. 289-290.

Desde la década de 1830, los bienes de origen británico perdieron participación en el total de importaciones frente a la producción proveniente de los Estados Unidos, Alemania, Francia y algunos países

mediterráneos como España e Italia. La creciente diversidad de origen de las importaciones refleja el avance de la producción industrial fuera de Gran Bretaña y también la creciente complejidad y diversificación de la demanda de consumo local, tanto en lo que se refiere a artículos sofisticados como a bienes básicos. Así, por ejemplo, mientras Francia ganó terreno en el mercado de artículos más caros (ropa fina, porcelana, perfumes y bebidas alcohólicas), los Estados Unidos se convirtieron en un importante proveedor de manufacturas más sencillas y materias primas (harina e incluso madera). Luego de un hiato provocado por las guerras de independencia, para la década de 1830 los productos de la agricultura mediterránea (vinos, licores, aceites) ya habían retornado a los puertos litorales, aunque ya no debían pasar por España.

La fiebre importadora fue en principio muy intensa y en pocos años el valor de los productos que ingresaban por el puerto de Buenos Aires estuvo cerca de duplicarse con relación a los mejores años del último período colonial: se ubicó en torno al millón de libras, equivalentes a cinco millones de pesos. Una avalancha importadora de esa magnitud, que tuvo lugar en un contexto signado por la desaparición de las exportaciones de metálico, impuso una fuerte presión sobre la balanza comercial atlántica. Aunque las estadísticas de ese período resultan muy poco confiables, diversos testimonios sugieren que, a lo largo de las décadas de 1810 y 1820, la región litoral experimentó un drenaje de metal precioso, necesario para afrontar el pago de los nuevos bienes importados. El hecho, revelador del poderoso atractivo de los bienes surgidos con la Revolución Industrial, es aún más significativo puesto que, como resultado de la pérdida del Alto Perú, el metálico se había convertido en un recurso cada vez más escaso en la región.

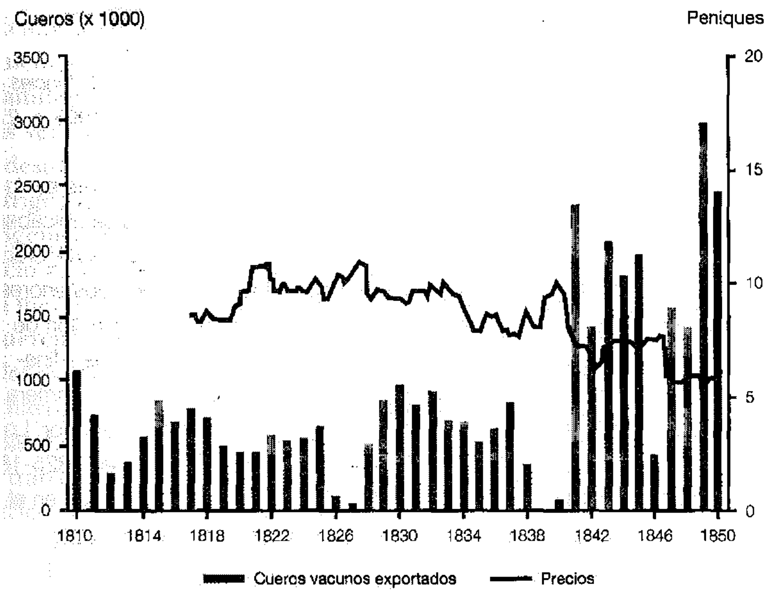
El crecimiento de la producción exportable

En el mediano plazo, el incremento de las exportaciones rurales compensó este desequilibrio. En las primeras cuatro décadas posteriores a la independencia, el valor de las ventas al exterior de productos rurales (medido en moneda de plata) se elevó por encima del 4% anual. El veloz ritmo de crecimiento de las exportaciones, notable para una economía de la primera mitad del siglo XIX, sólo comenzó a cobrar cierto impulso a comienzos de la década de 1820, cuando la guerra de

independencia fue quedando atrás y el alza de los precios ganaderos comenzó a ejercer su influjo sobre las decisiones de inversión de los productores de bienes agrarios. Sin embargo, el conflictivo escenario de la segunda mitad de la década de 1820, la gran sequía de 1829-1832 y los conflictos externos e internos durante la década de 1830 demoraron su despegue, que debió esperar hasta la década de 1840 para manifestarse en toda su plenitud.

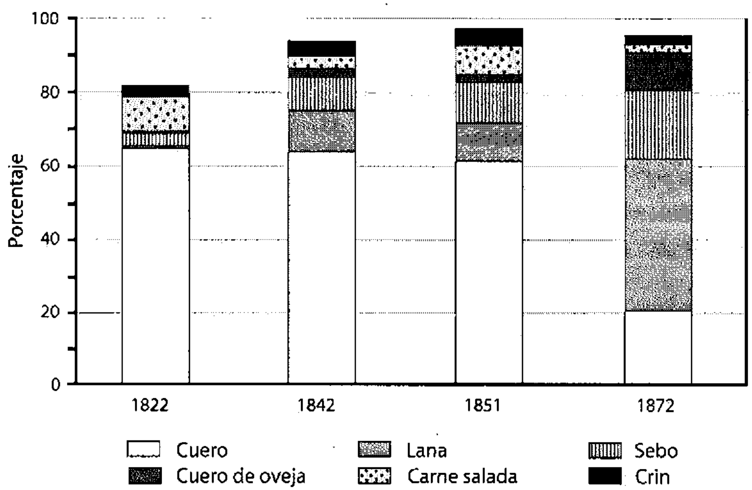
Las exportaciones después de la independencia

Cueros vacunos exportados desde Buenos Aires y precio de los cueros rioplatenses en el mercado de Londres



Fuentes: Miguel A. Rosal y Roberto Schmit, "Las exportaciones pecuarias bonaerenses y el espacio mercantil rioplatense (1768-1854)", en Raúl O. Fradkin y Juan Carlos Garavaglía, *En busca de un tiempo perdido*, Buenos Aires, Prometeo, 2004, p. 171. Tulio Halperin Donghi, "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en Torcuato S. Di Tella y Tulio Halperin Donghi, *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968, p. 30.

Principales exportaciones de Buenos Aires



Fuente: Samuel Amaral, *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 271.

Las exportaciones de cueros vacunos reflejan bien la ascendente evolución del comercio de exportación atlántico. Las ventas, que se ubicaban por encima de las 600 000 unidades anuales a fines del siglo XVIII, crecieron lentamente y con fuertes oscilaciones en los veinte años posteriores a la Revolución de Mayo; en la década de 1840 superaron el millón de ejemplares anuales, para ubicarse por encima de los 2 millones a finales de ese decenio. El clima de guerra que asoló la región en la primera mitad del siglo XIX dejó una profunda huella en el sector exportador. Los prolongados bloqueos que sufrió el puerto de Buenos Aires en 1825-1828, 1838-1840 y 1845-1848 se ven reflejados en las abruptas caídas en el volumen exportado, seguidas de alzas igualmente intensas. El primer cuadro muestra también la tendencia a la baja de las cotizaciones en el mercado de Londres, el principal destino de las ventas de cuero. Entre 1820 y 1850, el cuero vendido en este mercado perdió cerca de la mitad de su valor.
El cuero vacuno fue la nave insignia de la economía de exportación argentina durante la primera mitad del siglo XIX. Carnes saladas, sebo, crines y otros derivados contribuyeron a colocar las exportaciones vacunas por encima de los dos tercios del total de las ventas al exterior. Entre las décadas de 1810 y 1830 también tuvieron cierto peso los cueros de bagual (caballo), que volvieron a crecer a fines de este período. En la

década de 1840, la ganadería ovina cobró alguna importancia, y lana y cueros de oveja comenzaron a atenuar el predominio de los derivados del vacuno. A pesar del casi total inmovilismo tecnológico que caracterizó a este primer ciclo de expansión ganadera, el desarrollo exportador de la primera mitad del siglo fue por demás auspicioso. Distintos estudios ubican la tasa de crecimiento de las exportaciones por encima del 4% anual. Las ventas al exterior que salían hacia el Atlántico se contaron entre las más dinámicas de América Latina y se expandieron aún más rápido que las exportaciones británicas y estadounidenses de ese período.

La ganadería bonaerense, marginal en la etapa colonial, se convirtió en la principal responsable de este veloz crecimiento. Luego de 1810 desplazó a la producción pecuaria de Santa Fe, Entre Ríos y la Banda Oriental, y pasó a proveer entre dos tercios y tres cuartos de las exportaciones totales que salían hacia el Atlántico. En la etapa colonial, la producción agraria se desarrollaba, predominantemente, en empresas de reducido tamaño, en su mayor parte organizadas sobre la base del trabajo familiar. Estas explotaciones proveían los cereales, la carne, las frutas y las verduras que demandaban los mercados locales, y generaban los modestos excedentes agrícolas (mulas, cueros, y ocasionalmente algo de trigo) que se dirigían hacia los mercados extrarregionales. Durante la vigencia del orden mercantilista, el capital urbano se había mostrado reacio a ingresar en la actividad rural, en gran medida porque contaba con mejores alternativas de inversión, en primer lugar dentro del sector comercial. De hecho, sólo unos pocos capitalistas citadinos y algunas órdenes religiosas poseían intereses agrarios de cierta envergadura (en su mayoría localizados fuera de Buenos Aires, en Santa Fe, Entre Ríos o la Banda Oriental), y eran pocas las estancias que poseían una dotación de trabajadores superior a una docena de hombres. A diferencia de México, Chile o Perú –territorios clásicos de la hacienda latinoamericana–, e incluso del interior de la Argentina, la gran empresa rural se hallaba notoriamente ausente del panorama productivo de la región.

El crecimiento ganadero postindependiente se apoyó en primer lugar sobre la expansión de muchas de las explotaciones que ya operaban en el sector en tiempos coloniales o que nacieron en esas décadas al calor de la mejora relativa en los precios ganaderos. Sin embargo, el desembarco del gran capital urbano fue decisivo para acelerar y profundizar el proceso de crecimiento de la actividad pecuaria y, por sobre todas las cosas, para estimular un cambio cualitativo en la escala de las grandes empresas rurales. En muchos casos, este proceso fue impulsado

por capitalistas que vieron amenazadas sus fuentes de ingreso en el comercio o las actividades urbanas, y que se volcaron hacia la producción rural buscando mejores alternativas de inversión o fuentes de ingreso diversificadas. Como consecuencia del incremento de la rentabilidad rural, así como de la desaparición de los límites que el modesto tamaño del mercado interno había impuesto a la escala de las empresas, tras la apertura comercial desembarcaron en el campo importantes capitales de origen urbano, que sentaron las bases para la aparición de estancias de un tamaño desconocido en la era colonial. Las grandes estancias se afirmaron con mayor facilidad en los vastos territorios de frontera y desde la década de 1820 se convirtieron en la agresiva vanguardia de la sociedad criolla sobre tierras nunca antes ocupadas por los colonizadores blancos. El tamaño de estas empresas fue considerable para los parámetros de la región. Hacia finales de la década de 1830, Camarones, una de las estancias bonaerenses fundada por los hermanos Anchorena en territorio indígena a comienzos de la década de 1820, se extendía sobre unas 120 000 hectáreas y contaba con más de 400 habitantes. Una década más tarde, el complejo de estancias y saladeros entrerrianos de Justo José de Urquiza empleaba más de 400 trabajadores.

Un trabajador de la campaña bonaerense



Raymond Q. Monvoisin, *Gaucho con su caballo*, óleo sobre tela, 1842.

Este óleo, pintado en 1842 por el artista francés Monvoisin por encargo del Cónsul de Cerdeña en Buenos Aires, constituye una de las mejores obras sobre temas rurales argentinos de la primera mitad del siglo XIX. El protagonista, un gaucho de la campaña bonaerense, es retratado junto con su brioso y elegante caballo, sobre un fondo de pampa sin otra vegetación que pasto. La pintura describe a un individuo sereno y seguro de sí mismo. Este trabajador rural aparece ataviado con vestimenta abundante y en buen estado. Es probable que el poncho provenga de los telares del interior, mientras que la ropa de algodón (camisa, pañuelo, chiripá, calzoncillo) sea importada.

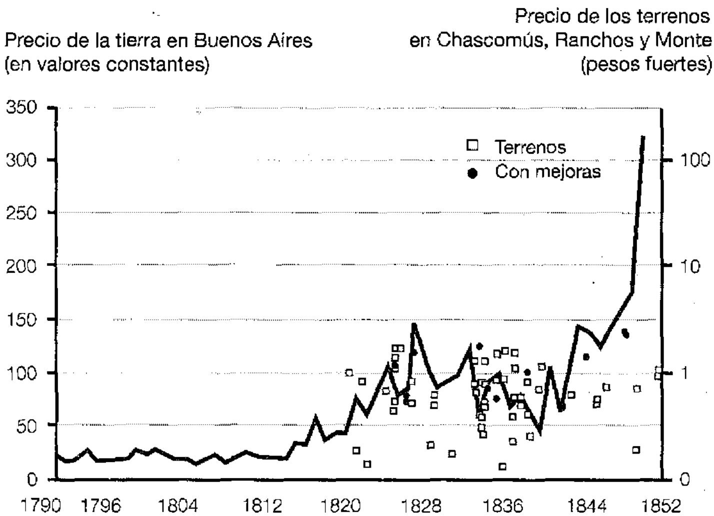
Un medio abundante en tierra y pobre en brazos

Sin embargo, la importancia de estas explotaciones no debe exagerarse. Al igual que el resto de las empresas agrarias, las grandes estancias debieron adaptarse a las restricciones que les imponía un entorno signado por la abundancia relativa de tierra y la escasez de fuerza de trabajo. Dada la importancia de estas constricciones, que operaron con fuerza variable sobre la economía agraria a lo largo de todo el siglo XIX, conviene referirse brevemente a ellas. Veamos primero el problema de la tierra. Pese al incremento demográfico y productivo que tuvo lugar en la región litoral durante la última etapa de la dominación hispana, el precio del suelo no experimentó ningún alza considerable en los cincuenta años anteriores a la independencia. Todo indica que, a lo largo de esas décadas, la disponibilidad de tierras ociosas frenó cualquier impulso alcista del precio del suelo. Tras la emancipación, el crecimiento de la economía exportadora modificó este panorama, aunque menos radicalmente de lo que podría pensarse. La escasa información disponible para los casos de Santa Fe y Entre Ríos sugiere que, en estas provincias, el precio de la tierra no sufrió aumentos significativos al menos hasta la década de 1840. En la provincia de Buenos Aires (la única para la cual poseemos datos relativamente confiables), las cotizaciones de la tierra comenzaron a registrar una suba sostenida desde mediados de la década de 1810, para alcanzar un pico entre 1827 y 1828, durante la Guerra con el Brasil, momento en el cual la inestabilidad del entorno y la inflación volvieron a la tierra especialmente atractiva como reserva de valor para comerciantes y especuladores.

A partir de entonces, sin embargo, la tendencia alcista se interrumpió, y durante más de una década las cotizaciones del suelo se ubicaron

por debajo de las alcanzadas a fines de la década de 1820. Sin duda, la expansión del territorio sometido al control de los productores blancos, que en la provincia de Buenos Aires se multiplicó tres o cuatro veces en el tercio de siglo posterior a la independencia, contribuyó a atemperar el alza de los precios. Al igual que sucedería en períodos posteriores, la oferta de tierras públicas puestas a disposición de compradores privados –que en la Buenos Aires de fines de la década de 1830 representaba algo así como un tercio de la superficie total en explotación–, y que durante largos períodos excedió los requerimientos de la producción, funcionó como un factor adicional que ayudó a poner techo al aumento de las cotizaciones del suelo. El hecho de que la oferta estatal de tierra haya sido tan considerable indica que no es posible hablar en general de un mercado de tierras en la región durante este período. Hasta mediados del siglo XIX e incluso después, la propiedad rural siguió midiéndose no en hectáreas o cuadras, sino en leguas (cada una de las cuales tenía unas 2700 hectáreas de extensión), indicio revelador acerca del muy reducido valor que se atribuía a este recurso.

El mercado de tierras



Fuentes: Juan Carlos Garavaglia, "La propiedad de la tierra en la región pampeana bonaerense: algunos aspectos de su evolución histórica (1730-1863)", en Raúl O.

Fradkin y Juan Carlos Garavaglia, *En busca de un tiempo perdido*, Buenos Aires, Prometeo, 2004, p. 92. Guillermo Banzato, *La expansión de la frontera bonaerense. Posesión y propiedad de la tierra en Chascomús, Ranchos y Monte, 1780-1880*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, p. 157.

Durante la primera mitad del siglo, la existencia de vastas extensiones sin explotar, la pervivencia de formas de apropiación del suelo distintas a la propiedad privada, el avance de la frontera sobre nuevos territorios y el peso de la oferta pública, impiden hablar de un mercado de tierras consolidado. El gráfico muestra dos estimaciones distintas sobre la evolución del precio de la tierra en la campaña que rodea a Buenos Aires, al interior del Río Salado. En este distrito, el corazón de la economía rural, se registra un número apreciable de transacciones. Las dos series presentan importantes diferencias. Una de ellas enfatiza que tras la apertura comercial el precio del suelo experimentó un incremento considerable. De todos modos, ambas coinciden en cuanto a la relativa estabilidad que signó a los precios de la tierra entre las décadas de 1820 y 1840. Entonces comienza a advertirse un alza sostenida, que continuó con mayor fuerza en el período posterior a Caseros.

La contracara de la abundancia de tierra era la escasez relativa de fuerza de trabajo. A diferencia de otras regiones del mundo americano donde existía una densa población indígena, privada de oportunidades laborales independientes, en el Río de la Plata una parte muy considerable de los escasos pobladores rurales eran productores autónomos, que podían ganarse la vida sin necesidad de recurrir al trabajo asalariado o de emplearse para otros. Desde 1810, la presión enroladora de los ejércitos y más tarde la aceleración del crecimiento en el sector exportador afectaron la ya de por sí reducida oferta de trabajo característica de la economía litoral, tornando aún más acuciante la falta de brazos. Además, en esos mismos años el trabajo esclavo, de considerable relevancia durante el período colonial (recordemos que muchos trabajadores rurales, tanto en la agricultura como en la ganadería, tenían estatuto servil) estaba perdiendo importancia debido a la libertad de vientres decretada por la Asamblea del Año XIII y a la progresiva erradicación de la trata atlántica por parte de los barcos de la marina británica. En alguna medida, la migración de hombres desde el interior, iniciada durante el período colonial y desorganizada, aunque no detenida, por las guerras de independencia, contribuyó a morigerar el problema, si bien no a resolverlo. Tras la emancipación, la falta de brazos se hizo sentir con particular

intensidad precisamente cuando se angostaban las fuentes de energía humana con que el orden colonial había atendido los requerimientos de fuerza de trabajo de la región. En un contexto caracterizado por la estabilidad tecnológica y la baratura de la tierra, la falta de trabajadores sin duda constriñó la expansión de la producción rural.

Por tanto, no sorprende que los empresarios se quejaran repetidamente de la escasez de la fuerza de trabajo, los altos niveles salariales y la indisciplina de los peones y jornaleros, y que abogaran por la sanción de una legislación destinada a recortar la autonomía laboral y la movilidad física de los paisanos de la campaña. Al reclamar el apoyo del estado para disciplinar a los trabajadores y reducir las remuneraciones, los propietarios también reaccionaban contra algunas consecuencias del clima de movilización popular abierto por la independencia y acentuado por las guerras civiles que, al transformar a los hombres de súbditos en ciudadanos, contribuyó a erosionar las jerarquías sociales y la disciplina laboral heredadas de la colonia. El hecho mismo de que, luego de 1810, los paisanos ocupasen un lugar de mayor centralidad en una comunidad política definida como una república de iguales, impuso límites a la presión estatal, orientándola hacia los sectores más débiles del mundo popular, en particular, hacia los migrantes del interior y los peones itinerantes, los más desprovistos de protectores influyentes o de una red de parientes que les permitiera esquivar la coacción reclutadora. Ellos sintieron sobre sus espaldas la presión de una dura legislación represiva, expresada a través de instrumentos disciplinadores como la papeleta de conchabo, que negaba a los pobres de la campaña el derecho a desplazarse libremente y los forzaba a emplearse.

La reiteración de los lamentos a través de los cuales los empresarios y los encargados del orden invocaban la necesidad de recortar la libertad de los sectores populares sugieren, sin embargo, que la coacción por sí sola no lograba generar una oferta de trabajadores barata y confiable, capaz de satisfacer las demandas de los empleadores. Aun cuando los estancieros y otros grandes empleadores podían contar con algún respaldo del poder público, la abundancia de tierras y la escasez de brazos favorecían objetivamente la independencia laboral de los menos poderosos, que pudieron sacar ventaja de las oportunidades que ofrecía un escenario de crecimiento económico y aumento de la demanda de trabajo. En consecuencia, y de modo aún más acusado que durante el período colonial, los empleadores no tuvieron más remedio que recurrir a incentivos materiales capaces de atraer a trabajadores que contaban con otras opciones para ganarse la vida.

Un propietario rural



Adolphe D'Hastrel, *Estanciero, gaucho propietario*, litografía coloreada, c. 1840.

Este dibujo fue realizado por Adolphe D'Hastrel, un marino francés que estuvo apostado en el Río de la Plata entre 1839 y 1840. La pintura retrata a Gervasio Posadas, un estanciero antirrosista. Una comparación con el *Gaucho con su caballo,* óleo pintado hacia la misma fecha (reproducido en página 42), pone de relieve la relativa uniformidad del código de vestimenta rural de las décadas posteriores a la independencia. Este estanciero viste prendas más elaboradas que el gaucho retratado por Monvolsin, pero usa chiripá, calzoncillo y botas de potro como los hombres del común. "Los propietarios de campos [...] que prefieren conservar las costumbres del país [...] viven de idéntica manera a los peones", señala el inglés William Mac Cann en su descripción de este patrón de relativa igualdad en las pautas de comportamiento y consumo de los habitantes de la campaña de la era rosista (William Mac Cann, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, p. 118).

Bloqueado el camino que apuntaba a un incremento de la coerción laboral, en la era independiente comenzó a cobrar forma un mercado de trabajo rural más desarrollado que el existente en las tierras del litoral durante los tiempos de la monarquía. Al calor de la renovada demanda de trabajo generada por la expansión del sector exportador, las relaciones salariales se expandieron gradualmente. No obstante, el avance de las relaciones mercantiles no condujo a una proletarización plena. Muchos hombres no se empleaban de modo permanente sino que entraban y salían del mercado laboral a su antojo, en parte porque la disciplina del trabajo regular les era ajena, en parte porque durante este período continuaron abiertas otras alternativas que les permitían ganarse la vida como actores económicos independientes. Ese margen de autonomía laboral de las clases subalternas contribuye a explicar la ausencia de resistencia popular al avance de la economía de mercado. Antes que oponerse al desarrollo de las relaciones salariales, los sectores populares fueron parte activa de la construcción de una economía más mercantilizada, que poco a poco los fue obligando a trabajar más regularmente y quizás con mayor intensidad, pero de la cual también esperaban obtener otros beneficios, como salarios más altos y más y mejores bienes de consumo.

Las oportunidades de una economía en expansión marcada por la escasez de fuerza de trabajo y las altas remuneraciones no sólo tuvieron influencia sobre los habitantes de la pampa. También crearon incentivos para el desplazamiento de trabajadores desde otras regiones. La migración desde el interior hacia el litoral, ya muy perceptible en el siglo XVIII, también en este período constituyó un importante canal de incorporación de trabajadores a la economía rural pampeana. Pues si las guerras de independencia y luego las civiles desorganizaron el flujo de hombres, el desplazamiento de grandes ejércitos sobre el territorio también contribuyó a estimular la experiencia del viaje y la migración, sumando nuevos incentivos para expandir los horizontes laborales de los hombres del interior. Desde la década de 1830, cuando los conflictos civiles comenzaron a quedar atrás, la inmigración europea (principalmente gallegos y algo más tarde irlandeses) renació y se expandió, sobre todo en Buenos Aires. La migración contribuye a explicar el veloz crecimiento demográfico de los distritos rurales más dinámicos durante la primera mitad del siglo XIX, que en muchos casos registraron tasas de incremento por encima del 3% anual.

Agricultura y ganadería

Carecemos de información confiable acerca de la evolución de los salarios luego de la independencia. Sin embargo, las escasas evidencias existentes señalan un incremento de las remuneraciones y coinciden con la situación del mercado de trabajo descripta hasta aquí. Este fenómeno tuvo incidencia directa sobre la orientación productiva de la región. En un contexto signado por la apertura comercial y la convergencia de los precios locales e internacionales para los productos exportables e importables (los denominados "bienes transables"), los elevados niveles salariales que se registraban en la región litoral contribuyeron a dirigir los esfuerzos de los productores más estrechamente vinculados con el mercado hacia las actividades menos dependientes del empleo intensivo de mano de obra.

Durante la era mercantilista, cuando el mercado atlántico ejercía una influencia modesta e indirecta sobre el uso de los recursos agrarios, el cultivo de granos y la cría de ganado habían crecido codo a codo, aun cuando sólo esta última había logrado generar saldos exportables con alguna regularidad. Tras la apertura comercial, las cotizaciones del ganado mejoraron sustantivamente respecto de los precios del trigo; en consecuencia, la ganadería comenzó a absorber capitales, tierras y brazos antes destinados al cultivo de granos. La agricultura cerealera, hasta entonces una actividad típicamente familiar, perdió peso relativo a favor de la ganadería. Desde fines de la década de 1820, la declinación de la agricultura del cereal se profundizó como consecuencia del arribo de la harina estadounidense, más barata que la producida en el ámbito local. Desde entonces, las ciudades del litoral se convirtieron en consumidoras regulares de harina importada, cuya presencia complementaba la producción local y a la vez les ponía techo a los precios del trigo. Los altos costos de transporte terrestre acotaron el radio de impacto de la harina importada, permitiendo la supervivencia de la agricultura del trigo en muchos distritos de la pampa, aunque sólo en pequeña escala. El reingreso pleno de la agricultura granífera en la economía argentina debería esperar hasta fines del siglo XIX, cuando la inmigración masiva, la innovación tecnológica en el proceso de producción y la disminución de los costos de transporte internacional la tornaran económicamente viable tanto para el consumo local o nacional como para la exportación.

Mientras el cultivo de granos perdía relevancia en las campañas litorales, la producción ganadera se convertía en el principal impulsor

del desarrollo de la economía regional. La cría de ganado con el fin de obtener cueros y otros subproductos (tasajo, sebo, astas, crin) se adaptaba muy bien a las particulares condiciones imperantes en la pampa en esas décadas: requería poca fuerza de trabajo y todavía menos inversión de capital en infraestructura, podía desarrollarse con desembolsos iniciales muy reducidos, incluso sobre tierras nunca antes explotadas, y contaba con una demanda externa cuyos precios, aunque declinantes en el largo plazo, alcanzaban para tornarla muy rentable.

Estudios recientes muestran cómo la estructura de capital de las empresas rurales del período refleja este proceso de especialización en la producción ganadera. Si bien la información más confiable se refiere a estancias situadas en la provincia de Buenos Aires, los rasgos más característicos de estos establecimientos pueden extenderse a otras empresas agrarias medianas y grandes del litoral. La principal inversión, que solía abarcar más de la mitad del valor total de las estancias bonaerenses y que a veces crecía hasta cerca de los dos tercios, estaba representada por vacunos criollos. Estos rústicos animales de largos cuernos y carne magra proveían un cuero grueso y resistente que se adaptaba muy bien a los requerimientos de los mercados nordatlánticos. El elevadísimo porcentaje de la inversión total representado por ese ganado, más que el elevado valor unitario de estos animales, pone de relieve la extrema modestia de las erogaciones en los restantes rubros de inversión. De hecho, la tierra, segundo rubro de inversión, sólo en algunos casos superaba el 30% del valor total de una empresa, y en muchas estancias de frontera este porcentaje no llegaba al 10%. En esa ganadería tan primitiva, con escasos alicientes para el cambio tecnológico, las gastos en mejoras y equipamiento (viviendas, corrales, jagüeles, herramientas) eran también muy reducidos, pues rara vez superaban el 10% del valor de las empresas.

Vistas desde una perspectiva cualitativa, las estancias del período aparecen marcadas por un acusado primitivismo tecnológico, cuya expresión más notable fue quizás el hecho de que las explotaciones carecieran de cercos capaces de limitar el movimiento de los animales, definir con mayor precisión los confines de las propiedades o posibilitar la mejora del rodeo. En este punto, las principales diferencias respecto de las estancias coloniales se refieren a la gradual desaparición de los esclavos (que podían representar hasta un 20% del valor de las empresas de la era borbónica) y a la ausencia cada vez más notoria de implementos de labranza, consecuencia a su vez de la pérdida de peso de la agricultura, particularmente en las explotaciones más alejadas de los principa-

les mercados urbanos. Desde el punto de vista de las erogaciones corrientes, las cuentas de administración que han llegado hasta nosotros revelan que las remuneraciones al personal asalariado constituían el principal ítem de los gastos de funcionamiento de una estancia. La elevada incidencia de las erogaciones en fuerza de trabajo solía dar lugar a estrategias de captación que combinaban trabajo permanente y contrataciones temporarias, sobre todo en los momentos de mayor actividad. En síntesis, estos elementos muestran un panorama caracterizado por la aparición de estancias de una escala desconocida en la era colonial y por la creciente especialización de estas empresas en la cría de un tipo de ganado muy primitivo, realizada en grandes espacios abiertos con una tecnología sencilla y con muy poca fuerza de trabajo.

Algo más que grandes estancias

El avance de la gran estancia fue sólo un aspecto del proceso general de crecimiento del sector exportador. La expansión de la ganadería tuvo lugar en un marco signado por la multiplicación del tipo y el número de empresas agrarias que operaban en la región. De hecho, las mismas condiciones que hicieron posible el avance de la gran propiedad permitieron la supervivencia e incluso la expansión de un amplio sector de pequeñas y medianas explotaciones ganaderas, que favoreció en particular a aquellas que se hallaban en condiciones de movilizar fuerza de trabajo familiar. Tras la independencia, la reorientación productiva, en lugar de arrasar con los pequeños agricultores de la era colonial, forzó (o estimuló) a muchos de ellos a volcarse más decididamente hacia la cría de ganado mayor. En un escenario signado por la abundancia de tierra, la escasez de brazos y el inmovilismo tecnológico, los mismos determinantes que favorecieron el crecimiento de las estancias de gran tamaño incrementaron la demanda de fuerza de trabajo y, por tanto, el poder de negociación de los sectores subalternos del mundo rural. Dado que, al menos desde el punto de vista de las características del proceso productivo, las explotaciones de gran tamaño no parecen haber sido mucho más eficientes que las pequeñas (pues la primitiva tecnología ganadera de la época, por definición reacia a la innovación, era relativamente indiferente a las economías de escala), los campesinos y los pequeños ganaderos que contaban con la ayuda de sus hijos, amigos o parientes podían compensar con algún esfuerzo laboral extra sus mayores dificultades para acceder al

crédito, a las redes de comercialización de la producción o a la propiedad legal de la tierra.

En este sentido, las interpretaciones que señalan que la concentración del suelo en pocas manos constituye el rasgo más distintivo de ese momento inicial del crecimiento exportador no siempre tienen en cuenta que la tierra seguía siendo más abundante que la energía humana necesaria para explotarla. Los derechos sobre la tierra, en particular la propiedad privada del suelo, estuvieron bastante más concentrados que las posibilidades de acceder a su uso productivo. Sin duda, las oportunidades de acceso a la propiedad absoluta de la tierra no eran ajenas a ciertos condicionantes sociales, debido a que la sanción estatal de derechos de propiedad implicaba erogaciones y suponía destrezas judiciales que no siempre estaban al alcance de los paisanos de la campaña, y a que el traspaso de tierras estatales al dominio privado rara vez reconoció a los pequeños productores como potenciales compradores. Además, existía una antigua tradición de posesión sin títulos perfectos, pero que el estado reconocía como válidos. Por otra parte, incluso si no alcanzaban el estatus de propietarios absolutos de una porción del territorio, los habitantes de la campaña poseían otros recursos tanto o más valiosos –destrezas laborales, ayuda familiar, animales– con los que participaban activamente en la cría de ganado, muchas veces como productores autónomos. Estos emprendimientos se desarrollaron tanto fuera como dentro de las grandes estancias. Incluso terratenientes muy prominentes, como los hermanos Anchorena o Juan Manuel de Rosas, conscientes de sus limitaciones para explotar las vastas extensiones de las cuales eran propietarios, entablaron relaciones de asociación –arrendamiento, aparcería o incluso mera concesión de derechos de ocupación sin mayores contraprestaciones– con productores independientes, a los que cedían algo de tierra a cambio de una participación en los beneficios de la cría de ganado. Las oportunidades que ofrecía la producción independiente, abiertas a amplios segmentos del mundo subalterno, constituyeron un fuerte impedimento al proceso de proletarización de la fuerza de trabajo.

El peso relativo de estas pequeñas empresas no resulta sencillo de evaluar, ya que las fuentes del período captan mal a los productores más chicos, o a los que trabajaban en tierras arrendadas u ocupadas de modo precario. Sin embargo, existen datos que ponen de relieve la relevancia de la explotación independiente: según estimaciones basadas en fuentes de origen fiscal, hacia finales de la década de 1830, cerca de la mitad de las familias de la campaña bonaerense se hallaba al frente

de sus propias explotaciones, aun si alguna de ellas complementaba sus ingresos mediante el empleo asalariado (muchas veces parcial o temporario) de algunos de sus integrantes. La información del censo del estado de Buenos Aires realizado en 1854 confirma este cuadro. Cuando el avance de la gran propiedad llevaba ya más de tres décadas, las empresas familiares, base de una suerte de clase media rural, eran las unidades de producción más numerosas de la primera provincia ganadera del país. Para entonces, al menos uno de cada cuatro varones adultos de la campaña se hallaba al frente de una explotación agrícola o ganadera en el territorio que constituía el núcleo central de la economía de exportación de la Argentina.

El debate sobre las consecuencias económicas de la apertura comercial

Las consecuencias económicas de la apertura comercial han sido objeto de intenso debate entre los historiadores de la primera mitad del siglo XIX. Entre las posiciones más difundidas se encuentra la del revisionismo histórico. La influencia de esta corriente de interpretación ha sido considerable; en gran medida, el sentido común histórico de los argentinos de la segunda mitad del siglo XX lleva su marca. Según esta perspectiva, el librecambio tuvo un impacto negativo sobre las posibilidades de desarrollo económico de la Argentina. El arribo masivo de manufacturas procedentes de Gran Bretaña, la principal potencia industrial del período, destruyó la incipiente actividad manufacturera nativa y empobreció a la población, sobre todo en el interior, y a la postre condenó a la Argentina a convertirse en una colonia agraria de los países industrializados. La apertura al comercio atlántico supuso un retroceso en el camino del desarrollo, y sólo sirvió para favorecer los intereses británicos y a sus socios locales, los terratenientes exportadores.

La perspectiva revisionista se forjó en el período de contracción del comercio internacional que sucedió a la crisis de 1930, y terminó de conformarse en las décadas de apogeo de los programas de industrialización por sustitución de importaciones del tercer cuarto del siglo XX. Trasladando problemáticas de este período a la primera mitad del siglo XIX, los revisionistas argumentaron que la Argentina independiente debería haber promovido el crecimiento industrial a través de políticas proteccionistas. Esta afirmación resulta problemática, ya que en el siglo XIX no existe ningún ejemplo de un país de la periferia que haya desa-

rrollado su industria o incrementado su ingreso per cápita acentuando su autarquía económica. Convencidos de que en la historia sólo hay un camino que conduce al desarrollo (el que tiene por eje el crecimiento del sector manufacturero), los revisionistas no lograron advertir que su receta de industrialización protegida se adecuaba mal a las peculiaridades de la economía argentina, pobre en capital y recursos humanos y abundante en tierra. Diversos estudios han demostrado que sus argumentos sobre el impacto negativo de la apertura sobre la manufactura del interior resultan inconsistentes, ya que hasta la llegada del ferrocarril los elevados costos de transporte interno erigieron una barrera natural contra las importaciones europeas.
Los revisionistas tampoco lograron percibir las considerables ventajas que, una vez superados los costos económicos de la guerra de emancipación, alcanzó la región litoral gracias a la apertura al comercio atlántico. La Argentina litoral fue una de las regiones de América Latina de más rápido crecimiento en la primera mitad del siglo XIX, y una de las pocas en las que la expansión económica se acompañó de un incremento en el bienestar popular. El alza de las remuneraciones y la creación de numerosas empresas familiares permitieron que las clases populares también participaran de los beneficios del crecimiento exportador. Todo ello contribuye a explicar el amplio consenso social que rodeó a la política de integración en la economía mundial. Impuesta por las circunstancias y reforzada por una amplia base social más que por la acción de elites egoístas e intereses extranjeros, los beneficios de la apertura comercial en términos de crecimiento y equidad excedieron largamente sus costos.

El estado, las finanzas públicas y el crecimiento exportador

¿En qué marco institucional se desarrolló el sector exportador y, en general, la actividad económica en el territorio de la nueva república? ¿De qué manera la acción del estado incidió en su desenvolvimiento? Tras la apertura al comercio atlántico, los objetivos estratégicos del estado en relación con el sector rural pampeano cambiaron radicalmente respecto a etapas previas. Hasta entonces, la administración colonial había priorizado la economía minera, principalmente porque ella constituía la gran justificación de la presencia española en América y la base sobre la que se erigía el fisco colonial. Un conjunto de tributos que gravaba la circulación mercantil ofrecía algunos ingresos adicionales, aunque en

el Río de la Plata éstos ocupaban un lugar secundario respecto de los devengados por la economía minera.

La producción agropecuaria contribuía poco al tesoro real, por lo que no sorprende que las autoridades coloniales no manifestaran mayor interés en fiscalizarla. Muchas veces, las principales preocupaciones de los funcionarios respondían a motivaciones de otra índole, vinculadas de manera directa con cuestiones de orden público y seguridad. Así, por ejemplo, las corporaciones municipales solían intervenir para asegurar la provisión regular de cereal para el consumo urbano, en primer lugar porque la escasez (o el fuerte incremento de los precios) del grano podía dar lugar a un hondo malestar popular. Ello explica que la administración colonial favoreciese la radicación de agricultores en las inmediaciones de las ciudades, pues ello servía para asegurar una oferta local de granos relativamente estable.

Las iniciativas agrícolas del estado en distritos alejados de los centros urbanos también solían obedecer a razones más políticas que económicas. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, los Borbones buscaron acrecentar su control sobre las fronteras del imperio. En el Río de la Plata, promovieron la radicación de familias de agricultores en aquellos distritos donde la presión de la población indígena no sometida o de los súbditos del rey de Portugal se hacía sentir con más fuerza. No obstante, estas iniciativas rara vez tuvieron éxito, por lo que el poblamiento de la campaña litoral dependió de la acción espontánea de labradores y ganaderos, muchas veces asentados como simples ocupantes de tierras sobre las que carecían de derechos absolutos, pero que ningún actor económico de peso estaba interesado en reclamar. En este contexto, la definición de un régimen de propiedad capaz de poner orden en el complejo universo de criterios a partir del cual los productores accedían al uso del suelo no constituía una prioridad para los funcionarios reales.

Este cuadro se alteró con la emancipación y la apertura al comercio atlántico. Luego de 1810, el fisco sintió duramente el impacto de la revolución de independencia y la fragmentación del virreinato, que acarrearon la pérdida de sus recursos mineros. Los ingresos del tesoro se contrajeron de manera abrupta precisamente cuando la necesidad de movilizar grandes ejércitos los volvía más urgentes. Desaparecidos los impuestos provenientes de la minería e interrumpida la circulación mercantil a distancia, la producción agraria se perfiló como la única alternativa capaz de reorganizar la economía y la fiscalidad de la nueva república. Desde la década de 1810, las finanzas públicas dependieron

cada vez más de los impuestos a la importación, cuyo volumen, en una economía abierta sin fuentes propias de metal precioso, era una función del valor de las compras y ventas al exterior.

Así, pues, desde 1810 se estableció una íntima relación, destinada a perdurar más allá del siglo XIX, entre finanzas estatales y expansión del comercio atlántico: para pagar los sueldos del ejército y la administración era necesario mover la rueda del intercambio externo, fomentando a la vez las importaciones y las exportaciones. Durante la primera década revolucionaria, la elite política porteña que pretendía heredar la autoridad de los virreyes recurrió a préstamos y contribuciones, muchas veces obtenidos a la fuerza. En la década de 1820, el gobierno intentó diversificar sus fuentes de ingreso introduciendo un impuesto al capital, conocido con el nombre de "contribución directa". Sin embargo, estas iniciativas rindieron magros frutos y confirmaron en definitiva que las finanzas públicas sólo podían asentarse sobre la base de la recaudación aduanera. Cuando ésta se contrajo, como sucedió durante los bloqueos al puerto de Buenos Aires de 1826-1828, 1838-1840 y 1845-1848, las autoridades recurrieron a la emisión de papel moneda sin respaldo metálico, lo que convirtió al país en un caso pionero en materia de alta inflación. Por fortuna para los gobernantes de Buenos Aires, más allá de esos momentos de crisis, la espasmódica aunque sostenida expansión del sector exportador le otorgó una considerable fortaleza a las finanzas porteñas.

En consecuencia, no puede resultar extraño que todos los gobernantes republicanos, cualquiera fuese su signo ideológico, buscaran generar un clima propicio para el crecimiento del sector exportador, al que veían cada vez más no sólo como el motor de la economía argentina sino también, y por sobre todas las cosas, como la principal fuente de recursos del edificio estatal. De Rivadavia a Rosas, todas las administraciones comprometieron recursos para extender el dominio de los colonizadores blancos y pacificar la frontera, para sancionar y asegurar los derechos de propiedad sobre el ganado y el suelo, para asegurar el orden en la campaña y, finalmente, para devolver a la disciplina del trabajo a los segmentos de las clases populares rurales movilizados y politizados por la revolución. Muchas de estas iniciativas favorecieron objetivamente el desarrollo de la gran propiedad. Entre ellas se destacan las referidas a la expansión militar sobre tierras indígenas ocurrida en las décadas de 1820 y 1830. En la provincia de Buenos Aires, el avance de la frontera dio lugar a la constitución de extensos dominios que, ya fuese a través del arrendamiento (la llamada "enfiteusis") o las ventas

de tierras públicas, contribuyeron ostensiblemente a la concentración de la propiedad del suelo (aunque, como ya hemos señalado, no siempre del uso) en pocas manos.

Sin embargo, a lo largo de este período el orden político nunca alcanzó a convertirse en un mero auxiliar del avance de la economía de exportación. El permanente clima de guerra en la región y las reiteradas dificultades en el ámbito de las finanzas públicas llevaron una y otra vez a los gobernantes a adoptar conductas arbitrarias, que incluyeron persecuciones políticas, confiscaciones y expropiaciones. Ello minó los derechos de propiedad y desalentó la inversión de largo plazo y la toma de riesgo empresario. En ese marco, muchos de los esfuerzos destinados a crear las instituciones que promueven el desarrollo de la economía capitalista –banca, crédito, moneda, derechos de propiedad absolutos, etc.– fracasaron. Una vez caído el gobierno central en 1820, lo que luego sería el territorio argentino terminó dividido en una Confederación de catorce provincias, cada una de las cuales mantenía sus propias administraciones y cuerpos de gobierno, y que en algunos casos también aspiraban a ejercer soberanía como estados independientes. Para sostenerse, los estados de esta Confederación establecieron su propio sistema de impuestos (destinados a gravar, en primer lugar, los bienes que atravesaban sus fronteras) e incluso, a veces, su propia moneda. Muchas de estas administraciones se vieron signadas por una fragilidad extrema; en rigor, sólo Buenos Aires logró dotarse de una base fiscal consistente.

La superioridad de la primera provincia de la Confederación se asentaba sobre la pujanza de su sector exportador y el mayor grado de mercantilización de su economía, pero también sobre la explotación fiscal de los demás estados. Gracias al control sobre las rentas de aduana, asegurado merced a su lugar de paso obligado del comercio de importación que ingresaba por el Atlántico (incluso el destinado a los demás estados litorales o interiores), Buenos Aires desarrolló una capacidad para cobrar impuestos muy superior al tamaño relativo de su economía. La contracara de este proceso fue, en alguna medida, la debilidad de los restantes estados de la Confederación.

En síntesis, cuando hablamos de estados provinciales en las primeras décadas posteriores a la independencia nos referimos, salvo en el caso de Buenos Aires, a estructuras políticas extremadamente endebles, cuya capacidad para ofrecer bienes públicos (seguridad, justicia, educación) resultaba muy reducida. Aun cuando algunas de estas provincias intentaron sentar las bases de un orden institucional que favoreciese

el crecimiento económico, es dudoso que tuvieran las capacidades necesarias para ello. No parece exagerado afirmar que la inestabilidad institucional crónica de este período se debió más a la fragilidad de las estructuras estatales que a la acción de los liderazgos caudillísticos surgidos tras la crisis del orden colonial.

Una federación sin federalismo fiscal

Provincia	Ingresos fiscales (en pesos fuertes)	Población	Ingresos fiscales por habitante
Buenos Aires	1 965 347 (1841)	153 576 (1838)	13,0
Entre Ríos	102 807 (1838)	47 671 (1848)	2,5
Corrientes	101 442 (1841)	61 782 (1841)	1,6
Santa Fe	60 238 (1841)	41 261 (1858)	1,7
Córdoba	139 551 (1841)	102 248 (1839)	1,4
Tucumán	25 526 (1838)	57 876 (1846)	0,5
Jujuy	14 173 (1840)	30 000 (est.) (1851)	0,5

Fuente: Juan Carlos Garavaglia, "Guerra y finanzas un cuarto de siglo después", introducción a Tulio Halperin Donghi, *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 10-11.

El cuadro muestra la diferencia abismal entre los presupuestos de los principales estados de la Confederación Argentina hacia 1840. El presupuesto de Buenos Aires es catorce veces más grande que el de Córdoba, y veinte veces mayor que el de Entre Ríos o Corrientes. Es fácil advertir que la capacidad de las provincias para extraer recursos de la sociedad no guarda relación directa con las diferencias en el tamaño relativo del sector mercantil de las economías sobre las que se asentaban, ni con el tamaño relativo de la población de cada provincia. A comienzos de la década de 1840, el volumen del sector mercantil de la economía de Buenos Aires debía ser, al menos, similar al de todas las otras provincias reunidas. El dinamismo económico bonaerense resulta notable ya que este distrito comprendía menos de un cuarto de la población total de la Confedera-

ción. Sin embargo, la traducción fiscal de este desequilibrio económico era aún más pronunciada. Con ingresos anuales cercanos a los 2 millones de pesos plata, Buenos Aires recaudaba más del triple que las restantes trece provincias reunidas.

Si tomamos como unidad de medida los ingresos fiscales por habitante, las diferencias en el poder de extracción estatal entre Buenos Aires y los restantes estados provinciales resultan aún más considerables. El presupuesto por habitante de Buenos Aires, que rondaba los 13 pesos fuertes, era superior al de Córdoba (distrito con el segundo presupuesto de la Confederación) por un margen de 10 a 1. Entre Ríos, la segunda economía ganadera de la Argentina, era la única provincia que podía obtener más de 2 pesos por habitante, esto es, apenas un 20% de lo que lograba extraer Buenos Aires. Las restantes provincias de la Confederación debieron contentarse con ingresos que no alcanzaban la quinta parte de los que recaudaba Buenos Aires por habitante.

En este panorama, pues, el caso de Buenos Aires amerita una consideración particular. Luego de la crisis del virreinato, el estado que tenía su centro en la ciudad de Buenos Aires no sólo consiguió sobrevivir a la pérdida de los ingresos que recibía de su colonia fiscal altoperuana, sino que se dotó de una base fiscal sólida y fácil de controlar. Gracias a ella, logró erigir un estado de importantes dimensiones, cuya reproducción institucional insumía el equivalente a dos tercios del valor de las exportaciones totales de la provincia y que, medido en términos de erogaciones per cápita, era similar al de Gran Bretaña, principal potencia económica y militar de la era postnapoleónica. En gran medida, el hecho de que Buenos Aires fuera el gran protagonista de la vida política del período que se extiende de Mayo a Caseros no puede ser comprendido si no es en referencia a su indudable primacía fiscal.

Sólo una modesta porción de estos recursos fue destinada a iniciativas que interesaban a las elites económicas, o que, de modo más general, contribuían a construir instituciones capaces de promover la expansión de la economía de mercado. Ya desde la fractura del orden colonial cobró envergadura un conjunto de condicionantes políticos que conspiró contra las posibilidades de impulsar un programa de modernización de las instituciones económicas capaz de promover el desarrollo agrario, atenuar la escasez de capital o estimular la diversificación productiva y la expansión de la economía de mercado. Los intentos realizados en esta dirección por parte de los grupos gobernantes, por ejemplo los impulsados por Rivadavia en la década de 1820 (que incluyeron la crea-

ción de un banco y una moneda fiduciaria, así como también iniciativas de colonización agrícola con inmigrantes europeos, o de elevación de la calidad de las prácticas agronómicas locales), no lograron sobrevivir en un escenario signado por la crisis política y la movilización popular y guerrera.

A diferencia del estado monárquico que lo precedió, el orden republicano fundó su legitimidad en la soberanía popular y debió reclamar la obediencia de una sociedad que había sido agitada intensamente, primero por las guerras de independencia y más tarde por las guerras civiles e internacionales. Obligado a concitar la adhesión de sectores populares hasta entonces excluidos de toda injerencia en la vida pública, pero que gracias al proceso de militarización y politización desatado con la Revolución habían acrecentado su importancia en la escena política, en numerosas ocasiones el estado republicano no tuvo más remedio que tomar distancia de los proyectos de reforma institucional favorecidos por los grupos económicamente dominantes y cortejar más directamente a los populares. Estos motivos, sumados al peso del conflicto en la región, contribuyeron a que también en Buenos Aires las instituciones económicas estuviesen signadas por una notoria debilidad.

La consagración de Juan Manuel de Rosas como la principal figura política del período refleja con claridad el cambio en la base social del estado y, consecuentemente, en el tipo de proyectos que este último promovió. Rosas alcanzó el gobierno gracias a la intensa agitación popular de los años 1828 y 1829. Aunque con intensidad y autonomía decrecientes, la movilización popular signó sus dos décadas en el poder. Los aliados más sólidos del régimen que gobernó a la Confederación con mano de hierro no surgieron de las elites. En los distritos rurales de Buenos Aires, por ejemplo, sus principales puntos de apoyo fueron los sectores medios, no los terratenientes ausentistas o sus agentes. Jueces de paz, comandantes de campaña y alcaldes fueron reclutados entre residentes de cierto arraigo en la localidad, habitualmente entre vecinos dotados de algún grado de prestigio y autoridad personal, además de claras afinidades políticas. No es casual que uno de los mayores desafíos que Rosas debió enfrentar en el crítico año de 1839 proviniese de una sublevación surgida del riñón de los grandes estancieros de la campaña, levantados en armas contra un régimen que con toda razón juzgaban más interesado en hacer la guerra a sus enemigos que en custodiar los intereses de la elite terrateniente o de los grandes mercaderes. Una vez derrotados, sus bienes fueron expropiados y en muchos casos terminaron en manos de miembros de las clases populares.

La manera en que el estado posrevolucionario hizo uso de sus ingresos resulta reveladora de sus prioridades políticas. Al menos hasta la mitad del siglo, y de modo aún más contundente que su antecesor monárquico, el estado republicano vivió para la guerra. Los proyectos de crear instituciones económicas que desarrollaran el crédito, favorecieran la inversión de capital o aseguraran los derechos de propiedad debieron subordinarse a los imperativos bélicos, como lo pone de relieve el hecho de que, durante casi todo este período, no menos de tres cuartas partes de las erogaciones del estado se asignaran al armamento de sus tropas. Durante algunos períodos, incluso, las partidas destinadas a educación literalmente desaparecieron del presupuesto. Erogaciones militares de esta envergadura resultan frecuentes en los estados de la primera mitad del siglo XIX, que en general empleaban un porcentaje muy reducido de sus rentas para realizar obras de infraestructura o mejorar las competencias educativas y el bienestar de sus súbditos.

En este caso, sin embargo, no se trataba sólo de gasto. La vocación guerrera de las elites gobernantes rioplatenses tuvo una enorme incidencia sobre el tiempo y la vida de sus súbditos: arrancó a muchos de ellos del seno de sus familias y de la vida productiva, ejerciendo presión sobre una fuerza de trabajo ya de por sí escasa. Algunas estimaciones sugieren que, hacia fines de la década de 1830, uno de cada cuatro hombres adultos de la provincia de Buenos Aires había sido sustraído de la producción y se hallaba sirviendo en el ejército rosista. En Entre Ríos, segundo estado guerrero de la Confederación, la subordinación de la energía humana al esfuerzo bélico alcanzó en algunos períodos proporciones aún más considerables. En esa provincia, que hacia mediados de siglo se había convertido en una poderosa máquina de guerra, más de la mitad de los hombres mayores de 14 años servían en el ejército. La movilización de estos vastos contingentes sólo fue posible en el marco de un régimen que ofreció importantes retribuciones a los hombres movilizados y a las mujeres, hijos y parientes que éstos dejaban atrás al marchar al frente de batalla: concedió derechos políticos, pero también bienes, ganado, alimentos, leña y, a veces, uso de tierras. Como en ningún otro momento del siglo XIX, y en medio de profundos y prolongados conflictos, el estado tomó distancia de las demandas de orden y estabilidad que surgían de la economía y se sustrajo a la presión de las clases propietarias. En un clima caracterizado por la guerra y la movilización popular, los programas de reconstrucción económica y social favorecidos por las elites económicas deberían esperar hasta la caída de Rosas para comenzar a afirmarse.

3. Buenos Aires, el litoral y el interior ante la apertura al comercio atlántico

El desarrollo de la ganadería de exportación constituye el fenómeno más relevante de la historia económica argentina en las décadas posteriores a la independencia. No obstante, concentrar la atención exclusivamente sobre las empresas productoras de bienes exportables impide formarse una idea acabada acerca del funcionamiento global de esa economía. El crecimiento exportador tuvo efectos expansivos sobre otros sectores de actividad, dentro y fuera del mundo rural. Al tiempo que se profundizaba la especialización de las empresas exportadoras y que éstas crecían en número e importancia, aumentaba la demanda de los servicios de transporte y comercialización que conectaban a las empresas rurales con los mercados de destino en el Atlántico Norte. El incremento del ingreso generado por el sector exportador dio lugar a la expansión del mercado interno, gracias al cual creció la demanda de bienes y servicios. Este proceso se hizo sentir con gran intensidad en la ciudad de Buenos Aires, que en este período confirmó su lugar como nexo privilegiado con el mercado mundial, y en menor medida en otros centros urbanos y en la campaña pampeana. Una vez superada la crisis de independencia, algunos distritos del interior también encontraron maneras de beneficiarse del crecimiento exportador, aunque los elevados costos de transporte y las propias limitaciones ecológicas de la Argentina mediterránea acotaron la capacidad de esta región para integrarse en la economía atlántica. El interior buscó maneras de compensar el derrumbe de la economía de la plata estableciendo nuevos lazos con Chile y Bolivia, lo que dio vida a fuerzas centrífugas que pervivirían hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX. Vista desde la perspectiva del bienestar de la población, y a pesar de su desigual impacto regional, la integración a la economía atlántica tuvo consecuencias positivas.

Buenos Aires y su puerto

El crecimiento de la economía rural de exportación contribuyó al desarrollo de Buenos Aires como el mayor centro portuario y mercantil del Atlántico Sur. A lo largo del siglo XVIII, la ciudad se había convertido en la cara atlántica del imperio español en esta región. Luego de la independencia, las fuerzas de la economía y de la política reforzaron la posición de Buenos Aires como el principal nexo entre la economía de exportación rioplatense y el mercado mundial, y como la urbe de mayor envergadura al sur de Río de Janeiro, la gran capital del imperio del Brasil.

El ascenso de Buenos Aires se explica, en parte, por la creciente importancia de la ciudad como puerto fluvial de un espacio más acotado, pero más abierto al mundo atlántico, que el que había dominado la antigua sede virreinal. A pesar del desgajamiento del Alto Perú, la Banda Oriental y el Paraguay, el incremento del comercio atlántico reforzó objetivamente la posición de la ciudad como eje mercantil de una de las mayores cuencas fluviales del continente. Ubicada en las proximidades de la desembocadura de los ríos Paraná y Uruguay, Buenos Aires se encontraba en una locación muy favorable para sacar provecho de la expansión de la producción ganadera en toda el área servida por estos dos grandes cursos de agua, y más en general del estrechamiento de los lazos comerciales entre las provincias fluviales (e incluso territorios tan lejanos como el Paraguay y el interior del imperio brasileño) y el mercado mundial. Así, por ejemplo, el comercio exterior de Entre Ríos, provincia que, tras superar la difícil crisis de independencia, creció hasta convertirse en el segundo distrito ganadero de la Confederación, se realizaba a través del sistema fluvial que desembocaba en la ciudad fundada por Juan de Garay. Otro tanto sucedía con Santa Fe y Corrientes, pues para ambas provincias Buenos Aires se convirtió en un intermediario obligado con el mundo atlántico.

El dominio de Buenos Aires sobre el tráfico fluvial se apoyaba en parte sobre el poder de sus ejércitos, que en distintas ocasiones restringieron el movimiento del puerto de Montevideo y de otros puntos de embarque del área rioplatense, erigiendo a la aduana porteña en una formidable fuente de recursos para la provincia. No siempre se recuerda con el mismo énfasis que también la tecnología de transporte marítimo de la primera mitad del siglo XIX, así como el peso de la comunidad mercantil porteña, contribuyeron a hacer de Buenos Aires el primer puerto del Plata. En los caudalosos ríos de lecho aluvional que

surcaban las provincias litorales y la región pampeana, la navegación de cabotaje sólo podía hacerse en barcos pequeños y de poco calado, que rara vez transportaban más de 50 toneladas. Esas embarcaciones no eran las más apropiadas para afrontar la extensa y rigurosa travesía atlántica. Por tanto, el trasbordo de la carga a buques de mayor envergadura, de más de 150 toneladas de desplazamiento, era difícil de evitar, y terminaba favoreciendo a los puertos del Plata con salida hacia el Atlántico: Buenos Aires y Montevideo.

A ello se agrega el hecho de que Buenos Aires había heredado de los tiempos virreinales una poderosa comunidad de mercaderes que, pese a los duros golpes que recibió con la apertura comercial, siguió contando con los recursos de capital, la experiencia y las conexiones que le permitieron mantener su primacía como nexo entre el Atlántico y un vasto espacio regional, que se extendía hasta Mendoza en el oeste y Salta en el norte, y que ahora debía ser explotado en asociación con los comerciantes extranjeros que dominaban el vínculo externo. Por otra parte, la ciudad, sin duda el principal mercado de la región, constituía el destino final de cerca de la mitad de las importaciones que ingresaban al territorio de la Confederación. Aun si la libertad de navegación hubiese sido plenamente asegurada, incluso sobre la derrota militar de Buenos Aires, es dudoso que esta ciudad hubiese visto mayormente afectado su lugar de principal emporio comercial del Atlántico Sur.

Además de eje de articulación entre el comercio fluvial y el internacional, Buenos Aires también era el principal punto de convergencia del sistema de transporte terrestre de los estados de la Confederación. En este aspecto la ciudad se beneficiaba tanto de su pasado como puerto privilegiado para el comercio con el interior del continente como de las novedades vinculadas con la apertura comercial. Aun cuando su área de influencia se vio cercenada por la fragmentación del Virreinato, con la llegada del comercio libre se produjo una reorganización del mapa productivo de la región que le permitió incrementar su importancia como punto de encuentro de una extensa red de tráficos terrestres. La apertura comercial y el subsecuente vuelco hacia el Atlántico colocaron a la economía de exportación más decididamente en la órbita mercantil de Buenos Aires. Luego de 1810, como resultado de las dificultades de la ganadería en la Banda Oriental y las provincias fluviales, y del ascenso de los distritos ganaderos de Buenos Aires –y en menor medida, de Córdoba y otras provincias del interior–, el centro de gravedad de la economía de exportación rioplatense se desplazó hacia el sur y el oeste. En consecuencia, la producción rural se expandió sobre un ecosistema

sin vías navegables ni puertos alternativos a los ubicados en la ciudad de Buenos Aires o sus inmediaciones (Ensenada, la Boca del Riachuelo, San Fernando, Las Conchas).

Puerto de Buenos Aires, movimiento del comercio internacional y fluvial

Total de entradas de buques extranjeros, promedio de los porcentajes anuales por nacionalidad, y total de salidas de cabotaje

Años	Buques de ultramar	Británicos	Estadounidenses	Franceses	Españoles	Sardos	Otros	Cabotaje (Buenos Aires y Boca del Riachuelo)
1811-20	107	59	11	5	14	–	11	999
1821-30	288	39	35	9	–	5	13	s/d
1831-40	280	25	24	8	2	10	31	2114
1841-50	452	20	14	7	12	10	35	s/d
1851-60	674	26	14	13	18	8	22	3887

Fuente: Elaborado a partir de Jonathan Brown, *Historia socioeconómica de la Argentina, 1776-1860*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 145, 147, 185. Las entradas de ultramar corresponden a las décadas de 1810-19, 20-29, 30-39, 40-49, 50-59. Las estimaciones sobre el movimiento de cabotaje corresponden a años seleccionados (1810, 1830, 1860).

Los veleros de dos palos constituyeron el nexo entre la Argentina y sus mercados externos durante la primera mitad de siglo. Entre la apertura comercial y la caída de Rosas, la cantidad de naves extranjeras que ingresaron a Buenos Aires creció a una tasa del 3,5% anual. El incremento del volumen de la carga transportada fue aún mayor, pues a lo largo de este período también creció la capacidad de carga de los barcos que hacían la travesía atlántica. El incremento del volumen del tráfico y el aumento del tamaño y la confiabilidad de los buques contribuyeron a tornar la navegación más previsible y a bajar los costos del flete. Tras la independencia, los barcos de bandera británica dominaron el comercio de importación y exportación. Sin embargo, desde la década de 1820 el peso de la flota británica fue cediendo ante nuevos competidores que reclamaron para

sí una porción creciente del expansivo comercio atlántico. El arribo de barcos norteamericanos y el restablecimiento de los vínculos con España y otros países de la Europa mediterránea contribuyeron a que hacia el fin del período los buques de bandera británica sólo representaran la cuarta parte de las entradas.

Por su calado y desplazamiento, los barcos de ultramar no tenían otra opción que fondear en aguas abiertas, ya que la ciudad no contaba con un puerto de aguas profundas. La carga y descarga eran lentas y costosas. El tráfico de cabotaje, en cambio, que se realizaba en naves más pequeñas, podía utilizar puertos menos profundos pero mejor protegidos, como Las Conchas (Tigre), San Fernando y la Boca del Riachuelo. Estimaciones sobre el tráfico fluvial realizadas para los puertos de Buenos Aires y Boca del Riachuelo sugieren que el movimiento de buques (sin duda inferior al de la carga transportada) creció por encima del 2,5% anual, tasa algo superior al crecimiento demográfico de la ciudad.

Salvo en el caso de los vacunos –gran parte de los cuales marchaba por sus propios medios a los saladeros donde, una vez sacrificados, se les extraía el cuero y el sebo, principales productos exportables–, los restantes bienes que circulaban en esa economía incrementaron su dependencia respecto de los medios de transporte terrestre. Así, pues, la expansión productiva en esta región carente de grandes accidentes naturales consagró a las lentas y pesadas carretas que venían recorriendo la pampa desde siglos atrás como su gran medio de locomoción, y a la ciudad de Buenos Aires como su principal punto de concentración. A excepción de algunos ganaderos capaces de embarcar sus productos directamente en naves de gran porte en los precarios abrigos que ofrecía el inhóspito litoral atlántico (como los hermanos Gibson, esos estancieros del Tuyú que durante los bloqueos de la década de las décadas de 1830 y 1840 siguieron exportando la lana de su estancia Los Yngleses desde la ría de Ajó directamente hasta puertos británicos), los demás aumentaron su dependencia de un sistema de transportes terrestre que comenzaba y terminaba en Buenos Aires.

La forma en que la mayor ciudad de la Confederación se insertó en la economía atlántica estuvo determinada por su carácter de metrópoli comercial de una pujante economía exportadora muy abierta al intercambio. A pesar de la cuota de sangre impuesta por un estado de guerra casi permanente, la población de Buenos Aires aumentó a un ritmo superior al 2% anual, bastante más rápido que otras grandes capitales

latinoamericanas del período como México, Lima o Río de Janeiro. La ciudad, que contaba con unos 40 000 habitantes hacia 1800, alcanzó los 55 400 en 1822 y los 90 000 en 1854. En esas décadas, Buenos Aires reafirmó un patrón de crecimiento demográfico ya perceptible en el período colonial, basado en la incorporación de inmigrantes del interior y, desde la década de 1820, también del extranjero, que se sumaban al propio crecimiento vegetativo de la población porteña. El movimiento de estos migrantes, entre quienes predominaban los hombres jóvenes, seguía al de las oportunidades laborales, muchas de ellas generadas por el desarrollo de servicios esenciales para el funcionamiento de la economía de exportación. El puerto, los astilleros, los saladeros y las barracas, y los medios de transporte que los unían entre sí, fueron algunas de las piezas centrales de ese tejido productivo organizado en torno a la exportación y que articulaba la ciudad con sus suburbios. Las mayores empresas entre las mencionadas, los saladeros, podían emplear más de cien asalariados en el momento pico de la temporada de trabajo.

En estos espacios, y en la economía urbana en general, la mercantilización de la fuerza de trabajo y la especialización laboral habían avanzado más que en la campaña pampeana, donde distintas formas de aparcería y producción familiar habían limitado la proletarización de la población. Si bien en la ciudad también existía un amplio segmento de emprendimientos familiares, muy visibles en las actividades artesanales, su funcionamiento se hallaba más plenamente determinado por las fuerzas del mercado, principalmente porque carecían de la capacidad de producir alimentos para su propia subsistencia y se hallaban forzados a adquirirla en el mercado.

El mercado de alimentos urbano

En 1847, un viajero inglés, William Mac Cann, redactó una vívida descripción del mercado de alimentos porteño. Dos temas sobresalen en esta narrativa: el carácter cosmopolita de la población de Buenos Aires y la abundancia y diversidad de la oferta alimentaria. Los mercados de la ciudad constituían espacios de activa sociabilidad y de encuentro de personas de muy distinta condición. Temas que habitualmente se identifican con el tránsito de la ciudad del siglo XIX al XX, como el de la "Babel de lenguas", se advierten ya en este relato, como corresponde a un escenario en el que los extranjeros ya superaban ampliamente a los nativos entre los hombres adultos. En cuanto a la oferta de alimentos, la carne

vacuna era abundante y barata, y se consumía en grandes cantidades (en promedio, quizás, más de 150 kilos por habitante por año). Ésta se complementaba con aves silvestres y de granja, y pescado de río. Hortalizas, verduras y frutas también constituían componentes primarios de la dieta de los habitantes de la ciudad.

"El cuadro más animado y bullicioso que pude ver en la ciudad, es el del mercado, que ocupa un gran espacio cuadrangular con pequeños cobertizos colocados a igual distancia uno de otro. Allí se instalan los carniceros y vendedores de frutas. Este mercado produce, en el extranjero que lo ve por primera vez, una gran impresión de sorpresa; la variedad de tipos y trajes, entre los que figuran representantes de todas las razas y países, así como la Babel de lenguas de todas las naciones, confunde al espectador [...] Ninguna ciudad del mundo –con seguridad– puede ostentar tan abigarrado concurso de gentes [...] La tez olivácea del español, el cutis cetrino del francés y el rojizo del inglés, alternan con fisonomías indias, tártaras, judías y negras; mujeres blancas como el lirio y de radiante belleza forman contraste con otras, negras como la noche [...] Unas grandes y pesadas carretas de bueyes llegan trayendo el pescado, que hay en gran variedad [...] Tropas de pavos, patos, pollos y gansos aumentan la algarabía; las aves muertas, entre ellas las perdices, se alinean en montones. También pueden hallarse en abundancia todas las legumbres de una huerta inglesa, con la adición de batatas y calabazas. Los melones y las frutas se exhiben en el suelo, mientras las más delicadas, como los duraznos, las uvas y los higos, se colocan sobre mesas o banquetas".

Fuente: William Mac Cann, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, p. 128.

La cantidad de puestos de trabajo directamente generados por la economía de exportación, aunque difícil de estimar en el estado actual de nuestros conocimientos, no debe haber alcanzado más que a uno de cada cuatro empleos. Sin embargo, su incidencia sobre la economía urbana era considerable, y sus ciclos de expansión y contracción se transmitían a todas las actividades económicas de la ciudad, incluyendo bienes y servicios no transables. La construcción de viviendas, la confección y comercialización de indumentaria, o la provisión de energía y alimentos, entre otras actividades relacionadas con las demandas de consumo de la población residente, se vieron impactadas de manera positiva por la expansión del ingreso resultado del incremento de las

ventas al exterior. Por las mismas razones, también sufrieron sus contracciones. Otro tanto sucedió con la producción artesanal, destinada casi exclusivamente al consumo doméstico, que ofreció oportunidades laborales a muchos inmigrantes europeos, que para mediados de siglo ya representaban un tercio de la población porteña.

De hecho, la producción de bienes y servicios destinados al consumo local constituía el principal generador de empleo e ingreso en la ciudad y sus alrededores. Algunas estimaciones sugieren que algo más de la mitad de los buques provenientes del litoral y cerca de 9 de cada 10 carretas que ingresaban a Buenos Aires transportaban productos destinados no a la exportación sino al consumo de la propia capital. La población urbana no sólo se encontraba en franca expansión, sino que además se hallaba muy integrada al mercado, tanto en su carácter de productora como de consumidora. La estrecha incorporación de la población porteña en las redes del mercado explica por qué, hacia 1830, existían más de 150 tiendas de ropa y almacenes en Buenos Aires, además de 49 zapaterías, 9 tintorerías, 13 relojerías y 10 peluquerías. En esa misma época, la ciudad contaba con cerca de medio millar de pulperías y más de 60 cafés, fondas, bodegones y billares, que atendían las necesidades de entretenimiento, intercambio social y alimentación de sus residentes. El incremento del ingreso y el consumo y la expansión demográfica favorecieron el crecimiento de esta estructura comercial en las décadas posteriores. Para 1853, la ciudad tenía 43 peluquerías, 61 panaderías, 108 zapaterías, además de 15 armerías y 19 tiendas de sombreros para señoras.

La expansión del mercado interno durante esas décadas no debe hacernos perder de vista la crucial importancia que poseía la producción para la exportación. Y ello no sólo porque el crecimiento del mercado interno dependía en gran medida del avance del sector exportador, sino también porque éste contribuía decisivamente a definir la modalidad de inserción de la región en la economía atlántica. Ello se advierte, por ejemplo, en las fuertes limitaciones que, aún en un contexto de crecimiento general de la economía y la población, experimentó el desarrollo de las actividades de transformación. Afectada por la debilidad de la tradición artesanal colonial y por los altos salarios, a la vez que constreñida por la escasez de capital y de materias primas tan básicas como el carbón y la madera, la producción artesanal local capituló ante la competencia de las manufacturas importadas y del interior, y sólo logró un modesto crecimiento en rubros que gozaban de una fuerte protección geográfica (astilleros, carpinterías, confección de indumentaria, elaboración de ali-

mentos, herrerías, mueblerías), que utilizaban intensivamente insumos abundantes en la región (como el cuero), o que satisfacían demandas de consumo específicas de la cultura local (como la platería). En estos pequeños establecimientos que muchas veces no sólo fabricaban sino también reparaban y comercializaban, la división del trabajo era escasa, y la tecnología empleada, sencilla y rudimentaria.

Establecimientos comerciales y manufactureros de la ciudad de Buenos Aires

Tipo	1836	1853
Atahonas	3	49
Mueblerías	–	12
Carpinterías	84	110
Fábricas de cerveza	–	3
Fábricas de licores	–	4
Fábricas de fideos	7	10
Herrerías	79	93
Platerías	23	26
Sastrerías	31	51
Fábricas de velas náuticas	13	8

Fuente: Juan Carlos Nicolau, *Industria argentina y aduana, 1835-1854*, Buenos Aires, Devenir, 1975, p. 161.

En rigor, nada parecido a un sostenido desarrollo de la producción manufacturera, y mucho menos una revolución industrial, podía tener lugar en esta ciudad íntimamente integrada a una exitosa economía agraria, que pagaba salarios altos y se encontraba estrechamente conectada con las economías en vías de industrialización del Atlántico Norte, proveedoras de muchos de los bienes manufacturados de más amplio consumo entre su población. La ley de aduanas de 1836, de inspiración proteccionista, no modificó este panorama; no sólo los textiles, sino también los artículos de cerámica, loza y metal siguieron llegando, casi en su totalidad, del extranjero o de las provincias interiores. En ningún otro período de la historia económica argentina el sector exportador desempeñó un papel tan decisivo como orientador del crecimiento y fuente de empleo del sector mercantilizado de la economía urbana. Si

hubo algún momento en el cual puede hablarse con alguna legitimidad de la existencia de una economía que giraba en torno a la exportación, fue el que corresponde a las décadas inmediatamente posteriores a la independencia.

El mundo rural pampeano

El ritmo de crecimiento de la principal ciudad de la Confederación, de una velocidad mayor a la de cualquier otra metrópoli latinoamericana de la primera mitad del siglo XIX, se vio opacado por el de la campaña que la circundaba y a la que servía como nexo con el mercado mundial. La población rural bonaerense se incrementó a una tasa superior al 3% anual. En 1822, cuando la expansión ganadera comenzaba a cobrar forma, la campaña porteña contaba con unos 63 000 pobladores; treinta años más tarde, estaba próxima a alcanzar los 150 000 habitantes. En las restantes provincias litorales, donde no existían grandes urbes, el crecimiento poblacional también fue intenso, particularmente en la campaña. En Entre Ríos, la expansión de la población fue muy pronunciada: pasó de 20 000 a 48 000 habitantes entre 1820 y 1849. Cuando los desastres de la década de 1810 comenzaron a quedar atrás, Corrientes también se sumó a este movimiento ascendente. Si bien el crecimiento de la población fue en esta provincia más pausado que en Entre Ríos y Buenos Aires, también aquí el mundo rural desempeñó el papel protagónico en la expansión demográfica.

El veloz incremento de la población de la región litoral tuvo lugar al calor de la expansión de la producción ganadera y la puesta en producción de nuevos territorios, muchos de ellos en regiones de frontera no ocupadas hasta entonces. En todas estas provincias, cuyas estructuras productivas habían acentuado su sesgo ganadero tras la apertura al comercio atlántico, el sector exportador se constituyó en el principal motor de un proceso de expansión económica más unilateral que el desarrollado en el mundo urbano. Aun así, el crecimiento de la producción de bienes exportables permitió una expansión del ingreso que contribuyó a trasladar el dinamismo exportador hacia otros sectores y actividades, aunque con importantes diferencias provinciales. Puede obtenerse un somero bosquejo de este panorama si consideramos algunas de las transformaciones que tuvieron lugar en Buenos Aires, Entre Ríos y Corrientes.

La campaña porteña: expansión ganadera y diversificación del consumo

Comencemos por Buenos Aires, principal distrito exportador del período. En esos años, la provincia triplicó su territorio productivo y multiplicó sus exportaciones al menos dos veces más rápido. La creciente especialización de la provincia en la producción de ganado mayor, si bien provocó una retracción relativa de las tierras destinadas a la cría de mulas y el cultivo de granos, también supuso un incremento de la cantidad de bienes producidos para el mercado y, al tratarse de un uso más productivo de los recursos, generó mayores ingresos para sus pobladores. El aumento del ingreso y la reducción de la actividad de subsistencia que acompañaron al crecimiento exportador lanzaron más decididamente a los habitantes de la provincia hacia el mercado. Ello se tradujo, en primer lugar, en un incremento de la demanda de alimentos, que la expansión urbana y el crecimiento general de la población también contribuyeron a impulsar. Durante el período colonial, la agricultura se había desarrollado en los distritos que rodeaban a Buenos Aires por el oeste y por el norte, desde Matanza y Flores hasta San Isidro (nombre que evoca el pasado campesino y labrador de este hoy exclusivo distrito residencial). Con la apertura comercial, el trigo sufrió un retroceso relativo, pero el crecimiento de la población amplió el mercado para muchos bienes agrícolas que no podían importarse, en particular frutas, verduras, hortalizas y leña. Mientras que el cultivo de trigo se afincaba en parajes tan alejados como Lobos y Chivilcoy, ubicados a más de 100 kilómetros de la capital, pero en los que la tierra era más barata, en el cinturón que rodeaba a la ciudad creció la cantidad de chacras y quintas destinadas a satisfacer esta demanda, sobre todo con productos perecederos. La producción agrícola ocupaba a parte considerable de la población rural. A mediados de la década de 1850, cerca del 10% de los hombres de la campaña era propietario o arrendatario de tierras de cultivo, y un porcentaje aún mayor trabajaba de modo temporario en las labores agrícolas.

El impacto de la expansión exportadora sobre la actividad manufacturera no resultó tan positivo. En esta economía rural de marcada orientación ganadera y demandas de consumo todavía limitadas, las actividades de transformación no encontraron mayor espacio para desarrollarse, y sólo cobraron cierta envergadura aquellas directamente vinculadas con el sector exportador, como los saladeros y las graserías. Sin embargo, los artículos manufacturados no podían hallarse ausentes en un escenario dominado por una población que rara vez hilaba o tejía,

y que apenas trabajaba la madera o la cerámica, pero que ya antes de la apertura comercial se había ido habituando a consumir bienes producidos fuera de la unidad doméstica. En consecuencia, el incremento de la demanda de bienes elaborados que siguió a la apertura comercial sirvió para estimular el crecimiento de los servicios y el sistema comercial en lugar de favorecer la producción manufacturera local.

Las pulperías, esos comercios donde se vendía al por menor una amplia gama de productos, que muchas veces también funcionaban como punto de concentración de la producción exportable de la localidad y fuente de crédito en pequeña escala, se convirtieron en uno de los mayores ejes económicos y sociales de la vida rural, de particular importancia en los distritos más remotos y menos poblados. En regiones de mayor densidad de asentamiento, la oferta de servicios era más amplia y diversificada; allí comenzaron a advertirse de modo más pleno los beneficios de un escenario marcado por el incremento del ingreso y la apertura comercial. Además de una o dos pulperías, todo pueblo de alguna envergadura contaba con zapaterías, tiendas de ropa, carpinterías, herrerías, almacenes, hoteles, fondas y restaurantes, y con varios emprendimientos que ofrecían servicios de transporte. Hacia fines de la década de 1850, la provincia contaba con más de 1100 pulperías y cerca de 300 tiendas. El hecho de que existiese al menos un comercio cada 75 habitantes indica el grado de mercantilización de esa economía, y a la vez sugiere que los servicios fueron la actividad más beneficiada por la capacidad expansiva del sector exportador.

Ocupaciones de la población rural bonaerense

Un somero análisis de la estructura ocupacional de la campaña bonaerense a partir de los datos que ofrece el censo provincial de 1854 desmiente las afirmaciones que ven a las grandes estancias como las únicas empresas existentes en este distrito. Aun cuando la expansión ganadera contribuyó a crear un grupo de poderosos estancieros, había otros actores de peso en la economía provincial. El censo de 1854 registra la presencia de un propietario de tierra por cada tres peones rurales. Los titulares de explotaciones agrícolas y ganaderas (propietarios y arrendatarios) eran casi tan numerosos como los asalariados del sector primario. Como se advierte, el sector secundario se encuentra poco desarrollado, pues comprende menos del 5% de la población

activa. El comercio constituye una fuente de recursos y empleo más importante. Muchos extranjeros encontraron caminos para dejar atrás la condición proletaria, y se encuentran bien representados en todas las categorías ocupacionales, incluso entre los estancieros y ganaderos. Sin embargo, la producción agrícola, el comercio y la actividad artesanal les brindaron mejores oportunidades para insertarse en la estructura productiva de esta región. Finalmente, el censo registra un importante sector de asalariados sin especialización y probablemente sin empleo fijo, que comprende a 1 de cada 5 o 6 trabajadores.

Ocupaciones en 1854 (en porcentajes)

Grupos ocupacionales	Nativos	Extranjeros	Total
I. Rama primaria			
Estancieros y ganaderos por cuenta propia	17,5	1,5	19,0
Agricultores por cuenta propia	9,5	1,6	11,1
Peones rurales	36,6	2,6	39,2
Total I	**63,6**	**5,7**	**69,3**
II. Rama secundaria	**2,4**	**1,9**	**4,3**
III. Rama terciaria			
Comerciantes	2,8	1,3	4,1
Dependientes	2,7	1,0	3,7
Empleados gobierno	1,5	–	1,5
Total III	**7,0**	**2,3**	**9,3**
IV. Peones, jornaleros, etc. sin especialización	**14,6**	**2,3**	**16,9**

Fuente: Hilda Sabato y Luis Alberto Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, apéndice de cuadros.

Entre Ríos: crecimiento unilateral

Luego de un arranque problemático, Entre Ríos logró explotar las posibilidades de la economía de exportación. Aun cuando el crecimiento entrerriano se reveló más unilateral que el de cualquier otra provincia de la región litoral, en las décadas de 1830 y 1840 el dinamismo de su ganadería le permitió a la provincia vivir el momento más próspero de toda su trayectoria. La ocupación del territorio entrerriano había

comenzado tardíamente, en la segunda mitad del siglo XVIII, impulsada por familias de campesinos y por la organización de estancias cuyo tamaño solía ser mayor que en otras áreas rioplatenses. La riqueza pecuaria de este distrito sufrió duramente la violencia de las guerras de la independencia y más tarde de las civiles. Según indican testimonios contemporáneos, para mediados de la década de 1820, tras quince años de conflictos, los saqueos y los arreos ilícitos habían dejado apenas unos 100 000 animales mayores en toda la provincia.

Desde entonces, la campaña comenzó a repoblarse, inicialmente gracias a grandes robos de ganado oriental y riograndense durante la guerra con el imperio del Brasil (1825-1828). A lo largo de la década de 1830, la recuperación se transformó en sostenida expansión, y los 3 o 4 millones de animales mayores que pastaban en Entre Ríos hacia 1850 convirtieron a la provincia en el segundo distrito ganadero de la Confederación, tanto por el volumen de su rodeo como por el valor per cápita sus exportaciones. Este crecimiento resulta aún más notable puesto que, si bien desde la década de 1830 el territorio provincial dejó de ser escenario frecuente del choque de fuerzas militares, la movilización guerrera continuó, a tal punto que durante largos períodos más de la mitad de los varones entrerrianos fueron sustraídos al trabajo regular para servir en las milicias. Al calor de la sostenida expansión de la economía de exportación, creció también la tensión con Buenos Aires en torno al tributo fiscal exigido por la aduana porteña al comercio exterior entrerriano.

Pese al notable dinamismo de la ganadería vacuna en las décadas de 1830 y 1840, el impacto de éste sobre el resto de la economía resultó bastante acotado. Durante el período colonial, la producción agrícola para el mercado no había realizado grandes progresos en la provincia por razones vinculadas a la escasa aptitud del suelo para el cultivo, el peso de la tradición de autoconsumo de la población campesina, y el muy reducido tamaño de los mercados urbanos. Estos dos últimos factores también pusieron coto al desarrollo de las actividades manufactureras. La enorme destrucción causada por la guerra y las dificultades para reclutar trabajadores y atraer capitales reforzaron la orientación ganadera de la reconstrucción productiva postindependiente, y acentuaron a la vez su modalidad extensiva. Este escenario propició el avance de las grandes estancias, que terminaron concentrando el grueso del rodeo vacuno y erigiéndose en las principales protagonistas de la expansión del primitivo aunque expansivo sector exportador. Las estancias entrerrianas eran aún más rústicas que las bonaerenses,

y prácticamente carecían de mejoras. Durante todo este período, el estado tampoco realizó ningún esfuerzo sistemático para asegurar los derechos de propiedad sobre el suelo.

La concentración de la actividad exportadora en éste tipo de empresas limitó las oportunidades de expansión del mercado interno y la economía urbana. Paraná, la capital y principal ciudad de la provincia, prácticamente no experimentó crecimiento en este período: pasó de unos 4000 a unos 4900 habitantes entre 1820 y 1849. El oriente entrerriano resultó la región más beneficiada con la expansión ganadera, en gran medida porque su extensa frontera internacional le permitió morigerar la onerosa intermediación de la aduana de Buenos Aires. Esta región prosperó incluso durante los bloqueos del puerto porteño, en las décadas de 1830 y 1840, gracias a sus estrechas relaciones con el sur de Brasil y el puerto de Montevideo. Sin embargo, Concepción del Uruguay, principal foco de la vida política, administrativa y económica del este entrerriano, no contaba con más de 2500 habitantes urbanos para 1850.

En este escenario signado por la ruralización y el avance de una ganadería primitiva y extensiva tuvo lugar el ascenso al poder de Justo José de Urquiza. Hacia mediados de siglo, el gran caudillo entrerriano, quien había dado sus primeros pasos en el comercio, se había convertido en el propietario de un enorme complejo de estancias y saladeros que dominaba una parte muy considerable del sector mercantilizado de la economía provincial. La figura de este gran señor, que orientaba los destinos de la provincia desde su fastuoso palacio rural de San José, resume los aspectos centrales de la trayectoria entrerriana en ese período de apertura al mercado mundial: una economía ganadera en veloz crecimiento, pero con limitado impacto sobre otros sectores de la producción, y en particular con escasos efectos positivos sobre las anémicas urbes provinciales.

La historia de Entre Ríos no puede resumirse simplemente en el crecimiento del rodeo criollo en el marco de estancias de varios miles de hectáreas de extensión. El avance de la gran empresa ganadera, dominante en el centro y sur de la provincia, se vio acompañado por el crecimiento de una población de pequeños y medianos productores. Estas familias campesinas fueron los principales agentes de la expansión de la frontera productiva y la explotación de nuevas tierras, en especial en las regiones todavía despobladas del norte, pues, a diferencia de lo que sucedía en la vecina Buenos Aires, aquí la gran propiedad no desempeñó un papel central en la explotación de los distritos fronterizos.

El proceso de ocupación del territorio meridional de la provincia se aceleró como resultado del arribo de migrantes provenientes de la Banda Oriental, Corrientes y Misiones, que escapaban de las guerras civiles (en particular, de la Guerra Grande que devastó la campaña uruguaya en la década de 1840 y asestó un duro golpe al puerto de Montevideo), o que buscaban tierra libre donde afincarse. El aporte de los recién llegados, entre los cuales predominaban los jóvenes, permitió que Entre Ríos exhibiera no sólo la tasa de incremento demográfico más alta del país en el período, sino también una estructura de población dominada por hombres y mujeres en edad activa. Algunos de estos migrantes, en especial quienes se dirigían a regiones de ocupación más antigua, encontraron empleo en las estancias ganaderas, y contribuyeron de esta manera a atenuar la escasez de fuerza de trabajo que aquejaba a las empresas dirigidas al mercado externo.

Oriundos de regiones con fuerte tradición campesina, estos migrantes se mostraron poco dispuestos a renunciar a su independencia social y productiva. Prefirieron crear sus propias explotaciones, en tierras arrendadas o simplemente ocupadas, y confundirse con el campesinado local. Además de criar algunos animales, estos labradores dirigían parte de sus esfuerzos al cultivo del maíz y la mandioca –pues aquí la cultura del trigo no había logrado subyugar a las tradiciones precolombinas–, con los que cubrían sus requerimientos alimenticios sin la necesidad imperiosa de recurrir al mercado. Así, pues, pese a su sostenido crecimiento productivo y demográfico, Entre Ríos mantuvo a una parte significativa de su población escasamente integrada en la economía de intercambio. Ello también contribuyó a que la expansión del mercado de consumo fuese más acotada que en Buenos Aires.

Corrientes: persistencias y arcaísmo

La llegada de la libertad comercial a Corrientes tuvo un impacto a la vez más modesto y menos positivo que en Buenos Aires o Entre Ríos, y en definitiva contribuyó a perpetuar una estructura productiva cuya heterogeneidad no era resultado de la modernidad sino del atraso. Esta provincia ingresó a la era independiente con una economía diversificada: producción de yerba mate y tabaco en el noroeste; astilleros, carpinterías y curtiembres en la capital y sus alrededores; ganadería en el sur. Todas estas actividades, en especial las agrícolas, se apoyaban en el trabajo de un campesinado de fuertes raíces indígenas. Aunque mestizada y parcialmente introducida en la disciplina del trabajo para el mercado desde antes de la llegada de los jesuitas, esta población –en

particular la de la región noroeste– dirigía parte de sus esfuerzos a la producción de alimentos y textiles para el autoconsumo. En la cúspide de la economía local se ubicaba una elite de carácter mercantil antes que productivo, que residía en la ciudad de Corrientes, principal poblado de la provincia, con unos 5000 habitantes. Los negocios de este grupo eran característicos de los mercaderes de la era colonial: la oferta de crédito y la comercialización a nivel provincial, la exportación de la producción agrícola y manufacturera hacia el mercado porteño.

En Corrientes, la revolución fue menos dañina que en las restantes provincias litorales. El desborde plebeyo fue relativamente breve (su punto más alto fue la ocupación de la capital por Andresito, un jefe artiguista, en 1818), y al cabo de un tiempo la provincia emergió de la guerra de independencia sin grandes pérdidas económicas y con su elite propietaria casi intacta. Pese a la suavidad de su transición al orden republicano, las oportunidades abiertas una vez concluidas las guerras no fueron tan atractivas como en otros distritos litorales cuya localización y recursos naturales les permitían sacar mejor provecho del nuevo escenario de apertura. Hacia fines de la década de 1820, las exportaciones mantenían el perfil diversificado que las había caracterizado en décadas previas. Sólo un visible crecimiento del rubro de cueros y suelas sugiere cierta modificación del equilibrio económico provincial en favor del sur ganadero.

Esta expansión resultó insuficiente para dotar a la economía correntina de un nuevo horizonte, en especial porque, mientras avanzaba la economía ganadera, otros sectores revelaban su vulnerabilidad ante la apertura comercial. Para los correntinos, las mayores amenazas no vinieron del Atlántico Norte. Cuando finalizó el bloqueo del puerto de Buenos Aires que acompañó toda la guerra con el Brasil, la producción correntina de tabaco y yerba comenzó a sentir el peso de la competencia de la oferta brasileña, más barata y de mejor calidad, que terminó desplazándola de la plaza porteña. En ese contexto nacieron los proyectos proteccionistas del gobernador Pedro Ferré, pronto desestimados por el gobierno de Buenos Aires, pero que dejaron un malestar que una y otra vez lanzaría a Corrientes contra la provincia gendarme del comercio fluvial.

La muerte gradual de la agricultura exportable dejó a Corrientes sin grandes alternativas, principalmente porque en ese territorio subtropical la expansión ganadera enfrentaba limitaciones ecológicas que la volvían una empresa menos rentable y atractiva que en las tierras ubicadas más al sur. En consecuencia, el crecimiento de la gran estancia

ganadera fue modesto, como lo evidencia el hecho de que, hacia 1832, sólo tres de ellas poseyeran más de 7000 cabezas. Aun cuando el rodeo continuó creciendo a lo largo de la década de 1830, el stock provincial no representaba ni la tercera parte del existente en la vecina Entre Ríos. En este escenario de retroceso de la producción agrícola para el mercado y de modesto avance ganadero, la estructura productiva de la provincia acentuó sus rasgos arcaicos, visibles tanto en sus grupos dominantes como en sus sectores populares. Así, pues, mientras los negocios de la elite se mantuvieron más vinculados a la actividad mercantil, la presencia de la pequeña explotación, que producía para la subsistencia y para mercados locales (de signo más agrícola en el noroeste y más ganadero en el sur), continuó caracterizando la estructura productiva correntina más allá del umbral de la mitad del siglo.

El interior

El interior sufrió las guerras de la independencia y luego las civiles con menos intensidad que el litoral. Luego de algunos años de lucha en el Norte, para mediados de la década de 1810 la sed de sangre y conquista de los ejércitos patriotas y realistas se atenuó, y la frontera entre Tarija y Salta se estabilizó. A partir de 1817, cuando las tropas de José de San Martín cruzaron los Andes y pasaron a la ofensiva en territorio chileno, el interior pudo disfrutar de un largo período de paz, que se extendió sin grandes interrupciones hasta más allá de la finalización de la guerra con el Brasil. Para entonces, también, el peso de la financiación del ejército del Libertador se había trasladado al otro lado de los Andes, aliviando de esta manera a la economía cuyana de esa pesada carga. La guerra retornó al interior durante la década de 1830, pero con menos poder destructivo que en el litoral. La inexistencia de conflictos bélicos prolongados permitió que las convulsiones sociales del período revolucionario fuesen neutralizadas con mayor eficacia y prontitud que en aquella región, lo que sin duda contribuyó a la impronta conservadora que signó la restauración del orden luego de la independencia.

Empero, no todo permaneció intocado. La independencia y el trazado de nuevos límites fronterizos afectaron el vínculo con el Alto Perú, dañando irremediablemente a la otrora gran arteria mercantil del virreinato. Como consecuencia de la caída de la demanda altoperuana y las dificultades del tráfico a distancia, la producción para el mercado se contrajo, y muchas unidades domésticas debieron destinar más tiempo

y esfuerzo a la producción para la subsistencia. En varios lugares, pues, el vínculo entre la economía campesina y el mercado se debilitó. No obstante, las barreras interpuestas entre los productores del interior y los mercados altoperuanos siempre se revelaron porosas. Aunque atenuado, el tráfico comercial entre ambas regiones persistió, incluso durante los años de más enconado enfrentamiento, en gran medida porque ambas regiones se necesitaban y complementaban mutuamente.

Sin embargo, la demanda de los grandes mercados andinos se contrajo como consecuencia de la inestabilidad institucional y el clima de conflicto que se extendió en toda la región luego de 1810. En Bolivia, la explotación minera, muy dependiente del apoyo estatal, comenzó una etapa de declive, resintiendo por largos años la demanda de insumos y bienes de consumo provenientes del sur. Para el interior argentino, la situación se agravó puesto que la crisis imperial le permitió al Alto Perú mitigar sus lazos fiscales con las tierras ubicadas al sur de la Quebrada de Humahuaca. Con la fractura del virreinato, las transferencias de metal precioso altoperuano se interrumpieron. Ello, sumado a la contracción de la actividad comercial, dejó al interior escaso en medios de pago. Al mismo tiempo, el fin del monopolio comercial español hizo que una parte cada vez más significativa de la disminuida demanda de bienes importados del altiplano se orientase hacia el Pacífico. Las provincias del interior debieron buscar su rumbo en este complejo escenario. Las experiencias del Noroeste, Cuyo y Córdoba ilustran distintos intentos de combinar la adhesión a fórmulas económicas probadas con nuevas aperturas a las oportunidades que ofrecía la libertad comercial.

El Noroeste continúa mirando hacia Bolivia

El vuelco de Bolivia hacia el Pacífico le quitó al Noroeste argentino el papel de intermediario privilegiado con el mundo atlántico, que esta región había explotado con gran provecho desde las reformas borbónicas de la década de 1770. Esta pérdida supuso grandes perjuicios para los grupos mercantiles de las ciudades ubicadas a lo largo de la ruta al Alto Perú (Córdoba, Tucumán, Salta), y en alguna medida para toda la economía regional que lucraba gracias al vínculo con los grandes mercados andinos. Los campesinos que habitaban la Puna jujeña parecen haber respondido a esta crisis de la economía mercantil tomando mayor distancia del mercado: en esos años las más importantes haciendas de la región retrocedieron y sus propietarios se convirtieron en meros perceptores de rentas. Numerosos comerciantes, en particular los de Salta y Jujuy, intentaron compensar la caída de la actividad a través de

la Quebrada de Humahuaca desplazando parte de sus operaciones con Bolivia hacia los puertos del Pacífico, desde Cobija a Valparaíso. Pero en el escenario más competitivo que reinaba tras la apertura comercial, las casas mercantiles del Noroeste sólo pudieron conquistar para sí una porción minoritaria del comercio exterior de las tierras altas.

En este escenario más hostil para la actividad mercantil, sólo aquellas actividades con claras ventajas comparativas lograron conservar sus posiciones en los mercados andinos. En particular, las exportaciones del Noroeste tendieron a concentrarse en torno a la provisión de animales mayores (vacunos, mulares, equinos), destinados a satisfacer los requerimientos de proteínas y energía de los centros mineros y urbanos del sur de Bolivia. Gracias a esta demanda, que ni el Altiplano ni las tierras del litoral Pacífico podían proveer, regiones como el oriente de Salta, los llanos riojanos y Tucumán vieron crecer su economía ganadera. La reactivación de la producción de plata del sur boliviano en la década de 1840 contribuyó a estrechar estos lazos y a reactivar el tráfico mercantil, que incluyó, en forma paulatina, un flujo de productos cuyanos, además de bienes importados a través del puerto chileno de Valparaíso. Hacia mediados de siglo, la producción y la actividad mercantil del Noroeste continuaban estrechamente vinculadas al Alto Perú. Si bien los mercados del altiplano ya no poseían la envergadura y el dinamismo que los habían caracterizado en los tiempos coloniales, por largo tiempo siguieron ofreciendo un polo de atracción bastante más poderoso que la demanda atlántica.

Cuyo se vuelca hacia el Pacífico

Al igual que las provincias del Noroeste, tras la independencia la región cuyana le dio la espalda al Atlántico, esta vez para caer dentro de la órbita comercial del mercado chileno. Luego de 1810, los vinos y aguardientes de Mendoza y San Juan se orientaron masivamente hacia el litoral, cuyos mercados conquistaron sin batalla gracias a la retirada, forzada por la guerra de independencia, de sus competidores europeos. Esta victoria tuvo corta vida. Tras algunos años de ausencia, el retorno de la producción proveniente del Mediterráneo terminó por expulsar a los productos de la viña cuyana de los mercados litorales; desde entonces, el vino y el aguardiente de Mendoza y San Juan sólo volvieron a hacer esporádicas apariciones en Buenos Aires en tiempos de bloqueo del comercio exterior. Afortunadamente, cuando el mercado litoral le dio la espalda a Cuyo, Chile le ofreció una alternativa. En 1817, las victorias de San Martín abrieron el mercado trasandino a la producción

agroexportable de la región, que logró crecer en las décadas siguientes y acompañar la expansión de la demanda de la población urbana (Santiago era entonces una ciudad bastante más grande que Buenos Aires) y de la economía minera chilenas.

La ciudad de Mendoza en 1837



Louis Philippe Alphonse Bichebois, *Coche de postas en la plaza de Mendoza*, litografía, 1837.

La pintura de Bichebois presenta una visión convencional de las ciudades del interior argentino en la primera mitad del siglo XIX, dominada por la idea de estabilidad social y estancamiento productivo. Las figuras militares, sin embargo, ponen de relieve una de las principales novedades aportadas por la independencia. El coche de postas sugiere que la vida local no se encerraba dentro de los límites de la provincia.

La creciente importancia del mercado trasandino dividió las trayectorias, hasta entonces relativamente similares, de las provincias cuyanas. San Juan, especializada en la producción de aguardiente, encontró dificultades para insertarse en un mercado que no requería los productos tradicionales de Cuyo (presentes en la economía chilena, provista de un importante sector de producción de alcoholes y vinos), sino granos y, en especial, ganado. Condicionada por sus limitaciones ecológicas, San Juan ingresó en un lento declive (trasfondo de los famosos *Recuer-*

dos de Provincia escritos por el más conocido de los hijos de esa tierra, Domingo Faustino Sarmiento). Mendoza, en cambio, logró explotar con más éxito las oportunidades del mercado chileno, en gran medida gracias a que contaba con más y mejores tierras para el cultivo de cereales y forrajes, y para la cría y engorde de ganado. En pocos años, la provincia desarrolló un nuevo perfil productivo, desplazando al viñedo a un papel secundario. La importancia de sus relaciones económicas con Chile también contribuyó a afirmar el peso de la comunidad mercantil mendocina, cuyos negocios se extendían, en algunos casos, de Valparaíso a Buenos Aires.

Córdoba gira hacia el Atlántico

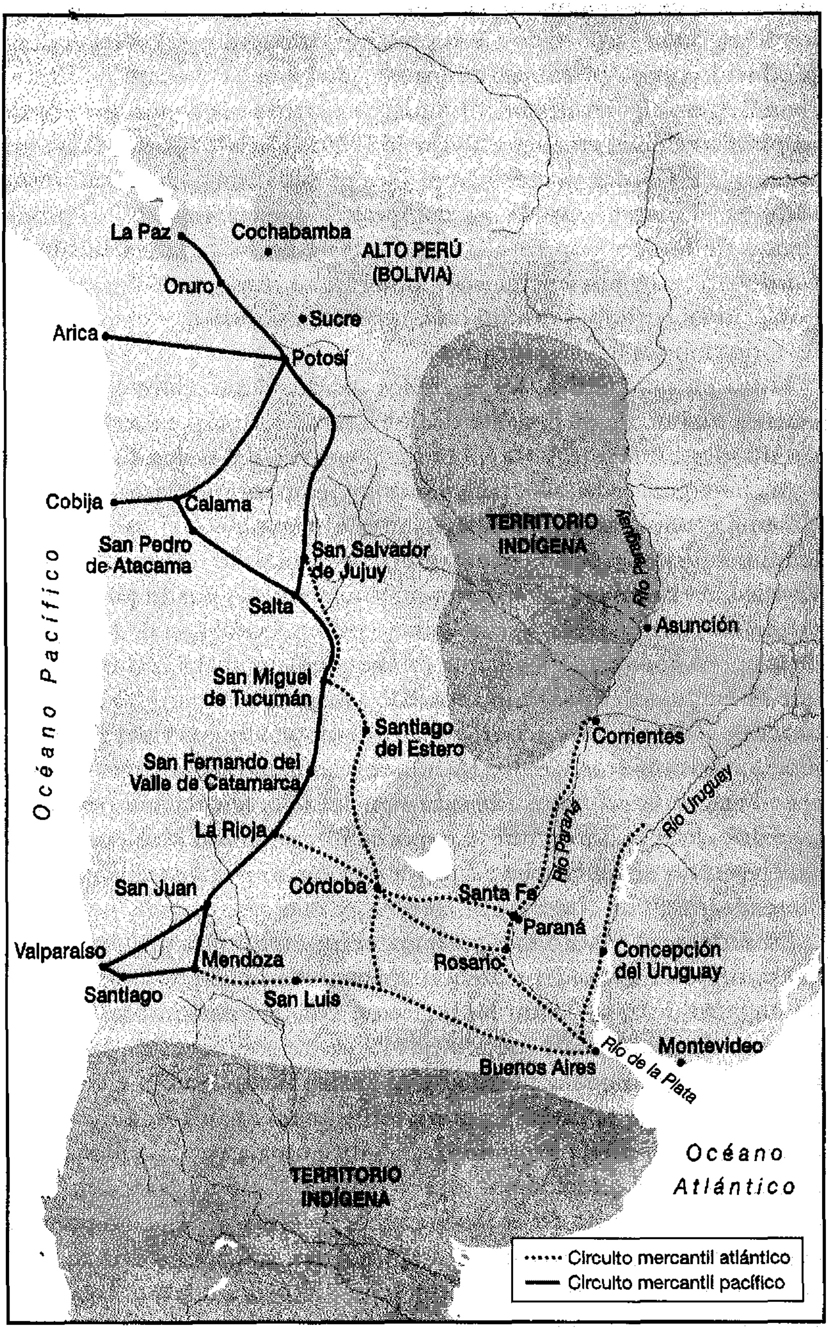
De todas las economías del interior, la de Córdoba fue la más decididamente orientada hacia el mercado atlántico. Hasta la Revolución, el sector mercantil de esta economía, además de atender la demanda local, había dirigido su producción de mulas y textiles hacia los mercados del Alto Perú. Ambos rubros sufrieron con agudeza la contracción de la demanda de las tierras altas que sobrevino con la independencia. La ganadería mular experimentó la crisis de la minería con particular dramatismo, golpeando tanto a los grandes como a los pequeños criadores. El textil también se vio afectado, aunque con menor intensidad, por la apertura comercial y la contracción del mercado altoperuano. Además de los problemas experimentados por sus principales sectores exportadores, los comerciantes cordobeses debieron enfrentar inconvenientes que afectaban a todo el gremio: al igual que en Tucumán o Salta, la quiebra de la ruta comercial que unía a Buenos Aires con el Alto Perú supuso un duro golpe para la actividad mercantil de esta provincia. Para Córdoba, los años inmediatamente posteriores a la revolución se caracterizaron por el incremento de la producción de subsistencia y un marcado empobrecimiento.

Empero, hacia la década de 1820 el empuje del mercado atlántico comenzó a dar muestras de su capacidad para reorientar la economía cordobesa. En esos años, mientras la cría de mulas prácticamente desaparecía, su lugar era ocupado por una ganadería de nuevo tipo, dominada por el vacuno y el cuero, que se expandió por los distritos del sur de la provincia, con mercado en Buenos Aires. Para la década de 1840, Córdoba ostentaba un plantel ganadero significativo, y exportaba casi tantos cueros como Corrientes, además de algo de sebo. Aunque golpeados por la apertura comercial, los tejidos de lana cordobeses lograron conservar sus posiciones, en parte gracias a que

atendían a un segmento de la demanda complementario de los textiles de algodón importados. Los ponchos, frazadas y jergones de lana producidos en la provincia nunca recuperaron sus mercados altoperuanos, pero siguieron encontrando compradores en el interior y, de manera creciente, en el litoral. Hacia 1850, más del 70% del comercio exterior de Córdoba se dirigía al litoral; estas ventas le permitieron sostener el incremento de sus compras de bienes importados procedentes de Buenos Aires. A lo largo de este período, la población de Córdoba creció por encima del 1,5% anual. Aunque el incremento poblacional cordobés resultó bastante más modesto que el del litoral, de todos modos fue significativo.

Vistos en perspectiva, los ejemplos del Noroeste, Cuyo y Córdoba ofrecen un buen indicio de los distintos rumbos con que las economías del interior intentaron sobreponerse al colapso del orden colonial. En alguna medida, todas ellas procuraron recomponer sus lazos con la declinante economía altoperuana, a la vez que establecían nuevos vínculos con aquellos espacios que, tanto en el litoral Atlántico como en el Pacífico, crecieron al calor de un nuevo contexto signado por la libertad comercial. Sin embargo, la lenta y costosa tecnología de transporte de la época, todavía dependiente de la energía animal y la carreta, hizo que el empuje del mercado mundial, tan poderoso en las provincias litorales, sólo se hiciese sentir de manera tenue sobre la vasta geografía mediterránea ubicada entre Mendoza y Santiago del Estero. En muchos lugares, la economía de subsistencia, sólo vinculada a pequeños mercados locales, acrecentó su importancia, sentando las bases para la supervivencia de un amplio sector de productores apenas integrado al mercado.

En síntesis, el cuadro que presenta el interior en las primeras décadas posteriores a la independencia aparece dominado por dos fuerzas, de impacto desigual según las regiones. Por una parte, creció la producción de subsistencia, por lo que el sector mercantil de la economía experimentó una contracción. Al mismo tiempo, tanto en el norte como en el oeste se produjeron movimientos centrífugos, que revelan la ausencia de un eje económico lo suficientemente dinámico capaz de reemplazar el ofrecido por el Alto Perú en la era mercantilista. Aún más que en el terreno de las instituciones políticas –dominado por una frágil e inestable confederación de provincias autónomas–, hacia fines de la década de 1840 el escenario económico del interior argentino aparecía dominado por tendencias a la dispersión tanto o más poderosas que las que favorecían la integración.


La Paz
Cochabamba
ALTO PERÚ (BOLIVIA)
Oruro
Sucre
Arica
Potosí
Cobija
Calama
San Pedro de Atacama
San Salvador de Jujuy
TERRITORIO INDÍGENA
Río Paraguay
Salta
Asunción
Océano Pacífico
San Miguel de Tucumán
Santiago del Estero
Corrientes
San Fernando del Valle de Catamarca
Río Uruguay
La Rioja
Río Paraná
San Juan
Córdoba
Santa Fe
Paraná
Valparaíso
Mendoza
Rosario
Concepción del Uruguay
Santiago
San Luis
Río de la Plata
Montevideo
Buenos Aires
Océano Atlántico
TERRITORIO INDÍGENA
Circuito mercantil atlántico
Circuito mercantil pacífico

Las rutas comerciales tras la independencia
La separación del Alto Perú y la apertura comercial trastocaron los circuitos comerciales del período colonial. El mercado boliviano perdió importancia, aunque siguió constituyendo el principal destino para la producción de las provincias del Norte. El interior entró en contacto con los puertos del Pacífico y la economía chilena. Buenos Aires y los puertos del Paraná y el Uruguay ejercieron una creciente atracción más allá de la región litoral, aunque los altos costos de transporte terrestre pusieron límite al impacto de la expansiva economía atlántica. El mapa muestra los principales circuitos mercantiles del período postindependiente.

Bienestar y equidad

¿De qué manera se vio afectado el bienestar de la población tras la emancipación? ¿La apertura al comercio atlántico y la integración de la Argentina al mercado mundial produjeron una mejora en las condiciones de vida materiales de sus habitantes? Una evaluación de este punto verdaderamente crucial no resulta fácil a partir de los escasos conocimientos con que contamos actualmente. El abordaje del problema obliga a organizar la respuesta a partir de lo sucedido en dos grandes regiones: como en muchos otros aspectos de la historia económica del siglo XIX, toda consideración acerca del problema del bienestar material de la población obliga a distinguir lo sucedido en el interior y el litoral.

Con relación a la primera de estas regiones, aún no contamos con estudios sobre la evolución de los salarios, la distribución del ingreso, o con indicadores de bienestar biológico (evolución de la talla, tasas de natalidad y mortalidad, etc.) a partir de los cuales sacar conclusiones sobre bases relativamente confiables. Empero, las escasas y fragmentarias evidencias disponibles sugieren que la calidad de vida de los hombres y mujeres del interior no debe haber mejorado sustancialmente durante esta etapa. Aquí, las continuidades fueron más importantes que las novedades. La contracción de los mercados redujo el ingreso monetario de muchas familias campesinas y las obligó a volcarse hacia actividades menos productivas. Una vez dejado atrás el ciclo de guerras de la independencia, la tibia recuperación económica que comenzó a cobrar forma en la década de 1820 no fue lo suficientemente intensa para estimular un incremento sustantivo del ingreso de los sectores populares ni

para alterar el marco de desigualdad social que había caracterizado al interior desde los tiempos coloniales. En esta región, donde el trabajo seguía siendo más abundante que la tierra o el capital, los beneficios del modesto crecimiento postindependiente parecen haberse concentrado cerca o en la misma cúspide.

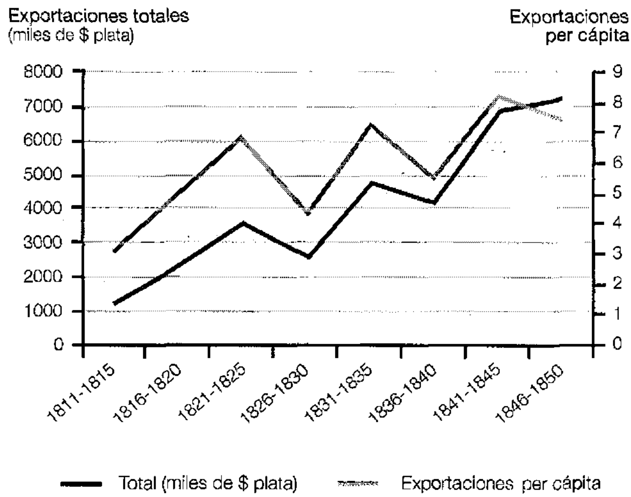
Si existió alguna mejora en la calidad de vida de las familias de campesinos y trabajadores, ésta fue muy acotada. Los testimonios de la época no sugieren ninguna modificación significativa en la calidad o la abundancia de la alimentación y la vestimenta de los sectores subalternos, mucho menos de sus ingresos. Quizás la mejor prueba –indirecta, pero elocuente– de este panorama de estancamiento la ofrezca el hecho de que, incluso antes de que el ruido de las armas se aquietara, la migración hacia el litoral renació con mayor fuerza que en los tiempos coloniales, revelándose como el camino más sencillo para que los pobres del interior mejoraran sus horizontes. La persistencia de ese flujo migratorio revela no sólo las importantes diferencias salariales existentes entre el interior y el litoral, sino también, y de modo más general, las mayores oportunidades que ofrecía esta región para el progreso individual o familiar.

En el litoral, en cambio, el fin del orden colonial tuvo consecuencias más positivas sobre el bienestar popular. Aquí, la expansión económica postindependiente fue más intensa, en primer lugar porque esta región concentró casi todos los beneficios del crecimiento de las exportaciones atlánticas, que aumentaron 2,5 veces más rápido que la población de la Confederación entre 1810 y 1850. Esta expansión económica tuvo lugar en un escenario signado, desde el inicio, por la escasez de trabajadores, en el cual la presión de la demanda laboral empujó sistemáticamente hacia arriba las remuneraciones. Aunque toda estimación sobre los niveles salariales del período resulta difícil, es indudable que, medido en términos de bienes de consumo o alimentos, el poder de compra de los salarios se incrementó.

Este fenómeno se encuentra estrechamente ligado a la apertura comercial. Gracias a la integración de la economía pampeana en los mercados atlánticos, los habitantes de la región pudieron aumentar la calidad y cantidad de los bienes que consumían, particularmente en los rubros de vestimenta y alimentación. Como consecuencia de la mayor oferta de tejidos importados baratos, los sectores subalternos mejoraron su abrigo y su atuendo, con positivas consecuencias también para su higiene y su salud. Además, la apertura posibilitó una importante mejora en la nutrición, en primer lugar gracias al

aumento del consumo de proteínas de origen animal. El vuelco hacia una ganadería vacuna cuyo crecimiento era impulsado por las exportaciones de cuero llevó la producción de carne bastante más allá de lo que los saladeros podían exportar. El excedente, volcado sobre el mercado interno, puso una mayor cantidad de carne barata a disposición de los consumidores de origen popular. Aun cuando el retroceso relativo de la agricultura seguramente significó una pérdida de seguridad alimentaria para muchos campesinos, el ingreso de harina importada más barata posibilitó un incremento del consumo de este alimento básico que favoreció a grupos muy amplios, sobre todo en las ciudades. Como sugieren los estudios antropométricos, las mejoras en la alimentación y la vestimenta ocurridas luego de 1810 dieron lugar a un considerable incremento de la talla de los varones –signo inconfundible de una mejor calidad de vida material. Esta mejora fue más importante entre los hombres de piel más oscura que entre los blancos, lo que sugiere que los grupos más pobres de la población acortaron la distancia con los predominantes, al menos en lo que a bienestar biológico se refiere.

Exportaciones atlánticas, totales y por habitante, 1810-1850

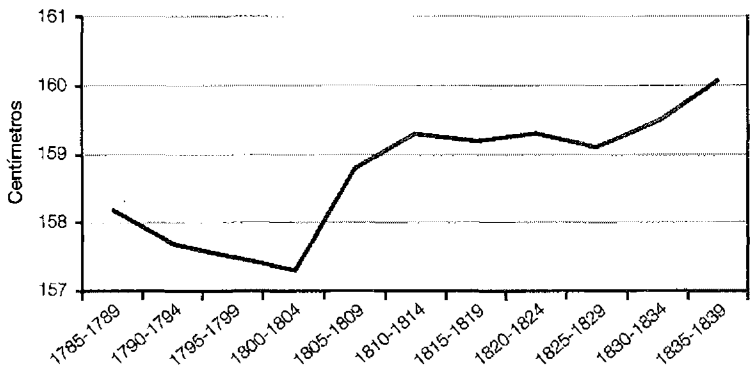


Fuente: Carlos Newland, "Exports and Terms of Trade", *Bulletin of Latin American Research*, 17: 3 (1998), p. 410.

El crecimiento de la altura de la población masculina

Los estudios antropométricos ofrecen importantes evidencias sobre bienestar biológico para aquellos períodos en los que no se dispone de otras evidencias cuantitativas sobre la calidad de la vida material. La evolución de la altura es una función estrechamente ligada a la abundancia del alimento y el abrigo a disposición de la población; el ingreso, la intensidad del trabajo y la salud también inciden en la evolución de la talla. Una población sana y bien alimentada desarrolla mejor su potencial de crecimiento. Este cuadro presenta información sobre la evolución de la estatura promedio de una muestra de 8000 soldados nacidos entre 1785 y 1839. Aun cuando la evidencia debe interpretarse con cautela, la información disponible sugiere un importante incremento en el bienestar biológico de la población nacida en la primera mitad del siglo XIX respecto del último período colonial.

Altura promedio de los soldados argentinos



Fuente: Ricardo Salvatore, "Heights and Welfare in Late Colonial and Postindependence Argentina", en J. Komlos y J. Baten, *The Biologial Standard of Living in Comparative Perspective*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1998.

Gracias a una oferta superior de vestido y alimento, los hombres de la era independiente tuvieron una vida más protegida del hambre, la enfermedad y el frío que sus antecesores de la era colonial. El progreso fue limitado y, en algunos aspectos, como el acceso o la mejora de la calidad de la vivienda, quizás insignificante. En conjunto, sin embar-

go, la calidad de vida de los hombres de la era independiente experimentó una ligera mejora. El incremento del bienestar biológico hizo posible una existencia mejor y, por tanto, más prolongada. En Buenos Aires, la tasa de mortalidad, aunque periódicamente afectada por los picos propios de una época que no conocía defensa alguna contra las grandes epidemias de enfermedades infectocontagiosas (el tifus y el sarampión fueron especialmente dañinos), cayó desde alrededor de un 40 por mil a un 30 o 25 por mil entre comienzos y mediados de siglo. Este notable avance en la extensión de la vida se benefició también del retroceso de la viruela, hecho posible por la extensión de la práctica de la inoculación.

Esta población algo más longeva y robusta tuvo también mayor variedad de bienes a su disposición. El incremento del ingreso y la apertura comercial ampliaron el universo de bienes de consumo, estimulando el reemplazo de bienes básicos por otros algo más sofisticados. Así, por ejemplo, hacia la década de 1840 pequeños lujos cotidianos como el té y el café habían ingresado en la dieta de los habitantes de la campaña bonaerense, y su presencia era frecuente incluso en las estanterías de los almacenes de los distritos más remotos de la frontera. Para entonces, el consumo de pastas secas se había vuelto corriente y la ciudad de Buenos Aires contaba con más de media docena de fabricantes de fideos. En muchas pulperías de la campaña, los consumidores podían elegir entre una oferta de casi veinte bebidas alcohólicas distintas.

Es probable que el deseo de consumir estos bienes haya favorecido una mayor participación en los mercados de una población que, más que una víctima pasiva del avance de la mercantilización, parece haber desempeñado un papel activo en la expansión de la economía de intercambio. El desarrollo de mercados más amplios y de nuevas pautas de consumo, si bien modestos (y en el caso del consumo, marcado por el igualitarismo del federalismo rosista), indica, sin dudas, que el crecimiento exportador contribuyó a tornar a la sociedad más compleja y heterogénea. Sin embargo, es importante no perder de vista que la tendencia dominante en ese período no fue hacia una ampliación, sino hacia una reducción de las desigualdades económicas, particularmente en sus extremos. De hecho, la mejora en la condición de los sectores populares que tuvo lugar tras la independencia se vio acompañada por un avance en el terreno de la equidad, tanto en lo que se refiere a la distribución de la riqueza como del ingreso.

Este avance de la igualdad reconoce causas políticas y económicas. Por una parte, la ruptura con España supuso un duro golpe para las

principales fortunas coloniales, en especial aquellas de origen mercantil, muchas de las cuales se derrumbaron en el curso de pocos años. Como consecuencia de este shock, la cúspide de la pirámide de la riqueza se aplanó; debieron pasar un par de décadas hasta que aparecieron fortunas de escala similar a las mayores de la era colonial. Paralelamente, el nuevo ciclo de crecimiento centrado en las exportaciones pecuarias, que comenzó a cobrar impulso en la década de 1820, tuvo efectos positivos sobre la igualdad, en tanto contribuyó a apreciar el trabajo, con efectos positivos sobre las remuneraciones de los sectores subalternos. El alza de las remuneraciones, tanto para asalariados permanentes como para trabajadores ocasionales y temporarios, ayudó a mejorar la posición de las clases populares en la distribución del ingreso. Sin duda, la expansión de la economía de exportación también contribuyó a la concentración de grandes rodeos de ganado vacuno en pocas manos y a la valorización del suelo, y de esta manera recreó formas de inequidad que cobrarían gran importancia en décadas posteriores. Sin embargo, en la primera mitad del siglo XIX, dado que la tierra era abundante y su precio moderado, el avance de la desigualdad de fortunas basada en la propiedad de este recurso se hizo sentir con menor intensidad que en la segunda mitad del siglo XIX.

El contexto político postindependiente reforzó las tendencias igualitaristas surgidas del seno mismo de la economía. La movilización popular, desatada por las guerras de independencia y revitalizada durante el rosismo, dio vida a una cultura política más hostil a la riqueza que la vigente en la era colonial, que dio lugar a fenómenos tales como las obligaciones forzadas para los comerciantes y los ricos urbanos, o las grandes expropiaciones de tierra y ganado que afectaron a parte significativa de la elite propietaria porteña a comienzos de la década de 1840. La sed de sangre del estado republicano también impuso enormes presiones a las clases populares. Una y otra vez arrancó a los varones del seno de sus familias o comunidades y los forzó a tomar las armas. De todos modos, la ampliación del concepto de ciudadanía que acompañó la difusión del ideal republicano también comprometió al estado a atender demandas populares sobre acceso a alimentos y carne barata, particularmente entre la población urbana y los soldados y milicianos. Si bien estos reclamos sólo fueron atendidos de forma selectiva, en cualquier caso ayudaron a incrementar los ingresos y mejorar la condición de los segmentos más débiles de las clases populares.

Pese a las tragedias y los sufrimientos que supone toda guerra, y pese a su disímil impacto regional, la expansión económica postindepen-

diente tuvo consecuencias positivas para los habitantes de la Argentina, en especial en el litoral. El crecimiento económico hizo posible una reducción de la brecha en la calidad de vida entre los hombres y mujeres que residían en las provincias del litoral pampeano y sus congéneres de los países más desarrollados del Atlántico Norte. Este fenómeno de convergencia internacional fue infrecuente en una América Latina sometida a grandes dificultades económicas tras la independencia. Al mismo tiempo, la región litoral no sólo acortó distancias con el mundo más desarrollado, sino que también atenuó la brecha entre ricos y pobres, dando lugar a una mayor igualdad de bienes e ingresos. Este avance de la equidad, producto de la combinación de las fuerzas de la globalización económica y la movilización popular, constituye uno de los rasgos más notables de la historia económica argentina de la primera mitad del siglo XIX.

4. La era de la lana

Hacia mediados de siglo, la cría de ovejas emergió como el sector más pujante de la economía argentina, confinando a la ganadería vacuna a un papel cada vez menos relevante. Hasta la década de 1880, este producto, luego borrado de la memoria colectiva, se convirtió en la nave insignia de las exportaciones y llegó a aportar más de dos tercios de las ventas al exterior. El desarrollo de la ganadería ovina le inyectó un nuevo dinamismo al sector exportador, y constituyó un hito central en la modernización de las empresas rurales pampeanas. La expansión lanar mejoró las remuneraciones al trabajo y estimuló una fuerte renovación del empresariado agrario. Las redes de comercialización, transporte y financiación de la producción agropecuaria también experimentaron grandes cambios. Estos procesos encontraron apoyo en el estado, que a lo largo de esta etapa se convirtió en un auxiliar cada vez más eficiente de la expansión de la economía capitalista.

La lana desplaza al cuero

A partir de la segunda mitad de la década de 1820, las cotizaciones de los principales rubros de exportación de la Confederación Argentina sufrieron una prolongada y sostenida caída. Hacia mediados de siglo, los cueros, que representaban alrededor de dos tercios de las ventas externas que salían por el Atlántico, habían perdido cerca de un 40% de su valor en los mercados de destino; el precio del sebo también retrocedió, aunque de manera menos drástica. Por fortuna para los habitantes de la región, la baja de los precios de los bienes exportables se vio acompañada por una reducción, de similar magnitud, en el precio de las importaciones, producto de mejoras tanto en la producción como en el transporte transatlántico. En consecuencia, los términos de

intercambio externos no experimentaron cambios significativos en las décadas de 1830 y 1840.

Empero, el nuevo equilibrio tuvo un impacto desigual: tendió a beneficiar a los consumidores de bienes importados y a los sectores cuya actividad se orientaba a satisfacer la demanda del mercado interno, a costa de los productores de bienes exportables. Con todo, la ganadería vacuna siguió creciendo a paso veloz en las décadas de mediados del siglo, lo que sugiere que los ganaderos todavía contaban con márgenes de ganancia lo suficientemente amplios como para acomodarse a la caída del precio de sus productos. De hecho, desde la década de 1840 la cantidad de cueros exportados se elevó por encima del 5% anual, un aumento notable en un contexto signado por una marcada estabilidad tecnológica y sin que mediaran mejoras organizativas que ayudaran a incrementar la productividad de las empresas rurales.

Sin embargo, el incremento de las ventas al exterior, más que resultado de una apuesta deliberada por el crecimiento, fue posible gracias a la drástica contracción de la faena de animales ocurrida durante los prolongados bloqueos francés (1838-1840) y anglofrancés (1845-1848). El cierre del mercado externo por un lapso tan prolongado favoreció un veloz crecimiento del rodeo vacuno, que se tradujo en un importante aumento de las exportaciones cuando los puertos se reabrieron al comercio atlántico. De todos modos, la sostenida caída de las cotizaciones del ganado mayor invitó a muchos ganaderos a buscar alternativas más rentables. En la década de 1850, incluso estancieros poco afectos a asumir nuevos desafíos comenzaron a dirigir su atención hacia la cría de ovinos, ya que los precios de la lana resultaban mucho más atractivos que los del cuero vacuno.

La ganadería lanar era a la vez nueva y antigua en la región. Cuando el Río de la Plata se abrió al comercio libre, el pequeño rodeo ovino que pastaba en lo que más tarde sería el territorio argentino no superaba los tres millones de cabezas, y se componía de animales criollos de muy baja calidad –a juicio de algunos observadores, incluso inferiores a las ovejas pampas criadas por los araucanos– que producían poca carne y aún menos lana. La oveja había sido introducida en América por los conquistadores españoles en el siglo XVI, y constituía, junto a la vaca y el caballo, la gran tríada sobre la cual se asentaba la cultura ganadera de la Europa moderna. Pero el impacto del ovino en el nuevo continente resultó muy limitado, tanto porque los intereses ovejeros de la Península, temerosos de favorecer la emergencia de una actividad rival, desalentaron la introducción de animales de alta calidad –como los

afamados merinos españoles–, como porque la extendida presencia de camélidos autóctonos (vicuñas, llamas, alpacas) proveía la materia prima para producir las prendas de abrigo de gran parte de la población americana, particularmente en el altiplano. Por otra parte, las praderas pampeanas resultaban un lugar poco hospitalario para la cría de ovinos, principalmente porque este mamífero frágil y delicado requería mucho más cuidado que los vacunos, los yeguarizos o los mulares, además de que su principal producto, la lana, no encontraba mayor demanda en una población dispersa y escasa, poco dada al hilado o al tejido.

En consecuencia, el lanar desempeñó un papel marginal en la economía ganadera rioplatense del período colonial, menos relevante con respecto al que ocupaba en el interior o en otras regiones americanas de clima más riguroso, mayor densidad demográfica o superior cultura textil. La emancipación afirmó este cuadro, al orientar el grueso de los recursos productivos de la región pampeana hacia actividades más rentables, entre las cuales se destacaba la cría de los resistentes vacunos de los que se extraían cueros rústicos y pesados de fácil salida en el mercado nordatlántico. Luego de la apertura al comercio libre, la llegada de textiles importados también recortó la demanda para tejidos de lana, sobre todo en las ciudades litorales. Todos estos procesos mantuvieron a la cría de ovinos circunscripta a un papel secundario, mayormente vinculado a la economía doméstica de las familias de pequeños productores. Hacia comienzos de la década de 1820, las exportaciones de cueros a través del puerto de Buenos Aires superaban a las de lana ovina por un margen de más de 50 a 1.

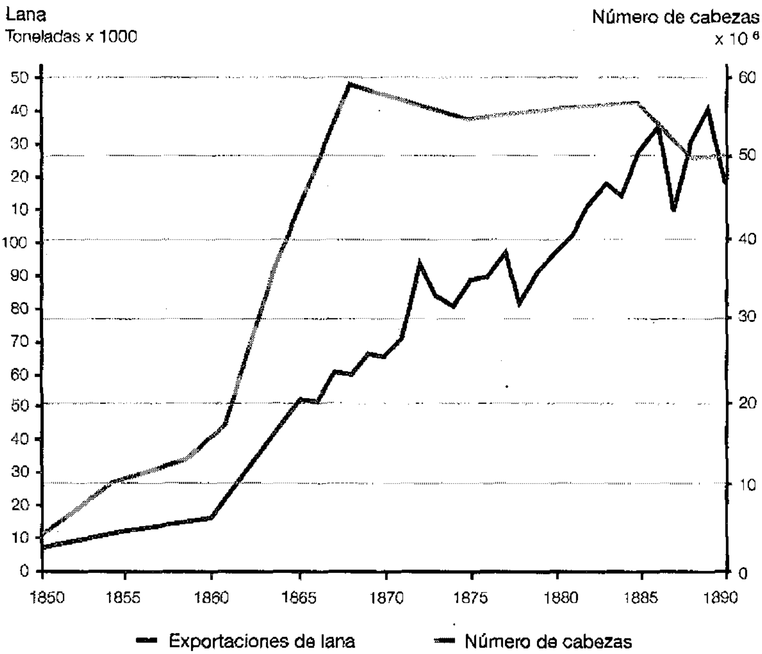
El avance de la ganadería vacuna no fue obstáculo para que, en las décadas de apertura al comercio atlántico, cuando las líneas de desarrollo de la región aún no habían terminado de establecerse con claridad, un conjunto de capitalistas y especuladores extranjeros se lanzara a explorar distintas actividades, entre las cuales se destacaron la minería, la creación de colonias agrícolas y la cría de lanares. Las dos primeras, de efímera existencia, sólo dejaron el recuerdo de la osadía y las desdichas de sus arriesgados protagonistas. La cría de ovinos ofreció una alternativa que inicialmente pareció menos brillante, pero que comenzó a afirmarse a partir de la década de 1840. Sus principales impulsores fueron, en la mayoría de los casos, mercaderes británicos o alemanes que, habiendo acumulado capital y experiencia en el comercio de importación y exportación, buscaban oportunidades para diversificar sus activos. Estos extranjeros se hallaban familiarizados con sistemas agrarios más sofisticados que el pampeano y, por su propia inserción en

redes de comercio internacional, contaban con vínculos a través de los cuales adquirir los insumos necesarios para la organización de una explotación ovina (en primer lugar, animales de raza con los que mejorar el rodeo criollo), y para identificar y establecer circuitos a través de los cuales colocar la lana rioplatense en los mercados nordatlánticos. El hecho de que el impulso inicial que sirvió para desatar un profundo proceso de cambio productivo pueda asociarse con apenas un puñado de nombres –Harrat, Sheridan, Plomer, Newton, y unos pocos más– sugiere la importancia de estas figuras pioneras.

Impulsada por los altos precios alcanzados por la lana, desde mediados de siglo la cría de ovinos refinados se extendió fuera del círculo de criadores extranjeros que la había promovido, y el rodeo llegó a superar los 10 millones de cabezas. Más significativo aún: el mejoramiento del ganado criollo mediante la cruza con reproductores importados experimentó importantes progresos, y las ovejas mestizas comenzaron a predominar en los principales distritos laneros de la campaña porteña. A lo largo de las décadas de 1850 y 1860, el ovino desplazó al vacuno de las mejores tierras ganaderas de la región pampeana, comenzando por las encerradas entre los ríos Salado y Paraná, para difundirse gradualmente hacia el sur y, con menor ímpetu, hacia el norte y el oeste. El momento de mayor vitalidad del ciclo lanar correspondió a los últimos años de la década de 1850 y a la década de 1860, pues entonces el rodeo bonaerense creció a una tasa superior al 20% anual, y otro tanto sucedió con el valor de las exportaciones de lana.

Durante la presidencia de Bartolomé Mitre, cuando más de 40 millones de lanares, en su mayoría refinados, pastaban en las fértiles praderas bonaerenses, el ovino se convirtió en el principal motor de la economía de exportación. Mientras crecía el rodeo ovino, el vacuno continuaba su expansión, aunque a un ritmo más pausado. De hecho, la canasta de productos exportables acusó el impacto del incremento de las ventas de lana, que de representar alrededor de un 10% de las exportaciones totales a comienzos de los años 40 crecieron hasta ubicarse cerca del 50% un cuarto de siglo más tarde. La lana hizo posible una marcada aceleración del ritmo de crecimiento de las ventas al exterior, que pasó de un 4 o 5% anual en los años rosistas a un 7 u 8% en las dos décadas siguientes.

Stock ovino en la provincia de Buenos Aires y exportaciones argentinas de lana sucia, 1850-1890



Fuente: Elaborado a partir de Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería: la fiebre del lanar, 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, pp. 37 y 40.

El rodeo lanar de la provincia de Buenos Aires experimentó un auge explosivo en las décadas de 1850 y 1860. Desde la década de 1870 el tamaño del rodeo no sufrió mayores cambios, pero la mejora genética de los animales permitió incrementar la calidad y la cantidad de la lana producida por las 50 millones de ovejas que pastaban en tierras bonaerenses. Entonces se puso de relieve un aumento muy considerable de la productividad de la ganadería ovina. Las exportaciones de lana se duplicaron entre fines de la década de 1860 y fines de la década de 1880, y volvieron a doblarse para el cambio de siglo. En 1899, las exportaciones de lana alcanzaron su cota máxima, con unas 237 000 toneladas. Sin embargo, para entonces la ganadería vacuna se había

tornado más rentable, y comenzaba a desplazar a los ovinos hacia tierras más baratas dentro de la propia Buenos Aires y cada vez más hacia otras provincias pampeanas y patagónicas. En la primera década del siglo XX, luego de superar los 70 millones de cabezas, el tamaño del rodeo ovino comenzó a decrecer.

Pasado este impulso inicial, la economía del lanar entró en una etapa de madurez, y su crecimiento se volvió menos explosivo. Al cabo de un tercio de siglo de crecimiento, el ovino pasó a ocupar el lugar central en la economía de exportación argentina. En el período que se extiende entre mediados de siglo y la década de 1880, la lana superó a todos los demás rubros exportables y, sumada a los cueros de oveja, representó cerca de la mitad de las ventas externas. La ganadería lanar se concentró, casi con exclusividad, en la provincia de Buenos Aires. Distintas estimaciones sugieren que hacia fines de la década de 1870, en las fértiles tierras de este distrito pastaban 3 de cada 4 ovinos existentes en el país; las ovejas bonaerenses, más refinadas y por tanto más caras que las que predominaban en el resto del territorio, representaban más del 90% del valor del rodeo nacional. El predominio bonaerense siguió siendo abrumador hasta el fin de siglo. Todavía en 1895 la provincia contaba con unos 53 millones de ovinos, algo así como el 80% del rodeo total del país. En esta última fecha, el 84% del ganado ovino bonaerense era mejorado, contra un 57% en Santa Fe, un 70% en Entre Ríos y un 69% en Córdoba y Corrientes. Para entonces, sin embargo, el momento de esplendor del lanar había quedado atrás. Superado en dinamismo por la agricultura granífera y una ganadería vacuna radicalmente transformada, el ovino comenzó un lento retroceso que, ya entrado el siglo XX, terminaría arrinconándolo en distritos periféricos del sur de Buenos Aires, y en Entre Ríos, La Pampa, Corrientes y los territorios patagónicos.

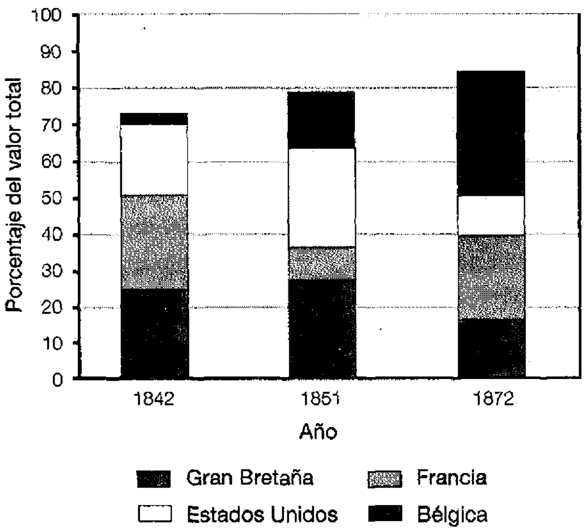
Los mercados de destino

El sostenido crecimiento de la demanda internacional de lana constituyó el principal estímulo para impulsar el proceso de reorientación de los recursos productivos pampeanos hacia la cría de ovinos. Durante gran parte de la primera mitad del siglo XIX, la ganadería ovina europea había atendido el grueso de los requerimientos de materia prima de su industria textil, y sólo realizaba compras de materia pri-

ma de alguna envergadura en Rusia. Este panorama se alteró hacia los años cuarenta, pues entonces la manufactura de tejidos de lana experimentó una expansión sin precedentes, impulsada tanto por innovaciones tecnológicas en el proceso de elaboración de los paños como por transformaciones sociales más generales, asociadas con la industrialización y la urbanización, que acotaron el espacio para la producción doméstica de subsistencia y ampliaron la demanda para la producción industrial. El estímulo inicial para la constitución de un mercado mundial de lana provino de Gran Bretaña, la primera economía atlántica en revolucionar la elaboración de tejidos de esta fibra (como había hecho algunas décadas antes con los de algodón) y en rebajar las tarifas arancelarias que protegían la producción doméstica de esta materia prima, abriendo su mercado a la concurrencia extranjera. Poco después, las industrias textiles de los Estados Unidos, Francia, Bélgica y Alemania recorrían el mismo camino. Siguiendo los pasos de Gran Bretaña, hacia mediados de siglo, al calor del crecimiento del mercado de consumo, la expansión de la demanda industrial y la rebaja de aranceles, los grandes centros manufactureros del continente dirigían su atención hacia las nuevas regiones productoras de materia prima que, impulsadas por el alza de precios de la lana, crecían en el hemisferio sur.

En esos años, Argentina y Australia se afirmaron como los principales exportadores mundiales de lana. Si bien la calidad de la lana australiana y la rioplatense era similar, el margen de competencia entre ambas economías ovinas era reducido. La lana australiana encontraba su principal destino en Gran Bretaña. La oferta argentina, en un principio también volcada al mercado inglés, pronto comenzó a dirigirse hacia el continente europeo y, durante un tiempo, también hacia los Estados Unidos. Amberes y El Havre eran los principales puntos de entrada de la producción rioplatense en el hemisferio norte, desde donde la lana rioplatense seguía su camino hacia los centros manufactureros de Francia, Alemania y Bélgica.

Destino de las exportaciones argentinas, como porcentaje del valor total, 1842-1872



Fuente: Elaborado a partir de Samuel Amaral, *The Rise of Capitalism in the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870,* Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 252.

Dada su creciente importancia en la canasta de exportaciones, el auge de la lana introdujo una mutación significativa en el peso relativo de los compradores externos de la producción argentina. El cuadro analiza el cambio en la importancia relativa de los principales cuatro socios comerciales del país, sobre la base de información reconstruida para las exportaciones salidas del puerto de Buenos Aires entre 1842 y 1872. Las cantidades exactas colocadas en cada mercado resultan difíciles de establecer con precisión, entre otras cosas porque parte de los envíos sólo consigna el punto de arribo pero no el destino final. Existen también otros problemas, como la subestimación de los valores declarados (de modo de evitar impuestos), y las discordancias entre la información ofrecida por las estadísticas argentinas y la proporcionada por los países de destino. En particular, la información sobre el volumen y el valor de las exportaciones debe manejarse con cuidado. De todos modos, las grandes líneas del panorama resultan bastante claras. El Reino Unido,

principal comprador de las exportaciones rioplatenses tras la independencia, ya había cedido mucho terreno en la década de 1840, y hacia comienzos de la década de 1870 seguía retrocediendo. Los Estados Unidos, grandes demandantes de cuero, también perdieron importancia cuando este producto dejó de pesar tan decisivamente en el menú de las exportaciones argentinas. El retroceso relativo de las compras británicas y estadounidenses fue consecuencia del creciente volumen de exportaciones dirigidas hacia los países de Europa continental, entre los cuales se destacan Francia y Bélgica. A comienzos de la década de 1870, estos dos países adquirían cerca de la mitad de las exportaciones argentinas, situación que no se vería modificada durante los siguientes quince años. La caída de Gran Bretaña como socio comercial resultó aún más aguda puesto que este país también perdió terreno entre los exportadores al Río de la Plata: mientras que, en la primera mitad del siglo, alrededor de la mitad de las compras argentinas provenía del Reino Unido, entre 1850 y 1880 esa cifra cayó por debajo del 30%. Durante este período, pues, el comercio exterior argentino estuvo más estrechamente ligado a los países de Europa continental que a Gran Bretaña.

Cambios en las empresas agrarias

La producción de lana estimuló una transformación de considerable importancia en las empresas ganaderas pampeanas. La cría de ovejas suponía mayores requerimientos de fuerza de trabajo que la ganadería vacuna a la que vino a desplazar, tanto en lo que se refiere a calificación como a demanda de brazos. La estancia ovina se organizó en torno a puestos, cada uno de los cuales se hallaba a cargo de un pastor que atendía una majada de entre 1000 y 2000 animales, muchas veces con la ayuda de su familia. Más frágiles que los vacunos, los ovinos reclamaban atención constante a lo largo del año y mucho trabajo durante el período de esquila (primavera) y de parición (abril-mayo y julio-agosto). Las ovejas también debían ser bañadas periódicamente, marcadas y protegidas contra la sarna, la lluvia, el viento, los perros salvajes y demás depredadores. El cuidado de los reproductores de raza y el proceso de mejoramiento del rodeo reclamaron importantes inversiones de capital y también trabajadores competentes en estas tareas. En conjunto, pues, la expansión de la ganadería ovina trajo consigo un sostenido crecimiento de la demanda de trabajo, simple y calificado, particularmente intensa en las etapas iniciales del ciclo lanar. De acuerdo con algunas estimaciones,

la demanda laboral en los distritos ovejeros de Buenos Aires creció siete veces en apenas quince años, entre 1850 y 1865. Durante este período expansivo, la tradicional falta de brazos de la economía rural pampeana no hizo sino agravarse. La consecuencia fue un incremento considerable de los salarios (que, medidos en metálico, estuvieron cerca de duplicarse), así como la apertura de nuevas y mejores oportunidades de progreso económico para quienes comenzaban su carrera desde abajo. También impulsó el ingreso de las mujeres al trabajo asalariado.

Las mujeres y el trabajo rural



León Palliere, *La esquila*, litografía, c. 1864.



George Corbett (atribuido), *Esquila en Los Ingleses*, ambrotipo, colección Boote, c. 1860.

León Palliere dibujó una detallada descripción de la esquila en la campaña bonaerense a mediados de la década de 1860. La primera escena (en la página anterior) tiene lugar en una estancia ubicada en la localidad de Ramallo, perteneciente a la familia Llavallol. El rasgo más destacable del cuadro es la importancia de la participación femenina. Veloces y diestras con la tijera, las mujeres ganaron un lugar central en las tareas rurales en la economía lanar. Dos varones jóvenes asisten a las esquiladoras afilando las tijeras y preparando a las ovejas; un tercer hombre colabora en esta última tarea. Los jóvenes aparecen ligeros de ropa, con el chiripá recogido y sin calzoncillo ni botas, como corresponde a una actividad típica del estío. La ganadería ovina requería una enorme movilización de energía humana para las tareas de esquila. Además de impulsar a las mujeres hacia el trabajo asalariado, la expansión ovina colaboró en el proceso de formación de un mercado de trabajo temporario más móvil y flexible.
La segunda ilustración, un ambrotipo de alrededor de 1860, retrata la esquila en la estancia Los Ingleses, en Tuyú. Este registro también revela la creciente relevancia de las mujeres en las faenas rurales en la era de la lana.

En este marco, signado por la mejora de las remuneraciones y el crecimiento de la producción, dos fenómenos cobraron especial relieve. Por una parte, la expansión de la ganadería ovina estimuló la migración internacional de trabajadores. Durante el período colonial, el arribo de migrantes del interior había contribuido a satisfacer los requerimientos de energía humana que demandaba el desarrollo de las empresas agrarias y, en general, de la economía rural. Este flujo de provincianos no se interrumpió tras la emancipación; aunque afectado por el clima de guerra que asoló a la región en los cincuenta años posteriores a la independencia, continuaría creciendo a lo largo de todo el período aquí considerado. Desde los años cuarenta, sin embargo, la presencia de los trabajadores provenientes de Europa comenzó a opacarlo.

En 1854, los nacidos en Europa representaban el 8% de la población de la campaña bonaerense, pero aumentaron hasta alcanzar cerca del 20% quince años más tarde. Como la inmigración era predominantemente masculina, para esta última fecha los extranjeros representaban cerca de la mitad de los varones en edad productiva (el 45% de los hombres entre 15 y 50 años) que habitaban en el distrito económico más grande y más pujante del país. En tanto migrantes, estos hombres se hallaban imbuidos de ambiciones de progreso, un espíritu de sacrificio y una capacidad de iniciativa mayores que los habituales en el común de

los habitantes de sus propias comunidades de origen. Su incorporación al mundo de la producción atenuó la escasez de fuerza de trabajo y supuso un incremento considerable de las calificaciones y la motivación de la población trabajadora. El mayor contingente migratorio provenía de la Europa mediterránea, con un peso creciente de los inmigrantes de la Italia septentrional, aunque en este período se registra un importante caudal de arribos desde otras regiones. Así, por ejemplo, en esos años tuvo lugar una importante migración de irlandeses, que para la década de 1860 había dado lugar a la construcción de una conspicua comunidad en los distritos ovejeros que rodeaban a la ciudad de Buenos Aires.

Tanto los europeos como los hombres del interior venían atraídos por el elevado nivel de las remuneraciones ofrecidas por el mercado de trabajo rioplatense, así como también por las oportunidades de progreso económico y social generadas por la expansión lanar. Dispuestos a aprovechar las ventajas de una economía en crecimiento, que reclamaba nuevos brazos y nuevas destrezas, estos migrantes contribuyeron a expandir y profundizar las relaciones de mercado. Sin embargo, el desarrollo de las relaciones mercantiles no fue lineal, y tanto el estado como los grandes terratenientes por momentos optaron por acentuar la presión política sobre los pobres del campo con el fin de incrementar la oferta de fuerza de trabajo. El estado, que en este período creció en capacidad y voluntad represiva, lanzó una batería de medidas destinadas a disciplinar a las clases populares, dirigidas en primer lugar a promover el empleo asalariado. El Código Rural sancionado por la provincia de Buenos Aires en 1865 fue un hito de esta estrategia represiva.

Los poderes que esta legislación confería a la justicia local para perseguir y castigar a los más débiles acentuaron la inseguridad jurídica de los pobres del campo, pero no tuvieron mayor impacto sobre el nivel de renumeraciones, y tampoco sirvieron para paliar la escasez de brazos. Los elevados requerimientos temporarios de energía humana que caracterizaban a la ganadería ovina (particularmente intensos durante el período de esquila), dificultaban soluciones que limitaran la movilidad física y la libertad jurídica de los trabajadores, sobre todo si éstos no abundaban. Por tanto, no sorprende que los propios empleadores terminaran dándole la espalda a la legislación represiva por ellos solicitada, y que en momentos de intensa demanda laboral pujaran entre sí por la fuerza de trabajo disponible. En esa disputa, la mejor arma de un empleador era la magnitud de los incentivos mercantiles que estaba dispuesto a conceder. Durante el largo período en el que la falta de brazos se erigió como una constricción decisiva para la expansión de las empresas ganaderas,

los trabajadores (nativos o extranjeros) no sólo obtuvieron altos salarios, sino que también lograron imponer condiciones laborales que, en algunos casos, les permitieron acercarse a la autonomía productiva.

Este segundo aspecto de la economía lanar merece destacarse. La aparcería fue el principal instrumento que permitió a los hombres del común recorrer el camino que llevaría a los más afortunados entre ellos a convertirse en productores independientes y a veces en propietarios. Esta modalidad contractual, que estimula el celo de los trabajadores, puesto que les permite compartir los beneficios (aunque también los riesgos) de un emprendimiento, poseía una larga historia en la región, y algunas décadas atrás había servido para impulsar el ciclo del vacuno. No obstante, durante las fases iniciales de la expansión ovina, su importancia se incrementó y sus términos se volvieron muy favorables para quienes aportaban esfuerzo y destrezas. Así, por ejemplo, eran habituales los contratos que estipulaban que los dueños del suelo debían ceder no sólo una participación porcentual sobre la producción de lana, sino también una parte de los corderos nacidos durante el ciclo productivo. De este modo, quienes ingresaban a la actividad sin más recursos que su energía y capacidades laborales, algunos pesos para mantenerse durante el año y quizás la ayuda de su grupo familiar, tenían ante sí la posibilidad de acceder a medios de producción con los cuales podían poner en marcha sus propias empresas en el curso de algunos años, recorriendo un camino que iba desde la aparcería al arrendamiento, para culminar en la propiedad del suelo.

La trayectoria de Tomás Duggan, un inmigrante irlandés que terminó su vida como uno de los terratenientes más opulentos del país, ofrece un ejemplo particularmente elocuente acerca de las posibilidades de progreso que ofrecía el ciclo de la lana. Además del meteórico ascenso de este humilde ovejero dominado por la sed de riqueza (cuya fortuna no tenía nada que envidiarle a la de magnates de la talla de los Unzué o los Anchorena), el lanar hizo posible otras carreras de progreso individual y familiar menos espectaculares, pero más numerosas y, por tanto, históricamente más significativas. Si bien la información disponible no permite realizar ninguna estimación precisa sobre la cantidad de medianas y pequeñas empresas familiares desarrolladas al calor de la expansión lanar, no parece arriesgado afirmar que éstas fueron, proporcionalmente, tanto o más numerosas que las surgidas durante el período anterior de auge del vacuno.

En rigor, diversos indicios sugieren que el veloz crecimiento de la producción de lana fue consecuencia tanto de la creación de nuevas em-

presas como del vuelco hacia el ovino de muchos pequeños y medianos criadores de ganado vacuno que, en un período de precios declinantes para el cuero, se vieron atraídos por la posibilidad de desplazarse hacia una actividad que les permitía valorizar su recurso más abundante, su capacidad de trabajo, prometiéndoles mayores beneficios en plazos relativamente breves, sin necesidad de grandes inversiones. En este sentido, el ciclo del ovino contribuyó a acentuar rasgos ya presentes en la estructura productiva de la región pampeana. De manera semejante a lo ocurrido durante la expansión ganadera postindependiente, la aceleración del crecimiento económico en un contexto de escasez de brazos tuvo uno de sus principales puntos de apoyo en las pequeñas empresas familiares, y a la vez permitió que los trabajadores se quedaran con una porción apreciable del excedente agrario, lo cual muchas veces se tradujo en nuevas oportunidades de acceso a la propiedad de la tierra o el ganado.

Sin embargo, este escenario tan favorable para los sectores subalternos fue revirtiéndose conforme la ganadería ovina ingresaba en su etapa de madurez. Desde mediados de la década de 1860, el sostenido ingreso de migrantes tornó menos apremiante la escasez de trabajadores, y reforzó la posición negociadora de los estancieros y los propietarios de la tierra. Por otra parte, las oportunidades de los sectores subalternos se fueron angostando en la medida en que otros dos factores cobraban mayor peso en la organización de las empresas ovinas: el desarrollo de tecnologías más costosas y el incremento del precio del suelo.

Con respecto al primer punto, es importante tener presente que, por primera vez en la historia de la economía rural pampeana, con la ganadería ovina se pusieron en marcha procesos de modernización productiva que quebraron la relativa uniformidad que caracterizaba la tecnología ganadera de la región. Durante el ciclo del ovino, el desarrollo de una ganadería más compleja obró en favor de los establecimientos de mayor tamaño, porque sus dueños contaban con más información y mayores recursos para destinar a la inversión en nuevas tecnologías, porque podían financiar la modernización de sus empresas a tasas de interés más bajas, o porque la mayor escala de sus empresas les permitía hacer mejor uso de sus erogaciones en estos rubros. El acceso al crédito, caro y escaso en una economía que prácticamente careció de instituciones financieras hasta la década de 1860, obró a favor de los más poderosos. Gracias a su superior capacidad para invertir en infraestructura (cercos, corrales, galpones, bañaderos, etc.) y en animales de raza, las empresas de mayor tamaño pudieron progresar de forma más rápida y profunda en la mejora genética del rodeo. En general, las grandes empresas fueron

las primeras en invertir en alambrados; además de simplificar el control del proceso de mestización, ello les permitió utilizar más intensivamente toda la superficie del terreno e incrementar la capacidad de carga del suelo. Las grandes estancias también sacaron ventaja de sus economías de escala, que les permitían obtener mayores retornos de sus inversiones en equipamiento o reproductores (así, por ejemplo, el costo de un baño de ovejas era prácticamente el mismo para una explotación que poseía un rodeo de 3000 animales que para otra de 15 000). En síntesis, las grandes empresas no sólo se encontraban en condiciones más favorables para mejorar la calidad de sus prácticas agronómicas, sino que podían hacerlo a un costo proporcionalmente más reducido.

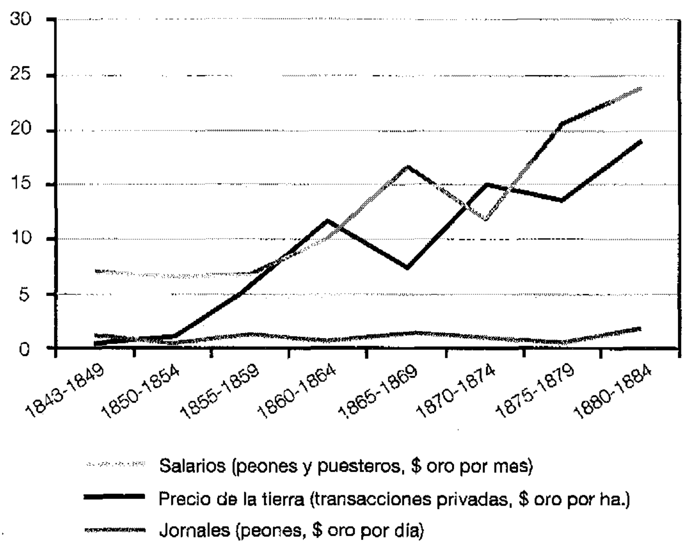
El interés demostrado por los productores pampeanos en la innovación técnica respondía al deseo de contar con animales capaces de producir más y mejor lana, pero también a la presión del alza de los precios del suelo sobre los beneficios de las explotaciones ganaderas, que, durante este período, comenzó a hacerse sentir con creciente intensidad. En efecto, los precios de la tierra crecieron a un ritmo superior al 7% anual entre 1850 y 1880 en los principales distritos ovejeros del país. La suba del precio del suelo invitaba a los productores a estimular el celo con el que se utilizaba un recurso cada vez más escaso y oneroso.

Este fenómeno tuvo un impacto desigual –y, desde el punto de vista de la equidad, claramente negativo– sobre los distintos actores del proceso productivo, pues favoreció a los propietarios de la tierra y perjudicó a quienes sólo contaban con destrezas laborales o ganado. Las variaciones experimentadas por la estructura de capital de las empresas ovejeras a lo largo del período lo ilustran con claridad. Se ha estimado que, en las tres décadas posteriores a 1850, la inversión necesaria para poner en funcionamiento una estancia ovina en los distritos ovejeros más antiguos se multiplicó por cinco. Este crecimiento se explica, fundamentalmente, por el alza de los precios de la tierra, que subieron más de 15 veces a lo largo de ese treintenio, pasando de representar menos del 20% a casi el 60% de la inversión inicial. A lo largo de esos años, el valor del ganado estuvo cerca de duplicarse en términos absolutos, pero cayó del 75% al 35% como porcentaje del valor total de la inversión. Por último, el valor de las mejoras también creció unas diez veces. Pero, dado que había partido de una base muy baja, las mejoras sólo duplicaron su participación como porcentaje de la inversión total (del 7 al 13%) de una estancia ovina. En síntesis, mientras que al comienzo del período la compra de animales consti-

tuía el principal gasto para quien deseara poner en marcha una estancia ovina, treinta años más tarde no sólo se necesitaba cinco veces más capital, sino que la manera en que se había modificado la composición de los activos de una empresa agraria favorecía decididamente a los dueños del recurso tierra.

La relación entre salarios, tierra y ganado muestra este proceso desde otro ángulo. En la década de 1850, bastaban catorce meses de salario de un puestero para comprar 500 ovejas y cuarenta meses para adquirir 300 hectáreas de tierra barata. Treinta años más tarde, estas mismas operaciones exigían unos setenta y doscientos setenta meses de salarios, respectivamente. En síntesis, el camino hacia la autonomía productiva se volvió cada vez más difícil para los hombres del común, principalmente por el alza sostenida del precio del suelo. En esas décadas, pues, la producción agraria avanzó por un camino que consagraba una creciente desigualdad en la distribución de los beneficios del crecimiento económico.

Evolución de los salarios rurales y el precio de la tierra



Fuente: Elaborado a partir de Hilda Sabato, *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992, pp. 63 y 112.

El gráfico ofrece información sobre la evolución de los salarios rurales y el precio de la tierra en los distritos ovinos al norte del río Salado durante el período de auge lanar. En el caso de las remuneraciones, se presenta información sobre jornales y salarios mensuales de trabajadores permanentes. Pese a que los datos recogidos se basan en un número limitado de observaciones, la evolución general no ofrece dudas. Los jornales sufrieron oscilaciones, aunque tendieron a subir de forma moderada en el largo plazo. El incremento de las remuneraciones fue más considerable entre los asalariados permanentes, que vieron triplicado su ingreso en moneda metálica a lo largo de treinta años. Ello parece indicar que la escasez de trabajadores temporarios fue cediendo a lo largo del período lanar, hasta afectar la capacidad de negociación de este tipo de trabajadores. En cambio, el crecimiento económico parece haber premiado a los asalariados permanentes, y quizás también a los más calificados. Sin embargo, este incremento de las remuneraciones al trabajo fue de la mano de una creciente desigualdad en la distribución de los beneficios del crecimiento. La evolución de los precios del suelo ofrece un testimonio indirecto pero elocuente sobre la capacidad de los propietarios para hacerse con porciones crecientes de riqueza. Como se advierte, el auge del precio de la tierra en los distritos ovinos pasado el medio siglo fue sencillamente extraordinario, y contrasta marcadamente con la relativa estabilidad de los precios de las décadas de 1820 y 1830 (véase el cuadro de p. 44). Algunos períodos de dificultades, como la segunda mitad de la década de 1860, sólo detuvieron momentáneamente el formidable alza de las cotizaciones de la tierra, que rondó el 10% anual a lo largo de tres décadas. Este fenómeno, que continuó durante el período posterior, dio lugar a la formación de grandes fortunas rurales y de una poderosa clase terrateniente.

Comercio y transporte

Hacia mediados de siglo, el comercio exterior de la Confederación Argentina giraba en torno al intercambio de textiles y otros bienes de consumo por cueros. Cerca de un centenar de casas comerciales –que introducían mercancías provenientes de Europa y Estados Unidos, pero también de Brasil y el Caribe, y exportaban frutos del país– constituían los principales actores del rudimentario sistema de intercambio que unía a los puertos del Plata con otros destinos atlánticos. Aunque muchas de ellas nacieron como filiales o prolongaciones de firmas euro-

peas, desde el comienzo estas casas mercantiles gozaron de importantes márgenes de autonomía, y con frecuencia eran dirigidas por inmigrantes radicados en Buenos Aires. Los comerciantes británicos ocupaban un lugar relevante en este sistema, en primer lugar gracias a sus privilegiados contactos con el principal mercado externo de la Argentina. También existían importantes nichos explotados por mercaderes de otras nacionalidades, quienes encontraron condiciones propicias para incrementar la escala de sus negocios gracias a la diversificación de las importaciones, que fue acentuándose conforme se expandía el comercio internacional. Se trataba, sin embargo, de una estructura de comercialización muy sencilla, apoyada sobre casas pequeñas y poco especializadas, que traficaban en modestas cantidades con una gran diversidad de productos.

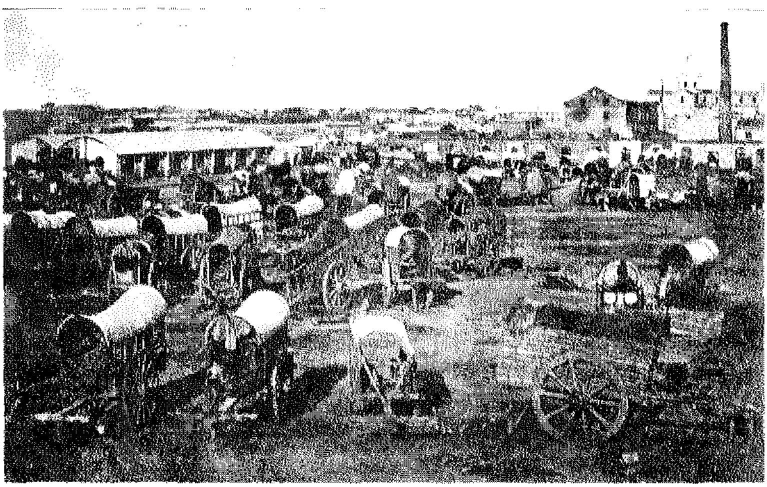
Cuando la economía lanar comenzó a cobrar envergadura, el incremento del volumen del comercio exterior y la creciente sofisticación de las operaciones que la sustentaban contribuyeron al reemplazo de las casas mercantiles surgidas tras la independencia por un sistema comercial de mayor complejidad, cuyo sector más poderoso y especializado se dirigió a atender los requerimientos de la economía de la lana. Nacieron así algunas firmas orientadas a la introducción de los insumos que requerían las empresas rurales: reproductores de raza, sarnífugos, alambrado, herramientas, etc. La transformación más significativa, sin embargo, se verificó en el comercio de exportación. En la década de 1860, se produjo un sostenido avance de las firmas textiles europeas sobre los comerciantes de base local. En la década de 1870, éstas no sólo contaban con oficinas y barracas, sino que la presencia de sus representantes directos se tornó habitual en los distritos ovinos. La complejización de los circuitos mercantiles y la creciente competencia entre sus distintos agentes impulsó una baja de los costos de comercialización, beneficiosa tanto para los productores como para los industrializadores de lana. Al mismo tiempo, se inició un proceso de extranjerización y concentración de la comercialización de la producción exportable que alcanzaría mayor envergadura en décadas posteriores.

La expansión del lanar también propició una transformación del sistema de transporte. A diferencia de la ganadería tradicional, en la que los vacunos eran arreados por sus propios medios hasta los centros de faena, la exportación de lana requería trasladar el producto de la esquila desde las empresas rurales hasta los puntos de embarque. En un principio, esta demanda fue satisfecha a través de medios de locomoción tradicionales, particularmente carretas. El elevado valor relativo

de la lana le permitió absorber los elevados costos de un sistema de transportes lento, basado en la tracción animal.

Desde la década de 1860, sin embargo, el aumento del volumen de lana transportada comenzó a justificar las enormes inversiones que, para una economía pequeña y pobre en capital como la argentina, significaba el ferrocarril. En esta década comenzaron a tenderse las primeras líneas que se internaban en los principales distritos ovejeros, y para 1880 se habían construido unos 1000 kilómetros de vías. Aunque todavía modesto, el avance del tren desplazó a la carreta del tráfico de larga distancia, pero la convirtió en su complemento necesario en los trayectos que separaban a los campos ovejeros de las estaciones ferroviarias. Aun cuando estos recorridos más cortos se volvieron proporcionalmente más caros, el costo total del transporte entre la tranquera del campo y el mercado porteño descendió considerablemente, y hacia la década de 1880 había caído a la mitad.

Carretas en la Plaza 11 de Septiembre



Benito Panunzi, *Mercado de frutos del país en la Plaza 11 de Septiembre*, c. 1867. Colección Carlos Sánchez Idiart.

Las carretas siguieron desempeñando un papel de primer orden en el transporte de la producción agropecuaria, y sólo muy lentamente fueron cediendo terreno ante el ferrocarril. En este período, Buenos Aires

contaba con dos grandes puntos de concentración para la producción de la campaña, los mercados de Constitución (en el sur) y 11 de Septiembre (en el oeste). La fotografía muestra este último punto, enclavado en el corazón de lo que es hoy el barrio de Once, y pone de relieve la vigencia de los medios de locomoción tradicional durante la segunda mitad de la década de 1860. Las manzanas que rodeaban a la plaza congregaban numerosos depósitos de lanas y cueros, y atraían muchas otras actividades comerciales y productivas.

La expansión lanar también se benefició de las importantes mejoras introducidas en los buques de ultramar desde mediados del siglo, cuando la navegación a vapor comenzó a desplazar (o mejor dicho, a complementar) a la vela. Más grandes, seguros y veloces, los vapores triplicaban la capacidad de carga y reducían a la mitad el tiempo de viaje, carga y descarga. Sin embargo, los puertos argentinos experimentaron escasas mejoras en este período; sólo en la segunda parte de la década de 1870 comenzaron las obras de canalización del Riachuelo, que permitieron que la principal terminal portuaria del país dejara atrás la etapa en la que la carga y descarga se realizaba a río abierto, por medio de lanchas y carros. El hecho de que recién entonces Buenos Aires contara con sus primeras instalaciones portuarias de cierta envergadura revela que, en muchos aspectos, la era del lanar constituyó una fase de transición, en la cual algunos núcleos en proceso de cambio convivían con sectores escasamente renovados.

El desarrollo del capitalismo

Uno de los temas más debatidos entre los estudiosos de la historia económica argentina se refiere al proceso de formación y las características del capitalismo en la región. Desde muy temprano, los trabajos sobre estos temas se enfocaron en el estudio de la economía rural pampeana del siglo XIX y la naturaleza de sus grupos dominantes. En un comienzo, predominó un abordaje que prestaba especial atención a la mentalidad de los grandes estancieros pampeanos, con frecuencia descriptos como figuras más preocupadas por cuestiones de estatus y prestigio que por obtener el máximo provecho posible de sus inversiones en el campo. La caracterización de la elite rural no como una burguesía agraria sino como una oligarquía terrateniente enfatizaba la falta de dinamismo empresarial de este grupo. Estos trabajos solían entender al capitalismo como un

sistema dominado por el afán de lucro, y por tanto prestaban poca atención al contexto más general en el que tenía lugar la actividad económica. De acuerdo a esta visión, la ausencia de una auténtica clase empresaria nativa había creado el espacio para el avance del capital extranjero sobre sectores críticos de la economía, como las finanzas, el transporte y la comercialización de la producción agropecuaria. La debilidad de la burguesía local y el enorme peso del capital imperialista habrían dado lugar a la conformación de un capitalismo atrasado y dependiente.

Sin embargo, esta perspectiva no logró ofrecer una explicación convincente del sostenido crecimiento económico verificado a lo largo del siglo XIX. Por esta razón, desde la década de 1970, nuevas investigaciones comenzaron a retratar a los estancieros bajo una luz diferente: ya no como meros rentistas sino como pujantes capitalistas agrarios. Dejando de lado el énfasis en la mentalidad señorial, una nueva generación de historiadores concentró su atención en el comportamiento efectivo de los empresarios y la racionalidad de las empresas agrarias, y realizó importantes esfuerzos para vincular estos aspectos con la peculiar dotación de factores de producción existente en la región. Distintos estudios argumentaron que los terratenientes actuaban como verdaderos capitalistas, siempre dispuestos a maximizar sus recursos e incrementar sus beneficios.

Desde entonces, ciertos rasgos peculiares del capitalismo agrario pampeano, como el gran tamaño de las empresas y la baja tasa de inversión, comenzaron a ser entendidos ya no como rasgos atávicos sino como evidencia del comportamiento racional de los capitalistas. Así, por ejemplo, la producción extensiva encontraba su explicación en el bajo precio relativo de la tierra, y la falta de innovación técnica se atribuía al elevado costo relativo del capital. Argumentos similares sirvieron para explicar la preferencia de los empresarios argentinos por la inversión en el sector primario, ya que ésta les resultaba más rentable que el ingreso en terrenos tales como el transporte, el comercio de exportación, la banca o la industria, donde debían competir con capitalistas extranjeros que contaban con un acceso más fácil al capital y las tecnologías importadas.

En esos años también se volvieron habituales los estudios sobre la formación y características de los mercados de factores de producción. Con ello, el capitalismo dejó de ser concebido como un derivado de los rasgos idiosincrásicos de la elite económica y pasó a entenderse como el producto de un proceso de cambio social que afecta a toda la sociedad, cuyo eje central es la transformación de la tierra y la fuerza de trabajo en mercancías susceptibles de ser compradas y vendidas en el mercado. Diversos trabajos comprobaron la existencia de un activo mercado de

tierras, de creciente importancia desde comienzos de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque más atentos al problema de la propiedad que al del acceso al uso productivo del suelo, estos trabajos revisaron investigaciones previas para las cuales la propiedad de la tierra constituía una suerte de monopolio de clase. Con ello, la visión del período de auge lanar como la etapa decisiva en la formación del capitalismo agrario se reforzó. La perspectiva con la que se estudió el mercado de trabajo avanzó en el mismo sentido. Inspirándose en modelos europeos que veían la emergencia del capitalismo agrario ante todo como un proceso de expropiación campesina, distintos estudios describieron la formación del mercado de trabajo como un producto de la presión proletarizadora ejercida por los estancieros y el estado sobre los gauchos de la campaña, y situaron su momento de mayor impacto en las tres décadas posteriores a Caseros. Esas investigaciones concluyeron que, pasada la mitad de siglo, el sector líder de la economía realizó un avance decisivo hacia el capitalismo, cuyo impulso principal provino de la expansión de las relaciones de producción capitalistas dentro de las grandes estancias.

Sin embargo, trabajos recientes colocan este proceso dentro de una perspectiva más amplia y de más largo plazo. Hoy sabemos que la gran propiedad no fue el único gran protagonista de la formación del capitalismo agrario pampeano. Desde muy temprano, los pequeños productores desempeñaron un papel de considerable importancia en la expansión de la producción para el mercado, cuya relevancia creció a lo largo de todo el siglo XIX. Aun cuando los historiadores siguen debatiendo sobre el peso relativo de este grupo, parece claro que el avance de la economía de mercado dependió más de la colaboración que de la subordinación de los pequeños y medianos productores de la pampa. Aunque celosos de su autonomía productiva, estos actores también vieron al mercado como una fuente de oportunidades para incrementar su patrimonio o su capacidad de consumo. En tal sentido, la denominación "campesinos" con la que muchas veces se los identifica –y que evoca la autosuficiencia y la hostilidad hacia el mercado– no parece la más adecuada para aquilatar su contribución al cambio económico.

Este último punto obliga a dirigir la atención hacia aspectos poco explorados del proceso de formación de la economía capitalista, que sólo en los últimos años están mereciendo la atención de los historiadores. Además de la formación de mercados de factores de producción, la expansión del capitalismo dependió de la difusión de valores que promovían el intercambio, la posesión y el consumo de bienes, y de la formación de las instituciones –entendidas como los arreglos formales e

informales– que organizan su funcionamiento. El desarrollo del capitalismo depende de la formación de sujetos proclives a acumular y consumir, y de instituciones que promueven la expansión e integración de los mercados. De particular importancia resultó la definición de un régimen de propiedad absoluta, que lentamente se abrió paso en el medio siglo transcurrido entre la Revolución de Mayo y el gobierno de Mitre. Al integrar estos aspectos surge una visión de la formación del capitalismo como un proceso complejo y multifacético, que hunde sus raíces en el último período colonial y termina de cristalizarse en el umbral del último cuarto del siglo XIX.

El estado y las instituciones

Si bien el fin de la dictadura de Rosas no supuso el cierre definitivo de los conflictos políticos que dividían a los argentinos, de todos modos señaló el punto de inicio de un período de construcción de las instituciones que servirían de marco y estímulo para la actividad económica hasta más allá del período analizado en este libro. Tras alcanzar el poder en febrero de 1852, las elites liberales que derrocaron al Restaurador pusieron su energía al servicio de la construcción de un marco legal destinado a favorecer el pleno despliegue de la economía capitalista. El contexto internacional favoreció sus iniciativas. Desde mediados de siglo, el avance de la economía industrial y el progreso tecnológico aceleraron el crecimiento de las economías del Atlántico Norte; con ello crecieron los incentivos y las oportunidades para la integración de los países de la periferia en un mercado mundial en expansión. En la Argentina también se afianzaron las fuerzas orientadas en el mismo sentido. A lo largo de la década de 1840, las tensiones sociales desatadas por la revolución y las guerras civiles comenzaron a perder intensidad, en gran medida como resultado de los esfuerzos de disciplinamiento político y social encarados por el propio Rosas. Sin embargo, el dictador se opuso de manera terminante a reformar el sistema de poder que lo tenía por centro, pese a que en esos años comenzó a labrarse un extendido consenso entre los hombres de fortuna y las elites intelectuales en torno a la necesidad de dotar al país de un orden político y legal menos arbitrario y personalizado.

Interpretando este vasto acuerdo, Justo José de Urquiza, el gobernador entrerriano líder de las fuerzas que vencieron a los ejércitos de Rosas en la batalla de Caseros, promovió la sanción de una constitución

que sentó las bases para la profunda transformación institucional de signo liberal que el país experimentó en las décadas siguientes. La carta constitucional sancionada en Paraná en mayo de 1853 consagraba el pleno disfrute de los derechos de propiedad y aseguraba a los inmigrantes europeos –vistos como punta de lanza de la modernización económica y social del país– amplios derechos civiles y religiosos. La Constitución de 1853 suprimió las aduanas interiores y aseguró el libre tránsito de bienes y personas en todo el territorio de la nueva federación. Esta última medida (que puso fin al monopolio fiscal porteño defendido celosamente por Rosas durante más de dos décadas) concitó resistencias en Buenos Aires. Esta repulsa era parte de un rechazo más generalizado a un proyecto de construcción institucional que tenía su motor en Entre Ríos, y que cuestionaba la supremacía de la provincia que los porteños siempre habían creído destinada a liderar al resto de los estados de la Confederación.

Con la Revolución del 11 de Septiembre de 1852, Buenos Aires se separó de la Confederación que reunía a las provincias del litoral y del interior. Durante la secesión (1852-1859), el predominio económico y fiscal que la apertura comercial había otorgado a Buenos Aires continuó profundizándose, dotando a la provincia rebelde de recursos que excedían ampliamente los de su rival. A pesar de la ruptura, el estado porteño adoptó el mismo camino de transformación institucional que la Confederación urquicista había hecho suyo, tal como se expresó en la Constitución bonaerense de 1854, tanto o más liberal que la sancionada en Paraná un año antes. Luego de una serie de enfrentamientos militares que culminaron con la victoria de las fuerzas porteñas, en 1862 Mitre fue ungido primer presidente de una Argentina reunificada gracias a la incorporación de Buenos Aires a la federación.

Asegurado el predominio político de la Gran Provincia, las rentas de la aduana porteña pasaron a sostener el tesoro nacional, favoreciendo de este modo la formación de un estado central mucho más sólido que el que la Confederación urquicista había intentado erigir. La Constitución de 1853, levemente reformada en 1860, alcanzó pleno imperio en todo el país, mientras que la carta porteña de 1854, perfectamente compatible con aquélla, comenzó a regir los destinos de Buenos Aires. Como una prueba más de que el mismo espíritu liberal animaba la creación de instituciones a uno y otro lado del Arroyo del Medio, a poco de producida la unificación, el Código de Comercio, redactado tres años antes por Dalmacio Vélez Sarsfield a pedido del extinto estado independiente de Buenos Aires, adquirió plena validez en todo el territorio

de la república federal. En 1869 se sancionaba un código civil, también surgido de la pluma de Vélez Sarsfield. De esta manera, la república liberal completó los hitos esenciales del andamiaje legal que habría de regirla hasta mediados del siglo XX.

La implantación del orden liberal resultó más sencilla y exitosa en Buenos Aires que en las provincias del litoral y del interior. En este distrito, el mayor desarrollo de la economía de mercado facilitaba, y aun reclamaba, la emergencia de instituciones que favorecieran el pleno despliegue de la economía capitalista. Hacia mediados de siglo, Buenos Aires ya contaba con una comunidad mercantil poderosa, que había crecido acompañando la integración del Río de la Plata en el comercio internacional, y que en esta etapa desempeñó un papel destacado como agente de transformación de las prácticas comerciales, al tiempo que propició la creación de instituciones y el desarrollo de nuevos emprendimientos financieros y productivos. En alguna medida, pues, la transformación institucional impulsada por los gobernantes liberales vino a atenuar los cuellos de botella de una economía en crecimiento que, en parte porque se tornaba más compleja, se hallaba sedienta de crédito, inversiones y mayores garantías a los derechos de propiedad.

En 1857, el gobierno porteño alcanzó un acuerdo para retomar los servicios del empréstito que Rivadavia había contraído con la casa Baring durante el breve auge financiero de la década de 1820, y cuyo pago se había suspendido muy poco después. Aun cuando el arreglo supuso un importante esfuerzo fiscal, la reasunción de las obligaciones externas sirvió para mejorar la reputación de las finanzas argentinas ante la banca extranjera, y para atraer nuevas inversiones hacia un territorio todavía visto como más peligroso que prometedor. Sin embargo, luego de una mora de tres décadas, la benevolencia de la City de Londres –entonces el único centro financiero de envergadura– no podía darse por descontada. Pese al clima favorable al capital extranjero que predominó tras la caída de Rosas, así como a los esfuerzos del gobierno para mantener sus cuentas equilibradas y honrar sus compromisos, los inversores extranjeros se movieron con extrema cautela, tanto en lo que se refiere a los riesgos que estaban dispuestos a asumir como a la magnitud de sus desembolsos en la región. De hecho, hasta entrada la década de 1880, más de cuatro quintas partes del total de la inversión externa se dirigieron hacia títulos públicos o empresas que contaban con garantía estatal (esto es, donde el riesgo de mercado era mínimo). El monto invertido, bastante reducido, no alcanzaba al 2,5% de las colocaciones británicas en el exterior. Incluso para aquellos inversionistas que deseaban probar

suerte en la turbulenta América Latina, Perú seguía siendo un destino más atractivo que la Argentina.

Inversiones británicas en América Latina, 1865-1875
(En millones de libras esterlinas)

País	1865	1875
Argentina	2,7	22,6
Brasil	20,3	30,9
Chile	3,2	10,0
México	25,6	28,4
Perú	3,9	36,2

Fuente: Rory Miller, *Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Longman, Londres y Nueva York, 1993, p. 122.

La modestia de los flujos de capital arribados al país entre 1850 y 1880 incrementó la relevancia de la generación de ahorro y la banca local, de promisorio crecimiento en esta etapa. La formación del Banco de la Provincia de Buenos Aires le otorgó a la economía argentina su primera institución de crédito desde la frustrada experiencia del Banco de Descuentos de 1822. En su seno funcionó entre 1867 y 1876 una caja de conversión, llamada Oficina de Cambio, que puso a la moneda local bajo un régimen de convertibilidad, signo inconfundible de respetabilidad financiera en esa época. De este modo, el papel moneda porteño volvió a tener respaldo en metálico (aunque a sólo el 4% del valor con el que había sido creado en 1822), indicio de la voluntad de dejar atrás una larga historia de presupuestos deficitarios, emisión descontrolada e inflación galopante. Aunque no siempre logró mantenerse al margen de las presiones gubernamentales que lo instaban a incrementar la oferta monetaria en tiempos política o económicamente difíciles, el Banco de la Provincia se convirtió en el núcleo de un sistema bancario al que, desde comienzos de la década de 1860, se sumaron casas de origen británico, como el Banco de Londres, así como otras vinculadas a hombres de negocios locales y colectividades de inmigrantes. Cuando, a comienzos de 1870, aparecieron el Banco Nacional y dos bancos hipotecarios, uno provincial y uno nacional, Buenos Aires se había convertido en la principal plaza financiera de América Latina.

Por la envergadura de sus depósitos y por su creciente capacidad para canalizar el ahorro hacia fines productivos, el naciente sistema bancario porteño desempeñó un papel relevante en la financiación del proceso de inversión de la economía lanar en particular, y en la aceleración del crecimiento económico de la región en general. La creación de instituciones financieras no sólo supuso crédito más barato para los capitalistas más solventes (las tasas para préstamos de corto y mediano plazo de la banca pública en tiempos normales no superaban el 8% anual, cuando en etapas previas no era infrecuente que los demandantes de crédito debieran pagar el doble de esta cifra), sino también de más fácil acceso para productores de mediana envergadura. Dado que la economía argentina seguía siendo pobre en capital, no sorprende que la política crediticia fuese las más de las veces cautelosa, contrayendo la oferta y aumentando las tasas en las épocas malas, y que faltase el préstamo de largo plazo. Pese a estas limitaciones, con la aparición de un sistema bancario comenzó a morigerarse la aguda escasez de capital que había constreñido el crecimiento económico desde la independencia.

En la provincia líder, el estado también avanzó decisivamente en la construcción de un régimen de propiedad absoluta sobre la tierra. A la caída de Rosas, existía un gran desorden con respecto a los derechos sobre el suelo, producto de la diversidad de criterios con que las autoridades coloniales e independientes habían regulado la propiedad y el uso de este bien: había propietarios con derechos enfitéuticos, otros sin más títulos que sus derechos consuetudinarios como simples ocupantes, y no faltaban situaciones problemáticas derivadas de las expropiaciones (a los enemigos) y los premios y donaciones (a los aliados o sostenedores) del rosismo, además de un mercado secundario donde estos títulos cambiaban de manos. Los aspectos negativos de esta situación se volvieron más candentes como consecuencia del incremento del precio del suelo, así como de la importancia que estaba cobrando el proceso de inversión en mejoras, pues ambos factores presionaban en favor de la clarificación de los derechos de propiedad.

En líneas generales, los gobernantes liberales aceptaron el principio de que la posesión continuada constituía un antecedente válido para establecer derechos absolutos, y tendieron a tomar por buenos los reclamos de todos aquellos que solicitaban regularizar sus tenencias. Si algún sector de la población se vio afectado por este proceso, seguramente fue el de los más débiles en capital económico y en relaciones sociales. Tal como se advierte en las quejas que José Hernández puso en boca de Martín Fierro, las autoridades liberales no sentían particular

aprecio por los derechos (consuetudinarios o modernos) de los pobres de la campaña, a quienes solían identificar con el bárbaro pasado rosista, y que muchas veces consideraron como un estorbo para la construcción de una nación más moderna y civilizada. Víctimas privilegiadas de la arbitrariedad estatal, estos paisanos fueron los principales perdedores en el proceso de transformación de los derechos de propiedad llevada adelante en el cuarto de siglo posterior a Caseros. Sin embargo, esta política de regularización no estuvo animada por el deseo de favorecer a los grandes capitalistas, ni tuvo como objetivo concentrar el suelo en pocas manos. Al igual que la legislación sobre arrendamientos de tierras públicas sancionada en esos años, se hallaba imbuida de un sentimiento favorable a la pequeña y mediana propiedad, que por otra parte había sido muy habitual en el pensamiento agrario argentino, ya desde el período tardocolonial.

Sin embargo, las iniciativas estatales destinadas a estimular la creación de una sociedad rural de pequeños propietarios no alcanzaron a los extensos territorios expropiados por el estado a los indígenas pampeanos en las campañas militares de la segunda mitad de la década de 1870. Desde entonces, en esos lejanos distritos floreció, en una escala poco antes inimaginada, la gran propiedad. El formidable crecimiento que la concentración del suelo experimentó con la llamada "Conquista del Desierto" opacó la progresiva declinación que, como resultado de la partición hereditaria, ésta experimentaba en los distritos de antiguo asentamiento.

El avance sobre el territorio indígena no fue lineal, y de hecho el período se inició con los blancos a la defensiva. Las luchas políticas que acompañaron la caída de Rosas y las disputas entre Buenos Aires y la Confederación restaron capacidad militar a los defensores de la frontera porteña, y estimularon la actividad de las parcialidades indígenas que durante un cuarto de siglo habían sido eficazmente contenidas por medio de negociaciones, sobornos y amenazas. En esos años, la frontera retrocedió. Para fines de la década de 1850 casi todas las tierras que se hallaban en explotación a la caída del dictador ya habían sido recuperadas, pero hasta los años setenta se produjeron importantes invasiones indígenas, como la que en 1872 alcanzó a Cañada de Gómez, a menos de 80 kilómetros de Rosario, o la que tres años más tarde saqueó Azul, ubicado a 300 kilómetros de la capital de la República. La acentuación de los conflictos en la frontera coincidió con una etapa de sostenido crecimiento del rodeo lanar que comenzó a agotar las tierras disponibles, y que dio lugar a intensas presiones no sólo para asegurar sino

también para incrementar el área en explotación. Ello sucedía cuando, gracias a la dura experiencia de la Guerra del Paraguay (1865-1870), el ejército nacional crecía en cohesión y capacidad operativa.

En esos años, tanto por presiones económicas como por transformaciones en el equilibrio militar de poder, se sentaron las bases para la resolución definitiva del secular pleito entre la sociedad blanca y los antiguos habitantes de la pampa. En la gran ofensiva que comenzó en 1876 –primero bajo el mando de Adolfo Alsina y luego de Julio A. Roca–, los fusiles a repetición de las tropas veteranas del ejército nacional quebraron definitivamente la resistencia indígena. El 25 de mayo de 1879, Roca culminó su campaña sobre las costas del Río Negro celebrando, en el día del aniversario patrio, la sumisión de los pobladores nativos que lograron sobrevivir a la masacre y la incorporación de unos 35 millones de hectáreas al dominio estatal. Podemos formarnos una idea aproximada de la magnitud del botín territorial arrancado a sus anteriores ocupantes si recordamos que, todavía durante las presidencias de Mitre y Sarmiento, la superficie bajo control de los colonizadores blancos en la provincia de Buenos Aires –el distrito que generaba al menos dos tercios de las exportaciones totales del país– difícilmente superaba los 15 millones de hectáreas. Con las campañas de 1876-1879, Buenos Aires duplicó su territorio; en esos años Santa Fe y Córdoba también incorporaron enormes extensiones a su patrimonio. Finalmente, el estado federal se aseguró jurisdicción sobre las tierras, vastas aunque no tan fértiles, ubicadas al sur del Río Colorado.

Esta inmensa superficie fue rápidamente privatizada. En el curso de pocos años, cerca de 20 millones de hectáreas fueron trasferidas al dominio privado en enormes parcelas; las compras de lotes de más de 50 000 hectáreas por parte un mismo propietario no fueron infrecuentes. Gracias a las nuevas garantías a los derechos de propiedad aseguradas por la Conquista del Desierto, la ganadería comenzó a internarse en los distritos saqueados al indio, pero el botín resultó tan extraordinario que su puesta en producción sólo terminó de completarse tras la gran fiebre de construcción de líneas férreas de las décadas del cambio de siglo. De todos modos, la política de traspaso al dominio privado promovida en estos años sentó las bases para la consolidación de la gran propiedad como la principal base de apoyo de una elite rural que, algunos años más tarde, se convertiría en la más opulenta de América Latina.

Fuera de Buenos Aires, la expansión de la economía capitalista dependió mucho más directamente de las iniciativas estatales que de las todavía anémicas fuerzas del mercado. Hasta entonces, una población

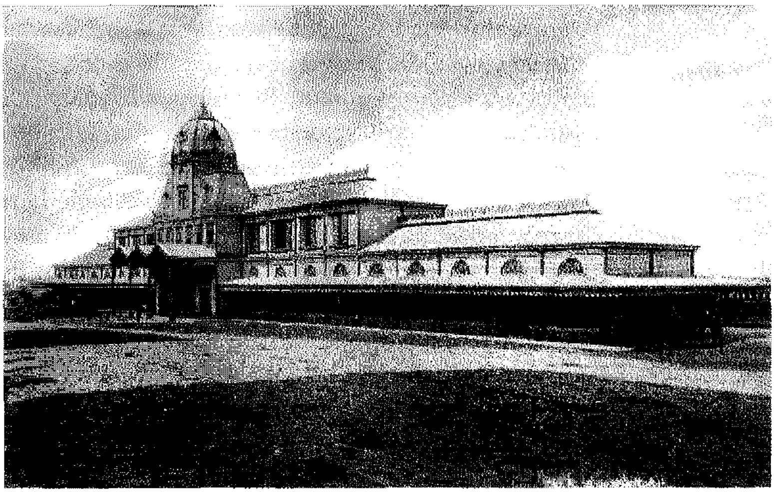
dispersa y poco integrada a la economía del intercambio, altos costos de transporte, inseguridad física y jurídica, así como trabas al comercio interno, habían erigido grandes barreras a la constitución de una economía más productiva y articulada. Al mismo tiempo, los hombres de negocios del interior eran más pobres que sus congéneres porteños y sus intereses rara vez superaban el ámbito local. Más que una reforma del estatuto de la tierra, todavía poco valiosa, o del marco normativo, lo que el interior requería era mayor integración y mejor acceso a mercados más amplios. Como primer presidente de la Confederación, Urquiza hizo todo lo que estaba a su alcance para impulsar este programa: creó un banco y una moneda nacionales, promovió la llegada de agricultores europeos y la transformación técnica de las labores rurales, abolió las aduanas internas, invirtió esfuerzos en la mejora de las vías de comunicación, soñó con la construcción de un ferrocarril para unir el litoral y el interior. Sin embargo, la extrema modestia de los recursos fiscales que la Confederación con sede en Paraná podía movilizar, así como la ausencia de actores lo suficientemente poderosos para apuntalar estos proyectos, impidieron que las iniciativas del caudillo entrerriano prosperaran.

Este cuadro comenzó a modificarse cuando Mitre alcanzó la primera magistratura. A partir de ese momento, el estado unificado pudo volcar sobre el interior parte de los recursos generados por la rica provincia de Buenos Aires. Con todo, la presencia del estado central en el interior se hizo sentir, primero, a través de una intensa presión militar, destinada a recortar los márgenes de autonomía de los grupos de poder local y a disciplinar a las clases populares que resistían el avance porteño. En las décadas de 1860 y 1870, las tropas al servicio de los gobiernos liberales ensangrentaron las provincias andinas y el litoral. Sin embargo, la paulatina consolidación del poder estatal y la progresiva pacificación del país también crearon condiciones propicias para que el poder público fuera dejando de lado su preocupación por el orden y comenzara a pensar en formas más efectivas de integrar económica y políticamente el territorio. En la vasta y despoblada Argentina, el ferrocarril era el mejor instrumento para alcanzar estos objetivos.

Al asumir, Mitre reflotó el proyecto ferroviario de Urquiza, promoviendo la construcción de una línea entre Rosario y Córdoba. Existía, sin embargo, un gran obstáculo para el éxito de esta costosa iniciativa. Mientras las vías que entonces comenzaban a tenderse en Buenos Aires atravesaban distritos que ya se encontraban en explotación, lo que les permitía captar una demanda capaz de asegurar cierta rentabilidad a

las empresas, el ferrocarril de Rosario a Córdoba no sólo ponía en contacto dos urbes que sumadas reunían menos de la tercera parte de la población de la ciudad de Buenos Aires, sino que atravesaba una región casi inexplotada. En ausencia de un mercado sobre el cual apoyarse, la construcción del Central Argentino requirió del sostén del estado. El instrumento para ello fue un régimen de garantía a la inversión que aseguró a los propietarios de la línea una rentabilidad del 7% anual sobre el capital invertido, a cambio de alguna injerencia estatal en la definición de las tarifas.

Un invento de impacto global



Estación central de los ferrocarriles unidos del Norte, Sur y Ensenada, 1876. Archivo General de la Nación.

Para fines de la década de 1870, la Argentina contaba con algo más de 2000 kilómetros de vías. El estado desempeñó un papel fundamental en la expansión de la red vial en el interior, pero hacia 1880 más de dos tercios de la inversión ferroviaria se localizaban en la región pampeana, y en particular en las tierras bonaerenses. El ferrocarril, probablemente el principal invento británico en el siglo XIX, tuvo un impacto global. La fotografía muestra la estación terminal en la que confluían tres líneas: el Norte, el Sur y el Ensenada. Este edificio de madera y hierro galvanizado de estilo chinesco estaba originariamente destinado al ferrocarril de

Madrás, en la India. El ingeniero Wheelwright, el gran constructor de ferrocarriles de la Argentina en esas décadas, lo adquirió en Londres para emplazarlo en el bajo de Buenos Aires.

En un país que todavía constituía un destino riesgoso para la inversión extranjera, el sistema de garantía estatal también sirvió para estimular la construcción de otras líneas, como el ferrocarril a Río Cuarto y el que unió Córdoba y Tucumán en 1876. Las líneas tendidas en Buenos Aires también recurrieron al apoyo del estado, como el Gran Sur, cuyo primer tramo llegó a Chascomús en 1865. Pero, si para las empresas que operaban en la dinámica provincia de Buenos Aires el régimen de garantía en todo caso funcionaba como un seguro inicial contra la impericia o la osadía de sus promotores, las líneas que recorrían el interior encontraban en el subsidio público un recurso esencial para asegurar su supervivencia durante los prolongados años de adversidad que enfrentaron, incluso más allá del período considerado en este capítulo. Así, por ejemplo, mientras que el pujante Sur renunció a la garantía (y a la supervisión pública sobre tarifas que la acompañaba) al cabo de algunos años de servicio, el Central Argentino se aferró al subsidio hasta fines de la década de 1880, cuando el desarrollo agrícola de la región que atravesaba, y que su construcción había promovido, pudo asegurarle unos ingresos más atractivos que los que proveía el estado. Resulta evidente entonces que, pese al auxilio del estado central, el progreso de las regiones interiores durante este período continuó siendo lento y dificultoso. Aunque no todo permaneció inalterado, cuando Roca asumió la presidencia, en octubre de 1880, las desigualdades regionales, antes que atenuarse, se habían profundizado.

5. Buenos Aires, el litoral y el interior en la era de la lana

Durante la era del lanar, la aceleración del crecimiento exportador profundizó la integración entre la región pampeana y los mercados del Atlántico Norte. El incremento del ingreso generado por la ganadería ovina expandió el mercado interno; el consumo aumentó y se diversificó. Estos procesos tuvieron distinto impacto según las regiones. Mientras Buenos Aires se afirmaba como el motor de la economía de exportación y principal nexo con el mercado mundial, y los distritos ubicados al oeste del Paraná ganaban importancia, las provincias mesopotámicas perdían dinamismo. Algunos distritos del interior profundizaron su vinculación con el mercado litoral, y crecieron hasta donde los elevados costos de transporte terrestre se lo permitían. Al mismo tiempo, la expansión de la economía mundial estimuló la actividad económica en el Pacífico y en las tierras altas del continente, ofreciendo salida a la producción de las provincias del norte y del oeste. En este marco, el interior experimentó una leve expansión, que sin embargo no alcanzó para acortar las distancias con los distritos más dinámicos de la región pampeana, ni para incrementar de modo sustantivo el bienestar de sus habitantes. En cambio, la población del litoral se vio favorecida por mejoras considerables en sus condiciones materiales de vida, pero en un marco general signado por una creciente desigualdad.

La ciudad de Buenos Aires

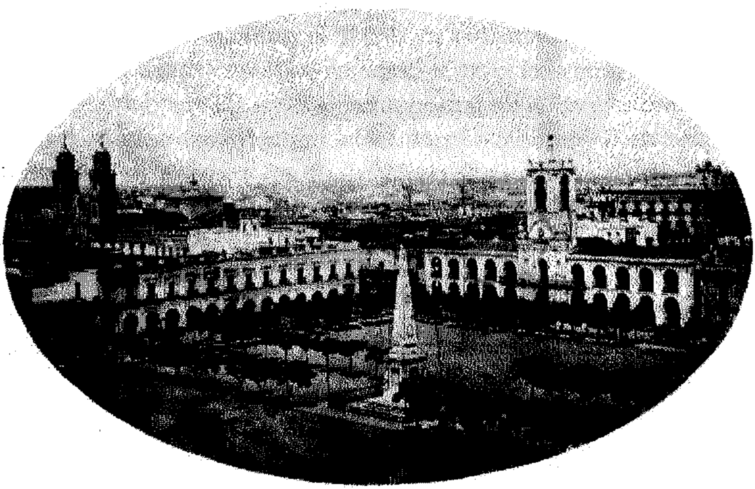
En el período comprendido entre Caseros y la llegada de Roca a la presidencia, la ciudad de Buenos Aires se afirmó como el principal centro urbano del Atlántico austral. Un primer indicio de ello se obtiene al observar el espectacular crecimiento de la población

porteña en este período, que colocó a la ciudad entre las urbes de mayor aumento poblacional en el mundo. Entre 1854 y 1887, Buenos Aires creció a una tasa cercana al 5% anual, pasando de unos 93 000 a más de 400 000 habitantes. Dicho desarrollo demográfico, dos veces más veloz que el alcanzado en las cuatro décadas posteriores a la independencia, fue, además, bastante más rápido que el del país considerado en su conjunto, que alcanzó valores cercanos al 3% anual. Lo más notable: también superó el ritmo de expansión de la población de la propia campaña bonaerense, que entre 1850 y 1880 se ubicó en torno al 4% anual.

Las migraciones europeas constituyeron el principal motor del incremento demográfico porteño. Hacia 1850, la presencia de europeos era ya muy considerable, como lo indica el hecho de que uno de cada tres habitantes hubiese nacido al otro lado del Atlántico. Desde entonces, el arribo de extranjeros continuó en aumento; veinte años más tarde, los nacidos en Europa representaban la mitad de la población porteña. Como el flujo migratorio se hallaba compuesto, en su mayoría, por varones económicamente activos, el predominio de los europeos se volvió abrumador en esta categoría económicamente decisiva. Mientras que, en 1855, había 1,5 europeos por cada nativo de entre 20 y 60 años, en 1869 los varones adúltos extranjeros superaban a los nativos en una proporción de 4 a 1. Para entonces, los varones extranjeros entre 15 y 39 años eran 49 300, y los nativos, apenas 12 500. Los italianos del norte constituían la mayor comunidad de extranjeros, pues habían aportado casi dos tercios de los inmigrantes arribados entre mediados de siglo y comienzos de la década de 1880.

Esta sostenida expansión demográfica da cuenta de la creciente importancia económica de la ciudad, en primer lugar como nexo con el mercado mundial. En este período, Buenos Aires se afirmó como eje del comercio exterior argentino. Pese a que la apertura del Paraná y el Uruguay al tráfico internacional, consagrada por la Constitución de 1853, acabó con el monopolio fiscal de la aduana porteña, los puertos de las provincias litorales no lograron desplazar a Buenos Aires de su papel de centro articulador del intercambio externo. La modestia de las comunidades de mercaderes y el reducido tamaño de los mercados de consumo de las ciudades de Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos limitaron sus oportunidades de robarle a Buenos Aires una tajada considerable del comercio de importación.

El crecimiento de la ciudad

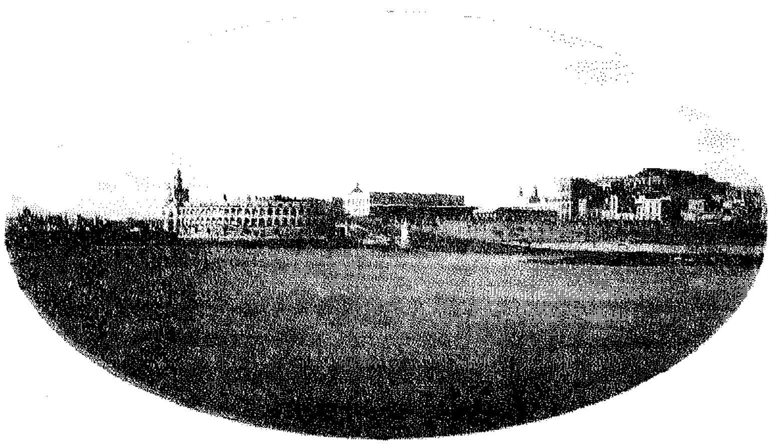


Benito Panunzi, *Plaza de la Victoria*, c. 1867. Colección Carlos Sánchez Idiart.

Esta fotografía, una de las primeras de Buenos Aires, muestra una ciudad todavía baja. En primer plano aparece la pirámide de Mayo en su emplazamiento original en el centro de la Plaza de la Victoria; a la derecha, el Cabildo con todas las arquerías que algunas décadas más tarde le quitará el ensanche de la Avenida de Mayo. Algunos nuevos edificios, como el Club del Progreso (a la derecha de la torre del Cabildo), o el Teatro Colón (desde cuya terraza se tomó esta foto) comienzan a competir en altura con las cúpulas de las iglesias, poniendo de relieve la modernización de la infraestructura edilicia de la ciudad. Sin embargo, en este período el principal cambio no fue físico sino demográfico. Desde mediados de siglo, la población porteña creció de manera explosiva, en primer lugar gracias a la inmigración transatlántica, pasando de menos de 80 000 habitantes en 1850 a cerca de 320 000 en 1880. Cuando Roca llegó a la presidencia, más de la mitad de los residentes de la ciudad habían nacido en Europa. Mucho antes de las décadas de gran inmigración del cambio de siglo, Buenos Aires era una ciudad cosmopolita, que se movía al ritmo del trabajo extranjero.

En cuanto a las exportaciones, el panorama no fue muy distinto. La libre navegación de los ríos llegó tarde, cuando la ganadería de las provincias litorales comenzaba a experimentar un retroceso relativo, consecuencia de sus dificultades para mejorar el rodeo vacuno o promover su reemplazo por ovinos. Como resultado de la gradual pero sostenida pérdida de importancia relativa de la ganadería entrerriana y correntina, el incremento del valor de las exportaciones en la era del lanar tendió a concentrarse de modo casi exclusivo en tierras bonaerenses, en particular en las que rodeaban a la ciudad de Buenos Aires y dependían de las redes de comercialización y transporte vinculadas con esta urbe. Pese a que las limitaciones del puerto de Buenos Aires se volvieron cada vez más evidentes conforme crecía el volumen del intercambio externo, por los muelles porteños pasó un porcentaje del comercio atlántico no inferior al 70%, mayor que en cualquier otro momento pasado o futuro de la historia del país.

La puerta del comercio exterior



Benito Panunzi, *La Aduana nueva desde el río*, c. 1867. Colección Carlos Sánchez Idiart.

A mediados de la década de 1850, la construcción de la Aduana nueva y de un muelle de cargas le proporcionaron a Buenos Aires sus primeras instalaciones portuarias de alguna envergadura. Hasta entonces, el puerto no poseía ningún tipo de infraestructura que permitiera a los barcos

efectuar las operaciones de carga y descarga a tierra en sitios protegidos contra las inclemencias del mal tiempo, ya que todo el movimiento se desarrollaba por medio de lanchas y carros que se internaban en el río. Las modestas obras de los años cincuenta sólo trajeron un alivio momentáneo, pues el incremento del tráfico comercial pronto reclamó iniciativas más ambiciosas. Éstas comenzaron por la rectificación de la desembocadura del Riachuelo y la apertura del canal sud en 1875, y por la construcción de muelles en los márgenes de este curso de agua. Pese a las dificultades que presentaba la operatoria portuaria, en este período Buenos Aires concentró el grueso del comercio exterior argentino. A comienzos de la década de 1880, por su puerto pasaba más del 60% del valor exportado, y más del 80% del valor importado. En 1880, las exportaciones que salían del puerto de Rosario, de fuerte crecimiento en el cambio de siglo, no alcanzaban al 5% del total.

Gracias a la prosperidad exportadora, así como a la masiva presencia de una población extranjera que había cruzado el Atlántico en busca de mejores oportunidades, en estas décadas tuvo lugar una visible europeización de las costumbres y los patrones de consumo. El derrumbe de la federación rosista, con sus aspiraciones igualitaristas, también contribuyó a la expansión del consumo y, en particular, a una creciente separación entre los hábitos de consumo de los sectores más encumbrados y los de las clases populares. Nació entonces un sector de la actividad mercantil específicamente dirigido a atender las demandas de los grupos de mayores ingresos, que creció en importancia conforme aumentaba la riqueza e influencia de este sector de la población en las décadas de auge lanar. Los establecimientos más emblemáticos de este nuevo segmento fueron grandes tiendas como A la Ciudad de Londres, creada en 1873, que contaba con más de cien empleados. Estas tiendas introdujeron nuevos estilos de comercialización. Los artículos con precio fijo desplazaron al regateo, y aparecieron sistemas de distribución domiciliaria. El comercio de bienes y servicios de lujo se caracterizó por una creciente especialización: surgieron negocios que ofrecían diversos tipos de telas y confecciones, y lo mismo sucedió con los bazares que vendían vajilla, loza y cristalería, así como con las mueblerías, los restaurantes y los cafés.

En su mayor parte, los habitantes de la ciudad permanecieron al margen de los circuitos de comercialización más sofisticados, pero el incremento del ingreso y la creciente presencia de extranjeros integró a la población al consumo de modo más pleno que en décadas anteriores. Dicha tendencia también comprendió a las mujeres, pues la expansión

del trabajo en talleres, así como el crecimiento del servicio doméstico, incrementaron la participación femenina en el sector mercantil de la economía. Más allá del distrito comercial más exclusivo, las novedades en el estilo comercial fueron menos visibles, pues continuaron prevaleciendo los pequeños comercios regenteados por sus dueños con la ayuda de su familia y algún dependiente.

Considerada globalmente, la estructura comercial porteña se volvió más compleja y es probable que creciera el peso relativo de los trabajadores del sector sobre el total de la población ocupada. La estructura de comercialización llegó a ocupar a una porción considerable de la fuerza de trabajo urbana, estimada entre un 15% y un 20% de la población activa. De acuerdo con el censo de 1887, en Buenos Aires existían aproximadamente 400 tiendas, unas 100 librerías, 140 joyerías, 70 sombrererías, 200 cafés, más de 230 despachos de bebidas, unas 1000 carnicerías y verdulerías, además de gran cantidad de restaurantes, fondas, mercerías, etc. Incluso los comercios más modestos sirvieron para ampliar la cantidad y la diversidad de bienes que consumía una población socialmente más heterogénea, marcada por la presencia extranjera. Pues si, para la elite nativa, la europeización significó mayor refinamiento, para muchos inmigrantes el consumo de los bienes de su tierra de origen (o sus réplicas de producción local) no era más que un hábito inscripto en la vida cotidiana. Al calor de esta demanda, la oferta se diversificó, en especial en rubros como alimentos y vestido. Así, por ejemplo, si en 1850 las panaderías porteñas producían apenas tres tipos de pan, hacia 1880 ofrecían hasta ocho variedades distintas, con la impronta de gustos franceses, italianos y criollos.

Como efecto derivado de la expansión exportadora, creció la importancia de las actividades mercantiles y financieras vinculadas con el comercio de lanas, cueros y otros derivados del ganado. En parte debido a que el puerto no experimentó mejoras significativas, la actividad exportadora demandó cantidades crecientes de energía humana para la carga y la descarga, y en torno a los saladeros, las barracas y los mercados concentradores de Once y Constitución. Durante los meses de verano, luego de la cosecha de lana y cuando el trabajo de los saladeros se hallaba en su punto más alto, la actividad en estos sitios adquiría un ritmo febril.

Sin embargo, la expansión de la ciudad permitió que la economía urbana ganase cierta autonomía respecto a las alzas y bajas del comercio exterior. El ejemplo más palpable de la importancia creciente de este mercado interno lo ofrece el desarrollo del sistema de transportes. La primera línea férrea de Buenos Aires fue el ferrocarril del Oeste, cuyo

primer tramo entre el Parque (hoy Plaza Lavalle) y Flores se inauguró en 1857. Este ferrocarril fue diseñado para captar la demanda de suburbios densamente poblados, y bien integrados al abasto de la ciudad, y sólo al cabo de varios años comenzó a internarse en la campaña. De hecho, la venta de pasajes constituyó la principal fuente de ingresos del Oeste en su etapa inicial. El crecimiento de la ciudad llevó a que, en 1869, también se inaugurara un sistema de tranvías a caballo, para unir los suburbios más próximos con el centro comercial y burocrático.

La expansión demográfica y la prosperidad pública y privada contribuyeron al auge de la construcción, que afectó tanto a la vivienda como a la infraestructura urbana. Con el alumbrado a gas y el empedrado, los distritos céntricos de Buenos Aires adquirieron un aspecto más elegante y europeo. En estos años, el estado comenzó a realizar mejoras en los servicios de agua, recolección de basura y drenado, en especial luego de que las epidemias de cólera en 1867 y 1868, y la de fiebre amarilla en 1871, pusieran de relieve la necesidad de intervenir en estos terrenos no sólo para embellecer la urbe o realzar la majestad del poder público. La construcción privada, por su parte, se expandió velozmente, aunque siempre a la zaga del incremento de la demanda habitacional, sobre todo para las clases trabajadoras. En las décadas posteriores a Caseros, desaparecieron muchas de las casas criollas y la ciudad adquirió una fisonomía de rasgos italianizantes, en parte porque la mayoría de los empresarios y trabajadores de la construcción provenía de la Península Itálica. En sus momentos de expansión, este sector empleó más del 10% de la población económicamente activa.

La producción manufactura fue el sector que experimentó menos cambios en estas tres décadas, a punto tal que parece haber perdido peso relativo en la economía en su conjunto. De hecho, la población ocupada en el sector creció más lentamente que la población activa total. Ya hemos señalado en páginas anteriores algunas de las limitaciones que afectaron al sector secundario tras la independencia: elevados niveles salariales, escasez de materias primas, falta de capital, ausencia de una tradición técnica. En gran medida, todos estos factores siguieron constriñendo el desarrollo manufacturero en esta etapa de incremento de la riqueza y aceleración de la integración con los mercados atlánticos. Por tanto, el aumento de la demanda de bienes manufacturados generada por el crecimiento del ingreso fue satisfecha, en su mayor parte, por un incremento paralelo de los bienes de consumo importados.

Al igual que en la Inglaterra que dejaba atrás las políticas mercantilistas y las Leyes del Grano, luego de la caída de Rosas el prestigio de las ideas

librecambistas llegó a su punto más alto en todo el siglo. Este consenso liberal sentó las bases para una rebaja considerable de las tarifas aduaneras sobre los bienes de consumo, que se mantuvo en vigencia hasta 1876. La baja de los costos de transporte internacional, al abaratar los bienes importados, también conspiró contra el progreso de la producción manufacturera local. Por tanto, no sorprende que la composición de las importaciones continuase ampliamente dominada por bienes de consumo, al igual que en las décadas posteriores a la apertura comercial. A los textiles se sumaron más objetos de loza, madera y metal, conforme la demanda se volvía más compleja. En estos años, sólo se registra un modesto incremento de la importación de insumos y bienes de capital, que no tenían por destino principal la industria sino la construcción de ferrocarriles y obras de infraestructura y, en menor medida, la producción rural.

Nuevas pautas de consumo



Fábrica de guantes La Nacional, c. 1875. Archivo General de la Nación.

La europeización de los gustos de la elite y el aumento de la población extranjera expandieron la demanda de productos sofisticados. La importación satisfizo el grueso de esta demanda. También aparecieron algunas empresas manufactureras de cierta envergadura, que muchas veces combinaban la producción con la comercialización. En este período, el sector de confección se expandió de la mano de la introducción de la máquina de coser y la división del trabajo. A medida que la organización laboral se fue haciendo más compleja, creció el número de trabajadores especializados en aspectos parciales de la confección (ojalado, costura, corte) o en ciertas tareas anexas (planchado, empaque). La fotografía muestra el frente de una elegante fábrica de guantes. Se advierte la presencia de los propietarios y de algunos empleados que atienden al público, ya que este taller combina la fabricación con la venta al público.

Con todo, la llegada de inmigrantes dotados de destrezas técnicas poco frecuentes en el medio local incrementó la calificación de la fuerza de trabajo y las capacidades técnicas y empresariales disponibles, y permitió la aparición de nuevos emprendimientos, aunque casi siempre de modestas dimensiones. Nacieron así herrerías, carpinterías, talleres de confección de indumentaria, fábricas de fideos y de calzado, etc. Muchos de estos establecimientos combinaban la fabricación con la reparación; en todos ellos primaba el trabajo manual o artesanal, y una escasa división del trabajo. La fuerza motriz y la producción estandarizada se hallaban ausentes o desempeñaban un papel marginal. La producción dependía muchas veces de la demanda proveniente de casas comercializadoras, que combinaban la venta de productos locales e importados. Al igual que en la primera mitad del siglo, sólo algunas empresas, que procesaban materias primas locales y producían para la exportación (saladeros, curtiembres), lograron sobreponerse a las restricciones del entorno y alcanzar mayores dimensiones.

El mundo rural pampeano

Entre 1850 y 1880, la campaña de Buenos Aires se afirmó como el principal motor de la expansión productiva. Al calor del dinamismo de su economía ovina, cobró forma una sociedad más próspera y compleja, en especial en las regiones de asentamiento más antiguo. El crecimiento del sector más productivo de la economía comenzó

a desbordar las fronteras bonaerenses, y a la vez generó una sostenida expansión del mercado interno, que integró nuevas actividades a los circuitos económicos cuyo centro de imantación se ubicaba en Buenos Aires. Santa Fe aprovechó estas oportunidades. Beneficiada por una favorable dotación de recursos naturales, esta provincia creció más rápido que cualquier otro distrito pampeano. En cambio, las provincias mesopotámicas no lograron transformar sus procesos productivos, y continuaron desarrollándose según patrones establecidos en las décadas de 1830 y 1840. Esta etapa resultó particularmente negativa para Entre Ríos, que vio esfumarse toda posibilidad de rivalizar con Buenos Aires.

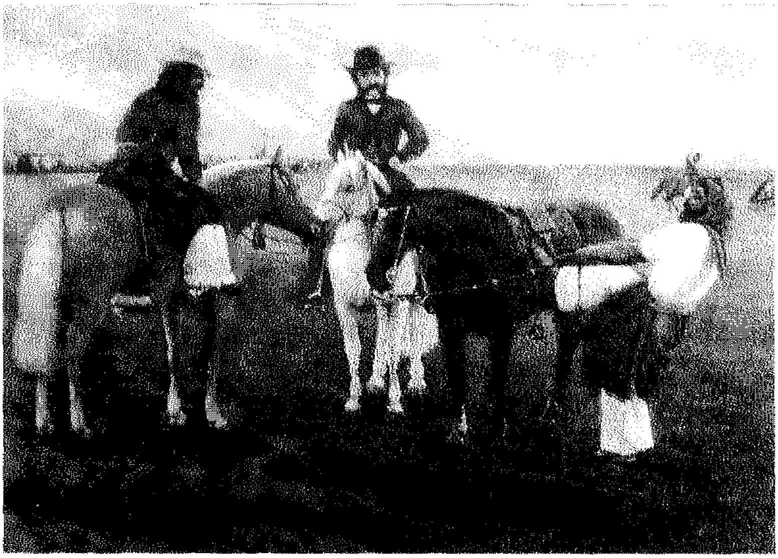
La provincia de Buenos Aires: expansión productiva y crecimiento del consumo

Entre la caída de Rosas y la Conquista del Desierto, la provincia de Buenos Aires triplicó su territorio y alcanzó sus límites actuales. Menos de la mitad de los 307 000 kilómetros cuadrados que desde fines de los años setenta comprendió su jurisdicción –equivalentes a la superficie de Gran Bretaña, Bélgica y Holanda reunidas– se destinó a la producción en esos años de expansión de la frontera, pero esta vasta reserva de tierra fértil le permitió preservar la supremacía económica dentro de la federación. Durante este período, la población de la campaña bonaerense se triplicó: creció tanto o más rápido que en las cuatro décadas posteriores a la independencia, pasando de 177 000 a 552 000 habitantes entre 1854 y 1881. Al igual que en la ciudad capital, el incremento de la población –de un promedio del 4% anual– fue estimulado por la llegada de inmigrantes extranjeros, que hacia los años setenta representaban prácticamente la cuarta parte de la población total de la provincia y casi la mitad de los varones adultos. El crecimiento de las exportaciones fue bastante más veloz, pues superó el 7% anual. Ello sugiere que en este período se produjo un importante incremento de la riqueza per cápita, que de acuerdo con algunas estimaciones contemporáneas habría estado cerca de duplicarse.

En muchos de los distritos de frontera que lentamente comenzaron a poblarse con ganado vacuno, la imagen de la pampa como un desierto siguió vigente, ofreciendo un marcado contraste con los progresos civilizatorios alcanzados por la capital y su área de influencia inmediata. Gracias a la expansión de la ganadería vacuna hacia los distritos más alejados, el stock vacuno bonaerense pasó de 3 a 5 millones de cabezas entre 1850 y 1880, y continuó contribuyendo de manera decisiva a in-

crementar las exportaciones de rubros tradicionales como el cuero, el sebo y la carne salada, que en este período siguieron aportando cerca de un cuarto de las ventas al exterior.

El estanciero, el capataz y el peón de campo



Prilidiano Pueyrredón, *El rodeo*, óleo sobre tela, c. 1861. Detalle.

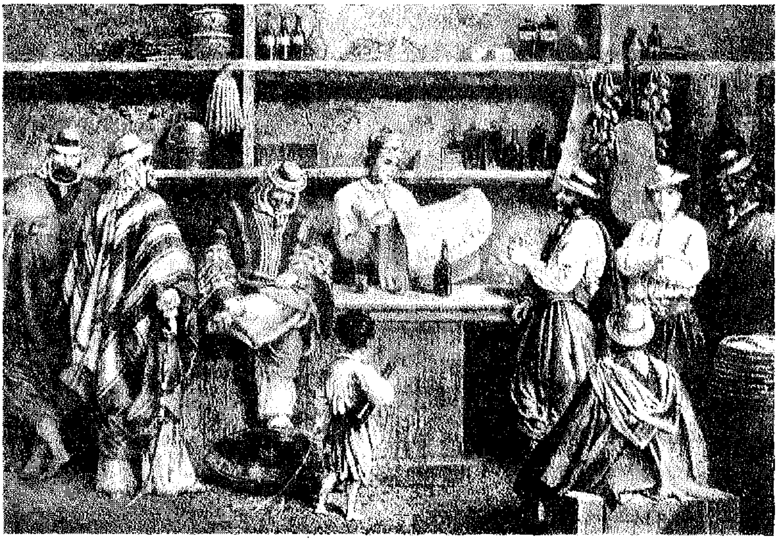
Este óleo describe el rodeo, la actividad de reunir al ganado vacuno que pasta libremente en campo abierto en la era previa al alambrado. Si bien el auge lanar desplazó al vacuno de las mejores tierras de la provincia de Buenos Aires, la ganadería vacuna continuó ocupando un lugar relevante en la economía provincial. El cuadro presenta una imagen que celebra el trabajo productivo y la estructura de autoridad imperante en una estancia dedicada a la *cría* de este tipo de ganado. Las diferencias entre las tres figuras sobre las que el artista concentra su atención (estanciero, capataz, peón) se encuentran establecidas con claridad. Confortablemente ubicado en la posición de mando, el propietario parece deslizar indicaciones que el capataz a su vez transmite al peón (el único desmontado). La escena refleja un universo donde tanto las jerarquías económicas como las sociales se han acentuado y tornado más visibles que en los tiempos del rosismo. El

estanciero viste ropa de estilo europeo (compárese con la ilustración de p. 47). Los otros personajes visten a la criolla, pero la indumentaria del capataz es más elaborada.

En las zonas de antigua ocupación, el imperio de la ganadería extensiva se atenuó. La expansión ovina incrementó la productividad del trabajo y la densidad de población; con ello aumentó el ingreso y se amplió el mercado. El proceso de división de la propiedad rural se aceleró, arribaron nuevos inmigrantes y, gracias a actividades como la esquila, las mujeres se incorporaron de modo más pleno al mercado de trabajo. La población urbana de la provincia creció, y en los pueblos y ciudades el consumo se extendió y diversificó. El censo de 1869 revela la existencia de 77 centros poblados. Los más importantes, como San Nicolás, tenían ya el tamaño de una capital de provincia, y contaban con sucursales bancarias y periódicos propios. También se verificaron transformaciones en las demandas de consumo y las formas de comercialización. Las pulperías de la primera mitad del siglo XIX fueron dejando lugar a comercios más especializados, como tiendas, almacenes y carnicerías, y la variedad de bienes a la venta se incrementó. Hacia 1880, la provincia sumaba cerca de 3500 comercios, que empleaban a unas 10 000 personas. Todavía quedaban muchas pulperías, en especial en los distritos más alejados, pero éstas eran bastante menos numerosas que las 900 fondas, bodegones y cafés registradas en el censo de 1881. El avance de las profesiones revela la creciente complejidad de la sociedad rural. Los 174 profesionales (médicos, abogados, escribanos) de 1869 llegaron a 461 doce años más tarde.

La expansión económica liderada por el ovino tuvo una modesta incidencia sobre la producción manufacturera bonaerense; de hecho, el porcentaje de la población económicamente activa empleada en el sector secundario no experimentó grandes cambios a lo largo de estos años. La creciente integración de los mercados urbano y rural, favorecida por el crecimiento de la red ferroviaria y la mejora de los sistemas de transporte, limitó el desarrollo manufacturero en los distritos rurales. En los pueblos de la campaña el número de talleres se incrementó, aunque siguió predominando el ejercicio individual y artesanal de los oficios. Los saladeros, y en menor medida los astilleros de los pueblos de la costa del Paraná y los molinos harineros, constituían las únicas empresas de alguna envergadura de la campaña, y en casi todos los casos eran más pequeñas que en la ciudad de Buenos Aires. Para satisfacer sus necesidades, los pueblos de la provincia dependían aún de la red comercial cuyo centro se hallaba ubicado en la capital.

El consumo en los distritos rurales



León Palliere, *Interior de pulpería*, litografía, 1864.

León Palliere pintó esta escena que retrata un rincón tradicional de la campaña bonaerense. El cambio, sin embargo, se expresa a través de una cantidad de detalles. El pulpero aparece leyendo *La Tribuna*, un importante diario editado en Buenos Aires. Un niño, que trae una botella bajo el brazo, se dispone a comprar vino. Aun cuando los estantes aparecen semivacíos, se advierte la presencia (de izquierda a derecha) de bacinillas y otros recipientes de cerámica, velas, vino, tabaco, ginebra, cebollas, un bacalao, una guitarra, un par de escobas y un lazo. En esta pulpería criolla, los gauchos conviven con la lectura de la prensa urbana y el consumo de bienes importados.

La integración del mercado interno tuvo consecuencias más positivas sobre la producción de alimentos. Gracias al ferrocarril, la campaña encontró maneras más directas y baratas para volcar su producción en el mercado porteño. A la vera de las líneas del ferrocarril trazadas en la década de 1860 surgieron chacras y quintas; los polos agrícolas del oeste (Lobos, Chivilcoy) se consolidaron, y creció otro hacia el norte, en Baradero. El aumento de la población y del ingreso estimuló la de-

manda urbana, que reclamó cantidades crecientes de leche, verduras, hortalizas, cereales y madera. El incremento de la oferta de alimentos y combustible fue posible porque la inmigración aportó fuerza de trabajo y nuevas destrezas, tal como se pone de relieve en el hecho de que los italianos predominaran entre los quinteros y agricultores, y los vascos entre los lecheros. Hacia el final de este período, la campaña poseía alrededor de 400 000 hectáreas cultivadas, y una masa de agricultores, quinteros y tamberos que superaba el 10% de la población trabajadora de la provincia. De manera semejante a lo ocurrido en etapas previas, el crecimiento agrícola bonaerense se reveló más dinámico en los rubros productores de bienes voluminosos o perecederos, en los cuales la competencia de regiones distantes era débil o inexistente, como en las verduras, hortalizas y frutas. En cambio, los altos costos laborales y el (comparativamente) elevado valor de la tierra siguieron desalentando la expansión del cultivo de trigo, que debía competir con el cereal introducido desde fuera del territorio provincial. Con todo, la diversidad de la oferta alimentaria se incrementó de manera sustancial, y ello da cuenta de la mayor complejidad de las demandas de consumo, tanto de la sociedad urbana como de la rural.

Santa Fe: un recomienzo promisorio

En este período, Santa Fe creció con más rapidez que cualquier otro distrito de la Confederación. La población provincial pasó de 41 000 habitantes en 1858 a 89 000 en 1869, y a 220 000 en 1887, expandiéndose a una tasa superior al 7% anual. Este excepcional incremento se apoyó en una profunda transformación de las estructuras económicas provinciales. Hasta comienzos del siglo XVIII, Santa Fe, un distrito de frontera, había tenido como única fuente de riqueza una pobre ganadería. Para favorecer el poblamiento de la región, en 1726 las autoridades coloniales le otorgaron a la ciudad de Santa Fe el estatuto de puerto preciso, por el cual todos los buques que navegaban el Paraná entre Asunción y Buenos Aires debían fondear en su rada y abonar derechos. Durante el período de reformas borbónicas, este privilegio fiscal desapareció, pero para entonces Santa Fe ya contaba con los recursos provenientes de su ubicación a la vera de la ruta comercial que unía a Buenos Aires con el Alto Perú, que en el siglo XVIII creció en importancia conforme cobraba envergadura el comercio interregional. Uno de los mayores rubros de este comercio era el de los mulares que, criados en las praderas santafesinas, tomaban el camino hacia Salta y de allí al Alto Perú. Gracias a esta actividad sumamente rentable, los

principales ganaderos santafesinos se contaron entre los más prósperos de la región.

Las guerras de independencia y la fragmentación del virreinato golpearon con particular saña a esta economía dependiente de la provisión de ganado al Alto Perú y de los tráficos a distancia. Los años posteriores fueron aún menos amables para los santafesinos, que durante tres décadas no pudieron sacar ventaja alguna de la apertura comercial. Dañada por las luchas civiles desarrolladas en su territorio, afectada por los obstáculos que tanto Buenos Aires como Corrientes y Paraguay imponían a la navegación del Paraná, y asolada por incursiones de indígenas chaqueños y pampeanos, Santa Fe vio desaparecer su riqueza comercial y ganadera, y asistió a una drástica contracción de su territorio y su población. Hacia la década de 1820, la provincia no alcanzaba los 20 000 habitantes, y su plantel vacuno había caído por debajo de las 50 000 cabezas. El estado prácticamente desapareció: en 1819, el modesto sueldo del gobernador se llevó casi un tercio del presupuesto total de la provincia. La recuperación económica de las décadas de 1830 y 1840 resultó aquí mucho más lenta y difícil que en la vecina Entre Ríos. Durante la vigencia de la federación rosista, Santa Fe siempre fue la más pobre de las provincias litorales.

Caseros constituyó el punto de inicio de una nueva etapa, signada por el crecimiento acelerado de las fuerzas productivas de la provincia. Su primer motor fue mercantil, y giró en torno a la expansión del comercio interregional. Sancionada la libre navegación de los ríos, la privilegiada ubicación de Rosario pronto consagró a esta pequeña villa –que en 1850 no alcanzaba los 5000 habitantes– como el mayor puerto de la Confederación, y el principal eje de circulación entre las provincias litorales e interiores. Hacia 1856, en lo que poco antes no era más que un caserío, ya se habían instalado unas 200 casas mercantiles. Desde entonces, el comercio rosarino no cesó de crecer, auxiliado por el desarrollo de la navegación a vapor y por una lenta pero importante mejora en el trasporte terrestre. En los quince años transcurridos entre 1855 y 1870, el número de barcos que arribaron a su puerto se multiplicó por cinco.

Grandes tragedias como la Guerra del Paraguay también favorecieron a la ciudad. Rosario centralizó gran parte del esfuerzo de abastecimiento de las tropas combatientes, y por su puerto pasaron ejércitos, alimentos, pertrechos y armamentos con destino al frente de batalla. La construcción del ferrocarril que en 1870 la conectó con Córdoba terminó de afirmarla como el segundo centro portuario y ferroviario

de la Argentina, y como el vértice de un extenso circuito de intercambio que abarcaba todo el centro y el oeste del país. Signo inconfundible de dinamismo económico, Rosario recibió miles de inmigrantes, y se convirtió en una urbe tan cosmopolita como Buenos Aires. En esta etapa, Rosario no sólo dejó muy atrás a Santa Fe, la capital provincial, sino que se desarrolló más rápido que cualquier otra ciudad argentina: los 10 000 habitantes de 1858 se convirtieron en 23 000 en 1869, creciendo a una tasa cercana al 8% anual.

En estos años, el territorio santafesino se expandió velozmente. La superficie controlada por las autoridades, confinada durante tres décadas a una estrecha faja costera sobre el Paraná, de no más de 1 200 000 hectáreas, comenzó a crecer a partir de la expedición militar de 1858. Esta expedición arrancó a los indígenas un área igual a la hasta entonces dominada, a duras penas, por los blancos. A comienzos de la década de 1870, nuevas incursiones blancas ampliaron este territorio, que para el fin del período que analizamos en este capítulo llegó a comprender cerca de 7 millones de hectáreas.

El estado provincial era débil, más frágil que cualquiera de sus vecinos, y carecía de los recursos necesarios para impulsar la puesta en valor de esta extensa superficie. En una sociedad pequeña y pobre como la santafesina, tampoco existían actores económicos capaces de tomar a su cargo esta tarea. Por cierto, no resultaba sencillo explotar tierras desprovistas de toda infraestructura, cuya fertilidad era todavía una incógnita y que, por sobre todas las cosas, se encontraban mal comunicadas con los mercados consumidores. Resulta entonces comprensible que el gobierno pusiera en marcha un proceso de privatización profundo y veloz (aún más radical que el ocurrido en Buenos Aires a fines de la década de 1870), a través del cual las vastas extensiones recién incorporadas fueron cedidas a precios muy bajos y en extensas parcelas, en algunos casos superiores a las 100 000 hectáreas. En el norte de la provincia, Mariano Cabal llegó a poseer 2 millones de hectáreas, una extensión equivalente al país de Gales.

Una vez transferida la tierra pública al dominio privado, los distritos del sur fueron los primeros en encontrar su rumbo. Dado que se trataba de las mejores tierras de la provincia –las únicas cubiertas por una pradera de pastos blandos–, no sorprende que fueran destinadas a la actividad más rentable del momento: la cría de ovejas. La ganadería lanar constituyó el segundo motor del crecimiento santafesino. Sus comienzos fueron modestos, pero la velocidad de expansión del plantel ovino en esta provincia ofrece un indicio de la rentabilidad del em-

prendimiento. En apenas cinco años, entre 1862 y 1867, el rodeo pasó de 50 000 a 400 000 animales. El crecimiento lanar adquirió verdadera envergadura cuando los limitados recursos de los estancieros santafesinos fueron complementados por otros provenientes de la próspera elite rural de Buenos Aires. Apenas la amenaza indígena se atenuó, importantes ganaderos porteños desplazaron sus majadas más allá del Arroyo del Medio, en busca de tierras baratas y fértiles. Auxiliada por el ingreso de estos capitales, hacia finales del período Santa Fe contaba ya con un rodeo lanar de más de 4,5 millones de cabezas, que superaba en tamaño y valor al de su vecina Entre Ríos.

Mientras en el sur se expandía la cría de ovinos y en las pobres y despobladas tierras del norte se afirmaba una ganadería vacuna tradicional, de baja productividad, en el centro comenzaba tímidamente un proceso de crecimiento agrícola que, al cabo de algunos años, llegaría a consolidarse como el tercer motor de la transformación productiva santafesina. Más que en cualquier otro distrito, en Santa Fe el cultivo del suelo creció impulsado por la formación de colonias de agricultores europeos. La primera de ellas, Esperanza, nació en 1856; una década más tarde, Santa Fe contaba con siete colonias que ocupaban una superficie de 70 000 hectáreas, casi todas ellas ubicadas en los distritos fronterizos del centro-norte. En general, estos emprendimientos fueron financiados por capitalistas privados e instalados en tierras cedidas por el estado provincial. El desarrollo de estas colonias requirió la colaboración de tres actores. En primer lugar, los empresarios de la colonización, que aspiraban a obtener ingresos con la puesta en valor de las tierras de la región en la que la colonia se implantaba, y a veces también con el movimiento económico que su desarrollo debía generar. En segundo lugar, las autoridades, que aportaron sus magros recursos –básicamente, tierra fiscal barata, que carecía de usos alternativos–, pues entendían que la colonización agrícola debía servir para promover la aclimatación de actividades productivas e individuos considerados superiores, con los que creían posible reformar social y económicamente el medio rural. Finalmente, los inmigrantes europeos, que protagonizaron el movimiento colonizador, y para quienes los riesgos de esta aventura se veían compensados por la posibilidad de convertirse en agricultores independientes.

Las primeras colonias se hallaban integradas por familias agricultoras que empleaban su energía para producir una gran variedad de granos y productos de huerta, tanto para consumo propio como para la venta en mercados locales. Trabajaban lotes relativamente pequeños para las

escalas locales, casi siempre inferiores a las 50 hectáreas. Por el origen de sus ocupantes y las características de las explotaciones, estos emprendimientos remedaban la lógica productiva de los agricultores europeos. Esta forma de organización pronto enfrentó serios obstáculos, ya que el tamaño de los mercados locales con frecuencia resultaba insuficiente para atender las deudas asumidas por los agricultores al instalarse o contraídas luego, a lo largo del ciclo agrícola. Al cabo de algunos años de ensayo y error, muchas veces plagados de dificultades, las colonias fueron abandonando su orientación productiva originaria hacia el medio circundante, y buscaron colocar sus excedentes en mercados más alejados pero más grandes. Para ello, redujeron el abanico de bienes cultivados, y concentraron sus esfuerzos en incrementar la escala de la producción, de modo de aprovechar mejor su principal ventaja comparativa: el bajo precio de la fértil tierra santafesina.

Comenzó entonces a cobrar forma una agricultura extensiva y especializada, cuya punta de lanza fue el trigo, más parecida a la de las praderas de América del Norte que a la de los campesinos europeos. Este proceso se aceleró durante la Guerra del Paraguay, cuando Rosario se convirtió en un importante demandante de grano para el ejército aliado, en gran parte provisto por las colonias. La vinculación con Rosario resultó crucial para la expansión de la agricultura santafesina, pues esta plaza mercantil proveyó tanto la demanda de grano como el crédito, las redes de comercialización y transporte, y una parte considerable de los empresarios que invirtieron en la creación de nuevas colonias. Culminada la guerra, la abrupta caída de la demanda militar suscitó dificultades temporarias para los colonos; de allí en adelante, sólo prosperaron quienes habían tomado el camino de la producción en gran escala. Parcelas más grandes y técnicas de producción más extensivas sentaron las bases para el éxito de la agricultura de las colonias, tanto de las que se hallaban ubicadas al norte de Rosario como de las que comenzaron a surgir a la vera del ferrocarril de Rosario a Córdoba. Su gran mercado se encontraba río abajo. A lo largo de la década de 1870, el cereal proveniente de las colonias gradualmente expulsó a sus competidores del mercado de Buenos Aires, e incluso logró generar un pequeño excedente que, una vez satisfecho el consumo interno, comenzó a embarcarse para Europa. Hacia 1880, con unas 130 000 hectáreas cultivadas con trigo, Santa Fe se había convertido en la principal provincia cerealera del país.

En síntesis, en este período Santa Fe logró finalmente aprovechar las oportunidades generadas por el aumento de la demanda mundial

de lana y a la vez desarrolló fuentes de crecimiento directamente vinculadas con la expansión del mercado interno, tanto a través de la producción agrícola como de la actividad comercial. La provincia creció a gran velocidad, y al final del período poseía una importancia económica similar a Córdoba y Entre Ríos. De acuerdo a estimaciones contemporáneas, la riqueza por habitante de Santa Fe creció más de un 50% durante este período.

Entre Ríos: continuidad y retraso

En los veinte años posteriores a 1850, la ganadería entrerriana continuó desenvolviéndose según líneas ya trazadas en el período anterior, impulsada por la consolidación de la gran estancia ganadera en zonas de antiguo poblamiento y por el avance de pastores y pequeños productores sobre tierras aún libres, pero en general de calidad decreciente, tanto en el norte como en el sur de la provincia. En las décadas de 1830 y 1840, la franja costera sobre el río Uruguay se había convertido en la región más dinámica, en gran medida porque su extensa frontera con la vecina república del Uruguay le había permitido esquivar las restricciones impuestas por las autoridades porteñas al intercambio con los mercados externos.

Pasada la mitad del siglo, la libre navegación de los ríos y el ascenso de Santa Fe le restaron peso a estas circunstancias, desplazando gradualmente el eje mercantil desde el Uruguay hacia el Paraná. La presencia de Rosario contribuyó a acentuar la importancia de los distritos volcados sobre esta última arteria fluvial. A lo largo de estas décadas, la población entrerriana creció a una tasa algo superior al 4% anual, pasando de 50 000 a 190 000 habitantes entre 1849 y 1883. Dicho incremento fue posible por la incorporación de migrantes, mayormente de la vecina Corrientes y, en segundo término, del Uruguay. La llegada de europeos, aunque considerable, fue menor que en Buenos Aires o Santa Fe. Hacia finales de este período, los inmigrantes europeos no alcanzaban al 20% de la población entrerriana, contra más del 30% en los dos distritos mencionados. Pese a las iniciativas de Urquiza, activo promotor de la inmigración transatlántica, el arribo de extranjeros resultó relativamente modesto, y con el tiempo tendió a perder fuerza en favor de otros destinos.

La desaceleración del flujo migratorio europeo tiene por trasfondo la creciente atonía de la economía entrerriana en esta etapa signada por el cambio tecnológico. En buena medida, las dificultades de Entre Ríos fueron producto de limitaciones ecológicas que, de modo más

acusado que en décadas previas, trabaron su transición hacia una economía rural más productiva. Tierra de pastos duros, poco aptos para la cría de ovinos y vacunos refinados, la capacidad de carga de los campos entrerrianos era considerablemente menor que la de las praderas bonaerenses o del sur de Santa Fe. Además, las tierras de pastoreo estaban surcadas por numerosos ríos y arroyos, y existían extensas zonas bajas y anegadizas, poco aptas para la cría de las frágiles ovejas que constituían la punta de lanza de la modernización agraria en los distritos ganaderos porteños y santafesinos. Hacia finales de este período, el rodeo ovino de Entre Ríos sumaba unos 4 millones de cabezas, contra más de 55 millones de Buenos Aires (que eran, además, de calidad superior).

La pobre calidad de los pastos entrerrianos incidió en forma decisiva sobre las características de la explotación ganadera, desalentando el empleo de técnicas más intensivas en capital o trabajo, o la mejora del rodeo. En la década de 1870 todavía abundaban los animales alzados, incluso en las propiedades de estancieros modernizadores como el propio Urquiza. La producción agrícola sufrió por las mismas razones, pues las tierras entrerrianas se revelaron menos aptas para el desarrollo de cultivos comerciales que las ubicadas al otro lado del Paraná. La mayor parte de la escasa producción agrícola provincial, de magros rindes, siguió dominada por el maíz y el trigo, en parte para consumo doméstico, en parte para pequeños mercados locales. Hacia 1877, Entre Ríos sólo poseía unas 13 500 hectáreas cultivadas, menos del 10% de las que contemporáneamente trabajaba Santa Fe, y apenas el 3% de las registradas en Buenos Aires en 1881.

Un segundo aspecto de la geografía entrerriana también incidió negativamente en sus posibilidades de desarrollo en esta etapa signada por el cambio tecnológico. Los dos majestuosos cursos de agua que rodean a la provincia, útiles vías de comunicación durante la era del transporte fluvial, se convirtieron en un obstáculo insalvable para su integración en las redes ferroviarias que comenzaron a desarrollarse en esos años. Las zonas anegadizas, así como los numerosos ríos y arroyos que la recorren, también conspiraron contra la construcción de un sistema ferroviario capaz de conectar el interior de la provincia. El primer ferrocarril, de apenas 10 kilómetros, entró en servicio en 1867; desde entonces el tendido de nuevas vías avanzó a paso lento. Las mismas dificultades se pusieron de manifiesto en lo referente a obras de infraestructura, pues los puentes y carreteras, aunque más necesarios que en las provincias vecinas, también resultaban más caros y difíciles de construir.

Bloqueados los caminos que promovían la transformación productiva de su sector rural, Entre Ríos reafirmó su perfil de economía del vacuno criollo, y conservó un amplio segmento de productores familiares poco integrados en el sector mercantil de la economía. A lo largo de estas décadas, el mercado de consumo creció con lentitud, como lo indica el hecho de que, en 1869, las actividades comerciales sólo diesen empleo al 4% de la población, esto es, menos de la mitad que en la vecina Buenos Aires. Los bajos niveles de integración al mercado y las limitaciones del proceso de acumulación de capital afectaron la circulación de moneda y el crédito. A diferencia de Santa Fe y Buenos Aires, Entre Ríos no logró sentar las bases de un sistema bancario capaz de movilizar el ahorro local o canalizar inversiones externas, por lo que los grandes capitalistas de la provincia se vieron obligados a operar en las plazas de Buenos Aires, Rosario o Montevideo.

Las limitaciones del proceso de acumulación local y la ausencia de inversiones externas a la provincia (como las que Santa Fe estaba recibiendo de algunos capitalistas porteños) le otorgaron una particular importancia a la acción estatal. Empero, a lo largo de este período la administración entrerriana careció de los recursos necesarios para contrarrestar las constricciones ecológicas o apuntalar a los frágiles actores económicos que promovían la transformación de la economía provincial. El margen de maniobra del estado entrerriano se vio reducido pues la federalización de los impuestos al comercio exterior dejó a lo que hasta entonces había sido el segundo distrito exportador de la Confederación sin su principal fuente de ingresos. El tránsito hacia un nuevo régimen fiscal supuso una fuerte caída de la recaudación para el estado entrerriano, ya que la circulación mercantil interna era muy reducida; la administración tampoco pudo avanzar en la organización de un sistema rentístico capaz de gravar la propiedad del ganado o del suelo. La expansión ganadera de la primera mitad del siglo había tenido lugar sin ningún avance sustancial hacia un régimen de propiedad absoluta. Pasada la mitad del siglo, no sólo no existía un registro de títulos o un catastro público, sino que el estado continuaba reconociendo como válidos los derechos de posesión y usufructo acordados a los campesinos milicianos durante la etapa de grandes movilizaciones guerreras de las décadas de 1830 y 1840. Recién a comienzos de la década de 1860 el gobierno provincial puso en marcha un proceso de regularización de la propiedad del suelo, con el doble propósito de dotar a la administración de una nueva base fiscal e incrementar la seguridad jurídica de la inversión rural.

En la etapa aquí considerada, el estado no logró alcanzar ninguno de los dos objetivos. La constitución de un régimen de propiedad absoluta fue lenta y dificultosa, y los ingresos generados por los impuestos a la tierra resultaron magros. Más importante aún: el resultado final de la conformación de un régimen de propiedad privada supuso una pérdida de derechos para muchos ocupantes precarios y un reforzamiento de la gran propiedad. La modificación del estatuto legal de la tierra fue acompañada por un conjunto de iniciativas estatales que criminalizaban formas consuetudinarias de acceso a los recursos productivos, proletarizaban a los antiguos ocupantes (ahora calificados de intrusos), y los forzaban hacia el mercado de trabajo.

El avance del orden económico liberal supuso, pues, una expropiación de derechos para las clases populares rurales que ahondó la brecha social entrerriana. A diferencia de Buenos Aires y Santa Fe, donde el avance del capitalismo coincidió con una etapa de ampliación de las oportunidades de progreso, en Entre Ríos este proceso se desplegó en un marco signado por una ganadería extensiva y poco dinámica, por una frontera en desaparición y crecientes dificultades para que los pobres del campo accedieran a la tierra. Recortadas las oportunidades de mejora para los sectores menos favorecidos, e incrementada la presión estatal, la muerte del viejo orden rural suscitó conflictos por el acceso a la tierra de una intensidad infrecuente en otros distritos pampeanos. De hecho, el descontento popular y las tensiones sociales acumuladas a lo largo de este proceso contribuyeron a desatar el ciclo de conflictos políticos que desgarró a la provincia en la primera mitad de la década de 1870. La prolongada guerra civil de 1870-1873 supuso grandes pérdidas materiales, desorganizó la administración pública y afectó los derechos de propiedad. Ello creó dificultades adicionales que impidieron que Entre Ríos siguiera el ritmo de expansión de sus vecinas Santa Fe y Buenos Aires.

El interior

Entre 1850 y 1880 no se produjeron cambios en la vida económica del interior comparables a los entonces experimentados por los distritos pampeanos. Sin embargo, no todo permaneció igual. La afirmación del estado central y el imperio de un nuevo orden legal crearon condiciones más propicias para el crecimiento económico. En esos años, la seguridad de los bienes y las personas se incrementó, las barreras fiscales que trababan

la circulación se redujeron paulatinamente, y la construcción de obras de infraestructura ayudó a vitalizar el intercambio. La introducción de carros de cuatro ruedas en reemplazo de las viejas carretas coloniales contribuyó a disminuir los costos de transporte y los tiempos de viaje; nuevas galeras y diligencias facilitaron los desplazamientos. Y, aunque con menos ímpetu que en el litoral, la población también creció.

Crecimiento demográfico de las provincias argentinas

Distrito	1869	1880	Aumento anual
Buenos Aires (ciudad)	177 787	312 421	5,2%
Buenos Aires	317 320	505 092	4,3%
Santa Fe	89 117	153 982	5,1%
Entre Ríos	134 271	185 863	3,0%
Corrientes	129 023	167 365	2,4%
Total litoral	**847 518**	**1 324 723**	**4,1%**
Córdoba	210 508	264 577	2,1%
San Luis	53 294	63 460	1,6%
Santiago del Estero	132 898	144 282	0,7%
Mendoza	65 413	83 101	2,2%
San Juan	60 319	69 533	1,3%
La Rioja	48 746	56 794	1,4%
Catamarca	79 962	83 999	0,4%
Tucumán	108 953	145 817	2,7%
Salta	88 933	100 305	1,1%
Jujuy	40 379	44 077	0,8%
Total interior	**889 405**	**1 055 945**	**1,6%**

Fuente: Censo Nacional de 1914.

El cuadro presenta un claro contraste entre el dinamismo demográfico (y económico en general) de la Argentina atlántica y el más pausado del interior. En 1869, la población del interior, el viejo núcleo de la colonización española en la región, todavía superaba a la de las provincias litorales. Sin embargo, una tasa de crecimiento demográfico promedio del 1,6% anual supuso una pérdida de peso relativo frente a las expansivas provincias litorales. Gracias a la migración atlántica, la población de esta última región creció unas 2,5 veces más rápido. Para 1880 la población de las

provincias litorales ya superaba a la del interior por un margen de 1,3 a 1. En este período, la ciudad de Buenos Aires exhibió la mayor tasa de crecimiento, seguida de cerca por Santa Fe y algo más atrás por la provincia de Buenos Aires. En el interior, sólo Tucumán, Mendoza y Córdoba tuvieron tasas de crecimiento demográfico similares a las más bajas de las provincias litorales, en parte gracias a la contribución de migrantes de provincias vecinas. El cuadro no incluye a la población que habita en los que más tarde se denominarán Territorios Nacionales. Los datos para 1880 son una estimación a partir de las razones geométricas del crecimiento observadas entre 1869 y 1895.

Gracias a estos cambios, las economías del interior comenzaron a exhibir síntomas de una mayor especialización, a veces impulsada por una integración más estrecha con los mercados litorales. Sin embargo, estos progresos no sólo fueron lentos y estuvieron circunscriptos a algunas regiones, sino que su impacto positivo se vio afectado por los prolongados conflictos entre la Confederación y Buenos Aires y, luego, por las guerras civiles que ensangrentaron las provincias andinas en la década de 1860. Para el interior, la Guerra del Paraguay supuso también una mala noticia, que la expansión de la demanda militar (como la que por entonces impulsaba el crecimiento del comercio y la agricultura en Rosario) no logró atenuar. Como resultado de la intensa presión reclutadora, vastos contingentes de hombres en edad productiva fueron retirados de sus ocupaciones y enviados a morir en los esteros paraguayos. El censo de 1869 registra que, en muchos distritos del interior –en Catamarca, Córdoba, Salta o Santiago del Estero– la mitad de las familias se hallaban encabezadas por mujeres.

La extendida ausencia de hombres adultos en los hogares no se debía únicamente a la formidable cuota de sangre impuesta por el mayor conflicto bélico que libró la Argentina en toda su historia. La conformación de unidades domésticas con jefatura femenina revela un fenómeno para entonces muy enraizado en la cultura del interior: la persistente migración de varones hacia distritos más dinámicos, con mejores salarios y más oportunidades. Con todo, la expansión del mercado mundial no sólo hizo sentir sus efectos a través de una mayor integración de la población del interior al mercado de trabajo pampeano. Hacia mitad de siglo, el proceso de crecimiento económico que tenía su motor en las economías más desarrolladas del Atlántico Norte comenzó a convertirse en un fenómeno más auténticamente global, de creciente impacto en la periferia. A mediados de siglo, el descubrimiento de oro en Cali-

fornia tuvo efectos dinámicos a lo largo de toda la costa del Pacífico, que estimularon una creciente integración de las provincias andinas con los mercados chilenos. Durante estos años, no sólo creció la demanda chilena; aunque a un ritmo más pausado, la minería boliviana también ganó impulso, y ofreció un mercado de considerables dimensiones para las provincias del noroeste. En síntesis, a lo largo de este período se produjo una importante expansión de los tres grandes mercados –Bolivia, Chile y Buenos Aires– en torno a los cuales venía girando la economía del interior desde la crisis del virreinato y la apertura comercial. Pese a las fuertes limitaciones de un sistema de transportes costoso y precario, parte de ese dinamismo alcanzó a las economías del interior, estimulando el cambio productivo, promoviendo la especialización y facilitando la integración de la producción regional en mercados más amplios. Una somera consideración de lo sucedido en algunos de los más importantes distritos del interior ayudará a comprender estos procesos.

El Norte y Tucumán

Hasta entrada la década de 1880, la moneda de plata boliviana constituyó el principal medio de pago en el interior de la Argentina, y gozó de amplia aceptación incluso en provincias litorales como Santa Fe y Entre Ríos, donde solía usarse como unidad de cuenta para las finanzas públicas. La circulación de la moneda boliviana indica que la economía minera, aun cuando ya había dejado atrás sus tiempos más gloriosos, seguía conformando un centro de actividad de considerable importancia para el interior del país.

Salta constituía el principal nexo con los mercados andinos y con los puertos del norte de Chile. La revitalización de la minería de la plata desde la década de 1840, y algo más tarde el auge del salitre en el desértico litoral Pacífico, sentaron las bases para la expansión de un tráfico cuyo elemento central era el ganado mayor. El comercio de ganado a través de Salta era antiguo en la región, pero desde mediados de siglo su escala se incrementó. El aumento de la demanda chilena y boliviana de animales en pie reforzó el sesgo ganadero de la economía salteña, impulsando la expansión de la frontera hacia las selvas chaqueñas. Esta actividad también hizo sentir su atractivo sobre la producción ganadera de las provincias vecinas, creando oportunidades para criadores, transportistas y campesinos, aunque limitadas respecto de las que gozaban los grandes comerciantes, el grupo económicamente dominante de la región.

La importancia del mercado boliviano para la economía del norte argentino fue atenuándose conforme avanzaba el período. Ello se advierte en el creciente influjo del mercado litoral para la economía tucumana. Hacia mediados de siglo, Tucumán poseía una economía diversificada, que producía una amplia gama de bienes. El sector más importante era el de ganadería y sus derivados (cueros y suelas), pero también ocupaban un lugar relevante en su estructura productiva la manufactura de carretas, el tabaco, la elaboración de azúcar y aguardiente. Tucumán, el distrito de mayor densidad demográfica del país, contaba con una extensa población de pequeños y medianos productores campesinos, aunque muy volcados a la producción para el mercado. El dinamismo de la economía tucumana se advierte en el hecho de que, como resultado del arribo de migrantes provenientes de lugares como Catamarca o Santiago del Estero, la tasa de masculinidad provincial fuese más alta que la de los distritos vecinos.

Los actores económicos más poderosos de Tucumán, si bien participaban activamente en la producción, fundaban su primacía en el control del comercio, de importancia crucial dada la ubicación de la provincia en el cruce de las rutas al Alto Perú y el Atlántico. A lo largo de la década de 1860, Tucumán comenzó a estrechar su vinculación con el Atlántico a través del puerto de Rosario y a acentuar su perfil azucarero. Este proceso fue liderado por poderosos empresarios de la elite provincial, que destinaron una parte importante de sus recursos a la creación o expansión de ingenios y plantaciones de caña en el valle central. Un mercado litoral en veloz crecimiento y un marco institucional más sólido impulsaron a los capitalistas tucumanos a acentuar su especialización en un rubro necesitado de inversiones de magnitud, pero que ofrecía buenas perspectivas de expansión en el mediano plazo. Con todo, estos cambios sólo adquirieron mayor significación cuando la llegada del ferrocarril a Tucumán en 1876 estrechó la relación de la provincia con el mercado litoral, que cobraría particular intensidad a partir de la segunda mitad de la década de 1880.

Cuyo

Hacia mediados de siglo, la agricultura del valle central chileno se convirtió en un importante proveedor de trigo para los mercados del Pacífico Norte dinamizados por el boom del oro californiano. El incremento de la producción de cereal supuso un avance de la agricultura sobre tierras antes consagradas a la cría de animales. La contracción de la ganadería del valle central de Chile creó oportunidades al

otro lado de los Andes. Desde entonces, la producción y el comercio de ganado a través de la cordillera se convirtieron en los principales motores de la economía cuyana hasta la década de 1870. Las exportaciones de ganado en pie tuvieron especial impacto en Mendoza, en cuyos alfalfares se concentraban y engordaban los animales que cruzaban los Andes. En este período cobró envergadura la agricultura del trigo, que llegó a ocupar más de 15 000 hectáreas de tierra en esta provincia. El trigo mendocino encontró su principal mercado en el litoral, en particular en Rosario y Buenos Aires. Además de atender la demanda de la propia capital provincial (que contaba con unos 12 000 habitantes a comienzos de la década de 1860), la producción triguera de Mendoza también se colocaba en provincias vecinas como Córdoba y San Luis.

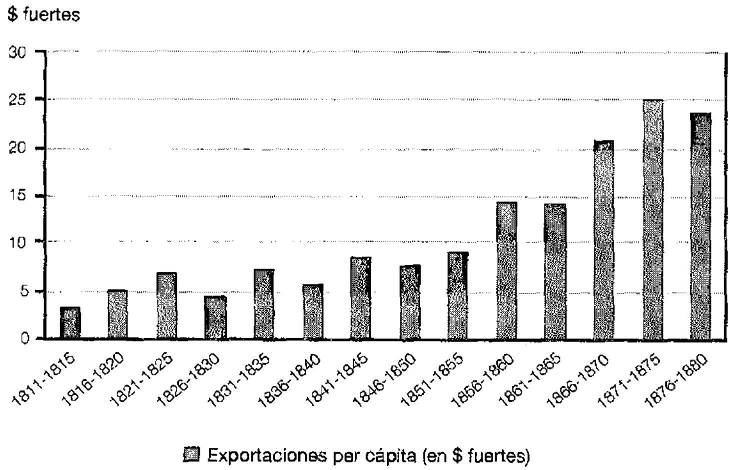
El desarrollo de las praderas alfalfadas y, de modo aún más claro, de la agricultura del trigo, reforzó el poder de la elite mercantil mendocina. Con todo, la demanda de trabajo suscitada por la expansión rural también creó oportunidades más amplias, que comprendieron a segmentos importantes de las clases subalternas. La escasez de fuerza de trabajo aumentó la presión estatal sobre los hombres del común, que se manifestó a través de mecanismos disciplinadores como la papeleta de conchabo. Sin embargo, en una economía donde faltaban los brazos estas medidas represivas sólo podían funcionar en combinación con incentivos mercantiles. La expansión del régimen de arrendamientos, destinado a captar energía humana a cambio de participación en las ganancias, fue su expresión más elocuente.

Este sistema dio lugar a la constitución de un flujo migratorio de las provincias vecinas, e incluso de Chile, cuyo régimen de inquilinaje imponía condiciones mucho más duras para las clases populares. En estas circunstancias, la expansión económica mendocina contribuyó a profundizar la mercantilización de la economía, e incluso creó un contexto propicio para la emergencia de pequeños establecimientos bancarios. Sin embargo, dicha expansión tenía bases endebles. Hacia el fin del período, el trigo chileno perdió sus mercados en el Pacífico Norte; desde entonces, parte de las tierras del valle central se volcaron hacia la ganadería, con graves consecuencias para las exportaciones cuyanas de este producto. En forma casi simultánea, el desarrollo del cultivo de trigo en las colonias santafesinas comenzó a desplazar a la producción mendocina de los mercados litorales. Comenzó así un tiempo de dificultades, superado en la década de 1880 mediante una reorientación de los recursos provinciales hacia el desarrollo de la vitivinicultura.

Bienestar y equidad

Para el período 1850-1880, la información disponible sobre temas fundamentales como el bienestar y la equidad resulta pobre e incompleta, y sólo permite formular algunas apreciaciones superficiales. El primer dato a considerar se refiere a la sostenida expansión del ingreso per cápita, que a lo largo de este período se multiplicó por tres.

Exportaciones per cápita 1810-1880



Fuentes: Para 1810-1870, Carlos Newland, "Exports and Terms of Trade, 1811-1870", *Bulletin of Latin American Research*, 17: 3 (1998), p. 410; para el período posterior, mis estimaciones, sobre la base de la información provista por el Censo Nacional de 1914.

Como se advierte, el valor de las ventas al exterior por habitante se triplicó entre 1850 y 1880. En este período, el ritmo de crecimiento de las exportaciones fue bastante más veloz que en la primera mitad de siglo, ya que pasó de cerca del 2,2% al 3,2% anual.

Este crecimiento de la riqueza no de distribuyó de modo equitativo, ni social ni regionalmente. Al igual que en cualquier otro momento del siglo XIX, la existencia de marcadas diferencias entre las trayectorias

económicas del interior y el litoral invita a evaluar la situación en cada una de estas regiones por separado. Comencemos con unas breves consideraciones sobre la primera de las mencionadas.

Ya hemos indicado que un limitado proceso de crecimiento tuvo lugar en el interior en este período, que alcanzó mayor envergadura en Cuyo y Tucumán. Si bien los frutos de esta expansión fueron a todas luces modestos, y parecen haberse concentrado sobre todo en la cima, también contribuyeron a mejorar la condición de sectores más amplios, dentro y fuera de estas provincias. De hecho, en estas décadas cobró impulso un acotado pero perceptible flujo de trabajadores que se dirigieron hacia Tucumán y Mendoza desde distritos vecinos, en busca de más oportunidades y mejores remuneraciones. Esta migración coincidió con otro movimiento humano, más considerable, que trasladó a muchos trabajadores del interior hacia los campos y las urbes de la región pampeana. Pero el hecho de que la poderosa migración hacia el litoral no haya subsumido o anulado el proceso migratorio hacia las regiones más dinámicas del interior sugiere que, para entonces, ya estaban en marcha procesos de expansión que, aun con limitaciones, ofrecían un horizonte más prometedor a los habitantes de esta región.

La incidencia del estado en la mejora de la calidad de vida de la población del interior fue modesta y en gran medida indirecta. La gradual desaparición de la guerra y la afirmación del orden estatal contribuyeron a crear un clima más favorable para el crecimiento económico, lo cual repercutió positivamente en el incremento del bienestar. Por cierto, estos procesos no tuvieron un curso lineal. La década de 1860 fue especialmente dura para los habitantes de esta región, tanto por la intensa presión reclutadora impuesta por la Guerra del Paraguay como por el escenario de muerte y destrucción vinculado con la guerra civil. Sin embargo, desde la década de 1870 los beneficios materiales aportados por la afirmación del orden liberal comenzaron a superar a los costos de dicho proceso. No obstante, incluso en ese marco, la mejora en la condición de los sectores populares estaba lejos de constituir una prioridad para el estado federal, tal como se advierte en el hecho de que sus erogaciones en educación no sólo se mantuvieron en niveles muy modestos, por debajo del 5% del presupuesto total, sino que se hallaban muy sesgadas en favor de los grupos dominantes (principales beneficiarios de la creación de los colegios secundarios nacionales, la principal innovación educativa del período salida de las arcas del estado central). Si las políticas públicas tuvieron algún impacto sobre el bienestar de las mayorías, éste parece haber sido principalmente de

tipo indirecto, a partir de la aparición del ferrocarril, la mejora de las comunicaciones y el incremento de la seguridad.

La situación de la educación elemental ofrece una perspectiva a partir de la cual evaluar la mejora del bienestar en esa sociedad. Dejada en manos de los estados provinciales y de los actores de la sociedad civil, la provisión de educación primaria exhibió una gran desigualdad regional, tanto en lo que se refiere a cobertura como a calidad. La escueta y muy imperfecta información disponible sugiere que en este período tuvo lugar un importante incremento de la matrícula a nivel nacional, que pasó de comprender menos del 5% a más del 20% de los niños en edad escolar entre 1850 y 1880. Aun cuando no todos los distritos del país avanzaron al mismo ritmo, la información recopilada por el estado registra una considerable ampliación de la cobertura educativa, de la que ninguna provincia del interior permaneció al margen.

Porcentaje de la población escolar (niños de 6 a 11 años) que asiste a la escuela

Distrito	1850	1869	1883
Buenos Aires (ciudad)	s/d	46,5	64,6
Buenos Aires	s/d	20,0	31,2
Santa Fe	14,0	21,5	32,2
Entre Ríos	s/d	21,8	20,6
Corrientes	14,2	20,0	22,8
Córdoba	02	17,0	22,3
San Luis	s/d	15,0	25,0
Santiago del Estero	8,0	11,0	8,5
Mendoza	13,7	12,3	31,0
San Juan	31,0	34,0	32,8
La Rioja	04,1	24,0	26,2
Catamarca	03,9	13,4	15,7
Tucumán	04,3	12,0	19,5
Salta	05,1	14,0	24,5
Jujuy	02,0	23,0	19,2

Fuente: Juan Carlos Tedesco, *Educación y sociedad en la Argentina, 1880-1930*, Buenos Aires, Solar, 1986, p. 136.

En un sistema descentralizado, la calidad y cobertura de la oferta educativa variaba enormemente de acuerdo a la riqueza relativa de la comunidad. Sin embargo, otros factores como el grado de urbanización, los patrones de asentamiento rural y la iniciativa estatal también incidían sobre el grado de escolarización, como se advierte en el hecho de que la provincia de Buenos Aires estuviese algo por debajo de San Juan, el distrito natal de Sarmiento.

Hasta fines del siglo XIX, el ciclo de escolarización no solía extenderse más allá de dos o tres años. Con frecuencia, las aulas eran abandonadas una vez que los estudiantes dominaban los rudimentos de la lectura y la escritura. La tasa de alfabetización era más alta que la de escolaridad, ya que un porcentaje considerable (aunque decreciente) de los niños recibía instrucción elemental en sus hogares. Para comienzos de la década de 1880, el 17% de los niños porteños aprendía a leer y escribir fuera de las instituciones educativas. Esta costumbre era frecuente entre las clases más acomodadas, pero también en sectores más humildes.

En ninguno de estos aspectos la situación argentina era excepcional, pues la relativa brevedad del período de escolarización y las limitaciones de la cobertura caracterizaban también a muchos países europeos que contaban con sistemas educativos más maduros y complejos. Considerando estas circunstancias, el cuadro pone de relieve un importante incremento de la cobertura escolar a lo largo de estas tres décadas. Vale la pena advertir que las cifras son poco confiables, en especial las referidas a 1850.

Entre la caída de Rosas y la llegada de Roca a la presidencia, la mejora en las competencias educativas de la población del interior sin duda fue real e indica tanto que un sector todavía minoritario pero no insignificante de la población adulta se hallaba convencido de la necesidad de educar a las nuevas generaciones, como que una parte de las familias disponía de recursos suficientes para demorar el ingreso de sus niños al mundo del trabajo. Hacia finales de la década de 1860, la tasa de alfabetismo en el interior se ubicaba por debajo del 15%, si bien exhibía importantes variaciones provinciales. Desgraciadamente, no contamos con información para los primeros años de este período, a partir de la cual precisar mejor la evolución de las competencias educativas de los infantes del interior. La información disponible sugiere, sin embargo, que la situación estaba mejorando, como lo indica el hecho de que, en casi todas las provincias, el porcentaje de alfabetos creció entre 2 y 2,5 veces entre 1869 y 1895. Ello contribuye a afirmar la idea de que las

condiciones materiales de existencia de los hombres y mujeres de esta región deben haber experimentado una mejora, aunque no lo suficientemente significativa como para que su vida fuese muy distinta de la de sus padres.

Población alfabetizada en el interior en 1869 y 1895, en porcentaje

Provincias	1869	1895
Mendoza	16,7	41,7
San Juan	22,8	41,5
Córdoba	17,8	36,4
San Luis	12,5	35,0
La Rioja	13,9	27,4
Tucumán	11,7	26,6
Catamarca	13,2	26,1
Salta	12,5	23,5
Jujuy	10,4	21,5
Santiago del Estero	08,3	14,9
Promedio total del país	**21,8**	**45,6**

Fuente: Censo Nacional de 1895.

El cuadro ofrece información sobre el porcentaje de la población mayor de 6 años que respondió afirmativamente la pregunta "¿Sabe leer y escribir?" cuando fue interrogada por los censistas. Como se advierte, la tasa de alfabetismo es más elevada en Cuyo y las provincias andinas, y más baja en las del norte y Santiago del Estero, donde el peso de la población de origen indígena era mayor.

En cambio, en el litoral, el incremento del bienestar resultó más profundo, aunque desigual según provincias y áreas. Es razonable suponer que las condiciones materiales de existencia de los habitantes de las zonas rurales de Corrientes y Entre Ríos deben de haber mejorado poco, en parte porque estos distritos, que ya habían tenido la oportunidad de experimentar algunas de las ventajas de la apertura comercial, tuvieron trayectorias económicas poco destacadas desde mediados de siglo. A

ello debe sumarse el efecto destructivo de la guerra en la región, especialmente dañina en Entre Ríos, y la pérdida de derechos que el avance del orden liberal supuso para muchos paisanos. Es probable que, en estas provincias, las clases populares cambiaran un poco más de bienestar material por mayores limitaciones a la hora de acceder a la tierra o a la independencia productiva.

En Buenos Aires y Santa Fe, el progreso material resultó considerable, tanto en la ciudad como en la campaña. Durante este período se produjo un importante incremento de los ingresos populares, que el alza del precio de la vivienda urbana (una preocupación fundamental para los habitantes más humildes de las ciudades) no logró revertir. Aquí se concentró el grueso de la riqueza generada por el crecimiento exportador. Aunque la diversidad regional y la complejidad del mercado de trabajo impiden el trazado de un panorama de conjunto, no parece exagerado concluir que los salarios, a pesar de algunas bruscas oscilaciones, deben haber estado cerca de duplicar su poder adquisitivo en el curso de estos treinta años. El incremento de la cantidad y diversidad de bienes importados a disposición de los consumidores sugiere una importante ampliación de la capacidad de consumo popular. Estas circunstancias ayudan a explicar el crecimiento del flujo migratorio proveniente del interior y también, de modo más evidente, el sostenido incremento en el número de arribos de ultramar. La llegada de inmigrantes europeos se vio estimulada por la diferencia en el poder adquisitivo de los salarios y también por las oportunidades de progreso social que ofrecía la región. Así, pues, el alza de los salarios, la creciente integración de la población trabajadora en el mercado, y el crecimiento y la diversificación del consumo sugieren una considerable mejora del bienestar.

No resulta sencillo estimar la verdadera dimensión de este progreso. Algunos indicios pueden obtenerse observando la situación en la ciudad de Buenos Aires. En ciertos aspectos, como la tasa de mortalidad, la mejora parece haber sido mínima. El incremento del hacinamiento en una ciudad en veloz crecimiento demográfico, seguido muy de lejos por la mejora de la infraestructura sanitaria, expuso a la población a dos grandes epidemias, de cólera y de fiebre amarilla, que elevaron la tasa de mortalidad incluso por encima de los niveles alcanzados en las décadas de 1830 y 1840. En la terrible epidemia de fiebre amarilla de 1871 falleció cerca del 8% de la población de la ciudad. Empero, hay que recordar que, en esta etapa de ascenso de la urbanización a escala global, tragedias similares tuvieron lugar en muchas de las grandes ciudades de América y Europa, por lo que no

resulta sencillo atribuir esta calamidad a circunstancias exclusivamente locales. De hecho, otros indicadores apuntan en sentido contrario. Aunque el peso de la población extranjera vuelve la información muy poco confiable, los estudios de historia antropométrica sugieren que la talla de los porteños varones experimentó un incremento durante estas décadas, indicio de mejora en la calidad y abundancia de los alimentos y el abrigo a disposición de los habitantes.

Una mirada sobre la situación de la educación elemental ofrece información más fidedigna para confirmar este panorama de incremento del bienestar. A mediados de la década de 1850, cuando el poder público aún no había demostrado mayor preocupación por la instrucción popular, cerca de la mitad de la población porteña se encontraba ya en condiciones de leer. Este porcentaje, de por sí elevado para los parámetros del siglo XIX, superó el 70% en la década de 1890. Según sugiere la información censal ofrecida en el cuadro de la página siguiente, la proporción de niños que concurrían a establecimientos educativos (muchos de los cuales seguían siendo comunitarios o privados) alcanzó casi los dos tercios de la población en edad escolar hacia fines de este período. Al igual que en otros distritos, y exceptuando a los miembros de la elite, también en Buenos Aires el paso por la escuela rara vez se extendía más allá de los 10 u 11 años. Sin embargo, el hecho de que 6 o 7 de cada 10 niños pudiesen demorar su ingreso al mercado de trabajo por algunos años revela que la mayor parte de las familias porteñas se hallaba en condiciones de cubrir sus necesidades más urgentes sin el auxilio de las nuevas generaciones, al menos por algún tiempo.

El progreso educativo experimentado por los porteños no tuvo parangón en el resto del país. Sin embargo, en todas las provincias de la región pampeana se produjo algún avance, que fue más sólido en Buenos Aires y Santa Fe que en Entre Ríos y Corrientes. Considerada en su conjunto, la tasa de alfabetización de la Argentina litoral creció con fuerza en este treintenio, lo que sugiere que la decisión de muchos padres de alfabetizar a sus hijos, si bien estimulada por el poder del imaginario ilustrado de la época y la superior abundancia y calidad de la oferta educativa a su disposición, también resultó factible en virtud de la mejora de las condiciones materiales de vida de la familia trabajadora.

Porcentaje de la población alfabetizada en las provincias del litoral

Distritos	1855	1869	1895
Ciudad de Buenos Aires	52	52,2	71,9
Buenos Aires	s/d	26,1	53,7
Santa Fe	s/d	24,7	52,4
Entre Ríos	s/d	23,9	41,7
Corrientes	s/d	16,5	25,4
Promedio total país	**s/d**	**21,8**	**45,6**

Fuentes: Censo Nacional de 1895. Carlos Newland, "La educación elemental en Hispanoamérica: desde la independencia hasta la centralización de los sistemas educativos nacionales", *Hispanic American Historical Review*, 71: 2 (1991), p. 358.

Las diferencias regionales y sociales en el acceso a la educación no deben hacernos olvidar que, considerando al territorio nacional en su totalidad, la Argentina era el país de América Latina con mayor número relativo de niños en la escuela, lo que a mediano plazo le aseguró un incremento veloz de su población alfabetizada. Aunque todavía lejos de los países del Atlántico Norte, al concluir este período la Argentina contaba con tasas de alfabetismo superiores a las de la Europa mediterránea. Desde una perspectiva comparativa, la ampliación del acceso a la educación elemental –y, con ella, del poder liberador de la palabra escrita– testimonia un callado pero decisivo progreso civilizatorio. Este avance merece destacarse también desde una perspectiva atenta a la igualdad de género. En efecto, el censo escolar de 1883 muestra que, para entonces, las niñas representaban casi el 47% de la población que asistía a la escuela primaria, con lo que la secular brecha educativa entre hombres y mujeres comenzaba a cerrarse. El temprano acceso de las mujeres a la educación elemental constituye un paso de considerable importancia en el camino hacia una mayor igualdad.

Es importante tener presente que esta mejora de la condición de nativos e inmigrantes corrió paralela a la construcción de un orden económico signado por una mayor desigualdad de ingresos y fortunas, de mayor visibilidad en las áreas económicamente más dinámicas del país, en particular en la región litoral. El crecimiento de la riqueza y el incremento de las posibilidades de consumo dieron forma a un orden social más complejo, y por ello también más estratificado. Como parte de ese proceso, en esta etapa comenzó a percibirse la presencia de sectores in-

termedios, que alcanzaron creciente importancia en las ciudades, pero también en los distritos donde se expandían la agricultura cerealera y la ganadería lanar.

Alfabetismo por país y porcentaje de la población en la escuela primaria, países seleccionados, 1860-1872 y 1885-1900

País	Año	Alfabetismo (masculino)	Alfabetismo (femenino)	Total	Población en la escuela
Puerto Rico	1860	13,9	9,6	11,8	0,5 (1860)
Cuba	1861	25,6	21,2	23,8	1,0 (1851)
Chile	1865	22,4	13,7	18,0	1,9 (1854)
Argentina	1869	25,2	18,3	23,8	4,5
Brasil	1872	19,8	11,5	15,8	1,4
Italia	1881	45,5	30,7	38,1	10,0 (1895)
Francia	1882	72,0	65,4	68,7	17,0 (1892)
Chile	1885	34,4	27,0	30,3	5,1 (1895)
Paraguay	1886	s/d	s/d	19,3	5,2 (1894)
Portugal	1886	s/d	s/d	18,0	4,9 (1893)
Brasil	1890	19,1	10,4	14,8	1,8 (1888/9)
Bélgica	1890	64,0	60,0	62,0	13,0
EE. UU	1890	87,6	85,6	86,7	23,0 (1984)
Costa Rica	1892	s/d	s/d	23,6	8,0 (1894)
España	1892	45,2	21,9	33,3	9,3
Uruguay	1894	s/d	s/d	s/d	8,2 (1894)
Argentina	1895	49,2	41,5	45,6	9,6
Cuba	1899	42,3	38,1	40,5	2,2 (1898)
México	1900	26,5	18,1	22,2	4,7 (1894)

Fuentes: Carlos Newland, "La educación elemental en Hispanoamérica: desde la independencia hasta la centralización de los sistemas educativos nacionales", *Hispanic American Review*, 71: 2 (1991), pp. 358-359. Censo Nacional de 1895.

El cuadro muestra los logros de la educación argentina desde una perspectiva comparativa. Se ofrece información para dos momentos distintos: la década de 1860 y las de 1880 y 1890. El cuadro informa sobre la tasa

de alfabetismo y el porcentaje de la población total que asiste a la escuela (si la fecha de este último dato es distinta de la indicada al comienzo, se la señala entre paréntesis). En la década de 1860, la tasa de alfabetismo de la Argentina supera a la de todos los demás países de América Latina con la excepción de Cuba, la más próspera de las colonias españolas. Para entonces, un alto porcentaje de la población argentina asistía a la escuela, y en este punto el país se ubicaba lejos de los restantes estados de la región. Gracias a su superior cobertura educativa, en las décadas siguientes la distancia entre la tasa de alfabetismo de la Argentina y la de los restantes países latinoamericanos se incrementó. Para los años noventa, la diferencia con Cuba, el segundo país más educado de América Latina según estos datos, se había vuelto visible. En décadas posteriores, la cobertura educativa argentina siguió expandiéndose; sólo Uruguay y Costa Rica lograron resultados similares en este terreno. Junto con Cuba, la Argentina poseía las menores diferencias porcentuales entre el analfabetismo masculino y el femenino en América Latina. "Es muy satisfactorio constatar que a la inversa de lo que acontece en casi todos los países, en la Argentina la educación de la mujer se encuentra tan bien atendida como la de los varones", señala con orgullo el Censo de 1895. Para entonces, el porcentaje de mujeres y varones que asistían a la escuela era muy similar (29,8 varones cada 29,4 mujeres), y la brecha de género en la educación elemental seguía acortándose.

La comparación con los países del hemisferio norte pone de relieve dos fenómenos. Por una parte, los niveles de alfabetismo de la Argentina son algo superiores a los de la Europa mediterránea (Italia, España y Portugal). Curiosamente, la migración internacional favoreció esta situación, ya que el porcentaje de alfabetizados entre los inmigrantes era más alto que el promedio, tanto en la Argentina como en los países de salida (lo que no deja lugar a dudas respecto del hecho de que nuestro país se benefició con la incorporación de trabajadores calificados). El cuadro también revela que la distancia respecto de los principales países europeos era muy considerable, ya que todos ellos exhiben tasas de alfabetismo superiores al 60%.

Los extranjeros se volvieron preponderantes en este grupo en expansión. Muchos de los artesanos calificados fueron inmigrantes, al igual que el grueso de los dueños de talleres, restaurantes y comercios, y gran parte de los pequeños y medianos productores rurales. El éxito económico de los europeos progresivamente desplazó a los trabajadores nativos hacia los estratos inferiores de la pirámide de ingresos. Entre los

trabajadores manuales abundaban también los extranjeros, sobre todo los de arribo más reciente. Sin embargo, con el transcurso del tiempo éstos lograron avanzar con mayor facilidad hacia posiciones que les aseguraban una existencia más holgada.

Este avance de la desigualdad tuvo su punta de lanza en el sostenido incremento del patrimonio y el ingreso de los más ricos, entre quienes se destacaban los capitalistas de fortuna rural. La concentración en la cumbre de parte sustancial de los beneficios generados por la expansión de la economía exportadora permitió la formación de un poderoso grupo de grandes estancieros cuyas fortunas superaban, por un margen de 8 o 10 a 1, las mayores acumulaciones de riqueza de la etapa colonial y de las dos o tres décadas que sucedieron a la independencia. Impulsado por la expansión ganadera y el incremento del precio del suelo, el patrimonio de los sectores pudientes creció considerablemente más rápido que los ingresos populares, que a lo sumo se vieron duplicados en estos treinta años. En la región litoral, pues, la expansión económica del período tuvo un impacto positivo sobre el bienestar popular, pero negativo sobre la igualdad. A lo largo de estas décadas, la aceleración del crecimiento agroexportador incrementó los ingresos de los hombres y mujeres del común, pero también concentró una porción considerable de la riqueza social en el pequeño círculo de los más ricos.

6. El boom exportador

Entre 1880 y 1914, la economía argentina experimentó un desarrollo formidable, que la colocó entre las de mayor crecimiento del período a escala mundial. Dicha expansión tuvo su gran motor en el aumento de las exportaciones, cuyo valor se multiplicó casi diez veces en el curso de la vida de una generación. El incremento de la capacidad exportadora estuvo sustentado en la puesta en explotación de las vastas extensiones de tierra virgen de la región pampeana y en una profunda transformación de las empresas agrarias y los sistemas de transporte. Al calor de este proceso de cambio, nuevos y más dinámicos productos exportables, como la carne refinada y los cereales, desplazaron al cuero y la lana. La expansión exportadora fue posible gracias a un incremento dramático en la escala de los flujos de capital y fuerza de trabajo que se dirigían hacia el Río de la Plata. El estado, que en este período creció en solidez y en capacidad de iniciativa, desempeñó un papel de considerable importancia en la expansión económica. La etapa de veloz integración de la economía global que se extendió hasta la Primera Guerra Mundial le ofreció a la Argentina un escenario particularmente propicio para superar las constricciones geográficas y económicas que habían limitado su desarrollo en décadas previas, y le permitió disfrutar de la etapa de crecimiento más veloz y prolongada de toda su historia.

Una economía mundial más integrada

En este período, la Argentina se convirtió en uno de los grandes exportadores mundiales de alimentos de clima templado, al tiempo que veía cómo las oportunidades para el desarrollo de su economía de exportación excedían largamente las que habían signado los ciclos

del cuero y la lana. En el último cuarto del siglo XIX, las economías de Europa occidental se vieron transformadas por la aceleración de los procesos de industrialización y urbanización que habían comenzado a cobrar impulso a lo largo de la centuria previa. El crecimiento de la producción manufacturera, sumado al aumento del ingreso per cápita y del tamaño de la población urbana, incrementaron la demanda de materias primas y alimentos, y obligaron a las economías del Atlántico Norte a extender el radio y la importancia de sus fuentes de abastecimiento externo, a fin de complementar o sustituir la producción interna. Ello hizo posible, por primera vez en la historia de la humanidad, la creación de un vasto y dinámico mercado global para la producción primaria.

La constitución de un mercado mundial de alimentos de clima templado se sustentó sobre una profunda transformación de los sistemas de transporte, hecha posible por el desarrollo de tecnologías basadas en el empleo masivo del hierro y el vapor. La aparición de buques más veloces y de mayor tamaño, capaces de volver más rápida, segura y previsible la navegación oceánica, redujo drásticamente el costo del transporte marítimo. Las nuevas tecnologías de transporte supusieron un cambio cualitativo del escenario en el que se desenvolvía el sector exportador argentino. Por primera vez fue posible la comercialización a escala masiva de bienes de bajo valor unitario como el grano. Al mismo tiempo, el desarrollo de nuevas tecnologías de conservación de los alimentos abrió la posibilidad de trasladar a grandes distancias productos perecederos que hasta entonces sólo encontraban salida en mercados locales. Por último, el desarrollo del telégrafo submarino, que desde la década de 1880 comunicó regularmente a Buenos Aires con Europa, posibilitó un rápido y económico flujo de información, esencial para integrar los mercados de capital y mercancías.

Una nueva infraestructura de transportes

Para aprovechar las ventajas de las nuevas tecnologías de transporte y conservación, la Argentina debió renovar su infraestructura de transportes. En lo que a puertos se refiere, el cambio comenzó por el del Riachuelo, modernizado en la década de 1880, y se extendió al nuevo puerto Madero –la primera terminal de envergadura del país– en la década siguiente. También se construyeron nuevas terminales en Bahía Blanca y Rosario, a través de las cuales partió hacia Europa parte impor-

tante de la cosecha de granos. Más relevante aún fue la construcción de un moderno y extenso sistema ferroviario, que permitió integrar a los mercados externos vastas regiones del país, favoreciendo a la vez la conformación de un mercado nacional.

A lo largo de este período, el ferrocarril desempeñó un papel crucial para estimular el cambio productivo y, en particular, para desligar la producción agrícola de los estrechos horizontes a los que hasta entonces la había confinado la geografía. La agricultura, el sector que pasó a liderar las exportaciones argentinas, no podría haberse desarrollado sin el auxilio de este nuevo medio de transporte. El país contaba con un extenso sistema fluvial en las provincias litorales, pero éste servía una región cuyos suelos no eran apropiados para la agricultura granífera ni para el cultivo de los forrajes necesarios para la ganadería refinada. A diferencia de las praderas canadienses o norteamericanas, los suelos de mayor aptitud agrícola de la región pampeana carecían de ríos o canales que pudieran ofrecer una alternativa a la carreta, por lo que el ferrocarril se volvió indispensable para expandir la agricultura a gran escala más allá de la franja costera del Paraná.

Con el orden político más consolidado, en la década de 1880 cobraron forma ambiciosos proyectos de inversión ferroviaria, gracias a los cuales el trazado de las vías comenzó a desbordar los modestos enclaves que hasta entonces habían confinado su crecimiento en la región pampeana (los distritos laneros ubicados al sur de la ciudad de Buenos Aires, el entorno del mercado urbano porteño), llevando la frontera productiva hacia las fértiles tierras del sur y del oeste. Impulsada por fuertes inversiones británicas, la extensión de la red ferroviaria nacional se quintuplicó en poco más de una década: pasó de 2300 a 12 500 kilómetros entre 1880 y 1892. Signo inequívoco de las elevadas expectativas de rentabilidad que concitaban los emprendimientos desarrollados en las provincias pampeanas, muchas de estas líneas se formaron sin solicitar garantía estatal para el capital invertido, mientras que varias empresas creadas en el período anterior renunciaron a este beneficio con el fin de reducir la injerencia estatal sobre su contabilidad y sus tarifas.

Una vez superada la parálisis que produjo la Crisis del Noventa, el tendido de rieles volvió a crecer a un ritmo febril, alentando la notable expansión de la producción de granos de la primera década del siglo XX. Hacia 1914, la Argentina contaba con más de 30 000 kilómetros de vías, de los cuales dos tercios recorrían la región pampeana y colocaban a todas las tierras de aptitud agrícola a corta distancia de estaciones ferroviarias. Tres grandes compañías de origen británico (el Ferrocarril

del Sud, el Oeste y el Central Argentino) controlaban sistemas ferroviarios gigantescos, con unos 15 000 kilómetros de vías en total, que se hallaban articulados con las grandes terminales portuarias de Rosario, Buenos Aires, La Plata y Bahía Blanca.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la Argentina poseía uno de los sistemas viales no sólo más extensos sino también más económicos del planeta. Su costo de construcción y de operación era menor que el habitual en los países europeos y sus periferias agrarias. Este logro se debía a las ventajas que presentaba un terreno llano y sin grandes obstáculos naturales como el de la pampa, y a que la política de las compañías privilegió la ampliación de la red antes que la inversión en el tipo de infraestructura –silos y galpones de almacenaje, material rodante–, que hubiese facilitado un funcionamiento más armónico del sistema, en especial durante la estación agrícola, momento de mayor demanda de servicios ferroviarios. Considerando las oportunidades abiertas por el ferrocarril, a un costo comparativamente menor que en Brasil, Canadá o Australia, y pese a las quejas de muchos usuarios disconformes con la calidad del servicio, puede concluirse que su contribución al crecimiento económico y el cambio productivo fue más relevante en las pampas que en Europa o las praderas norteamericanas.

El desarrollo de la red ferroviaria

Extensión de la red ferroviaria, países seleccionados
(En miles de kilómetros)

País	1870	1880	1890	1900	1913
Estados Unidos	85,1	150,7	268,4	311,1	369,9
India	7,7	14,9	26,3	39,7	53,9
Australia	1,2	6,7	13,3	21,8	31,8
Argentina	0,7	2,3	9,8	15,4	31,5
México	0,3	1,1	9,8	14,6	25,4
Brasil	0,7	3,2	9,5	14,8	23,5
Chile	0,7	1,8	3,1	4,6	7,3

Kilómetros de vía cada 10 000 habitantes y costo por kilómetro construido

País	1880	1890	1900	1913	Costo km ($ oro)
Australia	29,2	50,3	57,1	65,0	27,9
Canadá	27,3	46,1	54,4	61,3	34,4
Estados Unidos	29,4	43,3	41,9	43,5	38,0
Argentina	8,6	26,0	35,1	41,9	29,6
Chile	8,4	10,5	15,0	20,3	42,0
Brasil	2,8	7,0	8,8	9,3	36,5
India		0,9	1,4	1,7	44,4

Fuentes: Vicente Vázquez-Presedo, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 44. Osvaldo Barsky y Julio Djenderedjian, *La expansión ganadera hasta 1895*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 233.

La expansión del ferrocarril en la Argentina tuvo lugar en dos grandes oleadas, que corresponden a las décadas de 1880 y 1900. Para 1914, el país contaba con la red vial más extensa de América Latina, y una de las mayores del mundo. La cantidad de kilómetros por habitante era similar a la existente en Estados Unidos, doblaba a la red chilena y cuadruplicaba a la brasileña. En vísperas de la Gran Guerra, la Argentina tenía en funcionamiento unos 31 000 kilómetros de vías y estaba construyendo otros 8000.

Entre 1880 y 1914, el sistema ferroviario creció a una tasa superior al 8% anual. La veloz expansión de los rieles se explica en parte porque la inversión que demandó su construcción se hallaba entre las más bajas del mundo medida por el costo de cada kilómetro de vía. Reducidos costos de construcción iban acompañados de bajos costos operativos. De acuerdo con datos recogidos por Alois Fliess a comienzos de la década de 1890, sólo Australia, un país de vastas llanuras sin grandes accidentes geográficos, poseía una red de costo comparable. En general, los países latinoamericanos poseían sistemas ferroviarios más caros, lo que tornó más difícil su expansión. En Europa, el desarrollo ferroviario también supuso inversiones considerables: las erogaciones por kilómetro fueron de $ 62 en Alemania, $ 60 en Francia y $ 139,8 en la pionera Gran Bretaña. El ferrocarril fue, sin dudas, una tecnología de transporte muy apropiada para el desarrollo de las potencialidades de la economía argentina.

La inversión extranjera

La construcción de la infraestructura que posibilitó el crecimiento exportador de las décadas del cambio de siglo requirió un enorme esfuerzo de financiamiento, que excedía largamente las posibilidades del mercado financiero local. En las décadas de 1860 y 1870, impulsado por la creación de bancos públicos, había comenzado a cobrar forma un mercado de capitales que atendió algunas necesidades de financiamiento de la economía ovina, pero cuya escala lo inhabilitaba para impulsar tareas de mayor envergadura. Los recursos que sustentaron el gran ciclo de inversión de la etapa 1880-1914 no podían sino venir de afuera, y fueron aportados por inversores de la City de Londres, entonces el mayor centro financiero del mundo, y, en menor medida (y más tardíamente), por inversores del continente europeo, en especial franceses.

La inversión extranjera cobró un súbito impulso a comienzos de la década de 1880, cuando procesos de más largo plazo, vinculados a la expansión de los mercados de capitales europeos, se combinaron con circunstancias específicas que volvieron a la Argentina muy atractiva a los ojos de los inversores internacionales. Entre estas últimas se destacaba, junto a las oportunidades ofrecidas por la vasta reserva de tierra fértil de la región, el cambio cualitativo en la seguridad jurídica para la inversión externa que se produjo a partir de la consolidación del estado nacional. Todavía en 1880, la Argentina ocupaba un modesto cuarto lugar como receptor de inversión externa en América Latina; ésta, además, se concentraba en préstamos al gobierno o a empresas que contaban con garantía estatal. Desde entonces, el volumen de la inversión extranjera creció a pasos agigantados y se volcó más decididamente hacia emprendimientos productivos, entre los cuales se destacaron los ferrocarriles. Cuando el ciclo de inversiones se cerró abruptamente con la Primera Guerra Mundial, la inversión externa había crecido más de veinte veces, lo cual convirtió a la Argentina en el principal receptor de capital externo en América Latina –superando ampliamente a países más grandes y poblados, como México y Brasil que, sumados, no lograron igualar el monto invertido en nuestro país–, y en uno de los diez principales destinos de inversión fuera de Europa. La contribución de la inversión externa al desarrollo del capital social básico resultó crucial. Hacia 1914, el stock de capital extranjero –invertido directamente o a través de préstamos al sector público– equivalía a la mitad del capital fijo total existente en el país. Sin esta descomunal inyección de recursos externos, el ritmo de crecimiento de la economía argentina habría sido mucho más pausado.

Los mercados financieros son, por definición, erráticos y volátiles. Por tanto, no sorprende que el ingreso de capitales presentase violentas oscilaciones, consecuencia de fases de auge y depresión en las grandes plazas financieras internacionales, así como de la situación política y económica local. A lo largo de este período, se produjeron dos grandes ciclos de inversión, cuya magnitud opacó casi por completo el modesto auge inversor del período 1862-1873. El primero se extendió desde comienzos de la década de 1880 hasta la Crisis del Noventa; el segundo se desarrolló entre principios del siglo XX y la Primera Guerra Mundial. Durante esos años, la entrada de capitales asumió dimensiones excepcionales, a punto tal que, por momentos, la Argentina se convirtió en el principal destino de las emisiones extranjeras del mercado de Londres. Esta plaza financiera –entonces la primera del mundo– desempeñó un papel preponderante en el financiamiento a la Argentina, pues aportó más de la mitad del stock de capital que arribó al país. Francia, que contribuyó con la quinta parte del total, ocupó el segundo lugar. Alemania, Bélgica y Estados Unidos, con colocaciones más pequeñas y tardías, le siguieron en importancia.

Las inversiones del Reino Unido

Principales destinos de inversión británica en América Latina
(En millones de libras esterlinas)

País	1865	1875	1885	1895	1905	1913
Argentina	2,7	22,6	46,0	190,9	253,6	479,8
Brasil	20,3	30,9	47,6	93,0	124,4	254,8
México	25,6	28,4	40,8	93,6	119,5	132,1
Chile	3,2	10,0	10,1	32,4	42,1	76,1
Uruguay	1,1	6,2	16,0	33,6	39,2	47,3
Perú	3,9	36,2	36,6	22,3	22,5	29,7
Total América Latina	**80,9**	**174,6**	**250,5**	**552,5**	**688,5**	**1179,5**

Fuente: Rory Miller, *Britain and Latin America in the Nineteenth and Twentieth Centuries,* Londres, Longman, 1993, p. 122.

El cuadro pone de relieve la importancia de la Argentina como destino de inversión del principal país exportador de capital del período analizado en este libro. Aun cuando no haya pleno acuerdo entre los especialistas en torno al monto preciso de la inversión británica en América Latina, existen coincidencias generales sobre el porcentaje que se dirigió hacia cada país de la región y a los tiempos y ritmos del proceso. En Argentina, el arribo del capital de la City de Londres recién cobró fuerza en la década de 1880. A partir de ese momento, el flujo de inversión comenzó a crecer a un ritmo considerablemente mayor que en los demás países de la región. La década previa a la Primera Guerra Mundial constituyó el otro momento de fuerte expansión de los flujos de capital provenientes del Reino Unido. De acuerdo con estas estimaciones, el capital británico existente en Argentina en 1913 superaba la suma de las colocaciones de este origen en Brasil, México y Chile (los tres países que le seguían en importancia como destinos de inversión), y representaba alrededor del 40% del total invertido en América Latina. Para esta última fecha, el monto de las colocaciones británicas en Argentina no estaba tan lejos de las existentes en la India, Australia, Canadá y Sudáfrica, los cuatro destinos de inversión más importantes del imperio británico.

Aunque no faltó competencia entre empresas e inversores de distinta nacionalidad, durante este período se advierte un claro patrón de especialización basado en criterios como la antigüedad de llegada y las fortalezas relativas de las economías metropolitanas. Así, por ejemplo, los capitales ingleses, los primeros en desembarcar en el país, alcanzaron una posición dominante en el ámbito ferroviario, que sólo desde comienzos del siglo XX se vio ligeramente atenuada por el arribo de inversiones francesas. Algo similar sucedía en el campo de los empréstitos públicos, en los que desde muy temprano se puso de manifiesto el poder expansivo de la City de Londres. Por su parte, las inversiones belgas se orientaron, en forma predominante, hacia la constitución de compañías de tierras y negocios financieros. Los capitales alemanes se concentraron en la banca, la generación de electricidad y algunos servicios públicos urbanos. Los inversores norteamericanos, que recién a fines de este período comenzaron a ingresar al mercado argentino, tuvieron como punta de lanza la industria frigorífica.

Una rápida mirada a los rubros que atrajeron el interés de los inversores extranjeros pone de relieve el peso de la inversión en transporte e infraestructura. A lo largo de este período, los ferrocarriles, con cerca del 40% del total, constituyeron el principal destino de inversión. Los

préstamos al estado absorbieron otro 25%. El restante 35% se repartió entre una multitud de emprendimientos bancarios e inmobiliarios, así como en compañías de servicios públicos urbanos y firmas comerciales, agrarias y manufactureras. La importancia de las colocaciones en emprendimientos ferroviarios se acrecienta si recordamos que, junto a las inversiones realizadas por las compañías ferroviarias extranjeras, en este rubro también deben contabilizarse los empréstitos públicos contraídos para financiar la construcción de ferrocarriles. Sumando las inversiones directas y las realizadas a través del estado, el ferrocarril concentró cerca del 50% del capital externo invertido en el país, lo que explica por qué este medio de transporte fue percibido como el símbolo más potente de la presencia del capital extranjero –en particular británico– en la Argentina. En definitiva, la inversión extranjera financió la instalación de una infraestructura básica, sobre todo en el sector de transportes y comunicaciones, imprescindible para la puesta en producción de las fértiles tierras pampeanas.

La inmigración masiva

La gran globalización de las tres o cuatro décadas previas a la Gran Guerra produjo vastos movimientos humanos a través de los océanos. La región pampeana constituyó un área de atracción de inmigrantes a lo largo de todo el siglo XIX, pero en esta etapa el ritmo de llegadas se aceleró hasta adquirir proporciones gigantescas. La revolución de los transportes, la presión demográfica en Europa y otros procesos paralelos aumentaron dramáticamente la cantidad de personas dispuestas a abandonar el Viejo Continente –en forma definitiva o temporaria– en busca de mejores horizontes. Entre 1880 y 1914, ingresaron unos 5 millones de personas, esto es, una cifra que doblaba la población total del país al comienzo del período señalado.

El ciclo migratorio fue similar al de la inversión externa: los años ochenta y el decenio anterior a la Gran Guerra fueron sus momentos más dinámicos. En la segunda mitad de la década de 1880 arribaron en promedio unos 150 000 inmigrantes por año, sobre una población ligeramente superior a 3 millones de personas. Entre 1905 y 1913, las llegadas superaron los 300 000 extranjeros por año, lo que representa un ingreso anual superior al 7% de la población total del país en ese período, de unos 5 millones hacia 1905. La magnitud de este flujo inmigratorio resulta sorprendente, en especial tratándose de un país dis-

tante y de pasado turbulento, que recién comenzaba a dejar atrás más de medio siglo de guerra civil. Según los datos recogidos por el Censo Nacional de 1914, en vísperas de la Primera Guerra Mundial los nacidos en el exterior representaban alrededor del 30% de la población total del país, y cerca de la mitad en las provincias de la región pampeana.

La inmigración atlántica

La Argentina comparada con los principales receptores de inmigración de América, 1880-1910
(En millones de personas)

	Argentina	Brasil	Canadá	Estados Unidos
Población en 1880	2,4	12,0	4,3	50,2
Población en 1910	6,9	24,6	7,2	92,0
Inmigración 1880-1910 (total)	4,2	2,4	2,7	17,7
Tasa crecimiento anual población 1880-1910 (%)	3,5	2,4	1,7	2,0
Inmigración total 1880-1910 como porcentaje de la población en 1880	175,0	20,0	62,7	35,3

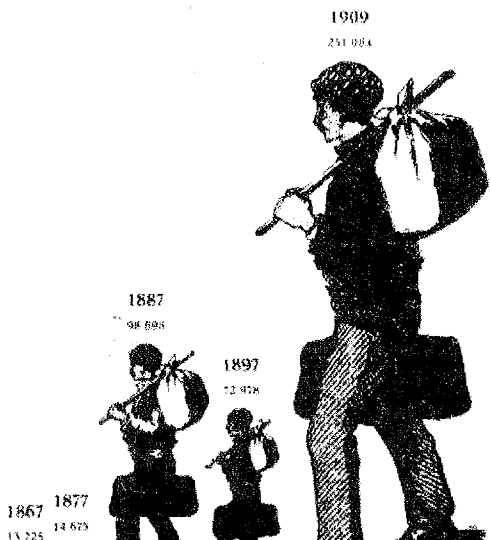
Fuente: Vicente Vázquez-Presedo, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1975-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 91.

El cuadro muestra la excepcional importancia de la migración atlántica en el caso argentino. La inmigración neta explica la mitad del crecimiento demográfico entre 1880 y 1914. Entre 1880 y 1889 la inmigración aportó el 66% del crecimiento poblacional, en la década de 1890-1899 el 38% y entre 1900 y 1913 el 47%. Como resultado del ingreso de extranjeros, la tasa de crecimiento demográfico superó ampliamente las registradas para otros grandes destinos de inmigración. En ningún otro país el peso de la población extranjera fue tan acentuado, ni los inmigrantes constituyeron una proporción tan elevada del total de la población. Vista desde una perspectiva comparativa, la capacidad argentina de atraer europeos se reveló aún más notable que su capacidad para atraer inversiones. La Argentina ocupa el segundo lugar como receptor de inmigrantes ultrama-

rinos, luego de los Estados Unidos pero antes de Canadá, Brasil y Australia. Cuando se compara la inmigración con el tamaño relativo de la población, el fenómeno resulta aún más sorprendente. La Argentina se convirtió en el país que, en proporción, más inmigrantes recibió en el mundo en la etapa previa a la Gran Guerra. Si tomamos como punto de referencia la población existente en 1880, en las tres décadas posteriores ingresaron al país (en proporción) casi tres veces más inmigrantes que a Canadá, cinco más que a Estados Unidos y ocho más que a Brasil.

En los lugares de mayor concentración de inmigrantes, como las grandes ciudades del litoral, eran los nativos y no los extranjeros quienes se encontraban en franca minoría. En la cosmopolita Buenos Aires, tres de cada cuatro varones adultos habían nacido en Europa (y muchos de los que el censo contaba como nativos eran hijos de extranjeros).

El crecimiento del flujo migratorio



Dibujo comparativo del aumento de inmigración (tomado de Reginald Lloyd [editor], *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza*, Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing, 1911, p. 113).

El movimiento migratorio, en una representación de la época. La capacidad para atraer inmigrantes europeos era percibida como un indicador de la potencialidad económica del país. A lo largo de este período, la Argentina mantuvo una política de puertas abiertas, y nunca se propuso restringir los arribos. Salvo en períodos muy breves, tampoco destinó recursos a incidir sobre el origen del flujo de inmigrantes.

El origen de los recién llegados fue mutando con el paso de las décadas. En etapas tempranas se observa un importante flujo procedente de distintos países del norte y centro de Europa y de las islas británicas, pero desde Caseros creció en importancia el flujo de Italia del norte –de Piamonte, Lombardía, Venecia y Liguria–, que hasta fines de siglo generó cerca de la mitad de los arribos totales. Desde entonces, esta corriente perdió vigor, parcialmente opacada por nuevos contingentes provenientes del sur de Italia –Sicilia y Calabria– y de algunas regiones del litoral atlántico de España como Galicia y Navarra. En el nuevo siglo, el este de Europa y el mediterráneo oriental comenzaron a hacer sentir su presencia en la migración hacia la Argentina, aunque todavía en proporciones modestas. Entre 1871 y 1914 Italia aportó el 47% de los inmigrantes, España el 32% y Francia el 5%. El resto se dividió entre más de una docena de países.

La migración masiva constituyó un fenómeno original de esta etapa de veloz integración de los mercados mundiales. Habitualmente, y pese a toda la carga dramática que la decisión de migrar suponía para quien dejaba atrás su terruño, la migración no constituía un salto al vacío. Los millones de hombres y mujeres que cruzaron el Atlántico y el Ecuador buscaron conjurar los peligros y atenuar la incertidumbre que suponía una aventura de esta naturaleza recurriendo a la guía y el apoyo de parientes, amigos o paisanos ya instalados en los lugares a los que se dirigían. Las redes familiares y sociales sirvieron para facilitar no sólo el tránsito hacia lo que para los inmigrantes era literalmente un nuevo mundo, sino también la inserción del recién llegado en la sociedad receptora. La existencia de estos vínculos permite entender algunas peculiaridades del flujo migratorio, como el hecho bastante frecuente de que algunos pueblos o regiones produjesen gran cantidad de migrantes, mientras que distritos vecinos de similares características sociodemográficas permaneciesen al margen del proceso.

Sin embargo, la importancia de estas redes no debe exagerarse: una explicación comprensiva de los patrones generales del fenómeno migratorio –ritmo, intensidad, escala, puntos de salida y destino, etc.– debe colocar en primer plano factores más estructurales, entre los que

tienen especial importancia los referidos al nivel relativo de los salarios y el contexto de oportunidades que esperaba a los migrantes en el punto de destino. Más que cualquier otro aspecto digno de consideración, estas dos dimensiones resultan cruciales para explicar la excepcional importancia del flujo migratorio hacia nuestro país en este período.

Si bien carecemos de información exhaustiva sobre las remuneraciones, puede afirmarse que la capacidad adquisitiva de los salarios pagados en la región pampeana era superior a la vigente en los países de origen de los principales contingentes migratorios. Además, salvo en algunos momentos puntuales en los que la moneda nacional se encontraba muy depreciada (como la primera mitad de los años noventa), al superior poder de compra de los salarios locales se sumaba un salario nominal más elevado. Este último fenómeno poseía gran relevancia para los migrantes, puesto que la diferencia en el salario nominal tornaba atractivo el desplazamiento no sólo para quienes esperaban mejorar su calidad de vida (o al menos incrementar sus posibilidades de consumo) en el país de destino, sino también para aquellos migrantes temporarios que habían cruzado el Atlántico con el objetivo de incrementar sus ahorros, para remitir dinero regularmente a sus familias en Europa o, luego de un período en la Argentina, para retornar a su tierra con el producto de algunos años de esfuerzos y privaciones. El hecho de que cerca de la mitad de los arribados al país regresara a sus países de origen hace suponer que la diferencia en los ingresos nominales constituía un factor decisivo para un número considerable de migrantes.

Sin embargo, los salarios no constituían el único motor de la migración. Para muchos europeos, más relevante que el nivel salarial era el hecho de que la Argentina ofrecía oportunidades de progreso económico y social más amplias que las existentes en las jerárquicas y estratificadas sociedades de las que habían partido. En este punto, además, es probable que, para los inmigrantes del sur de Europa, la Argentina se comparase favorablemente con los países de inmigración de habla inglesa, pero también con otros grandes destinos más afines como Cuba, uno de los favoritos para los migrantes españoles. El hecho de que la Argentina resultase más atractiva para grupos familiares que los Estados Unidos o Cuba, o que tuviese tasas de retorno más bajas que estos países, sugiere que muchos de quienes arribaron al Plata lo hicieron pensando más en las oportunidades para afincarse que en el nivel relativo de los salarios. Estas oportunidades se vinculaban con un mundo social y cultural similar, y con los enormes requerimientos tanto de energía como de destrezas laborales propios de la Argentina de ese tiempo, que sólo la

inmigración podría proveer. En el campo, y aún más en la ciudad, una economía en veloz crecimiento pero pobre en recursos humanos ofrecía buenas remuneraciones al trabajo y amplias posibilidades para ingresar a las filas de los productores independientes, e incluso para escalar hasta posiciones de holgura, y a veces también de riqueza material.

En este sentido, es claro que las posibilidades de "hacer la América" estuvieron restringidas a unos pocos afortunados dotados de suerte o talentos excepcionales, además de un intenso amor por el dinero. No obstante, el abandono de la condición proletaria o campesina y el ingreso al mundo del trabajo calificado, e incluso de los productores autónomos, estuvo al alcance, si no de todos, al menos de una porción considerable de los recién llegados. Pese al sostenido avance hacia la constitución de una economía fundada sobre relaciones salariales, en la cual la actividad económica se concentraba en grandes unidades de producción, sectores diversos y de gran importancia –agricultura, comercio, artesanía, manufactura, servicios varios– siguieron ofreciendo considerable espacio para el desarrollo de la producción independiente. Es probable que, todavía a fines de este período, los extranjeros asalariados no fuesen mucho más numerosos que sus patrones o los que trabajaban de forma independiente.

La relevancia de la migración inducida por la búsqueda de oportunidades contribuye a explicar por qué el flujo migratorio fue más sensible a la evolución general de la economía que a las fluctuaciones del salario (real o nominal). Los migrantes arribaban en mayor número en épocas de expansión, aun si estas etapas no venían acompañadas de una mejora en las remuneraciones al trabajo; del mismo modo, el flujo se contraía en épocas de desaceleración del crecimiento e incluso llegó a revertirse en momentos de gran adversidad. La elasticidad de la llegada y salida de extranjeros favorecía el ajuste del mercado del trabajo, en especial en el mediano plazo. Un mercado laboral tan flexible contribuía a potenciar las fases de desarrollo y a morigerar (vía la salida de inmigrantes) el impacto negativo de las fases recesivas. De hecho, el flujo migratorio se movió al ritmo de los tres grandes ciclos económicos de este período: se expandió a gran velocidad en los años ochenta, se contrajo (y por un momento se revirtió) en los años posteriores a la Crisis del Noventa, y volvió a crecer al calor del renovado ciclo expansivo de la economía que corre entre comienzos del siglo XX y la Primera Guerra Mundial.

En vísperas del Centenario, los efectos acumulativos de las migraciones masivas de la era de la gran globalización alteraron el funcionamiento del mercado de trabajo. Para entonces, el ingreso de varios

millones de extranjeros había contribuido en forma decisiva a contener el alza secular de los salarios, produciendo un cambio cualitativo en el mercado laboral. Cuando estalló la Gran Guerra, la Argentina continuaba dependiendo de la tecnología y la inversión extranjera para financiar y orientar su crecimiento, pero ya no precisaba grandes inyecciones de trabajo importado para atender sus requerimientos de energía humana. Por primera vez en toda su historia, el mercado de trabajo había alcanzado cierto equilibrio relativo entre oferta y demanda.

Al considerar el fenómeno migratorio de este período desde una perspectiva atenta a su incidencia sobre la economía, es necesario ir más allá de la constatación de que su excepcional magnitud contribuyó a erradicar en forma definitiva la secular escasez de fuerza de trabajo que hasta entonces había caracterizado al mercado laboral pampeano. Además, la llegada de europeos potenció las posibilidades de crecimiento de la economía por tres grandes motivos: la elevada calificación y motivación de los recién llegados, el predominio de individuos que, considerados desde el punto de vista de la edad y el género, se ubicaban entre los más productivos y, finalmente, la preferencia de los migrantes por insertarse en los sectores más dinámicos de la economía.

Quienes arribaron a la Argentina se encontraban entre los individuos más dinámicos y emprendedores de sus comunidades, y muchas veces también entre los más calificados. Como es frecuente en los procesos migratorios, los que dejan su tierra natal no son los más destituidos sino, en promedio, los más osados y ambiciosos. Al recibirlos, la Argentina incorporó una fuerza laboral motivada y competente. Gracias a la inmigración, la economía argentina pudo incorporar trabajadores dotados de destrezas laborales y conocimientos técnicos poco diseminados localmente (de particular importancia en terrenos donde la tradición nativa era pobre, como la producción manufacturera) y, en promedio, de mayor nivel relativo de calificación.

En lo que se refiere a este último aspecto, la superioridad de los extranjeros resulta fácil de documentar. Para 1895, sólo el 48% de los nativos mayores de 6 años sabía leer, contra el 65% de los inmigrantes. La superioridad de los inmigrantes se fue atemperando en el nuevo siglo, tanto porque los nuevos contingentes poseían menores competencias educativas, como porque la activa política de educación popular desarrollada por el estado argentino mejoró la formación de los nacidos en territorio argentino. Sin embargo, todavía para 1914 la inmigración ofrecía una valiosa contribución a la formación de capital humano. En ese año, el porcentaje de alfabetizados entre los inmigrantes alemanes

(91%), españoles (70%), austrohúngaros (70%), franceses (84%), ingleses (92%) e italianos (62%) se ubicaba por encima del correspondiente a los nativos (60%). Entre los nuevos inmigrantes, sólo quienes ingresaban al país con pasaporte del imperio otomano –el 2,9% de la inmigración total entre 1857 y 1914– poseían niveles de alfabetización considerablemente más bajos (29%).

En segundo lugar, el ingreso de gran cantidad de hombres en edad productiva, sobrerrepresentados en la población migrante, provocó una fuerte caída en la tasa de dependencia (esto es, la relación entre individuos en edad productiva y los que dependen de ellos, menores y ancianos). Gracias a la inmigración, la población económicamente activa pasó a representar un porcentaje muy elevado de la población total. La información provista por los censos de 1869 y 1914 nos da una idea aproximada acerca de la excepcional dimensión de la población trabajadora de este período, que con ciertos recaudos puede contrastarse con la precaria información existente para la primera mitad del siglo XIX. En los años de la independencia, los menores de 14 años representaban entre el 45 y el 50% de la población. La migración redujo esta proporción en forma considerable: hacia 1869 se ubicaba en el 41% y, para 1914, en el 40% de la población total. El aumento porcentual de la población mayor de 14 años se alcanzó pese a una baja pronunciada en la tasa de mortalidad infantil. Por otra parte, además de pocos niños, en la Argentina del cambio de siglo también había pocos ancianos. Aun si en esas décadas se verificó un pronunciado incremento en la esperanza de vida –que para toda la Argentina pasó de 33 años en 1869-1895 a 40 en 1905 y a 48 en 1914–, el incremento de la cantidad de ancianos en la población total no condujo al envejecimiento de la población. Pese al extraordinario aumento en la duración de la vida humana de las décadas del cambio de siglo, el porcentaje de mayores de 65 años no sólo se mantuvo estable, sino que experimentó una ligera declinación, del 2,5 al 2,3% de la población total. Hacia 1910, la Argentina, junto con otros países "nuevos" como los Estados Unidos, Canadá y Australia, se encontraba entre las economías con el porcentaje más alto de población activa.

En esta población donde predominaban los individuos en edad productiva también se hallaban sobrerrepresentados los varones, el grupo productivo por excelencia. El índice de masculinidad de la población extranjera se mantuvo muy elevado, pues entre 1895 y 1914 se ubicó en torno a 1,7 hombres por cada mujer. Gracias a la inyección de energía masculina proporcionada por la inmigración, el índice de masculinidad para la población total, que a lo largo de la primera mitad del siglo había

sido negativo (0,8/0,9 hombres por cada mujer), creció hasta ubicarse en 1,12 para 1895 y en 1,16 en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Entre 1869 y 1914, los extranjeros pasaron de representar un ya elevado 18,3% a comprender el 46% de la población económicamente activa.

Finalmente, señalemos que la formidable mejora en el capital humano y en el tamaño relativo de la población trabajadora aportada por la inmigración tuvo un impacto directo e inmediato sobre el crecimiento económico de la Argentina, pues el flujo migratorio se orientó hacia las actividades y regiones donde éste era más necesario. La presencia de los extranjeros –y, por tanto, el índice de masculinidad– resultó más elevada en las regiones más dinámicas como la Capital Federal, Santa Fe y Buenos Aires, donde la demanda laboral y la productividad del trabajo eran más altas, lo que a su vez potenció las posibilidades de crecimiento de la economía en su conjunto.

Distribución geográfica de los extranjeros

Porcentaje de la población extranjera por distrito y total de extranjeros (en miles)

Provincia	1869	1895	1914	Extranjeros en 1914
Capital Federal	49,5	52	49,3	777,8
Buenos Aires	19,8	30	34,0	704,1
Santa Fe	15,6	41,9	35,1	315,9
Entre Ríos	13,6	21,8	17,0	72,5
Corrientes	6,8	9,1	7,0	25,0
Córdoba	0,8	10,1	20,4	150,4
San Luis	1,0	2,5	8,5	10,0
Santiago del Estero	0,1	1,4	3,6	9,5
Tucumán	0,3	4,9	9,8	32,6
Mendoza	9,4	13,6	31,8	88,3
San Juan	3,8	13,7	13,7	16,4
La Rioja	0,5	1,2	2,0	1,0
Catamarca	2,5	1,1	2,2	2,3
Salta	3,3	3,8	8,4	11,8
Jujuy	7,5	9,3	22,3	17,1

Fuente: Censo Nacional de 1914.

Los migrantes europeos se radicaron en los distritos económicamente más dinámicos del país, donde las oportunidades laborales y profesionales eran más amplias. La Capital Federal y las provincias de Buenos Aires y Santa Fe (el núcleo geográfico de la riqueza argentina) constituyeron el destino de 4 de cada 5 migrantes transatlánticos. En 1914, estos tres distritos contaban con casi 1,8 millones de europeos. En el interior, sólo Córdoba y Mendoza poseían una población considerable de extranjeros, que se asentaron allí gracias al atractivo de la agricultura del sur cordobés y la vitivinicultura mendocina. El alto porcentaje de extranjeros observado en las provincias de Salta y Jujuy refleja el peso de los ciudadanos de países vecinos, en especial de Bolivia. En estas dos provincias, el número de inmigrantes europeos no superaba el 4% de la población.

En síntesis, en el punto más alto del secular ciclo migratorio que atrajo a millones de europeos a las costas del Río de la Plata, la economía argentina gozó del enorme potencial de crecimiento ofrecido por una población trabajadora no sólo más numerosa, calificada y motivada que la que podía producir su propio desarrollo vegetativo, sino también menos marcada por la presencia de grupos (de edad y sexo) poco productivos, a la vez que bien implantada en las regiones y actividades de mayor dinamismo del país.

Las importaciones

Al calor del auge inversor y de la llegada de inmigrantes, el patrón de importaciones experimentó grandes transformaciones. Éstas afectaron tanto a su magnitud absoluta como al tipo de bienes adquiridos en el exterior. Las compras externas pasaron de $45 millones en 1880 a $160 millones oro en 1889, para alcanzar su punto máximo, cercano a los $400 millones oro, en 1912. A lo largo del período, pues, las importaciones se multiplicaron por nueve. Esta expansión importadora se explica en parte por el fuerte incremento de la capacidad de consumo de la población, y en parte también por las nuevas demandas que surgían de la construcción de una economía más compleja. Hasta la década de 1860, las importaciones se limitaban a bienes de consumo, y se pagaban con el producto de las ventas al exterior. Los textiles en primer lugar, las manufacturas de loza y metal, y los alimentos constituían los principales artículos importados. Desde entonces, el panorama comenzó a

modificarse, y nuevos rubros aparecieron en el menú de importaciones. En la década de 1880, la construcción de grandes obras de infraestructura y la modernización de la estructura productiva dieron lugar a una fuerte demanda de insumos y bienes de capital. En algunos años, las adquisiciones de equipamiento y materias primas llegaron a superar el 50% de las importaciones totales. Junto al material ferroviario, principal responsable del incremento de las compras de bienes de capital en el exterior (locomotoras, rieles, carbón), creció la compra de insumos y bienes de capital para el agro, la manufactura y la construcción de la infraestructura de servicios urbanos. Todo ello, a su vez, incrementó la demanda de trabajo, la inmigración, y en consecuencia la demanda de bienes de consumo.

La Argentina exportadora

Comercio exterior argentino, promedios quinquenales 1876-1914
(En millones de pesos oro)

Período	Exportaciones	Importaciones	Saldo comercial	Exportaciones por habitante	Importaciones por habitante
1876-80	47,6	42,4	+5,2	23,6	21,2
1881-85	66,1	76,7	-10,6	28,7	33,3
1886-90	89,0	129,6	-40,6	33,2	48,3
1891-95	106,5	88,6	+17,9	33,7	28,0
1896-00	138,3	109,7	+28,6	37,5	29,8
1901-05	213,0	148,1	+64,9	50,3	35,3
1906-10	344,9	296,7	+113,1	67,1	58,6
1911-14	409,5	361,2	+48,3	65,7	57,9

Fuente: Los datos de población provienen del Censo Nacional de 1914; las exportaciones e importaciones han sido tomadas del *Extracto Estadístico de la República Argentina correspondiente al año 1915* (Buenos Aires, 1916). Para hacerlas compatibles con la información ofrecida en los capítulos previos, las exportaciones e importaciones por habitante fueron calculadas considerando una subestimación del valor declarado del 18%.

El cuadro pone de relieve el fuerte crecimiento experimentado por el comercio en las décadas de boom exportador. Entre 1880 y la Primera Guerra Mundial, las ventas al exterior crecieron casi nueve veces, y las exportaciones por habitante se multiplicaron por tres. La capacidad productiva de la economía se incrementó a lo largo de todo el período, aunque desde el cambio de siglo el crecimiento se hizo más veloz. La evolución de las importaciones fue más espasmódica, en primer lugar porque estaba más directamente atada a la evolución de la inversión extranjera. Las importaciones crecieron con fuerza en la segunda mitad de la década de 1880, y generaron un déficit considerable en la balanza comercial. Tras la Crisis del Noventa las importaciones se contrajeron, y sólo recuperaron los niveles previos a la crisis a comienzos del nuevo siglo, cuando volvieron a crecer con fuerza. Para entonces, sin embargo, la sostenida expansión de las exportaciones permitió mantener una balanza comercial superavitaria en casi todos los años hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

El auge importador dio lugar a importantes saldos negativos en la balanza comercial, particularmente cuantiosos en la década de 1880. En el corto y mediano plazo, el déficit comercial se saldaba con inversión externa. Esta situación colocaba gran presión sobre la cuenta de capital, sólo tolerable si el flujo de inversión mantenía su curso ascendente. En el largo plazo, las tensiones ocasionadas por el déficit comercial sólo podrían revertirse si las inversiones ayudaban a multiplicar la capacidad exportadora de la economía, como en efecto sucedió con particular intensidad a partir del nuevo siglo. Desde entonces y hasta la Primera Guerra Mundial, auxiliada por una considerable mejora en los términos de intercambio, la Argentina experimentó un formidable crecimiento de su economía de exportación.

La transformación ganadera

Hacia 1880, y luego de tres décadas de desarrollo y transformación, la ganadería ovina se había consolidado como la actividad ganadera dominante en las tierras más fértiles y mejor ubicadas de la llanura pampeana, y proveía más de dos tercios de las exportaciones totales del país. Sin embargo, el crecimiento ovino no supuso la eliminación de la ganadería vacuna tradicional, sino su desplazamiento hacia tierras más baratas o ecológicamente menos favorables, cuya disponibilidad se in-

crementó tras las campañas militares de la década de 1870. A partir de ese momento, los rústicos vacunos criollos avanzaron sobre tierras vírgenes, en especial en las fronteras del sur y del oeste, todavía cubiertas por una vegetación natural donde predominaban pastos altos y duros, poco aptos para la cría de ovinos. Los vacunos también se expandieron sobre tierras de ocupación más antigua, aunque de inferior calidad, donde ni los animales refinados ni la agricultura podían prosperar. Estas tierras, abundantes en las provincias litorales, se convirtieron en el último refugio de una ganadería primitiva –y, en alguna medida, impermeable al cambio tecnológico–, pero que a lo largo de estos años no dejó de crecer, por ejemplo en la provincia de Corrientes, que vio incrementado su stock bovino de 1,8 a 3,5 millones de animales entre 1888 y 1914. Esta expansión de la ganadería primitiva hacia la periferia contribuyó a mantener la vigencia de rubros tradicionales en la canasta de exportaciones. De hecho, las ventas de tasajo alcanzaron su máximo histórico en la primera mitad de la década de 1890, y las de cuero y sebo continuaron en alza hasta la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, el signo dominante de la evolución ganadera de esta etapa estuvo dado por un profundo proceso de renovación productiva, que colocó a la ganadería pampeana cerca de la frontera internacional en la materia, y la consagró como una de las más competitivas y eficientes del mundo. Alambrados, galpones, reproductores importados, mejoras en la sanidad animal, fuerza de trabajo más abundante y calificada dieron forma a explotaciones caracterizadas por un uso más intensivo del capital, el trabajo y los conocimientos técnicos. Estos desarrollos profundizaron procesos que ya habían alcanzado gran dinamismo en la etapa anterior, pero que las nuevas tecnologías de la era de la globalización impulsaron con mayor fuerza y en nuevas direcciones.

En lo que a la ganadería se refiere, la principal novedad sobrevino como resultado de innovaciones tecnológicas que tornaron posible la exportación de carne a los mercados europeos, abriendo un nuevo horizonte de crecimiento. La mejora en la navegación atlántica y la tecnología del frío permitieron que la producción de carne –que hasta entonces siempre había ocupado un papel subsidiario en las preocupaciones de los productores rurales– se convirtiera en la actividad dominante en la ganadería pampeana, y alcanzase una dimensión tal que transformó a la región en el principal exportador mundial de este producto.

Hasta mediados de la década de 1890, el ovino, más refinado y también más fácil de manipular y transportar que el vacuno debido a su menor tamaño, resultó el gran beneficiario del desarrollo del comercio

internacional de carne refrigerada. Luego de una fase experimental, iniciada en la segunda mitad de los años setenta, desde 1883 comenzaron a operar en la región empresas frigoríficas que abastecían de carne conservada en frío a los mercados europeos, en primer lugar al británico. La baja de los costos de transporte, y luego la aparición de plantas procesadoras y de buques dotados de cámaras de frío para trasladar reses refrigeradas a través del Atlántico, ofrecieron poderosos incentivos para que los estancieros adaptaran la calidad de sus rebaños a las demandas de un mercado de precios más altos, pero también más exigente, en el que debían competir con economías ganaderas maduras, como la australiana y la neocelandesa.

Desde la aparición de los frigoríficos, los ovejeros argentinos, hasta entonces especializados en la cría de razas merinas apreciadas en primer lugar por la calidad de su lana, orientaron sus esfuerzos hacia razas que produjeran también carne. Entre ellas pronto se destacó la Lincoln, de muy buena adaptación a los húmedos campos de la región pampeana. La celeridad con que los ganaderos encararon la renovación de sus planteles ofrece una prueba contundente acerca de su dinamismo empresarial. En el curso de unos pocos años, el rebaño ovino, principal fuente de riqueza del país, se transformó radicalmente: entre 1888 y 1893, más de 50 millones de merinos fueron reemplazados por Lincoln y otras razas productoras de carne y lana, en lo que constituyó quizás el proceso de cambio genético más veloz y profundo en su tipo del que hasta entonces se tenía noticia en el mundo.

Las exportaciones de lana, carne y otros derivados del ovino conformaron los principales rubros de la canasta de exportaciones ganaderas hasta la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, desde la década de 1890 los ganaderos argentinos encontraron en la cría de vacunos de calidad una alternativa más lucrativa, a cuyo desarrollo consagraron sus mejores esfuerzos. La profundidad del proceso de cambio tecnológico en la cría de vacunos en las décadas del cambio de siglo fue resultado tanto del atraso relativo en que se encontraba esta actividad como del impulso de la demanda externa, que terminó consagrándola como la rama ganadera más rentable y, por tanto, más adecuada para ocupar las mejores tierras de la región pampeana.

La renovación de la ganadería bovina siguió los pasos de la ovina, pues en gran medida se apoyó en los recursos y la experiencia generados a partir del proceso de expansión productiva y cambio tecnológico desencadenado por esta última en las décadas previas. No obstante, la transformación del vacuno reservó un lugar más relevante a la elite es-

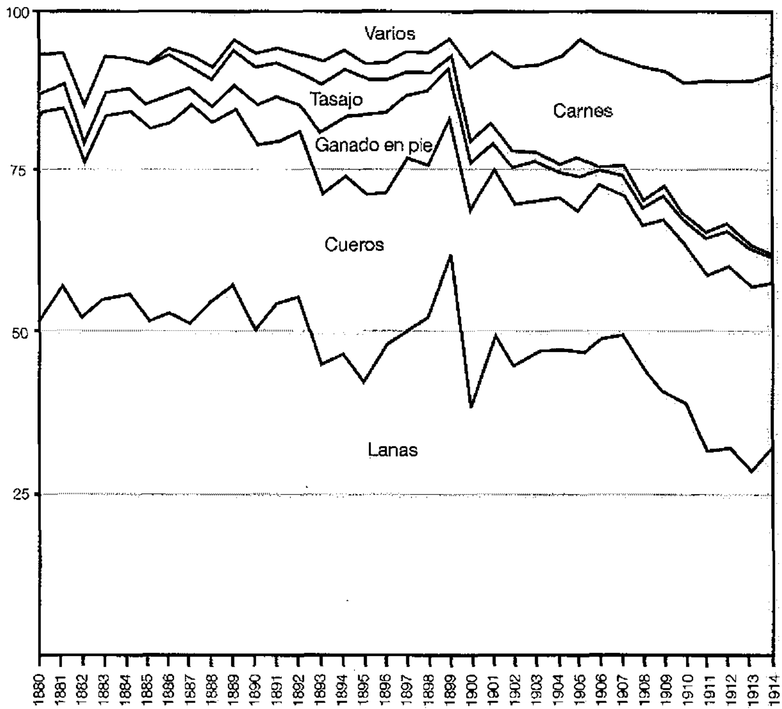
tanciera nativa, que desplazó a los mercaderes-estancieros de origen europeo de la era de la lana de su papel de grandes catalizadores del cambio tecnológico. Fortalecido y enriquecido, a la vez que mejor dotado de competencias empresariales luego de varias décadas de expansión ovina, este grupo, principal animador de la Sociedad Rural Argentina, alcanzó gran importancia como agente de cambio. Todos los hitos de la reforma de la ganadería del bovino (introducción y aclimatación de reproductores importados, establecimiento de cabañas, creación de registros genealógicos para los animales de raza, innovaciones productivas, etc.), estuvieron asociados a la acción de terratenientes modernizadores nativos.

El reemplazo de los bovinos criollos por razas capaces de producir más y mejor carne se había iniciado tímidamente durante la segunda mitad de la década de 1850, cuando Leonardo Pereyra y otros poderosos estancieros comenzaron a importar reproductores británicos (Shorthorn y Hereford, y luego Aberdeen Angus), aunque sólo alcanzó verdadera envergadura un cuarto de siglo más tarde, cuando el cambio genético se aceleró y permitió la constitución de un mercado local de reproductores de raza. Durante esta fase inicial, el proceso de renovación del bovino encontró su principal estímulo en la expansión de la demanda interna, desarrollada al calor de los requerimientos de carne de mayor calidad provenientes de los segmentos más acomodados de la población urbana. En la década de 1890, a este impulso de origen local se sumó el que comenzaba a ofrecer el mercado externo, pues entonces crecieron con fuerza los embarques de ganado en pie con destino a Gran Bretaña. En la segunda mitad de esa década, además, se iniciaron envíos regulares de carne refrigerada a Europa, ya que para entonces el progreso alcanzado en la mejora genética del rodeo vacuno, aunque todavía incipiente, permitía abastecer de carne de calidad relativamente uniforme a las empresas frigoríficas, que a su vez comenzaban a superar las dificultades propias de la manipulación de animales de mayor tamaño que los ovinos. Empero, todavía entonces, el ganado de calidad superior era trasladado vivo hasta Europa, y faenado una vez en destino, donde obtenía mejores precios que las reses congeladas.

En el cambio de siglo, cuando las autoridades británicas prohibieron la importación de animales en pie por motivos sanitarios, los frigoríficos alcanzaron una posición dominante en el comercio internacional de carne, pues se convirtieron en el único nexo entre la ganadería pampeana y su principal mercado externo. Para entonces, poderosas em-

presas de capital extranjero (primero británico y más tarde norteamericano) se estaban adueñando del comercio internacional de carne, desplazando a los inversores nativos y anglo-argentinos que lo habían impulsado en sus orígenes. El desembarco de estos capitales incrementó la capacidad de las empresas para trasladar la carne vacuna hasta los mercados de destino sin dañar su apariencia o afectar su sabor. De este modo se abrieron perspectivas promisorias para la expansión del comercio transatlántico, en beneficio tanto de las firmas frigoríficas como de los productores de ganado.

Contribución de los principales productos ganaderos al total de las exportaciones ganaderas



Fuente: Elaborado a partir de Vicente Vázquez-Presedo, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 153.

Este cuadro muestra la contribución de los principales rubros ganaderos al total de las exportaciones de este origen. A lo largo del período 1880-1914, el valor de las exportaciones ganaderas se triplicó, pasando de unos 50 a más de 160 millones de pesos oro. Este crecimiento fue el resultado de la expansión de una amplia canasta de productos. Los rubros más tradicionales mantuvieron su vigencia, y para el Centenario el cuero representaba cerca de un cuarto de las ventas ganaderas al exterior. Las exportaciones de lana equivalían casi a la mitad de las ventas ganaderas hasta el fin de siglo, y luego comenzaron a declinar. A lo largo del período, las exportaciones de carne refinada constituyeron el rubro más dinámico. Crecieron en importancia desde comienzos de la década de 1890, primero bajo la forma de ganado en pie (es decir, animales que se trasladaban vivos hasta los mercados de destino en Europa) y luego, con mayor fuerza, como carne refrigerada.

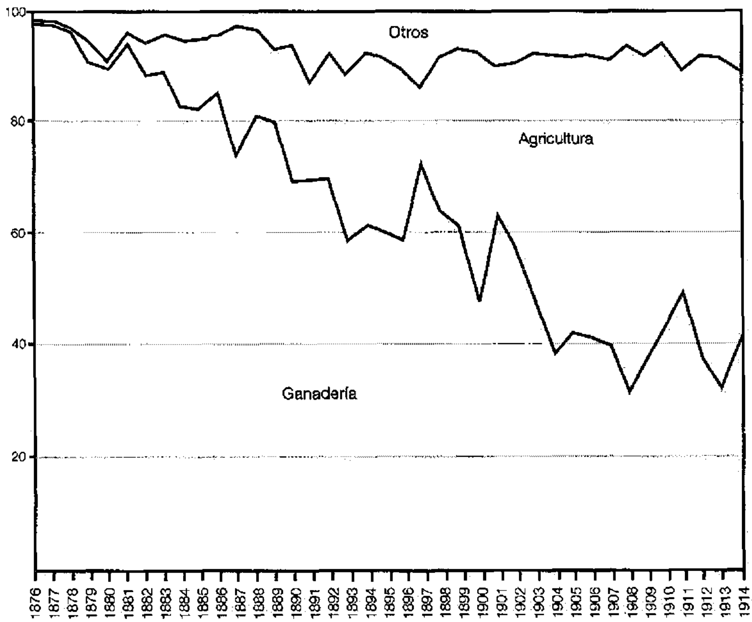
Para extender la escala de sus negocios y asegurarse fuentes regulares de aprovisionamiento, las empresas frigoríficas impulsaron a los estancieros a mejorar sus rodeos, abonando precios elevados por los animales de buena calidad. Ello constituyó un fuerte incentivo para que los ganaderos invirtieran en el mejoramiento genético de sus rodeos y en todas las tareas conexas que requería la producción de carne refinada. El vigor del proceso de renovación de la ganadería vacuna –visible en el hecho de que la Argentina se convirtió en el principal comprador mundial de animales de raza– se hizo sentir con particular fuerza en la provincia de Buenos Aires, donde pastaba más de la mitad (en valor) del rodeo de esta especie en el país. La cantidad de animales mejorados, que sólo alcanzaba al 10% del stock de esta provincia en 1888, creció hasta el 45% hacia 1895, y llegó al 90% en 1908. En 1914, el ganado criollo había desaparecido de Buenos Aires, aunque mantenía su presencia en provincias periféricas, donde disputaba el territorio con los planteles ovinos, que desde la década de 1890 habían comenzado a retroceder hacia tierras marginales.

El crecimiento agrícola

Hacia 1880, las exportaciones ganaderas representaban cerca del 95% de las ventas al exterior. Pese a que el valor de las ventas ganaderas se multiplicó más de tres veces en las tres décadas posteriores, para 1914 su incidencia en el valor de las exportaciones argentinas había caído a me-

nos de la mitad del total de las ventas al exterior. Este retroceso relativo, una verdadera revolución en la canasta de exportaciones argentinas, fue resultado del veloz ascenso de la agricultura, que pasó de representar menos del 5% a más del 50% de las exportaciones. El extraordinario crecimiento de las ventas de granos puede observarse en el siguiente gráfico.

Contribución de la ganadería y la agricultura a las exportaciones argentinas
(En porcentaje)



Fuente: Vicente Vázquez Presedo, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 150.

El retroceso relativo de las exportaciones de productos ganaderos se aceleró a lo largo de la década de 1890, cuando las ventas agrícolas aumentaron de menos del 10 a más del 30% de las exportaciones. En el quinquenio 1905-1910 crecieron hasta alcanzar el 57% del total, y pasada la Gran Guerra, a partir de la década de 1920, seguirían su curso ascendente.

A comienzos de la década de 1880, la producción cerealera pampeana se hallaba concentrada en algunos núcleos del norte y el oeste bonaerense ubicados a corta distancia del gran mercado capitalino, y en el anillo de colonias conformado en los alrededores de Rosario y el centro de la provincia de Santa Fe. Desde entonces, la agricultura santafesina se extendió a gran velocidad, impulsada por la instalación de agricultores inmigrantes en las tierras nuevas y muy baratas que la construcción de líneas férreas permitía conectar con los puertos del Paraná y los mercados de consumo. Entre 1880 y 1895, la superficie cultivada en Santa Fe creció unas diez veces. Con cerca de 1,7 millones de hectáreas sembradas (de las cuales casi el 60% correspondía al trigo), esta provincia se convirtió en el primer distrito agrícola del país.

En Buenos Aires, la expansión ferroviaria durante la década de 1880 y el arribo de inmigrantes también estimularon el avance de la agricultura, pues permitieron reducir, de manera drástica, los costos de transporte del grano y aumentar la cantidad de brazos disponibles para recoger la cosecha. Sin embargo, en la campaña bonaerense, la expansión agrícola se vio constreñida por la existencia previa de una ganadería ya madura y rentable, cuya competencia mantenía elevados los precios del suelo. Privado de la ventaja que suponía acceder a tierra barata, el ritmo de crecimiento de la agricultura bonaerense en la década de 1880 resultó considerablemente más pausado que en Santa Fe. Iniciativas legislativas como la Ley de Centros Agrícolas de 1887, que aspiraba a estimular la expansión del cultivo, no lograron alterar este panorama.

No obstante, desde comienzos de la década de 1890, la agricultura se expandió con fuerza en territorio bonaerense. Parte importante de este desarrollo tuvo lugar en los distritos ganaderos, en especial en las tierras ocupadas por vacunos refinados, pues allí el cultivo de cereales se volvió complementario de la ganadería. El éxito de la ganadería bovina refinada dependía del reemplazo del vacuno criollo por razas con mayor masa cárnica, pero también de la mejora en las pasturas . Esto último favoreció una rápida difusión de las praderas artificiales, en especial de alfalfa, el forraje que mejor se adaptaba a los suelos pampeanos. Como un producto lateral de la introducción de forrajes exóticos, se incrementó con rapidez la superficie sembrada con maíz y trigo, ya que la implantación de alfalfa mejoraba si las praderas naturales eran sometidas previamente al cultivo de estos cereales durante algunos años.

Razones más específicas también contribuyeron a afianzar esta modalidad de expansión del cultivo en las tierras ganaderas. Los grandes hacendados desempeñaron un papel de primer orden en la promo-

ción y financiación de la mejora de las praderas de sus estancias, pero su acción debió desenvolverse dentro del marco de restricciones que caracterizaban a la economía pampeana. La carestía de la fuerza de trabajo, que el flujo migratorio apenas había logrado morigerar, instó a los dueños del suelo a explorar modos de implantar pasturas artificiales sin necesidad de recurrir al empleo generalizado de trabajo asalariado. En este contexto, la veloz expansión de una actividad intensiva en trabajo como el cultivo de alfalfa se volvió dependiente del empleo de sistemas de atracción de mano de obra como la aparcería y el arrendamiento, utilizados ya en momentos previos de crecimiento y cambio productivo en la pampa.

Al igual que en los ciclos del vacuno y el ovino, en particular en sus fases iniciales, la gran demanda de energía humana suscitada a partir de la expansión de las praderas artificiales reforzó la posición negociadora de las clases subalternas y les permitió participar de los beneficios (y asumir parte de los riesgos) generados por esta actividad. La forma más habitual a través de la cual el cultivo del suelo se extendió dentro de las estancias ganaderas fue mediante arreglos en los cuales una familia de agricultores extranjeros se comprometía a cultivar cereales a lo largo de tres o cuatro años a cambio de cederle al propietario un porcentaje de la cosecha y, una vez expirado el plazo del contrato, se obligaba a dejar el predio sembrado con forrajes. Implantada la pastura, el agricultor se trasladaba a un lote vecino, donde recomenzaba la tarea. Para atraer trabajadores y a la vez evitar grandes desembolsos en salarios, pues, los dueños del suelo optaron por transferir parte de las ganancias producto del cultivo de cereales hacia agricultores arrendatarios, cuyos aportes en energía humana eran fundamentales para mejorar las praderas.

Este sistema, que articulaba agricultura y ganadería, fue quizás la principal –aunque no la única– modalidad contractual a través de la cual cobró forma el desarrollo agrícola en la mayor provincia argentina. Con el paso de los años, la expansión de la agricultura comenzó a independizarse. Entre 1888 y 1914, la superficie cultivada en la región pampeana se multiplicó once veces, dando lugar al desarrollo de numerosas empresas cerealeras, que operaban tanto en tierra propia como arrendada, y muchas veces sin relación con la ganadería. Como consecuencia de la formidable expansión productiva del cambio de siglo, la agricultura desplazó a la ganadería del lugar de nave insignia de las exportaciones argentinas. Este triunfo del arado en un país que todavía en la década de 1870 importaba harina resulta aún más notable puesto que fue alcanzado sobre una ganadería que, lejos de estancarse,

también creció y se transformó con mayor velocidad que en cualquier momento del pasado.

La excepcional performance de los cultivos de exportación en el cuarto de siglo previo a la Primera Guerra Mundial se apoyó sobre tres pilares: ferrocarriles, trabajo y maquinaria agrícola. Las dos grandes oleadas de construcción ferroviaria de fines de los años ochenta y comienzos del siglo XX, que sembraron de vías la región pampeana, colocaron la inmensa superficie de tierra fértil y extremadamente barata saqueada a los indígenas en condiciones de ser incorporada a la producción para el mercado. Al mismo tiempo, el arribo de enormes contingentes de inmigrantes de ultramar (unos 4,2 millones entre 1880 y 1910) permitió atender los requerimientos de energía humana generados por la expansión agrícola.

Sin embargo, el desarrollo de los cultivos de exportación en el cambio de siglo fue algo más que una simple expansión horizontal sobre tierras que no conocían el arado. El formidable incremento de la superficie sembrada con maíz, trigo y lino –que pasó de 1,6 a 11,8 millones de hectáreas entre 1888 y 1910– sólo fue posible merced a un cambio sustantivo en el modo de producción, cuya base fue la introducción y adaptación de nuevas tecnologías productivas basadas en la mecanización de la siembra y la cosecha. La incorporación en gran escala de maquinaria agrícola moderna resultó imprescindible para que la Argentina pudiese finalmente explotar la enorme reserva de tierra y la creciente oferta de trabajo que fluía hacia ella. De este modo, dio vida a una agricultura de exportación extensiva, cuyo enorme potencial de crecimiento se asentaba sobre costos de producción inferiores a los de sus competidores a nivel mundial.

Profundizando el camino ya bosquejado en las tierras de frontera santafesinas, donde en la década de 1870 los colonos habían comenzado a dar la espalda a los mercados locales, en las décadas del cambio de siglo los agricultores concentraron sus esfuerzos en la expansión de la escala de la producción y la inserción en el mercado global, de modo de sacar todo el provecho posible de la abundancia, el bajo precio relativo y la fertilidad natural de las tierras de la llanura pampeana. Aún en sus regiones menos favorecidas, el suelo virgen de la pampa se prestaba admirablemente bien para facilitar un rápido y económico crecimiento de la superficie bajo cultivo. A diferencia de las praderas norteamericanas, en la planicie pampeana no había piedras, árboles o accidentes geográficos que dificultaran el desmonte, por lo que el esfuerzo de arar los ligeros suelos aluvionales de las tierras vírgenes no resultaba mucho

mayor que el de trabajar tierra ya cultivada. En las tierras de frontera, el imperio de los pastos duros (que unas décadas atrás había dificultado la expansión de la ganadería ovina) cayó vencido ante el avance del arado. Además de un suelo excepcionalmente fértil y fácil de trabajar, la pampa poseía un clima superior al de sus competidores de la agricultura de exportación. Suave y templado, y con lluvias distribuidas de modo parejo a lo largo de todo el año, el clima de la pampa era mucho más amigable que el de las praderas de América del Norte o las estepas del Cáucaso, donde largos meses de frío y nieve acortaban el tiempo disponible para la cosecha y la siembra, elevaban los costos de producción y reducían el rinde del cereal.

Agricultura y mecanización



Harry Grant Olds, Recepción de maquinaría agrícola en la estación Jacinto Aráuz, provincia de La Pampa, c. 1901. Colección Mateo Enrique Giordano.

La fotografía muestra la llegada de un tren cargado con maquinaria agrícola a la estación de Jacinto Aráuz, en el territorio nacional de La Pampa, a comienzos del siglo XX. A este distrito de frontera, todavía poco más que un campamento, la agricultura llegó mecanizada. En la pampa argentina, la veloz expansión del área bajo cultivo dependió de la incorporación de

maquinaria. Entre 1891 y 1910 los agricultores importaron unas 200 000 cosechadoras y más de 11 000 trilladoras. Tanto los propietarios como los arrendatarios (probablemente mayoría en esta fotografía) realizaron inversiones considerables en este rubro. En particular, dirigieron sus esfuerzos hacia la adquisición de aquellos implementos que les permitían aumentar la superficie en explotación. Al actuar de esta manera, los agricultores aspiraban a sacar el mayor provecho posible del bajo precio y la fertilidad natural de la tierra pampeana. Para 1914, el parque de maquinaria de la agricultura de exportación argentina se encontraba entre los más modernos y más intensamente utilizados del mundo.

La emergencia de una agricultura extensiva y especializada, orientada al mercado mundial, no hubiese sido posible sin la mecanización del proceso productivo. En el curso de unos pocos años, los agricultores vencieron el desafío de organizar explotaciones de una escala desconocida en la agricultura europea (cuyo tamaño no se contaba en acres sino en centenas de hectáreas), pero también en la tradición nativa previa al boom del cereal, y se convirtieron en ávidos consumidores de maquinaria e implementos especialmente diseñados para el cultivo a gran escala, adquiridos, en su mayor parte, en los Estados Unidos y Canadá. El hecho de que incluso los arrendatarios más humildes realizasen inversiones considerables en este rubro sugiere la importancia de la mecanización en las estrategias productivas de los agricultores.

A lo largo del período que se extiende hasta el Centenario, los cultivadores prefirieron incorporar maquinaria para incrementar la escala de sus explotaciones antes que canalizar sus ahorros hacia, por ejemplo, la adquisición de una parcela. La decisión de optar por la escala antes que por la propiedad contribuyó a definir el perfil de la agricultura pampeana. El sector agrícola conformado en estas décadas resultó muy diverso: comprendía desde pequeñas chacras hasta grandes empresas capitalistas que operaban con trabajo asalariado, que podían o no ser dueñas del suelo. Sin embargo, dentro de un panorama signado por la complejidad, los emprendimientos familiares medianos, que explotaban entre 150 y 600 hectáreas de tierra arrendada, eran mayoritarios. El censo de 1914 indica que algo más de dos tercios de las explotaciones agrícolas en la región pampeana trabajaban sobre tierra ajena, con un máximo del 74% en Santa Fe y un mínimo del 50% en Entre Ríos.

Muchas veces se ha señalado que el arrendamiento tendió a erosionar la posición de los chacareros, en particular en el largo plazo. El fuerte aumento del precio del suelo que, acompañando la expansión

productiva y la puesta en valor de nuevas tierras, se verificó en este período, con el paso de los años se fue convirtiendo en una presión cada vez más onerosa sobre el ingreso de los agricultores arrendatarios. Sin embargo, para los inmigrantes, que conformaban el sector mayoritario de la población agricultora, la cuestión no radicaba tanto en cómo proteger (y en lo posible incrementar) sus ahorros en el largo plazo, sino en cómo utilizar sus recursos presentes –la fuerza de trabajo provista por el agricultor y su grupo familiar, sumados a sus ahorros– para incrementar lo más rápidamente posible su patrimonio e ingreso.

Desde esta perspectiva, pues, la renuencia a inmovilizar su capital en la compra de una parcela de tierra (que, dada la escala de los ahorros de estos agricultores, no podía ser sino relativamente pequeña), y su preferencia por emplearlo para expandir la escala de la empresa agraria en tierra arrendada parece muy justificaba, ya que apuntaba a maximizar las oportunidades de enriquecimiento en el corto y mediano plazo. Por los mismos motivos, los chacareros evitaron invertir en la mejora de la infraestructura de los predios que alquilaban, para no distraer recursos en fines que, desde su punto de vista, resultaban improductivos, y en cambio optaron por concentrarse en incrementar la superficie en explotación. Para ellos, en su mayoría extranjeros que aspiraban a abandonar el campo luego de algunos años de duro trabajo, el presente y el futuro cercano eran lo más importante. En este sentido, pues, la supervivencia de un régimen de propiedad concentrado fue consecuencia de la resistencia de muchos grandes propietarios a fraccionar sus propiedades (pues para ellos no tenía sentido desprenderse de un activo que estaba incrementando su precio) tanto como de las estrategias de los agricultores, para quienes la adquisición de propiedad rural no se presentaba como el destino más apropiado para aumentar sus ahorros.

Los chacareros pampeanos dirigieron el grueso de sus erogaciones en equipamiento hacia aquellas máquinas que les permitían incrementar, con la ayuda del trabajo familiar, la superficie sembrada. En las tareas de cosecha, embolsado y transporte del grano, que debían hacerse en plazos perentorios y requerían una gran movilización de recursos, las fuerzas de la familia agricultora se veían ampliamente superadas. Para la cosecha, los agricultores solían recurrir a la contratación de trabajadores asalariados que, en los meses de primavera y verano, recorrían las provincias pampeanas de norte a sur siguiendo el proceso de maduración del cultivo, en números que han sido estimados en torno al medio millón de personas para la primera década del siglo XX. La cosecha también movilizaba empresas capitalistas que, por ejemplo en el caso

del trigo, operaban máquinas trilladoras muy costosas y cuyo funcionamiento demandaba, en algunos casos, una dotación de hasta veinticinco hombres. La emergencia de un sector de contratistas especializado en las tareas de cosecha contribuyó a una rápida mecanización de la recolección y procesamiento del grano. Ello hizo posible una utilización más eficiente del stock de maquinaria que la que hubiese predominado en una agricultura donde los cultivadores emplearan sus propias máquinas para recoger el grano (como fue el caso de Canadá).

Hacia el cambio de siglo, cuando el grano argentino comenzó a llegar a Europa en grandes cantidades, cuatro firmas exportadoras, filiales de poderosos grupos internacionales, se establecieron en el país e impusieron un férreo dominio sobre el comercio internacional de este producto. Las Cuatro Grandes –Dreyfus, Bunge y Born, Weil Hnos. y Huni y Wormser– desempeñaron un papel primordial en la organización del mercado de granos y en la provisión de crédito a los agricultores, quienes accedían a éste a través de una vasta red de agentes e intermediarios que culminaba en los almaceneros y los acopiadores locales. El arribo de estas empresas resolvió muchas deficiencias hasta entonces habituales en los embarques, y ayudó a afirmar la calidad y el prestigio del cereal pampeano en los mercados europeos.

La contribución de las empresas cerealeras al crecimiento de la economía de exportación fue muy amplia. En gran medida porque la agricultura carecía de una elite productora dotada de un influjo comparable al que los augustos estancieros de la Sociedad Rural ejercían sobre los ganaderos, estas empresas desempeñaron un papel de considerable importancia en la difusión de mejoras en las técnicas de cultivo, que realizaron con el objetivo de aumentar la escala de su propio negocio. Junto a las empresas ferroviarias y las proveedoras de maquinaria agrícola (también interesadas en el éxito de la agricultura, del cual dependían para incrementar la carga transportada o la venta de equipo), estas firmas promovieron la aclimatación y adopción de nuevas semillas, y la difusión de técnicas de cultivo más eficientes. Movidas por su propio interés, realizaron una contribución al desarrollo agrícola que, en lo que a difusión de nuevos conocimientos se refiere, fue quizá más importante y sistemática que la desarrollada por el estado a través del Departamento y luego Ministerio de Agricultura de la Nación. En el caso de las firmas exportadoras, el precio que los agricultores pagaron por estos servicios era considerablemente alto, como lo sugiere el hecho de que las Cuatro Grandes obtuvieron enormes ganancias a lo largo del período, que lograron mantener incluso cuando los agricultores sufrían pérdidas. La arbitrariedad en la

fijación de precios por parte de los exportadores decreció cuando, pese a la oposición de estas empresas, en la primera década del siglo XX comenzaron a funcionar mercados a término en Rosario y Buenos Aires. De todos modos, el poder de las grandes comercializadoras de cereal nunca resultó fácil de desafiar: incluso en los peores años de la Gran Depresión de 1930, cuando muchos chacareros cayeron en la miseria, las firmas exportadoras continuaron percibiendo importantes beneficios.

La evolución de las exportaciones agropecuarias testimonia la importancia y profundidad de las transformaciones productivas recién mencionadas. Entre 1880 y 1914, el valor de las ventas argentinas al exterior se multiplicó cerca de nueve veces. Esta expansión fue resultado del incremento de las exportaciones de productos ganaderos y, de modo aún más decisivo, del excepcional crecimiento de las ventas de granos. Para comienzos de la década de 1910, éstas representaban cerca del 60% de las ventas al exterior. Para entonces, la Argentina, que exportaba más del 50% de su producción de trigo, casi dos tercios de la cosecha de maíz y más del 80% de su lino, se había convertido en el tercer exportador mundial de granos. El crecimiento de las exportaciones ganaderas y el formidable ascenso de las ventas de granos le permitió al país contar con una estructura exportadora bastante diversificada, en la que ningún producto superaba el 25% del valor total de las ventas al exterior. La performance exportadora del país se revela más notable si recordamos que en este período también creció a gran velocidad la demanda interna: los saldos exportables de bienes como la carne y los cereales experimentaron la presión de una población que no sólo triplicó su ingreso per cápita sino que creció tres veces entre 1880 y 1914.

El estado y las instituciones

Las fuerzas de la globalización económica que, a través del boom de inversiones, ayudaron a modernizar la infraestructura de transportes, expandir el mercado de capitales, atraer inmigrantes y ampliar la capacidad productiva de la economía, no se desplegaron en el vacío. El estado argentino desempeñó un papel decisivo en la creación de un escenario capaz de promover la migración de factores de producción, y de su acción dependió, en alguna medida, la orientación y profundidad de los flujos provenientes del exterior. La Argentina debió competir por la oferta migratoria y la inversión extranjera con otros países latinoamericanos, pero también con los Estados Unidos y los dominios británicos. La ex-

cepcional riqueza y abundancia de los recursos naturales de la pampa constituían argumentos muy poderosos a su favor. No obstante, éstos sólo cobraron verdadera entidad cuando aparecieron respaldados por un orden jurídico y un sistema político capaces, por una parte, de garantizar los derechos de propiedad de los inversores y, por la otra, de asegurar a los inmigrantes el disfrute de sus derechos civiles o, al menos, cierto grado de protección por parte de la autoridad pública.

En todos estos aspectos, el régimen inaugurado en 1880 introdujo un cambio cualitativo respecto del pasado. La llegada del General Roca a la presidencia clausuró una larga etapa de disputas armadas que habían tornado lenta y dificultosa la afirmación de la autoridad estatal, y creó condiciones más propicias para el desarrollo de la economía de mercado. En esos años, tanto los indígenas pampeanos como las fuerzas políticas que desafiaron al estado central cayeron derrotados frente al superior poder de fuego del ejército federal, que desde entonces vio reforzado su poderío y legitimidad. El estado se convirtió en un promotor entusiasta del progreso material, a cuyo servicio colocó porciones cada vez más importantes de su presupuesto. El programa de "paz y administración" promovido por Roca no supuso modificación alguna de la legislación liberal sancionada en las tres décadas previas (la Constitución, los códigos civil y de comercio, la Ley de Inmigración, etc.), cuyos principios básicos continuaron gozando de amplio consenso entre las elites que presidieron los destinos del país hasta el final del período aquí examinado. En rigor, el orden oligárquico se caracterizó, más que por un cambio de inspiración ideológica, por una superior capacidad para asegurar el imperio de la legalidad liberal o, en los lugares donde su avance debía vencer otras culturas jurídicas rivales, para imponerla desde arriba, y en todo caso para completar la tarea de construcción de las instituciones económicas que favorecían el despliegue de la economía capitalista.

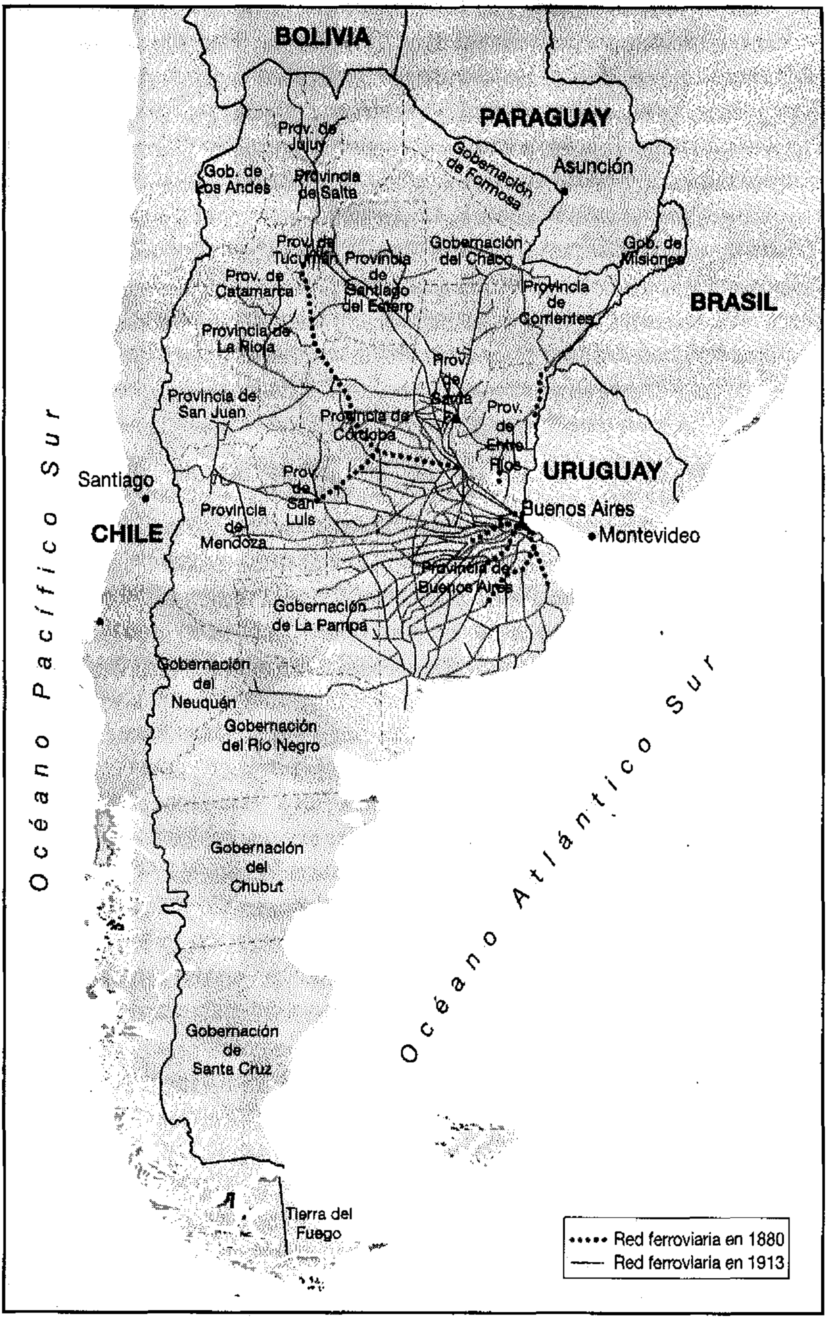
En la década de 1880, el estado finalmente logró imponer una moneda de curso obligatorio en todo el territorio nacional. También expandió la banca pública, promovió de manera activa la inversión extranjera, y se comprometió a respetar los derechos de propiedad. Asimismo, ofreció incentivos tales como la concesión de garantías de ganancia mínima para emprendimientos riesgosos, en general para empresas de transporte, e impulsó la importación libre de gravámenes de bienes de capital e insumos industriales. Durante la presidencia de Juárez Celman, también invirtió en un ambicioso programa de atracción de inmigrantes. Todas estas iniciativas demandaron recursos y se apoyaron sobre el avance, a la vez material y simbólico, de la burocra-

cia estatal. En esos años, el número de empleados y funcionarios de la administración central se expandió vigorosamente (pasó de 13 000 a 33 000 entre 1876 y 1890), mientras que las prácticas administrativas ganaron en consistencia y uniformidad, y los edificios que simbolizaban al estado incrementaron su majestad y envergadura. Gracias a la integración política del territorio nacional que la expansión del sistema de comunicaciones –el ferrocarril, el correo y el telégrafo– contribuyó a acelerar, el aparato burocrático creció, pero también comenzó a trabajar de manera más efectiva y articulada.

La construcción de un estado dotado de mayor capacidad para asegurar el orden e impulsar el crecimiento contó con vastos apoyos entre las elites económicas, principales promotoras y beneficiarias de este programa. Asimismo, el orden liberal logró concitar adhesiones considerables entre los sectores medios y populares, en primer lugar porque la veloz expansión económica ofreció amplias oportunidades de mejora también para estos grupos. Con todo, las orientaciones básicas de la política económica fueron impuestas desde la cumbre sobre una población que, más que oponerse, buscó maneras de adaptarse individualmente al nuevo escenario y, en particular, de aprovechar las oportunidades abiertas a partir de la expansión productiva. Éstas se mostraron muy atractivas allí donde el crecimiento abría oportunidades para el desarrollo de la actividad independiente, o donde el incremento de la demanda laboral permitía a los trabajadores negociar sus remuneraciones desde una posición de fuerza.

Un nuevo mapa para la Argentina

En el último cuarto del siglo XIX, el estado extendió su dominio sobre nuevos territorios en el sur y el noreste. Con la Conquista del Desierto y la del Chaco y el sometimiento de la población indígena que habitaba en estas regiones, la Argentina alcanzó la forma con la que la conocemos actualmente. Sin embargo, la ocupación de estas periferias fue lenta y dificultosa. Hacia 1914 la región patagónica y la chaqueña sumadas no alcanzaban los 200 000 habitantes, esto es, menos de la décima parte de la población de la provincia de Buenos Aires. El mapa también muestra el crecimiento experimentado por la red ferroviaria entre 1880 y 1914. La expansión del ferrocarril cubrió de vías la región pampeana y, salvo en la desértica Patagonia, constituyó asimismo un poderoso instrumento para la integración política y económica del territorio.


BOLIVIA
PARAGUAY
Asunción
BRASIL
URUGUAY
Buenos Aires
Montevideo
CHILE
Santiago
Prov. de Jujuy
Gob. de Los Andes
Provincia de Salta
Gobernación de Formosa
Prov. de Tucumán
Provincia de Santiago del Estero
Gobernación del Chaco
Gob. de Misiones
Prov. de Catamarca
Provincia de Corrientes
Provincia de La Rioja
Prov. de Santa Fe
Provincia de San Juan
Provincia de Córdoba
Prov. de Entre Ríos
Prov. de San Luis
Provincia de Mendoza
Provincia de Buenos Aires
Gobernación de La Pampa
Gobernación del Neuquén
Gobernación del Río Negro
Gobernación del Chubut
Gobernación de Santa Cruz
Tierra del Fuego
Océano Pacífico Sur
Océano Atlántico Sur
Red ferroviaria en 1880
Red ferroviaria en 1913

El enorme peso alcanzado por los extranjeros entre la fuerza de trabajo tuvo una incidencia directa en la definición de este patrón de comportamiento –en el que las estrategias individuales primaban sobre la acción colectiva–, que en definitiva restó energías a las iniciativas dirigidas a la construcción de organizaciones sindicales. No debe sorprender que una fuerza laboral poco arraigada en el medio local, muchos de cuyos integrantes acariciaban la idea del retorno a la patria lejana, se mostrase reacia a invertir tiempo y esfuerzo en iniciativas que, en el mejor de los casos, sólo podían ofrecer resultados en el mediano y largo plazo. En este escenario, los proyectos oficiales destinados a regular el funcionamiento del mercado de trabajo también encontraron amplias resistencias y lograron pocos avances.

El orden oligárquico y el desarrollo exportador

Entre 1880 y 1916 la Argentina vivió bajo el imperio político del Partido Autonomista Nacional (PAN). A lo largo de la vida de una generación, los presidentes autonomistas se sucedieron unos a otros, en un contexto dominado por la exclusión de grupos políticos rivales a través del fraude y la violencia. Recelosos de la participación popular, los gobernantes autonomistas erigieron un estado más poderoso y más independiente de las demandas de la sociedad que el que había existido hasta entonces. "Paz y administración", el lema de Julio A. Roca –dos veces presidente de la nación y principal figura política del período–, resume bien los aspectos fundamentales del programa autoritario promovido por el PAN y tan bien recibido por la comunidad de negocios. La idea de que el orden constituía un requisito fundamental para el crecimiento económico se advierte de nuevo en la expresión "las revoluciones no cotizan en la Bolsa de Londres", también atribuida a Roca en ocasión del estallido de un movimiento armado protagonizado por la oposición radical.

Con frecuencia se señala que los grandes terratenientes pampeanos, en asociación con los capitalistas extranjeros que dominaban sectores críticos como el comercio de importación y exportación, el sistema de transportes y la banca, conformaron la principal base política de este orden excluyente. Según esta visión, el orden oligárquico se caracterizó por una identificación muy estrecha (para muchos una verdadera fusión) entre los grupos predominantes de la política y la economía. Este pequeño círculo de poderosos empleó al estado en su propio beneficio, sentando las bases de un proyecto de desarrollo que sólo contemplaba los intereses de las minorías.

Esta interpretación no logra captar ciertos rasgos de considerable importancia del orden oligárquico. Estudios recientes muestran que el sistema político fue más competitivo e inclusivo de lo que muchos relatos tradicionales sugieren. En distintos momentos, grupos disidentes, cívicos y radicales, ocuparon posiciones de importancia en la vida pública y las instituciones de la república. Sin embargo, cuando esto sucedió, las políticas económicas promovidas por la oposición fueron, en líneas generales, muy similares a las llevadas adelante por el oficialismo. Esto indica que las agrias disputas políticas sobre cuestiones tales como el sufragio honesto y la participación popular en la elección de los gobernantes no impidieron la formación de amplios acuerdos en torno a las líneas maestras del patrón de desarrollo económico (que en parte incluían al naciente socialismo). En rigor, el gobierno del PAN gozó de importantes apoyos sociales, tanto activos como pasivos, que valoraban positivamente su programa de orden y progreso. Ellos incluían, además de amplios sectores del gran empresariado, a actores económicos menos encumbrados, también beneficiarios del crecimiento económico y la mejora social. Más que imponerse contra una sociedad que resistía el dominio de un pequeño círculo, los gobernantes de la república oligárquica lograron satisfacer e integrar demandas de orden y progreso presentes en todo el espectro social.
En la base de esta exitosa fórmula política se encuentra el formidable crecimiento económico hecho posible por el desarrollo exportador y la inversión extranjera. Las políticas públicas que favorecieron el crecimiento del sector agroexportador enriquecieron a los grandes terratenientes, pero también incrementaron el ingreso de muchos otros actores asociados a la producción de bienes exportables. El crecimiento agrario también impactó positivamente sobre otros sectores de actividad y en regiones volcadas al mercado interno. Estudios recientes demuestran que el PAN concedió importancia considerable al desarrollo de la industria, en parte porque la producción manufacturera permitía integrar a ciertas regiones del interior al proceso de crecimiento de la región pampeana, y en parte porque la industria, que a lo largo del período se fue convirtiendo en una importante fuente de empleo urbano, poseía cierta capacidad de presión sobre la elite gobernante. La protección arancelaria a la industria creció en esta etapa respecto a períodos previos, a veces contrariando los deseos de los exportadores, que hubiesen preferido una política comercial más liberal. Sin embargo, estas diferencias no lograron erosionar el vasto consenso social que informó la política económica del orden oligárquico. Ello hizo que, salvo en coyunturas

específicas, los grandes propietarios rurales concentraran su tiempo y su energía en sus negocios privados, y manifestaran escaso interés en la vida pública.

De hecho, en este período se advierte no una fusión sino una creciente especialización de funciones y ámbitos de acción que acentuaron la separación entre el estado y el mercado, y entre la elite gobernante y la clase propietaria. La formación de un sistema de poder no menos sino más autónomo respecto de las elites económicas permitió, por ejemplo, que el estado tomara distancia de los intereses más inmediatos de los sectores económicamente preponderantes y destinara importantes recursos a proyectos muy costosos (y que interesaban poco a los círculos de negocios), como la formación y financiación de un sistema educativo público que fue hasta hace algunas décadas un motivo de legítimo orgullo para los argentinos.

En rigor, las mayores tensiones que el orden económico experimentó durante este período no fueron producto de desafíos provenientes de las clases subalternas o de sectores políticos rivales, sino de los riesgos que la propia elite gobernante se mostró dispuesta a correr para acelerar el crecimiento económico. Estos peligros se manifestaron con particular dramatismo en la esfera de la moneda y las finanzas, cuyas violentas conmociones ofrecen un claro contraste con el curso lineal y ascendente que se advierte en el sector productivo.

Poco después de la llegada de Roca a la primera magistratura, la Ley de Unificación Monetaria de 1881 fijó una nueva unidad, el peso moneda nacional, y puso fin –al menos legalmente– a la pluralidad de monedas vigente. También inauguró un régimen de convertibilidad. Sin embargo, las autoridades pronto demostraron su predilección por políticas expansivas en materia monetaria, a las que percibían como necesarias para redoblar el ritmo de progreso y desplegarlo en todo el territorio nacional. El mismo objetivo inspiró la expansión de la banca pública y mixta, que en esos años creció con rapidez, dominada por un ideal desarrollista que se apartó de los preceptos ortodoxos tenidos entonces por buena práctica bancaria.

La década de 1880 asistió así a una fuerte expansión de la moneda y el crédito, destinadas a acelerar el crecimiento económico, y a llevarlo hacia las provincias del interior que permanecían relativamente al margen de los progresos del litoral. El Banco Nacional, dependiente del poder central, desempeñó un papel primordial en esta última tarea; el Banco de la Provincia de Buenos Aires, por su parte, se convirtió en el

principal vector para la expansión del crédito en la provincia más rica y dinámica del país. La ausencia de coordinación entre estas instituciones –y otras menores que surgieron con la Ley de Bancos Garantidos de 1887– llevó el nivel de endeudamiento externo más allá de límites prudenciales. Cuando promediaba la presidencia de Miguel Juárez Celman, la situación se tornó problemática, en primer lugar porque una fuerte y sostenida caída de los precios de los productos exportables dio como resultado un incremento del déficit comercial. La drástica reducción de la capacidad de pago del país convenció a muchos banqueros de que habían asumido riesgos demasiado altos, y el crédito externo desapareció. Abrumado por obligaciones imposibles de saldar en el corto plazo, el país ingresó en una crisis fiscal y financiera de la que tardó cerca de diez años en recuperarse.

Durante la Crisis del Noventa el peso perdió cerca de dos tercios de su valor, y la banca oficial y buena parte de la privada cayeron en bancarrota. El cese del ingreso de capitales tornó abrumador el peso de las obligaciones externas, y llevó al país a la cesación de pagos. La recuperación fue lenta. El temor a reiterar los excesos de las administraciones de Roca y Juárez impuso cautela, por lo que la década de 1890 se caracterizó por la restricción monetaria y la contracción del crédito. Sin embargo, este escenario sólo afectó de manera tangencial al sector exportador, que de hecho se vio beneficiado con la devaluación de la moneda nacional, que mejoró el ingreso de los productores. Para el cambio de siglo, bajo un nuevo contexto expansivo generado por el crecimiento de las ventas al exterior, la mejora de los precios exportables y los términos de intercambio y el comienzo de una nueva y poderosa oleada de inversiones externas, el manejo ortodoxo de las finanzas dejó de ser un impedimento para la ampliación de la base monetaria y el incremento de la oferta crediticia. Poco a poco, el aumento de las exportaciones e importaciones, y en consecuencia de los ingresos fiscales, fue reduciendo el peso de la deuda a límites tolerables. Este contexto expansivo permitió el retorno a la convertibilidad a partir de 1899 (luego de casi quince años de suspensión), esta vez en un escenario caracterizado por crecientes saldos favorables de la balanza comercial. Este escenario se acompañó de algunos cambios en la matriz tributaria. Si bien los gravámenes al comercio exterior siguieron desempeñando el papel primordial, luego de la Crisis del Noventa cobraron mayor relieve los impuestos internos. Principalmente dirigidos a gravar el consumo popular, los nuevos tributos sirvieron para atenuar la dependencia de la recaudación de las alzas y bajas del intercambio comercial.

El endeudamiento del estado

Presupuestos nacionales y deuda pública, 1881-1914
(En miles de pesos oro)

Año	Ingresos	Gastos	Deuda pública	Deuda como % presupuesto
1881	21 345	28 381	107 075	45,2
1885	26 581	40 515	113 381	32,5
1890	29 143	38 145	355 762	38,6
1895	38 226	48 505	401 863	43,5
1900	64 858	68 580	447 191	41,5
1905	90 423	141 470	384 437	34,9
1910	133 094	180 947	452 790	24,3
1914	110 029	194 371	545 023	18,7

Fuente: Fernando Rocchi, "El péndulo de la riqueza", en M. Z. Lobato (compiladora), *El progreso, la modernización y sus límites, 1880-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

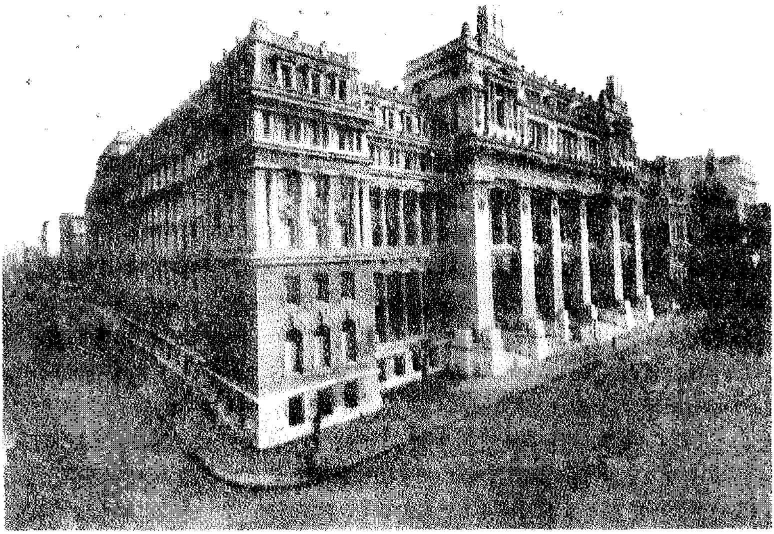
Durante todo este período, los gastos del estado federal siempre excedieron sus ingresos. La ortodoxia financiera y la restricción presupuestaria nunca lograron afirmarse en la política argentina, en primer lugar porque las elites gobernantes entendieron que el estado debía desempeñar un activo papel como promotor del desarrollo. Para cubrir el hiato entre sus entradas y salidas, el estado acudió al endeudamiento. El servicio de la deuda insumió una porción muy considerable de los recursos estatales, que en las décadas de 1880 y 1890 se ubicó entre el 30 y el 45% de sus ingresos corrientes. Sólo al final del período, gracias a la expansión económica y el aumento de los ingresos fiscales que la acompañó, el servicio de la deuda se tornó menos gravoso. Sin embargo, el estado central siguió gastando bastante más de lo que recaudaba. Entre 1900 y la Gran Guerra, el ritmo de crecimiento del gasto duplicó el del ingreso.

Desde el cambio de siglo y hasta la Gran Guerra, la Argentina atravesó la etapa de crecimiento económico más prolongada de toda su historia. A diferencia de lo sucedido en la década de 1880, el estado desempeñó un papel secundario en este gran salto adelante, cuyos grandes protago-

nistas fueron los actores del mercado. En ese período, por ejemplo, cobró forma un mercado bancario muy desarrollado (sin duda el más importante de América Latina), en el cual la banca pública que sobrevivió a la crisis coexistió con casas privadas de considerable envergadura. De hecho, la Crisis del Noventa supuso un daño irremediable al prestigio del estado como promotor del crecimiento; desde entonces, la orientación de las políticas públicas se caracterizó por su signo conservador.

A partir del cambio de siglo, el gasto estatal volvió a crecer a un ritmo frenético. Sin embargo, en esta nueva etapa las políticas públicas se volvieron menos osadas (o menos irresponsables). Una vez superada la crisis, buena parte de las iniciativas destinadas a impulsar la transformación de las regiones más atrasadas del país no fueron reflotadas, y el estado se definió cada vez más como un auxiliar del mercado antes que como un activo promotor del desarrollo. El gasto estatal se concentró en terrenos tales como la provisión de educación, tanto elemental como superior, la construcción de obras públicas y la expansión de la propia burocracia estatal.

La majestad del estado



Palacio de Justicia (Tribunales), construido entre 1904 y 1912. Archivo diario *La Prensa*.

Tras la década de penuria fiscal que siguió a la Crisis del Noventa, hacia el cambio de siglo volvieron a cobrar fuerza las iniciativas destinadas a poner de relieve la majestad de la autoridad. Numerosas provincias erigieron importantes edificios públicos en el centro de la ciudad capital, casi siempre para alojar al poder ejecutivo y la administración. Por su parte, el gobierno nacional destinó partidas muy considerables a la construcción de una serie de grandes edificios destinados a simbolizar el poder del estado argentino en la Capital Federal. El Congreso Nacional y la administración de justicia se trasladaron a dos imponentes edificios, cuya maciza presencia todavía hoy se destaca en el tejido urbano de la ciudad. La fotografía muestra el Palacio de Justicia (Tribunales), sede de la Corte Suprema, comenzado en 1904 y terminado en 1912.

En los quince años anteriores a la Gran Guerra, el estado desarrolló muy pocos instrumentos nuevos que le permitieran regular los mercados, construir un régimen fiscal más equitativo y sólido, avanzar en la regulación de las relaciones laborales, promover la acumulación de capital o impulsar el desarrollo en las regiones periféricas del país. En un contexto tan expansivo como el que se extendió hasta las vísperas de la Primera Guerra Mundial, en el que el avance de la economía de mercado parecía resolverlo todo, el creciente estancamiento institucional del estado argentino no parecía preocupante. Los modestos logros alcanzados en el desarrollo de capacidades institucionales para regular y orientar la economía sólo se volverían más evidentes en el mundo de la posguerra, cuando el empuje de las fuerzas del mercado perdió vitalidad y la Argentina se encontró con que no contaba con instrumentos capaces de relanzarla.

7. Mercado interno e industria en la era dorada de la economía de exportación

El crecimiento del sector exportador entre 1880 y 1914 tuvo un poderoso efecto de arrastre sobre el conjunto de la economía. Gracias a este impulso, tanto la población como el producto por habitante se triplicaron. Estos factores, sumados, hicieron que el tamaño del mercado interno se multiplicara nueve veces en poco más de treinta años. El incremento y la diversificación de la demanda estimularon un sostenido aumento de las importaciones, y a la vez crearon condiciones propicias para el desarrollo de la producción local de bienes y servicios. La producción manufacturera experimentó un salto cualitativo, y pasó del taller a la fábrica. La expansión industrial se apoyó sobre la incorporación de recursos y destrezas aportados por la inmigración, y encontró auxilios adicionales en las políticas proteccionistas que apuntaban a promover una mayor diversificación de la estructura productiva. Estas transformaciones tuvieron su centro en las grandes urbes del litoral, particularmente en Buenos Aires, que en este período se convirtió en una gran metrópoli, y principal polo industrial de América Latina. Los cambios económicos tuvieron un alcance regional muy vasto, en primer lugar porque el desarrollo ferroviario por primera vez enlazó a todas las provincias en un único sistema de transportes. Aunque con fuerza desigual, la integración del mercado, la expansión del consumo y el crecimiento de la manufactura hicieron sentir su presencia en todo el territorio nacional.

Buenos Aires, gran metrópoli

En el tercio de siglo anterior a la Primera Guerra Mundial, la sociedad argentina atravesó la etapa de crecimiento urbano más importante de toda su historia. Pese a que el avance de la frontera multiplicó

más de tres veces la superficie en explotación de la región pampeana, el sostenido incremento de la productividad del trabajo agrario hizo posible un acelerado proceso de urbanización, gracias al cual la proporción de habitantes de los centros urbanos pasó del 34,6 al 57,3% de la población total entre 1869 y 1914. Entre estas dos fechas, la población urbana creció de 0,6 a casi 4,5 millones, mientras que la rural aumentaba, más lentamente, de 1,1 a 3,4 millones. En 1914, la Argentina se había convertido en una de las sociedades más urbanizadas del globo. Desde entonces, el crecimiento urbano tendió a desacelerarse, como lo revela el hecho de que el censo de 1947 registra una tasa de urbanización del 62,5%.

La revolución urbana de las décadas de entresiglos encontró su expresión más elocuente en Buenos Aires, que se ganó un lugar destacado entre las ciudades más grandes del planeta. Tras su consagración como Capital Federal, Buenos Aires atravesó el período de crecimiento demográfico más veloz de toda su historia: su población pasó de unos 300 000 a más de 1,5 millón de habitantes entre 1880 y 1914, expandiéndose al 5% anual. El crecimiento de la ciudad no sólo fue bastante más rápido que el de la provincia de Buenos Aires, sino que, desde la década de 1890, también superó a Santa Fe, el distrito de crecimiento más veloz de la segunda mitad del siglo XIX. Sólo Rosario, que en este período se convirtió en la segunda ciudad del país, superó a la Capital Federal en cuanto a dinamismo demográfico.

El factor que hizo posible que la población porteña aumentara más de cinco veces en el lapso de una generación fue la llegada de inmigrantes europeos, que a lo largo de este período siempre constituyeron más de la mitad de los residentes de la ciudad, y más de dos tercios de su población masculina adulta. Aun cuando otras ciudades crecieron sin pausa en estos mismos años, ninguna de ellas logró acortar la enorme distancia que las separaba de la Capital Federal. Hacia 1914, Rosario era todavía seis veces más pequeña que Buenos Aires. La capital no sólo era grande a escala nacional: hacia 1900 se había convertido en la primera ciudad del mundo hispanohablante, a considerable distancia de Madrid o México, y en la mayor del hemisferio austral, pues doblaba la población de las dos mayores ciudades australianas, Sydney y Melbourne. Gran capital internacional, sólo tres ciudades norteamericanas, Nueva York, Chicago y Filadelfia, y unas pocas asiáticas y europeas, como Tokio, Londres, Viena, París y Berlín, la superaban en lo que a cantidad de población se refiere.

El crecimiento demográfico de Buenos Aires

Población en grandes ciudades, países seleccionados
(En miles de habitantes)

País/ciudad	Población en 1900	Porcentaje sobre población total país	Población total 1914	Porcentaje sobre población total	Tasa crecimiento anual 1900-1914
Argentina	**4 642**		**7 886**		**3,9%**
Buenos Aires	821	17,7%	1 577	20,0%	4,8%
Rosario	120	2,6%	269	3,4%	5,9%
Australia	**3 774**		**4 455**		**1,2%**
Sydney	482	12,8%	633	14,2%	2,0%
Melbourne	496	13,1%	589	13,4%	1,2%
Brasil	**17 319**		**24 618**		**2,5%**
Río de Janeiro	711	4,1%	858	3,5%	1,4%
San Pablo	240	1,4%	400	1,6%	3,7%
Chile	**2 950**		**3 231**		**0,6%**
Santiago	292	9,9%	333	10,3%	0,9%
Valparaíso	136	4,6%	162	5,0%	1,3%
Canadá	**5 371**		**7 205**		**2,1%**
Montreal	328	6,1%	490	6,8%	2,9%
Toronto	210	3,9%	382	5,3%	4,4%

Fuente: Elaboración sobre la base de V. Vázquez-Presedo, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914,* Buenos Aires, Eudeba, 1979, p. 108.

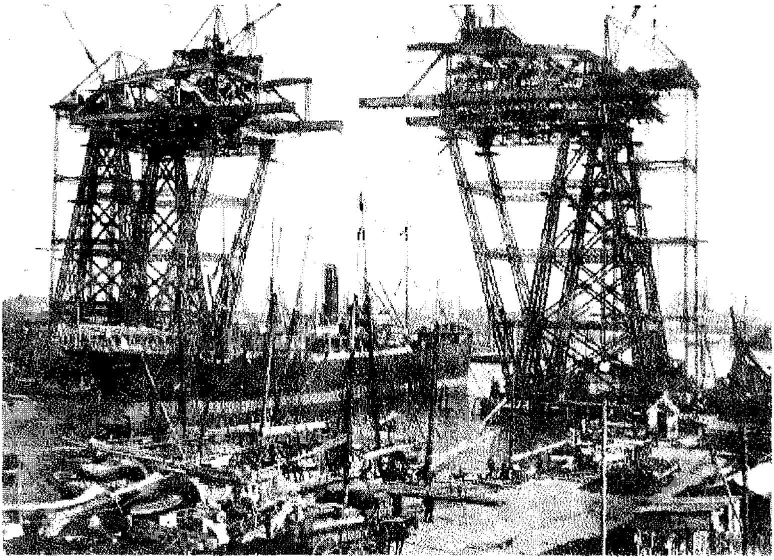
En este período, la Capital Federal se convirtió en el lugar de residencia de uno de cada cinco argentinos. Si se le suma el área urbana y semiurbana (el actual Gran Buenos Aires), su población superaba los 2 millones de personas, algo así como el 27% de los habitantes del país. Al igual que Rosario, la población de la capital creció a un ritmo infrecuentemente alto, superior incluso al de urbes nuevas y dinámicas como San Pablo y Toronto, y sólo superada por unas pocas grandes ciudades portuarias como Nueva York y Hamburgo. La rápida urbanización fue uno de los rasgos más notables del crecimiento económico argentino en el siglo XIX, que pone de relieve la alta productividad del sector agrario.

La indudable relevancia que adquirió el sector exportador en el siglo XIX con frecuencia ha hecho perder de vista el peso que ya para entonces poseía la economía urbana. En una Argentina en rápida urbanización, Buenos Aires no fue un mero recipiente pasivo de la riqueza generada en el campo, sino una pieza de considerable importancia en el funcionamiento de la economía exportadora, además de un importante proveedor de bienes y servicios para un mercado interno en sostenida expansión. Para estimar la importancia de la economía porteña conviene recordar que la ciudad no sólo contaba con cerca del 20% de la población total de la Argentina; también era el lugar de trabajo y residencia de sus grupos más ricos, de una amplia clase media y de los obreros mejor remunerados, además del mayor centro comercial, financiero y de consumo del país. Cualquier estimación conservadora sugeriría que la participación de la ciudad en la riqueza nacional no debía estar muy lejos de duplicar su peso demográfico. Las perspectivas más tradicionales, que enfatizan el parasitismo de Buenos Aires y parecen olvidar la importancia económica de las urbes en las sociedades modernas, de todos modos aciertan en cuanto a la notable importancia de la ciudad durante los años de apogeo de la era agroexportadora.

El desarrollo del sistema de transportes desempeñó un papel de primer orden en el crecimiento de la economía porteña. En esta etapa, la expansión del ferrocarril terminó por integrar dos sistemas ferroviarios independientes, construidos en torno a Buenos Aires y Rosario en las décadas previas, en un único eje con centro en la Capital Federal. En 1886, el avance de las vías unió a las dos mayores urbes pampeanas, y desde entonces Rosario perdió su posición de terminal ferroviaria de parte considerable del tráfico entre interior, las provincias litorales y el mercado internacional. Mientras la mayor ciudad santafesina se convertía en un eslabón de la red ferroviaria que se iniciaba y culminaba en la Capital Federal, el modesto sistema desarrollado en la década de 1860 para unir la ciudad de Buenos Aires con los distritos agrícolas del oeste y el sur de la capital se transformó en una extensa red. Hacia 1890, luego de haber conectado todas las capitales de provincia con Buenos Aires, esa red alcanzaba los confines norte y oeste de la nación. La centralización de la red ferroviaria en Buenos Aires fue acompañada por la construcción de una estación portuaria más vasta y de aguas profundas, el Puerto Madero (cuyos diques fueron entrando en operación entre 1889 y 1897), capaz de dar abrigo a los buques de hierro y vapor de más de veinte pies de calado, que comenzaban a surcar el Atlántico Sur en las décadas del cambio de siglo. Dotada de una red vial sin igual

y un puerto fluvial moderno, la posición de Buenos Aires se volvió inexpugnable.

La modernización de la estructura portuaria



Anónimo, construcción del puente transbordador Pte. Nicolás Avellaneda, 1913.

La fotografía muestra al puerto de La Boca ya completamente dominado por grúas y estructuras metálicas y por barcos de vapor y de casco de acero. En el centro de la fotografía, el puente Nicolás Avellaneda, en avanzado proceso de construcción. En el fondo, a la derecha, el espejo de agua conocido como la Vuelta de Rocha. El humo de los cargueros se confunde con el de las chimeneas de las fábricas de Avellaneda y Barracas. El Riachuelo perdió importancia relativa como resultado de la construcción del Puerto Madero, pero siguió atendiendo parte importante del tráfico de cabotaje y marítimo vinculado con la actividad del área industrial de la zona sur de la ciudad.

Sin embargo, no todo el tráfico comercial sintió la atracción de la capital. El desarrollo de la agricultura de exportación, que a comienzos del

nuevo siglo movilizaba unos 5 millones de toneladas de granos hasta los puertos del litoral, favoreció el surgimiento de terminales graneleras más próximas a las regiones de cultivo. Rosario, La Plata y Bahía Blanca fueron las más importantes. Como consecuencia del ascenso de estos puertos –resultado de la expansión del cultivo en un área cada vez más extensa–, entre 1880 y 1914 las exportaciones que salían de Buenos Aires cayeron de más de dos tercios a menos de la mitad del total. El desarrollo de la agricultura en el territorio comprendido entre el centro de Santa Fe y el sur de la provincia de Buenos Aires contribuyó a atenuar la centralización del sistema de transportes. En lo que se refiere a las exportaciones de carne, sólo La Plata (en cuyos alrededores se instalaron importantes plantas frigoríficas) logró disputarle a Buenos Aires los mayores beneficios de este negocio. Empero, ninguno de estos puertos se hallaba en condiciones de competir con la metrópoli por el control de las importaciones o de la actividad comercial. Los recursos de la plaza mercantil y financiera porteña, el tamaño de su mercado de consumo y la proximidad de las autoridades nacionales le otorgaron a la capital ventajas decisivas, gracias a las cuales atrajo alrededor del 80% de las importaciones totales, reafirmando su lugar como el único centro de comercio e importación de relevancia del país.

Movimiento de los principales puertos (exportaciones e importaciones, en porcentaje)

Puerto	Exp. 1877	Imp. 1877	Exp. 1897	Imp. 1897	Exp. 1912	Imp. 1912
Buenos Aires	68,6	79,5	60,8	85,5	37,8	81,9
Rosario	4,8	11,0	14,9	7,0	17,7	8,4
Bahía Blanca	–	–	3,5	2,7	14,4	3,0
La Plata	–	–	3,2	1,8	6,8	2,4
Santa Fe	–	0,2	0,7	0,2	2,9	0,9

Fuente: V. Vázquez-Presedo, *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*, Buenos Aires, Eudeba, 1979, pp. 68-69.

Como se advierte, la declinación de la participación del puerto de Buenos Aires en el total de las exportaciones coincide con el auge agrícola. En el siglo XX, los nuevos puertos de la cuenca granífera se apropiaron de parte

considerable del tráfico de estos productos. El dominio de Buenos Aires sobre las importaciones, en cambio, no se vio desafiado.

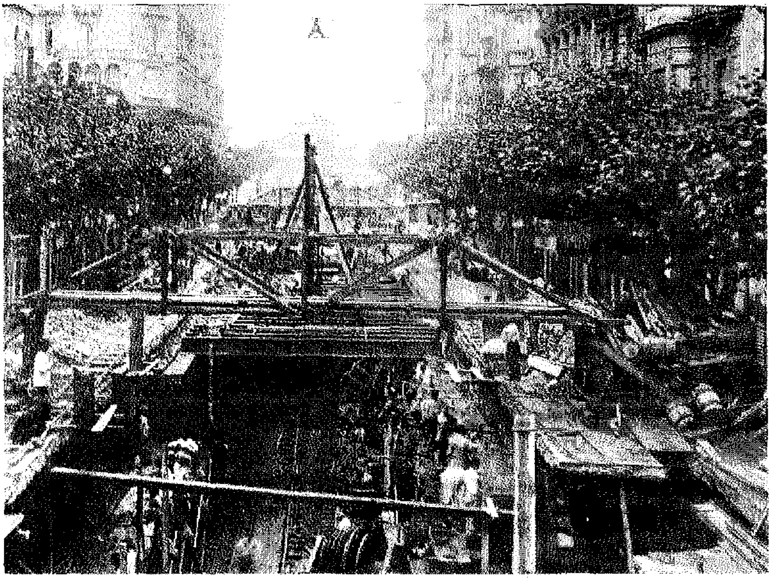
La prosperidad exportadora, la consolidación de la autoridad federal y el acceso al financiamiento internacional permitieron una profunda transformación de la estructura física de Buenos Aires. Aunque la construcción en madera continuó, en esta etapa nació una nueva ciudad monumental, dominada por grandes edificios y obras de infraestructura fabricados con ladrillos de máquina, vidrio y metal y, hacia el final del período, también con cemento. De modo aún más acentuado que en etapas previas, la construcción le otorgó gran dinamismo a la economía porteña, y se convirtió en una poderosa demandante de importaciones y una proveedora de empleo para grandes ejércitos de trabajadores.

Durante la década de 1880, y nuevamente en los años que precedieron al Centenario, tuvo lugar un auge de la construcción pública con decisivo impacto sobre los distritos céntricos. La obra estatal se desplegó sobre múltiples campos: tendido de redes cloacales y de agua corriente, alumbrado eléctrico, empedrado, apertura de avenidas y paseos, construcción de escuelas, hospitales y edificios monumentales –el Teatro Colón, el Palacio de Justicia, el Congreso Nacional–, creación de parques y plazas. Sólo la vivienda pública estuvo notoriamente ausente del arco de preocupaciones de las autoridades de la ciudad. Durante los períodos en los cuales el impulso fue más intenso, como en los años previos al Centenario, el casco urbano se convirtió en un gigantesco obrador a cielo abierto.

A través de su ambiciosa arquitectura estatal, el poder público dejó una huella indeleble en los distritos céntricos. Por su parte, la iniciativa privada también contribuyó a delinear el perfil de la ciudad. En el centro surgieron grandes residencias y edificios en altura, y los estilos afrancesados se fueron imponiendo sobre la ciudad italianizante de mediados de siglo. Hacia 1914 había cerca de 400 edificios de más de cinco pisos, muchos de ellos consagrados a alojar los "escritorios" de los servicios profesionales que crecieron junto a la complejización del tejido económico, y los cuarteles generales de las grandes firmas ferroviarias, comerciales, bancarias y manufactureras. De todos modos, la incidencia de la iniciativa privada resultó más considerable en los alrededores, donde opacó casi por completo la acción del poder público. La emergencia de grandes construcciones –silos, fábricas y galpones– dio nacimiento a un paisaje industrial que, en algunos distritos, alteró de manera radical la fisonomía de la periferia urbana. Algunas de estas nuevas construcciones alcanzaron dimensiones monumentales, como el gigantesco Mercado de Frutos

erigido a la vera del Riachuelo y destinado al comercio de lanas, que fue en su tiempo la superficie cubierta más grande del mundo.

Modernos sistemas de transporte urbano



Anónimo. Vista de los trabajos en Avenida de Mayo, desde Santiago del Estero hacia el oeste. Detalle, c. 1912.

La fotografía muestra el tendido del primer subterráneo de la ciudad, construido bajo la Avenida de Mayo, a la altura de la calle Santiago del Estero. En el fondo se divisa el Congreso Nacional. Con 6 kilómetros de extensión, esta línea atravesaba la ciudad de este a oeste, uniendo el centro con el barrio de Caballito. El primer tramo, entre Plaza de Mayo y Once, se inauguró en 1913. El subte intentaba dar respuesta a los problemas de congestión de tránsito provocados por el movimiento diario de cientos de miles de personas entre sus hogares y sus lugares de trabajo, y a la vez colocar a Buenos Aires a la altura de las grandes capitales europeas.
El subte fue sólo un aspecto del proceso de modernización de la estructura del transporte urbano. El núcleo fundamental de este sistema era el tranvía, complementado por el tren suburbano. Para 1913, Buenos Aires poseía una extensa red de tranvías, que totalizaba unos 800 kilómetros de

vías. En 1913, los tranvías transportaron más de 407 millones de pasajeros, esto es, un promedio de 280 viajes anuales por habitante. Durante esos años daba sus primeros pasos el transporte automotor. Éste creció con mayor fuerza en la década de 1920, momento en que la Argentina superó a Gran Bretaña en el número de automóviles por habitante.

Tanto o más relevante fue el peso de la iniciativa individual en el crecimiento de la ciudad residencial. Al ritmo impuesto por el aumento demográfico y la expansión del sistema de transporte urbano (el tranvía de tracción a sangre, y desde comienzos de siglo, el eléctrico), tuvo lugar una creciente suburbanización de carácter residencial. La ciudad creció desde su núcleo originario en torno a la Plaza de Mayo hacia el norte, el sur y el oeste, poblándose de barrios donde las clases populares y las clases medias en expansión edificaron sus casas en una cuadrícula trazada sobre lo que poco antes sólo era campo y tierra baldía. Hacia 1910, el antiguo casco urbano todavía registraba la presencia ubicua de la vivienda popular, en particular de los conventillos, esas degradadas residencias colectivas donde habitaba cerca del 15% de la población de la ciudad. Para entonces, sin embargo, una parte considerable de los habitantes se había desplazado hacia los nuevos barrios de la periferia. Así, mientras el suburbio adquiría una tonalidad mesocrática (en particular en el oeste) o popular (en el sur), y se consolidaban algunos enclaves industriales, en los distritos céntricos se hacía evidente el triunfo de los grandes agentes de la economía de exportación y del estado: los grandes edificios públicos, las gigantescas terminales de las compañías ferroviarias, las sedes de las casas bancarias y las señoriales residencias de los magnates territoriales se erigían como sus monumentos más visibles.

El consumo: expansión y cambios

La construcción de fastuosas residencias familiares, hasta entonces inexistentes, ilustra la emergencia de nuevas y más arrogantes formas de consumo suntuario por parte de las enriquecidas elites de las décadas del cambio de siglo. En este período, los grupos económicamente preponderantes se identificaron con los estilos de vida de signo europeizante y aristocratizante que habían comenzado a propagarse en las décadas previas, y pusieron sus crecidos ingresos al servicio de una bacanal de consumo de una escala inimaginable treinta años antes. Parte de los bienes que satisfacían las demandas de consumo de las elites

provenían directamente de las adquisiciones realizadas por sus propios integrantes en sus viajes por Europa, cuya frecuencia aumentó por entonces. Y, lo que resulta aún más importante, en esas décadas cobró mayor envergadura la oferta local de servicios y productos dirigida a satisfacer los deseos de los sectores de más altos ingresos.

El incremento de la demanda de servicios especializados dio vida a una compleja gama de ocupaciones en el servicio doméstico, virtualmente desconocida en 1870 (mucamos, niñeras, cocineras, choferes, mayordomos), pero registrada con detalle ya en el censo de 1887. La expansión del consumo suntuario también estimuló el desarrollo del segmento de mercado especializado en rubros tales como objetos de arte, vajilla y porcelana fina, ropa y muebles, vehículos, armas y artículos deportivos, alimento y bebida. En 1913, la apertura de una filial de la famosa tienda inglesa Harrods (la primera y única sucursal que esta casa abrió en el extranjero) en un lujoso edificio de seis pisos sobre la calle Florida puso de relieve el notable poder adquisitivo que habían alcanzado las clases pudientes del país.

Además de la exclusiva Harrods, en la Buenos Aires del cambio de siglo surgieron más de media docena de grandes tiendas que buscaron su clientela entre las clases medias, un grupo cuyo tamaño y poder de compra creció sin pausa a lo largo de esta etapa. Ese fenómeno, de alcance nacional, se desplegó con mayor intensidad en la principal ciudad del país, por lo que conviene tratarlo en este punto. La expansión de las clases medias fue resultado del desarrollo de una economía más compleja, que impulsó la división del trabajo y la especialización, y la emergencia de nuevos emprendimientos en la producción primaria, el comercio, la manufactura y los servicios. La ampliación del sector público, que comenzó a demandar más trabajo calificado y a remunerarlo mejor, también contribuyó a incrementar la importancia de este grupo.

Algunas dimensiones de este fenómeno pueden cuantificarse. Entre 1895 y 1914, el número de empleados de la administración pública aumentó dos veces más rápido que la población del país, pasando de 24 000 a 109 000; en el mismo lapso, los ocupados en el sector educativo crecieron a un ritmo similar, saltando de 18 400 a 83 200. Por último, la cantidad de profesionales pasó de 6800 a 16 000. La expansión del empleo calificado y las capas profesionales, sumado al de la actividad comercial y productiva independiente, vuelve razonables las estimaciones que indican que, a lo largo de este período, el tamaño relativo de los sectores medios se duplicó, y éstos pasaron de comprender menos del 15 a cerca del 30% de la población de la región litoral. El crecimiento de los secto-

res medios fue paralelo al incremento de su poder adquisitivo. Aunque los datos son escasos, puede estimarse que el ingreso individual de los integrantes de este grupo debe de haber aumentado bastante más de tres veces entre 1880 y 1914. Esta conclusión se impone si recordamos que el producto per cápita se triplicó en este período y superó ampliamente el incremento en los salarios de los trabajadores manuales (que, de acuerdo a distintas estimaciones, subieron entre un 50 y un 80%), con lo que quedaba una muy considerable porción de la riqueza para distribuir entre los grupos ubicados en el medio y la cima de la pirámide social. De esta manera se conformaba un segmento de consumidores de dimensiones considerables, dotado de un importante poder adquisitivo.

Estas clases medias más numerosas y prósperas se convirtieron en el principal agente de la construcción de una cultura capitalista del consumo, cuyo despliegue fue acompañado por un incremento de la oferta de productos, pero también por la aparición de nuevos sistemas de venta y distribución. En este período, las calles céntricas se poblaron de nuevos negocios, y en torno a Florida y la Avenida de Mayo comenzaron a edificarse pasajes destinados a incrementar la cantidad de metros de vidrieras y el contacto entre consumidores y mercancías. En la expansión del consumo desempeñaron un papel fundamental las grandes tiendas. Al igual que los *department stores* británicos y norteamericanos, cuyo estilo imitaban, la estrategia comercial de casas como Gath y Chaves y A la Ciudad de Londres apuntaba a incrementar el giro comercial sobre la base de precios atractivos, promoción de artículos de marca y nuevas técnicas de exposición y venta.

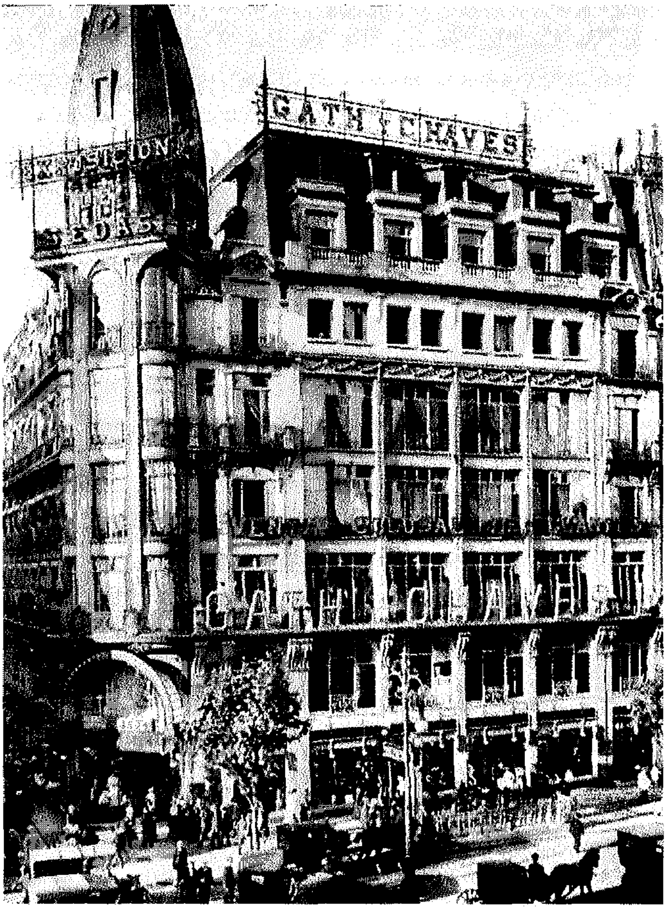
Este proceso tuvo sus límites. Fuera del distrito céntrico continuaron prevaleciendo los pequeños negocios familiares de venta al menudeo, en los que la innovación de los estilos comerciales y el avance del consumismo resultaron más acotados. Sin embargo, aquí también el mercado creció y convocó a un público más amplio, que lentamente comenzaba a ceder al placer de adquirir y consumir. El alza de las remuneraciones amplió el margen para que incluso los trabajadores que se encontraban en los escalones inferiores de la pirámide del ingreso accedieran con mayor frecuencia a lujos cotidianos como la cerveza, el cacao, el café, los cigarrillos y el jabón (artículos cuyo consumo se multiplicó al menos tres veces en la primera década de siglo), o bien a productos más durables como el calzado y la ropa fabricados en serie. El aumento del ingreso trajo aparejado un incremento de las importaciones de los bienes que consumían los inmigrantes –textiles, bebidas, alimentos, aceite de oliva, etc.– que, como en casi todos los segmentos del comercio exterior, dio lugar a la

formación de casas importadoras especializadas en un número limitado de artículos o rubros, o en ciertos mercados. La expansión del consumo también fue resultado de la rebaja del precio de muchos artículos, suscitada por los incrementos en la productividad, a partir del desarrollo de la producción estandarizada, el aumento de la escala del mercado y la caída de los costos de transporte internacional. Durante estos años creció espectacularmente la demanda de bienes culturales –en particular folletines, diarios y revistas–. Hacia la década de 1900, semanarios ilustrados como *Caras y Caretas* y *Fray Mocho* alcanzaban tiradas de más de 100 000 ejemplares. Para 1914, la Argentina había importado más de 220 000 fonógrafos y gramófonos.

Templos del consumo: Gath y Chaves



Gran Hall Central.



Anexo sobre la Avenida de Mayo.

La primera fotografía muestra el interior de la casa Gath y Chaves; la segunda, el anexo de esta tienda en la esquina de Avenida de Mayo y Perú, a metros de la boca del subterráneo.
Las grandes tiendas se organizaban sobre la base de secciones especializadas (calzado, vestimenta, artículos deportivos, muebles, juguetes, perfumería, etc.) destinadas a distintos segmentos del público (hombres, mujeres, niños). Ofrecían productos estandarizados, de calidad y precio uniformes. En estos comercios, el trato de los vendedores hacia los clientes adoptó formas deferentes, aunque impersonales. Para incrementar sus ventas, estas casas solían recurrir a la propaganda gráfica y visual. También ofrecían crédito y

descuentos a sus clientes, y a veces comida barata y entretenimiento gratuito.
En la segunda fotografía se aprecia un cartel luminoso que anuncia "una venta colosal de guantes". El hecho de que, hacia el final del período, una tienda de segundo rango como A la Ciudad de México contase con una planta laboral de más de 700 empleados que trabajaban en los cuatro pisos del comercio o en los talleres donde se confeccionaban los artículos de su marca, ofrece una idea del tamaño de estos centros de comercialización, y del grado de penetración alcanzado por la cultura del consumo en unas pocas décadas. Para el Centenario, Gath y Chaves contaba con una planta laboral de 3000 empleados, además de otros 6000 trabajadores en distintas actividades vinculadas con la fabricación de los productos que esta empresa vendía al público.

El avance del consumo encontró un punto de apoyo en la expansión del empleo femenino. En estos años, las mujeres con mayores calificaciones acentuaron su presencia en terrenos tales como la educación y las tareas administrativas. Con todo, el incremento más considerable del empleo femenino tuvo lugar en mercados poco calificados: la fábrica, el servicio doméstico y el trabajo a domicilio. Si bien relegadas en términos de remuneraciones y autoridad, el incremento del trabajo asalariado significó para las mujeres (en especial para las jóvenes o las alfabetizadas) una inserción más plena en el universo del consumo. Allí las esperaba una oferta de artículos estandarizados dirigidos al público femenino, en particular en rubros tales como el vestido, el calzado y la perfumería.

En síntesis, en la Buenos Aires de comienzos del siglo XX, el consumo se desplegó con fuerza en todos los niveles de ingreso, tanto entre los hombres como entre las mujeres, dando lugar a una oferta de productos y servicios de creciente diversificación, segmentada y estandarizada. No obstante, como este avance del consumo corrió paralelo al desarrollo de sistemas de comercialización más eficientes y masivos, se produjo una contracción relativa del empleo en el sector, cuyo volumen total puede estimarse ligeramente por debajo del 15% del empleo total.

La expansión del consumo





Publicidad de pasta dentífrica Odol, *La Vida Moderna*, 1908, y de cigarrillos Marconi, *PBT*, 1906.

En este período, la publicidad se ganó un lugar en las estrategias comerciales. Desde comienzos de siglo, muchos fabricantes y comercializadores lanzaron campañas y avisos publicitarios destinados a captar la atención del público con el fin de promover el deseo de consumir. Precios especiales (para hombres) y promesas de belleza instantánea (para mujeres) se convirtieron en algunas de las tácticas a través de las cuales aumentar las ventas y ganar porciones de un mercado de bienes de consumo masivo en expansión.

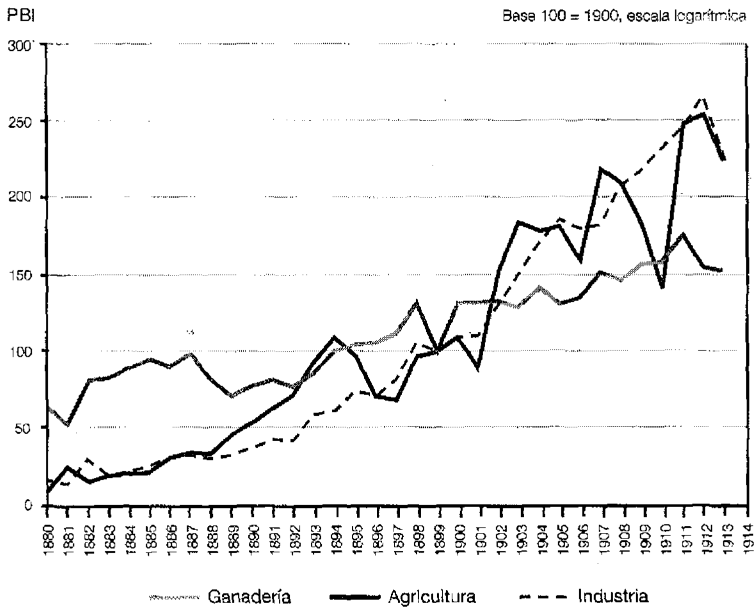
El despegue de la industria

A comienzos de siglo, las importaciones per cápita de la Argentina se contaban entre las más altas del mundo, cercanas a las de economías íntimamente integradas en el mercado mundial como Holanda y Bélgica. Sin embargo, la importación proveía una porción cada vez menor

de la oferta de bienes manufacturados dirigida a atender las crecientes exigencias de consumo de la población. La otra parte, de importancia variable según los rubros, pero que hacia fines del período se estimaba en alrededor de tres cuartas de la demanda total, la suplía la producción local. A partir de la década de 1880, el aumento de la demanda de productos elaborados hizo posible un salto cualitativo en las formas y la escala de la actividad manufacturera, que por primera vez adquirió carácter fabril. En esos años surgieron las primeras plantas industriales de cierta envergadura, que producían ya no artesanalmente, sino sobre la base de la división del trabajo, y empleaban energía mecánica y procesos de producción estandarizados.

El desarrollo industrial

Evolución del producto bruto industrial, agrario y ganadero, 1880-1914



Fuente: Roberto Cortés Conde (con la colaboración de Marcela Harriague), "Estimaciones del Producto Bruto Interno de la Argentina", en Roberto Cortés Conde, *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

Entre 1880 y 1914 el valor agregado por la producción manufacturera creció cerca de quince veces. Para esta última fecha, la contribución de la industria al producto bruto total era equivalente a la de la agricultura o la ganadería consideradas por separado. La agricultura y la industria partieron de una base muy baja, y crecieron de manera sostenida a lo largo del período. Entre 1880 y 1913, la industria creció a una tasa mayor al 9% anual, sólo superada por la agricultura, que se expandió a un 11% por año. En vísperas de la Primera Guerra Mundial la Argentina seguía dependiendo del dinamismo de su sector rural, pero ya era el país de mayor desarrollo industrial de América Latina.

El crecimiento manufacturero tuvo su gran motor en la producción para el mercado interno; su desarrollo comenzó en los sectores de alimentos y bebidas, cigarrillos y confecciones. A lo largo de la década de 1880, la industria se expandió a una tasa cercana al 8% anual. Con la Crisis del Noventa, el crecimiento industrial, lejos de frenarse, se aceleró. Luego de un par de años de retroceso, la devaluación de la moneda y el incremento de la protección arancelaria complementaron –y, en alguna medida, reemplazaron– el crecimiento del mercado y la inversión en nuevas plantas como motores de la expansión manufacturera; gracias a ellos, la industria se expandió a un ritmo del 11% anual a lo largo de esa década. Para el cambio de siglo, el incremento de la demanda agregada volvió a tomar primacía como impulsor del crecimiento manufacturero, que alcanzó un promedio anual del orden del 8% entre 1900 y 1913.

La geografía del crecimiento industrial siguió, en líneas generales, la del desarrollo económico del país. Más de dos tercios del capital invertido en la actividad se hallaban localizados en Buenos Aires y sus alrededores, que ejercía sobre la producción manufacturera una atracción similar a la que exhibía sobre el comercio y las finanzas. La cercanía del mayor mercado de consumo del país, la confluencia de las redes ferroviarias más importantes, la disponibilidad de fuerza de trabajo calificada y destrezas empresariales y el acceso a insumos importados pesaban en favor de la fuerte concentración industrial a orillas del Plata.

Al cabo de un tercio de siglo de sostenida expansión, hacia comienzos de la década de 1910, la manufactura había realizado progresos considerables. Pese a que su desarrollo había sido más tardío que en otros países de América Latina, la industria argentina se había convertido en la primera al sur del Río Bravo, tanto por su contribución al producto bruto como por el monto invertido y el valor agregado por

habitante. El censo de 1914 registra que, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, la producción nacional cubría tres cuartas partes de la demanda de bienes manufacturados. De todas maneras, la industria mantenía una estructura relativamente simple, y sus avances más firmes habían tenido lugar en rubros livianos, vinculados a la elaboración de bienes de consumo. La producción local cubría el grueso de la demanda de alimentos (90%), indumentaria (88%) y muebles y vehículos (70%).

En sectores de mayor complejidad, que requerían grandes inversiones de capital, mercados de mayor tamaño o acceso barato a energía o materias primas de origen mineral, los avances fueron más difíciles. La ausencia de yacimientos de carbón y hierro condicionó en forma decisiva a la metalurgia, colocándola detrás de otros países latinoamericanos de menor desarrollo industrial. La Argentina no contaba con ninguna empresa como la mexicana Fundidora Monterrey; la metalurgia nacional se concentraba en talleres de reparación y de obra, y apenas cubría el 33% de la demanda de objetos de metal. Algo similar sucedía con la industria química, donde la producción importada atendía casi dos tercios (62%) de la demanda local. Finalmente, la ausencia de algodón afectó las posibilidades de la industria textil, cuya producción sólo alcanzaba para satisfacer el 22% de la demanda de tejidos. Éste era, sin duda, el sector en el cual la Argentina exhibía mayores limitaciones, comparada con México y Brasil. La situación sólo comenzaría a superarse con la expansión del cultivo del algodón en el noroeste del país, durante el período de entreguerras.

En el paisaje industrial se reconocen, de acuerdo a su tamaño, al menos tres tipos de empresas: las grandes, las pequeñas, y las que lograron transitar el camino del taller a la gran industria. Con frecuencia, las empresas del primer grupo fueron resultado de importantes inversiones, en su mayoría de origen financiero o provenientes de Europa. En general, estas firmas buscaron posicionarse en mercados oligopólicos, o en rubros donde explotar sus economías de escala. Un caso paradigmático es el de las empresas procesadoras de ganado para la exportación, conocidas como frigoríficos, que nacieron en dos oleadas de inversión, correspondientes a las décadas de 1880 y 1900, y en las cuales la presencia del capital extranjero (primero británico y luego estadounidense) resultó dominante.

En la producción de cerveza se observan fenómenos similares, aunque en este caso el éxito de los dos colosos que dominaron el sector –Quilmes y Bieckert– dependió de su capacidad para crear su propio mercado, pro-

moviendo el consumo de una bebida ajena a los hábitos de los habitantes de la región, pero también de aquellos provenientes de la Europa mediterránea, que constituían el grupo mayoritario entre la población adulta del litoral. La producción de fósforos registra una evolución similar: en la década de 1880 surgieron varias plantas de gran tamaño, que en pocos años se fusionaron para dar lugar a la poderosa Compañía General de Fósforos, dominante en el mercado desde entonces.

La presencia de estas enormes empresas pronto se tornó muy visible en el tejido suburbano, donde llamaban la atención por el tamaño de sus instalaciones y por las densas columnas de humo que despedían sus chimeneas, y también por el tamaño de su planta laboral. Sin embargo, inversiones de esta escala fueron poco frecuentes en la industria, sin duda porque los más destacados hombres de negocios del período prefirieron dirigir el grueso de sus recursos hacia otros campos, como la actividad inmobiliaria y agropecuaria, el comercio exterior o la banca.

De hecho, estas grandes firmas constituyeron una parte menor del universo industrial, y debieron coexistir con una miríada de fábricas y talleres de reducido tamaño. En este segmento, los empresarios de origen inmigrante tuvieron un peso excepcional, pues hacia 1895 representaban más del 80% de los dueños de fábricas en todo el país, y aún más en Buenos Aires. La producción manufacturera constituyó el escenario de acción más favorable para la valorización de saberes técnicos y organizativos infrecuentes en el medio local, y permitió que un sinnúmero de recién llegados, más dotados de destrezas y espíritu emprendedor que de recursos económicos, lograran ascender en la escala social. Gracias a la incorporación de nuevo talento, pero también a la apertura de oportunidades económicas resultado de la expansión del mercado, a lo largo de este período la cantidad de pequeñas y medianas empresas fue en aumento.

Entre 1895 y 1913, los establecimientos industriales registrados en todo el país pasaron de 22 200 a 48 800; el grueso de estas empresas era de tamaño reducido, como lo indica el hecho de que el promedio de empleados por unidad productiva en la ciudad de Buenos Aires (algo más alto que el promedio nacional) pasara de 7 en 1887 a 14 en 1913.

La industria y la mujer



Fábrica de calzado, *Caras y Caretas*, c. 1910.

En las décadas del cambio de siglo, el trabajo fuera del hogar creció en importancia entre la población femenina. La presencia de la mujer se hizo habitual en actividades industriales que requerían el tipo de precisión y destreza manual tradicionalmente asociadas con este género. Desde el punto de vista de los empleadores, sin embargo, el principal atractivo de las mujeres trabajadoras residía en el nivel de remuneraciones, considerablemente más bajo que el que se pagaba a los hombres. A la vez, eran una mano de obra más dócil y menos predispuesta al reclamo gremial. En consecuencia, y al igual que el trabajo infantil, el empleo femenino creció con particular fuerza en las actividades menos productivas y en las tareas menos calificadas, muchas veces realizadas a domicilio. La presencia de la mujer fue muy importante en rubros tales como alimentación y confección, y también en la fabricación de cigarrillos, fósforos y calzado (como puede verse en esta fotografía).
El comercio y los servicios educativos y administrativos también crearon oportunidades laborales para la mujer, con frecuencia mejor remuneradas que el trabajo en el taller o la fábrica. Sin embargo, este segmento del mercado laboral femenino se hallaba circunscripto a las mujeres de

posición social más elevada (y por tanto más educadas), que en general eran también las que menos empleo demandaban. Pese al auge industrial y a la expansión del comercio y los servicios, es muy probable que la principal fuente de empleo femenino siguiese siendo el servicio doméstico, sobre todo en el caso de las menos calificadas. El tamaño de este segmento escasamente visible del mundo del trabajo es difícil de precisar. Distintas estimaciones sugieren que poco menos de la mitad de las mujeres que trabajaban por un sueldo lo hacían como mucamas, lavanderas, cocineras, amas de leche, o en otras tareas propias del empleo doméstico. Hacia el Centenario, cerca de un tercio de los empleados que percibían un sueldo eran mujeres. Con frecuencia concebido como una desviación natural del papel asignado a la mujer, objeto de debates y regulaciones pocas veces efectivas, el trabajo asalariado femenino produjo nuevas formas de explotación pero también promovió formas de subjetividad que ampliaron los horizontes vitales de las mujeres.

A caballo entre las grandes firmas y los pequeños talleres, se encontraba un conjunto de empresas originado en establecimientos de reducidas dimensiones, pero que lograron crecer merced a las oportunidades que ofrecía el expansivo mercado argentino. Por lo general, estas firmas crecieron gracias al talento empresarial de sus promotores, en la mayoría de los casos extranjeros con más destrezas e ingenio que capital o conexiones. Resulta difícil ofrecer una estimación precisa sobre la importancia de las empresas que siguieron esta trayectoria, pero el hecho de que algunas de ellas llegaran a ocupar posiciones de liderazgo en rubros tales como la fabricación de galletitas (Bagley), dulces (Canale y Noel), vidrio (Rigolleau), productos gráficos (Peuser), cigarrillos (Piccardo) o la industria metalúrgica (Vasena) pone en evidencia su relevancia. De hecho, estos industriales lograron acumular fortunas que, si bien más pequeñas que las del círculo dorado de grandes terratenientes que ocupaba la cima de la riqueza argentina, de todos modos resultaban muy considerables. Nacidas y desarrolladas a partir del impulso de un empresario y su familia (y, a veces, de su red de parientes y paisanos), hacia el final de este período algunas de esas firmas comenzaron a organizarse como sociedades anónimas.

El poder público favoreció el desempeño del sector manufacturero, en particular a través de una política arancelaria inspirada, al menos en parte, por ideales proteccionistas. El giro liberal que tomó la política arancelaria tras la caída de Rosas en 1852 fue revertido durante la presi-

dencia de Avellaneda. En su origen, la orientación proteccionista surgió de la necesidad antes que de la convicción. Con el fin de dotar al fisco de mayores ingresos, en los últimos años de la década de 1870 aumentaron los aranceles a la importación de bienes de consumo popular, lo que dio lugar a un ambiente de mayor protección a la producción interna. Sin embargo, esta orientación perduró aun cuando las cuentas públicas mejoraron en la expansiva década de 1880, en gran medida porque el proteccionismo, además de dar respuesta a las necesidades fiscales de un estado en expansión que recaudaba principalmente impuestos aduaneros, también le brindaba al partido de gobierno apoyos entre los productores de bienes para el mercado interno.

Pese a la oposición de los intereses exportadores, que habrían preferido una mayor apertura de la economía, el proteccionismo nacido a fines de los años setenta llegó para quedarse. La elite política mantuvo esta postura con el fin de diversificar las fuentes de crecimiento y con la esperanza de promover el progreso en el interior. Tras la Crisis del Noventa, la depreciación de la moneda constituyó un poderoso instrumento de promoción industrial (que también favoreció a los exportadores), cuyo efecto sólo fue perdiendo vigencia a medida que el peso comenzó a apreciarse hacia el final de la década, gracias a los saldos positivos de la balanza comercial. La protección arancelaria logró cierta estabilidad con la sanción de la Ley de Aduanas de 1905, en cuya elaboración participaron de manera activa figuras identificadas con el sector industrial. El equilibrio entonces alcanzado confirmó a la Argentina como un país con un nivel de proteccionismo relativamente elevado, comparado con otras exitosas economías exportadoras.

La región pampeana

Entre la década de 1880 y la Gran Guerra, la superficie expropiada a los indígenas pampeanos en las campañas militares de fines de la década de 1870, que superaba los 30 millones de hectáreas, fue incorporada a la producción para el mercado. Gracias al desarrollo de la red ferroviaria, la expansión del cultivo de granos y la cría de ganado refinado, así como a la emergencia de nuevos centros de población, lo que todavía en los años de la presidencia de Avellaneda funcionaba como una economía organizada en torno a pequeños polos urbanos y sus áreas de influencia se convirtió en un único gran espacio económico que se extendía hasta los confines de la pampa húmeda, y en un territorio

política y socialmente integrado. En este período, la región pampeana experimentó una veloz expansión demográfica, que terminó de revertir la supremacía que el interior había heredado de la colonia en este terreno, consagrando definitivamente a esta región como la más dinámica y poblada del país. Entre 1869 y 1914, las provincias pampeanas incrementaron su participación en la población total del país de algo menos de la mitad a tres cuartas partes del total.

Este crecimiento demográfico tuvo ritmo dispar. Entre 1880 y 1914 Santa Fe, el distrito más nuevo y dinámico, multiplicó su población 5,8 veces; en la más consolidada provincia de Buenos Aires (excluyendo la Capital Federal), la cantidad de habitantes creció cuatro veces y alcanzó los dos millones de habitantes. Córdoba, que se convirtió en el tercer distrito agrícola del país gracias a la expansión del trigo en las fértiles llanuras del sudeste provincial, incrementó su población casi tres veces. La Pampa, un territorio de colocado bajo la jurisdicción federal que se incorporó a la producción para la exportación tras la expulsión de los indígenas, pasó de unos pocos cientos a 100 000 habitantes. Constreñidas por una dotación de recursos naturales más pobre y por la menor presencia de inmigrantes, Entre Ríos y Corrientes tuvieron una performance menos espectacular, pues apenas lograron duplicar su población. Pero aun las provincias litorales de más lento desarrollo demográfico contrastan con las que corrieron igual suerte en el interior, como Salta, La Rioja y Catamarca, pues en estas últimas el incremento de la población no alcanzó el 50%. Además de Córdoba, que creció gracias a la pampeanización de su economía, sólo Tucumán y Mendoza, los dos principales polos de crecimiento económico en el interior, vieron aumentar con fuerza su población. Considerado en conjunto, este contraste pone de relieve que la divergencia de trayectorias entre la región pampeana y el interior se tornó más acusada que en cualquier momento del pasado. El cuadro de la página siguiente presenta la evolución de la población de manera más detallada.

En el espacio económico cada vez más integrado de la Argentina litoral, tuvo lugar un importante crecimiento relativo de la población urbana. El incremento de la productividad agraria, que hizo de Buenos Aires una ciudad de rango internacional, posibilitó asimismo la emergencia de centros urbanos más modestos, aunque de dimensiones considerables. Entre 1869 y 1914, la cantidad de centros urbanos de entre 2000 y 10 000 habitantes pasó de 20 a 221. Además de Rosario, que en 1914 contaba con un cuarto de millón de habitantes y se había

convertido en la segunda ciudad del país, surgieron otras urbes de relevancia. Con cerca de 140 000 habitantes, Avellaneda y La Plata superaron ampliamente a cualquier capital de provincia del interior. Córdoba cuadruplicó su población entre 1869 y 1914, en gran medida gracias a la expansión del cultivo de cereal en los distritos del sur y del este de la provincia. También crecieron otras ciudades intermedias, como Santa Fe, Bahía Blanca y Azul, que en 1914 rondaban los 50 000 habitantes. Incluso estas ciudades pampeanas de tercera importancia eran más grandes y dinámicas que ciertas capitales del interior de mediano rango, como Salta (28 500), San Juan (16 600) o San Luis (14 000).

Crecimiento de la población, por provincias, 1880-1914
(En miles de habitantes)

Distrito	1880	1914	Aumento anual	Aumento total
Buenos Aires (ciudad)	312	1576	4,9%	404%
Buenos Aires	505	2067	4,2%	309%
Santa Fe	154	900	5,3%	484%
Entre Ríos	186	425	2,5%	129%
Corrientes	167	347	2,2%	107%
Córdoba	265	735	3,1%	178%
San Luis	63	116	1,8%	83%
Santiago del Estero	144	262	1,8%	81%
Mendoza	83	278	3,6%	234%
San Juan	70	119	1,6%	71%
La Rioja	57	80	1,0%	40%
Catamarca	84	101	0,5%	20%
Tucumán	146	333	2,5%	128%
Salta	100	142	1,0%	42%
Jujuy	44	78	1,7%	76%

Fuente: Censo Nacional de 1914.

Salvo en el caso de Avellaneda, que se convirtió en un satélite industrial de Buenos Aires, el desarrollo de estos centros urbanos estuvo estrechamente asociado a la actividad agropecuaria, a la que proveían de insumos, servicios y mano de obra, y cuya producción concentraban para el

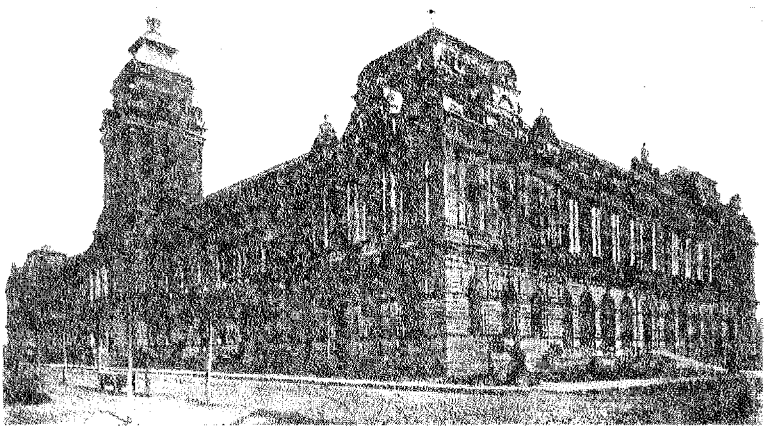
envío a los puertos exportadores y a los grandes mercados de consumo. Los pueblos y ciudades de la pampa crecieron con mayor facilidad en los distritos en los que la agricultura predominaba sobre la ganadería, y en los que la propiedad del suelo se hallaba más fraccionada. En estos entornos se hizo sentir la presencia de una clase media rural que dio impulso a la vida económica local a través de su capacidad para producir y consumir. En este aspecto, los distritos cerealeros de Santa Fe, donde la experiencia de la colonización temprana había dejado por herencia una sociedad de pequeños y medianos productores, o los partidos del cinturón agrícola y frutihortícola de Buenos Aires, donde la antigüedad del asentamiento también había fragmentado la propiedad, contrastan con las regiones que se incorporaron a la producción más tardíamente, bajo el signo de la gran propiedad, por ejemplo en el sur de Córdoba, el territorio de La Pampa y el centro, sur y oeste de la provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, estas diferencias no deben exagerarse. La menor densidad demográfica de las regiones de frontera, y en particular de las ganaderas, supuso un obstáculo para el desarrollo de un medio social y productivo más complejo. Pero tanto la agricultura de arrendatarios como la ganadería, si bien concentraban parte importante de los ingresos en un grupo reducido de propietarios que solía residir en la Capital Federal, también permitieron la emergencia de un segmento de productores que en años prósperos podía obtener importantes ganancias, y que aun en años de escasez estaba obligado a consumir un amplio conjunto de bienes y servicios que no eran capaces de producir por sí mismos. El arrendamiento agrícola desestimuló la inversión en vivienda rural y en mejoramiento de los predios. Ello empobreció la vida en el campo, aunque no dañó el mecanismo creador de riqueza o la articulación de las empresas agrarias con su entorno.

Hasta cierto punto, incluso, la especialización en cultivos de exportación, al limitar la producción para el autoconsumo, obligó a los agricultores a volcarse más hacia el mercado. El alto costo de la fuerza de trabajo llevó a los empresarios de la agricultura a expulsar de la empresa agropecuaria toda una serie de tareas auxiliares para las que contrataban trabajadores en los pueblos y ciudades circundantes. En la época de cosecha, esta demanda alcanzaba su punto más alto, y para satisfacerla era necesario recurrir a servicios y energía humana atraída desde más allá del entorno local: las empresas que se ocupaban de la cosecha y la trilla solían recorrer grandes distancias, y la mano de obra era reclutada en un vasto espacio que comprendía el mercado de trabajo transatlán-

tico, las grandes ciudades litorales y las provincias del interior. Durante el resto del año, las empresas agrarias concentraban sus requerimientos de servicios, insumos y fuerza de trabajo en su medio más inmediato. Respondiendo a esta demanda, en todos los centros urbanos de alguna importancia surgieron talleres que reparaban maquinaria agrícola, carpinterías, casas consignatarias y acopiadores de cereal, además de restaurantes, bares, hoteles y almacenes. En una etapa signada por una fuerte inversión en equipamiento, también aparecieron empresas que construían edificios, galpones y corrales, tendían alambrados o instalaban molinos y tanques de agua. A ello se sumaron los servicios bancarios y profesionales (de veterinarios y agrimensores, abogados, escribanos y rematadores), demandados por la economía rural, de manera más o menos permanente, a lo largo del año.

La capital de la pampa gringa



Palacio de Justicia, Rosario (fotografía incluida en Reginald Lloyd [editor], *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza,* Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing, 1911, p. 134).

Apenas una aldea a mediados de siglo, Rosario fue la ciudad de mayor crecimiento del período, y alcanzó el cuarto de millón de habitantes cuando comenzaba la Primera Guerra Mundial. Segundo puerto del país y principal eje comercial de la vasta zona agrícola ubicada sobre el río

Paraná, la principal urbe de la "pampa gringa" fue, al igual que Buenos Aires, una ciudad erigida sobre el trabajo extranjero. La prosperidad de Rosario opacó la de Santa Fe, la antigua capital provincial. En la fotografía puede apreciarse el imponente edificio del Palacio de Justicia de la ciudad.

El avance de los rieles hasta los confines de la pampa húmeda hizo posible la expansión productiva sobre nuevas tierras, pero también acotó las oportunidades de diversificación productiva en las áreas que se iban integrando a la economía capitalista. La disminución de los costos y tiempos de transporte estimuló la especialización espacial. El ferrocarril impulsó la concentración industrial en Buenos Aires y sus alrededores, y limitó el desarrollo de los emprendimientos manufactureros en el interior de la región pampeana. Rosario, que contaba con un importante mercado local, y los puertos de exportación ubicados sobre el litoral fluvial o atlántico, fueron los únicos centros urbanos que lograron atraer emprendimientos industriales de cierta envergadura.

El poder mercantil de la Capital Federal le puso un techo al desarrollo de las empresas comerciales, incluso en los distritos más prósperos. Con el ferrocarril, los consumidores de mayor poder adquisitivo de la región pampeana entraron en estrecho contacto con las casas comerciales de Buenos Aires, concurriendo directamente a la gran capital o bien a través de sistemas de venta por catálogo. Los comercios de las ciudades y pueblos que atendían la demanda de bienes de consumo, insumos y maquinaria agrícola, de materiales de construcción y vehículos, debieron entonces adaptarse a funcionar como cabeceras de playa de las casas comerciales e importadoras radicadas en Buenos Aires. Sólo en unas pocas ciudades de la región, entre las que destaca Rosario, surgieron grandes tiendas capaces de reproducir, aunque a menor escala y con algo menos de brillo, los sistemas de comercialización predominantes en la capital.

Pese a las limitaciones que suponía su estrecha integración con la capital y a la menor penetración de la cultura del consumo, el desarrollo del sector exportador en las provincias pampeanas contribuyó a dar forma a una economía más compleja y una sociedad más próspera, cuyas demandas de consumo se incrementaron y diversificaron. Ello dio lugar a que, entre 1880 y 1914 en la provincia de Buenos Aires, la cantidad de comerciantes creciera un 50% más rápido que la población. Para entonces, el sector de servicios daba trabajo a 6200 panaderos y 4300 peluqueros, 4500 sastres, 510 relojeros y 19 afinadores de pianos.

El desarrollo de nuevas tecnologías, por su parte, había dado empleo a 3900 electricistas, 1400 telegrafistas y 250 telefonistas, así como a unos 1100 ingenieros, para mencionar sólo algunas de las profesiones inexistentes treinta o cuarenta años antes.

La cantidad de ingenieros censados en 1914 era 2,5 veces más grande que el número total de profesionales de todo tipo que esta provincia poseía en 1881. Además, el censo de 1914 registra más de 1900 profesionales de la justicia, entre abogados, escribanos y procuradores, 250 contadores, 600 médicos, 100 dentistas, 730 farmacéuticos, 130 veterinarios, 110 agrimensores y 80 agrónomos. La ampliación del público lector se advierte en el hecho de que, para 1914, las publicaciones periódicas editadas en la provincia de Buenos Aires contaban con una plantilla de 380 periodistas. Además de unos 7000 maestros de primeras letras, hacia 1914 había unos 1100 profesores de nivel secundario y terciario, y otros 850 de música y canto en el primer estado argentino.

En síntesis, en el curso de la vida de una generación, la expansión agropecuaria había alterado profundamente la estructura social y productiva, así como también los patrones de consumo de la sociedad bonaerense. En Santa Fe, el crecimiento agroexportador había tenido consecuencias similares. Con algo menos del 40% de la población de Buenos Aires, esta provincia poseía, en proporción, una cantidad similar de profesionales, comerciantes y trabajadores calificados.

El interior

Entre 1880 y 1914, el interior experimentó con inusitada intensidad el influjo de la expansión económica en la región pampeana y en el Atlántico Norte. El avance del ferrocarril, que derribó las barreras que hasta entonces habían mantenido relativamente aislada a la Argentina mediterránea, puso a estos espacios en contacto más estrecho. En 1876, las vías llegaron a Tucumán, en 1885 a Mendoza, y en 1891 a Jujuy. Para entonces, la red ferroviaria conectaba todas las capitales de provincias. Con el ferrocarril, los costos y los tiempos de transporte cayeron en forma abrupta, y con ello comenzó a cobrar forma un mercado nacional.

La integración en mercados más amplios trajo dificultades para ciertas actividades, que se vieron afectadas por la competencia de los productos introducidos por el tren. Algunas desaparecieron, o debieron relocalizarse en la región litoral. Aunque la modernización produjo víctimas, la llegada del ferrocarril no fue una mala noticia. En todas partes

los intereses provinciales presionaron para extender las vías, principalmente porque los beneficios de la integración en mercados más amplios siempre fueron percibidos como mayores que sus efectos negativos. El tren, heraldo del progreso decimonónico, prometía romper con siglos de aislamiento y abrir la posibilidad de colocar la producción regional en los prósperos y expansivos mercados de la región litoral y del Atlántico Norte.

Las elites provinciales, que ocupaban posiciones de importancia en la estructura de poder de la república oligárquica, promovieron la expansión de las vías y de la banca pública, con cuyos recursos esperaban modernizar las estructuras productivas locales para adecuarlas a los estándares de calidad impuestos por los mercados externos. Sin embargo, la capacidad de estos instrumentos de desarrollo para transformar las realidades económicas del interior resultó desigual. La dotación de recursos naturales y las capacidades de los empresarios y trabajadores de esta región acotaron sus posibilidades de transformación. Sólo en Mendoza y Tucumán la integración con la economía pampeana consiguió impulsar emprendimientos que dinamizaron distritos enteros; en otras provincias, en cambio, el contraste entre la atonía de la economía local (todavía dominada por la pequeña producción doméstica débilmente integrada en el mercado) y la prosperidad de las regiones agroexportadoras sólo pudo ser contrarrestado mediante el movimiento migratorio. En regiones periféricas como el Chaco y la Patagonia, que en este período cayeron bajo el control de las autoridades argentinas, surgieron economías de enclave, integradas más estrechamente al mercado mundial que al mercado interno.

El Noroeste y Tucumán

Durante la década de 1880, el empuje de la economía pampeana profundizó la atlantización de toda esta región. Con la llegada del ferrocarril, los mercados del norte se abrieron para los productos de las pampas. El ganado criado en Santa Fe y Córdoba comenzó a comercializarse en Salta. El cereal del litoral ganó posiciones a expensas de la producción regional; en las dos décadas posteriores al arribo del tren, la superficie destinada al cultivo de trigo se redujo nueve veces en Tucumán, mientras crecía el mercado para la harina santafesina. Las actividades artesanales debieron retroceder ante la competencia de las fábricas porteñas, que en algunos casos incluso promovieron la comercialización de artículos especialmente diseñados para captar la atención (y ponerse al alcance del menor poder adquisitivo) de los consumidores del norte.

Con todo, bienes como el maíz, la papa y los textiles de lana, producidos por las familias campesinas para su propio consumo, siguieron cultivándose, poniendo límites a la invasión proveniente del litoral. En una sociedad predominantemente campesina como la del norte, donde más de dos tercios de la población habitaba en áreas rurales y producía parte importante de los bienes que consumía, y en la que incluso las capitales de provincia eran poco más que aldeas (hacia 1914, ciudades como La Rioja y Jujuy no alcanzaban los 10 000 habitantes), la construcción de un mercado amplio no resultó una tarea lineal ni sencilla. La expansión del mercado nacional debió enfrentar los obstáculos que le impuso un medio con bajo ingreso per cápita, y por tanto pobre en capacidad de consumo, poco mercantilizado, en el que parte importante de la producción de bienes y servicios se producía en el seno de unidades domésticas campesinas, al margen del mercado. Este cuadro, que puso techo a la expansión de la economía de mercado, no impidió que el sector mercantil se orientase cada vez más hacia el Atlántico. Hacia el final del período considerado en este libro, la región le había dado la espalda a Bolivia y Chile, y sus oportunidades (y limitaciones) se hallaban estrechamente vinculadas con el desarrollo del litoral.

El principal promotor del cambio productivo en el Norte fue el azúcar, que comenzó a cultivarse e industrializarse en grandes cantidades con vistas a su comercialización en el expansivo mercado litoral. El tendido de vías férreas, el proteccionismo arancelario y la oferta de crédito oficial destinada a facilitar la instalación de modernos ingenios sentaron las condiciones para el incremento de la producción azucarera, que a lo largo de este período se multiplicó por diez, hasta alcanzar las 100 000 toneladas anuales. Mayores costos laborales y condiciones naturales menos favorables que en Cuba o Brasil (sobre todo porque el invierno era más frío) hicieron que el azúcar argentino tuviese costos de producción más altos que el precio internacional, por lo que siempre dependió de elevadas barreras arancelarias para sobrevivir y expandirse. Incapaz de conquistar mercados externos, su veloz crecimiento se desaceleró en la década de 1890, cuando la producción local igualó la demanda interna. Desde entonces, la demanda de azúcar creció lentamente, acompañando la expansión del mercado consumidor, que se ampliaba al ritmo del incremento de la población del país.

La expansión de este cultivo hizo posible la creación de un importante núcleo agroindustrial en el noroeste argentino, cuyo centro se localizaba en la provincia de Tucumán, pero que tuvo algunas ramificaciones menores en Salta, Jujuy y Santiago del Estero, esta última de efímera

existencia. El azúcar dio lugar a la emergencia de grandes ingenios que, en los meses de zafra, empleaban a miles de trabajadores, y cuya puesta en marcha requirió inversiones de magnitud similar a las movilizadas por las principales empresas industriales de Buenos Aires. La elite tucumana, dotada de una rica experiencia comercial y de importantes recursos empresariales, en parte heredados de su pasado mercantil, fue la principal promotora del cultivo e industrialización de la caña. Al ritmo impuesto por este grupo, la economía provincial acentuó su especialización en el azúcar, que para 1900 reclamaba más de la mitad de la superficie cultivada en la mayor provincia agrícola del norte.

Campesinos de las tierras altas



Iglesia de Purmamarca (fotografía incluida en Reginald Lloyd [editor], *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza,* Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing, 1911, p. 832).

En las tierras altas, el empuje de la economía atlántica apenas se hizo sentir. La expansión del mercado nacional debió enfrentar los obstáculos que le impuso un medio con bajo ingreso per cápita, y por tanto pobre en capacidad de consumo. En esta economía escasamente

mercantilizada, parte importante de la producción de bienes y servicios tenía lugar en el seno de unidades domésticas campesinas, al margen del mercado. La migración de los hombres, sin embargo, se volvió más frecuente en este período.

No obstante, el grado de concentración de la actividad resultó menos profundo que en otras experiencias azucareras latinoamericanas. A diferencia de lo sucedido en Cuba, Brasil y México, donde un puñado de grandes empresas integradas dominaban todas las fases del negocio azucarero, en el norte argentino existían más de 40 ingenios, que por otra parte no eran capaces de producir su propia materia prima. Los grandes azucareros tucumanos controlaban el proceso de industrialización, pero dependían de un numeroso grupo de agricultores independientes (más de 4500 en 1914), generalmente propietarios de tierra, para abastecerse de caña. Estos pequeños y medianos empresarios agrícolas, que antes de la llegada del azúcar ya orientaban gran parte de su producción al mercado, constituyeron la base de un importante sector medio.

Dicho grupo, que disputó con la elite azucarera el control del agua, el suelo y los beneficios de la explotación del azúcar, contribuyó a tornar más equitativa la distribución de la riqueza, al menos respecto de lo que era entonces habitual en las economías azucareras latinoamericanas. La presencia de estos estratos medios también contribuyó a diversificar los patrones de consumo y favoreció el surgimiento de la única ciudad de dimensiones considerables en todo el norte argentino, San Miguel de Tucumán, que hacia el fin del período contaba con casi 100 000 habitantes. Aunque en Tucumán todo giraba en torno al azúcar, no todo lo hacía en torno a su elite. En cambio, en Salta y Jujuy, donde la expansión del cultivo de este sacárido recién comenzaba, el control de las empresas sobre la tierra y las demás fases del proceso productivo hizo del azúcar un gran productor de desigualdad.

Centro motor de la economía del noroeste, la gran demanda de trabajo estacional generada por el azúcar, que superaba las 60 000 personas, se resolvió mediante migraciones provenientes de una vasta área que comprendía, entre otras, a las comunidades campesinas de Santiago del Estero, la Rioja y Catamarca. Ninguna de estas provincias logró poner en marcha actividades productivas que les permitieran sumarse al ciclo expansivo de la economía pampeana, y se convirtieron en grandes productores de recursos humanos dispuestos a emigrar, ya sea temporaria o definitivamente. La economía del azúcar también reclutó trabajadores entre las poblaciones indígenas de los bosques chaqueños,

doblegadas por las armas del estado nacional tras las campañas militares de mediados de la década de 1880, y entre los campesinos de las tierras altas de la Puna. Estas comunidades cayeron en la órbita de influencia del azúcar, que reclamó grandes contingentes de energía humana recurriendo tanto a incentivos mercantiles como a las presiones políticas que, durante siglos, habían servido para arrancar a los campesinos de sus tierras y comunidades.

En efecto, el auge azucarero y sus renovadas necesidades de trabajo temporario supusieron un marcado incremento de la presión reclutadora, lo cual dio lugar a mejores remuneraciones, pero también a un reforzamiento de la legislación represiva (leyes contra la "vagancia", papeletas de conchabo, peonaje por deudas) que recortaba la libertad de los pobres y los obligaba a emplearse. Recién a finales del siglo XIX las leyes represivas fueron eliminadas en Tucumán, aunque continuaron vigentes en Salta y Jujuy durante otras dos décadas. Más allá de esta legislación, el dinamismo que el azúcar inyectó en la economía regional convirtió a Tucumán en un polo de atracción para los migrantes de provincias vecinas que abandonaban sus tierras en busca de mejores horizontes. Entre 1880 y 1910 la población de Tucumán se duplicó, mientras que en las restantes provincias del norte el incremento se ubicó por debajo del 50%. Como consecuencia del proceso migratorio, la población tucumana también aumentó su proporción de hombres. En 1914, la tasa de masculinidad de Tucumán (1,10), aunque bastante inferior a la de las provincias pampeanas (en Buenos Aires y Santa Fe rondaba el 1,25), contrastaba con las poblaciones de Catamarca, La Rioja y Santiago del Estero, donde predominaban las mujeres (0,9).

Cuyo

Con mayor intensidad que cualquier otra región del interior, Cuyo experimentó los efectos benéficos del crecimiento exportador de la pampa. En décadas previas, Mendoza se había convertido en la más dinámica de las provincias andinas, sobre la base de sus exportaciones de ganado a Chile y de trigo a la región pampeana. No obstante, en la década de 1870 el mercado de ganado trasandino perdió impulso, al tiempo que la expansión del cereal santafesino desplazaba al trigo cuyano de los mercados litorales. Empero, a mediados de la década de 1880 comenzó un largo ciclo de crecimiento destinado a prolongarse más allá de la Gran Guerra. La expansión del cultivo de la vid sentó las bases para una profunda transformación de la economía cuyana y dotó a Mendoza de estructuras económicas y sociales similares a las que por entonces estaban madu-

rando en la región litoral. De hecho, Mendoza fue la única provincia no pampeana capaz de atraer masivamente inmigrantes europeos, a punto tal que, en 1914, el porcentaje de extranjeros en su población (32%) era similar al de la provincia de Buenos Aires (34%), y superaba con holgura al de Córdoba (20%), Entre Ríos (17%) y Corrientes (7%).

El arribo del ferrocarril a Mendoza en 1885 sentó las bases para una profunda metamorfosis de la producción vitivinícola. Al igual que en el caso del azúcar de Tucumán, el desarrollo de la vitivinicultura requirió de crédito estatal y protección arancelaria, concedidos con generosidad por las elites gobernantes oligárquicas, junto con apoyos de diverso tipo e incentivos fiscales. Todo ello se vio acompañado de profundos cambios técnicos y productivos, que afectaron el cultivo de la viña y la elaboración del vino.

Desde la década de 1880, las antiguas vides de origen colonial, montadas sobre parrales de madera, cayeron ante el avance de cepas de origen francés, que crecían alineadas sobre alambres. En esta árida región, la expansión de la superficie bajo cultivo dependió de la construcción de un complejo sistema de riego y drenaje alimentado por las aguas de deshielo de la Cordillera de los Andes. Para 1914, la producción de vino cuyano alcanzó los 400 millones de litros, de los cuales el 85% se producía en Mendoza y el 15% restante en San Juan. Auxiliado por la protección estatal y las dificultades que la vitivinicultura europea enfrentó en este período –en particular, la devastadora epidemia del insecto conocido como "filoxera", que obligó a Francia a volverse un importador de esta bebida–, el vino cuyano, que representaba alrededor del 95% de la producción total del país, se convirtió en el principal abastecedor del expansivo mercado litoral.

La elite comercial mendocina, que desde mediados del siglo había incrementado su poder gracias a las exportaciones de trigo y ganado, desempeñó un papel destacado en la creación de la economía de la vid. Sin embargo, con el paso de las décadas este grupo fue perdiendo relevancia, pues los vastos requerimientos de fuerza de trabajo calificada que demandaba este cultivo abrieron numerosas oportunidades de mejora para otros sectores. La expansión de la viña dependía, más que del control sobre el suelo (abundante y de escaso valor), de la capacidad para irrigarlo, plantarlo y ponerlo en producción. Ello requería, más que capital, una fuerza de trabajo diestra y motivada. La superficie cultivada con viñedos creció gracias a la contribución de inmigrantes, en su mayoría italianos, que accedieron a la producción por vía del arrendamiento o de formas contractuales como el contratista de viña,

sistema a través del cual el colono devolvía la tierra plantada con vides al cabo de algunos años y recibía a cambio un monto por cada pie de vid o un porcentaje de las primeras cosechas. En los nuevos distritos del sur, recientemente arrebatados a sus habitantes indígenas, numerosos inmigrantes, que dieron sus primeros pasos como obreros agrícolas, contratistas o arrendatarios, pudieron acceder a la propiedad. De este modo, se sentaron las bases para la formación de una clase media rural, inmigrante en su mayoría, cuya prosperidad opacaba a la de cualquier otro grupo similar fuera de la región pampeana.

Junto a los viñateros, la actividad dio lugar a la emergencia de un núcleo más reducido y poderoso, el de los bodegueros. De todos modos, este sector no era comparable al de los azucareros tucumanos, ya que la inversión requerida para montar una bodega era mucho menor que la necesaria para poner en marcha un ingenio. De acuerdo con el censo de 1914, hacia finales de este período existían en Cuyo casi 1900 bodegas (1400 en Mendoza y 500 en San Juan), en su mayor parte en manos de extranjeros. A comienzos del siglo XX, las tres mayores bodegas –Giol, Tomba y Arizu– pertenecían a familias de inmigrantes que habían comenzado sus carreras como pequeños productores en la década de 1880.

Los inmigrantes y la industria vitivinícola



Cosecha de uvas (fotografía incluida en Reginald Lloyd [editor], *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza*, Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing, 1911, p. 281).

La fotografía muestra el trabajo durante la cosecha de la vid. En Mendoza, la superficie cultivada con esta planta pasó de unas 2500 hectáreas en 1881 a unas 50 000 hectáreas en 1910. Para entonces, la provincia contaba con unos 1900 kilómetros de canales de riego. Hacia el Centenario, Mendoza producía unos 230 millones de litros de vino al año, y la vecina San Juan otros 75 millones. La producción cuyana cubría el grueso de la demanda nacional de esta bebida, que alcanzaba a 56 litros per cápita. Mujeres y niños, muchos de ellos inmigrantes, trabajaban activamente en el cultivo y la cosecha de la vid.

Bienestar y equidad

Entre 1880 y 1914, la Argentina atravesó la etapa de crecimiento más veloz de toda su historia. ¿De qué manera impactó este proceso en el bienestar de sus habitantes? Aun cuando esta problemática todavía no ha merecido la atención necesaria, la mayor abundancia y calidad de la información estadística respecto de etapas previas y la existencia de algunos estudios parciales permiten formular algunas consideraciones generales sobre bases relativamente firmes.

Desde comienzos de la década de 1880, el interior experimentó con fuerza creciente el empuje de la economía pampeana. El desarrollo de la red ferroviaria, la expansión del crédito y la banca y el incremento del ámbito de circulación de la moneda contribuyeron a la expansión de los mercados, dando vida a un proceso de crecimiento más profundo y acelerado que en décadas previas. Ello reforzó el poder de las elites económicas del interior, que captaron parte importante de los beneficios de dicha expansión. A pesar de que el crecimiento de la economía de mercado perjudicó a los sectores que competían con la producción extrarregional, el mayor dinamismo que caracterizó al período favoreció a las clases populares, tanto en términos de ingresos como de oportunidades. Esta mejora se distribuyó de manera desigual: se concentró en aquellos lugares de rápido crecimiento y donde la fuerza de trabajo era más escasa, en particular en Mendoza y Tucumán.

El auge agroindustrial incrementó la demanda de trabajo; con ello, mejoraron los salarios y se ampliaron los mercados para la pequeña producción familiar y campesina, e incluso surgieron mayores oportunidades de movilidad social. Sin embargo, las extensas regiones del interior que no lograron poner en marcha emprendimientos que las

conectaran con los mercados externos no recibieron los frutos de este proceso de crecimiento. Ello reforzó el papel del azúcar y el vino como polos de atracción para los habitantes (varones en su mayoría) de provincias vecinas, que compitieron con la región litoral por el flujo de migrantes. Hacia 1914, más del 25% de la población de Catamarca, La Rioja y San Luis había migrado. Estos dos procesos –el desplazamiento hacia los distritos económicos más dinámicos del interior y la migración hacia los campos y ciudades del litoral– contribuyeron a mejorar el ingreso y la calidad de vida de los provincianos, aun cuando muchos de ellos ya no retornarían a sus tierras de origen.

El estado desempeñó un papel positivo, aunque acotado, en la mejora de la calidad de vida de los habitantes del interior. Gracias al incremento de sus ingresos, producto de la prosperidad exportadora del litoral, el estado federal canalizó más recursos hacia el interior, y los dirigió no sólo a afirmar su autoridad y promover la expansión de la economía de mercado, sino también a organizar la interacción entre los habitantes y a financiar obras públicas que tuvieron impacto directo sobre el bienestar popular. En este período, creció la cantidad de empleados de la administración municipal, nacional y provincial, y con ello la capacidad del estado de imponer orden, pero también de educar y promover el desarrollo. Como era esperable en una era que sentía tanto aprecio por el equilibrio presupuestario, el peso de la administración y la ambición del poder público fueron mayores en las provincias más prósperas. En 1895, Mendoza tenía un empleado público cada 152 habitantes (sin considerar a los empleados del sector educativo), mientras que La Rioja contaba con uno cada 445, y Santiago debía arreglarse con uno cada 1470 habitantes. Una vez que las constricciones resultado de la Crisis del Noventa fueron quedando atrás, la recuperación económica y las transferencias del estado central contribuyeron a un rápido crecimiento de la administración, de especial relevancia en los distritos más pobres. Hacia 1914, el estado empleaba a uno de cada 311 riojanos y uno de cada 291 santiagueños.

La salud pública y la educación elemental fueron los ámbitos en los que el estado más contribuyó a la elevación de la calidad de vida de los habitantes del interior. En la década de 1880, una serie de descubrimientos científicos permitió identificar los agentes específicos de las enfermedades infectocontagiosas y gastrointestinales (cólera, fiebre amarilla, fiebre tifoidea, malaria, difteria, etc.) que hasta entonces habían diezmado regularmente a la población, en especial en las ciudades. A partir de allí comenzó a cobrar forma un programa de reforma

higiénica, impulsado y financiado por el estado central. En las décadas del cambio de siglo, las principales ciudades del interior comenzaron a construir redes de agua potable y, con menor alcance y mayor demora, cloacas. Cuando estalló la Gran Guerra, casi todos los habitantes de las ciudades del interior, en particular de sus distritos más céntricos, habían dejado de consumir agua de pozo, de río o de lluvia. Gracias a estas iniciativas, y a las campañas de vacunación antivariólica, la mortalidad, que al comienzo del período rondaba el 40 o 50 por mil, cayó a la mitad.

Durante estos años, el estado argentino puso en marcha un ambicioso programa de educación popular, de considerable impacto en el interior. Hacia finales de la década de 1860, el porcentaje de alfabetizados en la población mayor de seis años no alcanzaba al 15%, mientras que en el litoral se hallaba en torno al 30%. Sólo San Juan, con casi el 23% de su población alfabetizada, se ubicaba por encima de la media nacional, que rondaba el 22%. El resto de las provincias del interior presentaba notorias deficiencias en cuanto a la oferta educativa; en Santiago del Estero apenas el 8% de la población sabía leer y escribir. En las décadas siguientes, la educación elemental amplió su cobertura, y para 1895 el porcentaje de alfabetos se había duplicado. Con el 45% de su población mayor de 7 años alfabetizada, la Argentina se ubicaba en un cómodo primer lugar entre las naciones más educadas de Iberoamérica. En el interior, la mejora educativa fue importante, aunque desigual. Como era esperable, las provincias más prósperas y dinámicas exhibieron un mejor desempeño. Con un 42% de su población en condiciones de leer y escribir, Mendoza se convirtió en la provincia más educada del interior, a enorme distancia de Salta (24%), Jujuy (22%) y Santiago del Estero (15%), el bloque más retrasado.

En las dos décadas siguientes, el progreso de la alfabetización tuvo mayor alcance sobre las provincias más pobres, en parte porque, desde la sanción de la Ley Láinez, éstas pudieron disponer de auxilios más generosos por parte del estado federal, que fueron específicamente destinados a sostener la educación primaria (entre 1905 y 1914, su inversión en este rubro se multiplicó por seis). En las dos décadas previas a la Gran Guerra, el número de maestros aumentó entre dos y tres veces, superando con holgura el ritmo de crecimiento de la población del interior. Gracias a la ayuda del poder central, las provincias más rezagadas pudieron acortar la distancia con las más ricas; hacia 1914, sólo Santiago del Estero (33%) y Jujuy (33%) tenían menos del 40% de su población alfabetizada. En esos años, la tasa de alfabetismo de

San Luis pasó de 35% a 53%, y la de Catamarca, de 26% a 51%. Para entonces, el promedio de la región, que rondaba el 50%, se hallaba todavía lejos del promedio nacional (62%) y de las provincias pampeanas más dinámicas (66%), pero había crecido de manera sensible. La educación media y superior continuó siendo un privilegio para pocos, aunque la ampliación de la cobertura de la educación elemental resultó considerable. Hacia 1914, el interior, la región más pobre y atrasada del país, tenía niveles de alfabetismo similares a países de la periferia europea como Italia, Grecia o España, y superaba a otros como Portugal o Rusia.

Salarios ligeramente más altos, una mejor oferta educativa y mayor protección ante las enfermedades infectocontagiosas indican un indudable, aunque tenue, incremento del bienestar. En otros aspectos, vinculados en forma más directa con el dinamismo del mercado y la capacidad de las familias para elevarse por sobre el reino de la necesidad, el panorama del interior revela importantes limitaciones. La vivienda, cuya mejora sólo es posible mediante un incremento considerable en la capacidad de ahorro de las clases populares, constituyó uno de los terrenos en los que los avances resultaban más trabajosos. Hacia 1895, los ranchos de adobe y techo de paja todavía representaban casi cuatro quintas partes de las viviendas de la región. Si bien no contamos con información confiable para períodos posteriores, parece indudable que la construcción de viviendas de superior calidad no experimentó avances considerables en las décadas siguientes. Hacia el final de este período, cuando quedaban pocos ranchos de adobe en la región pampeana (y casi ninguno en las grandes ciudades de esta región), estas viviendas seguían constituyendo la tipología más difundida en el interior.

En síntesis, el período del boom exportador supuso una mejora parcial, aunque regionalmente desigual, en el bienestar de la población del interior. Ésta fue producto del crecimiento económico y de la acción del estado. La incidencia de las políticas públicas no debe soslayarse, en especial en el ámbito de la educación elemental y la sanidad. Los progresos en dichos terrenos permitieron que los habitantes del interior gozaran de una existencia más plena, al menos en algunos aspectos nada triviales, como el desarrollo de la capacidad de leer y escribir, y un considerable aumento en la expectativa de vida. La mejora en este último punto fue importante. En efecto, a lo largo de este período, la esperanza de vida en la región creció entre cinco y diez años, y en las rezagadas provincias del norte llegó a extenderse hasta promediar los 38 años.

"Dueños originarios del suelo": los perdedores



Descendientes de los indígenas del Chaco (fotografía incluida en Reginald Lloyd [editor], *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza,* Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing, 1911, p. 879).

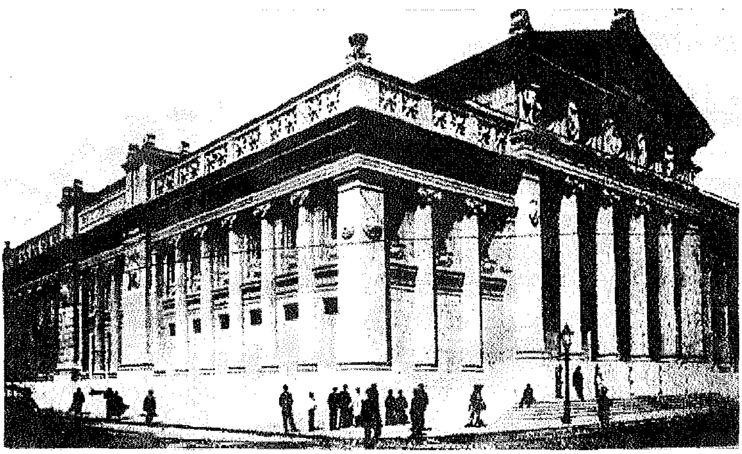
Para las comunidades nativas de la Patagonia y el Chaco, el avance del estado argentino y el desarrollo de la economía de mercado trajeron sometimiento, destrucción y muerte. En la fotografía se ve un grupo de indígenas del Chaco, los "dueños originarios del suelo", de acuerdo con la publicación británica que reprodujo la imagen. Los derechos de estas comunidades fueron sistemáticamente ignorados por el estado argentino, que hizo sentir a los pueblos indígenas todo el poder opresivo de su misión civilizadora.

Con todo, y pese a que se produjeron importantes ganancias con respecto al período previo, la distancia entre el interior y el litoral tendió a incrementarse en varios aspectos. En el litoral, el crecimiento exportador trajo consigo una importante mejora en la calidad de vida, en especial en las ciudades y los distritos económicamente más dinámicos. También aquí el estado desempeñó un papel relevante, en particular a través de sus iniciativas en materia de provisión de servicios de educación y salud. Los estados provinciales destinaron cuantiosos recursos a extender la educación primaria, comenzando por la provincia de Buenos Aires, que llegó a invertir una suma equivalente a la desembolsada por las restantes trece provincias reunidas. Para 1914, la tasa de alfabe-

tismo alcanzaba el 80% en la Capital Federal, el 67% en Buenos Aires y el 63% en Santa Fe. La migración internacional ayudó a incrementar el porcentaje de población alfabetizada (tanto porque los europeos estaban, en promedio, más alfabetizados que los argentinos, como porque apreciaban más la educación de sus hijos), aunque la migración procedente del interior tendió a producir el efecto inverso.

El progreso educativo alcanzado en esos años permitió que la región pampeana acortara distancias con los países más ricos de la Europa continental (que exhibían tasas de alfabetización del orden del 70 al 90%), aunque la mantuvo a considerable distancia de las prósperas colonias británicas de Canadá, Australia o Nueva Zelandia, donde el analfabetismo ya había sido prácticamente desterrado. Este progreso, sin embargo, no comprendió de igual modo a todo el litoral. La brecha entre la capital, Buenos Aires y Santa Fe (el verdadero núcleo de la riqueza argentina) y las provincias mesopotámicas se acentuó. La distancia con las tasas de alfabetización de Entre Ríos (54%) y Corrientes (41%) pone de relieve la estrecha relación entre dinamismo exportador, mejora de las competencias educativas y calificación de la población.

La expansión del sistema educativo público



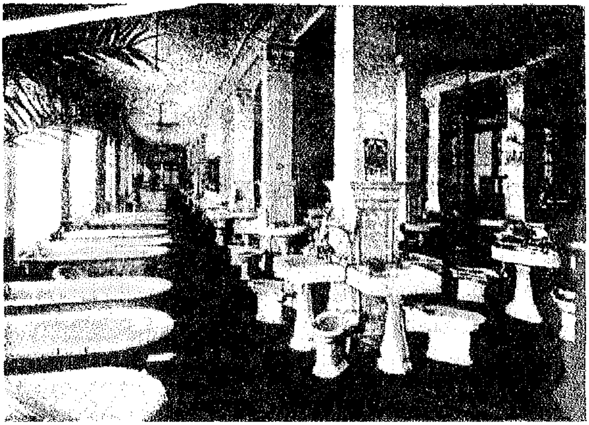
Colegio "Presidente Roca" (fotografía incluida en Reginald Lloyd [editor], *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza,* Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing, 1911, p. 146).

En las décadas del cambio de siglo, el estado se convirtió en el principal proveedor de servicios educativos del país. La oferta educativa privada o comunitaria perdió terreno ante el avance del estado. En 1910, la Argentina tenía en funcionamiento 5231 escuelas primarias, de las cuales 683 pertenecían al gobierno federal y 3472 a los estados provinciales; el resto, algo más de 1000, eran comunitarias o privadas. Para esta fecha, la educación elemental ya era una actividad dominada por mujeres, que representaban el 75% de los 18 600 educadores y auxiliares que trabajaban en este sector. La expansión del sistema educativo público fue tan veloz que enfrentó importantes problemas para reclutar personal calificado. En 1910, más de la mitad de los docentes que se hallaban al frente de los establecimientos educativos aún no tenía estudios formales. La fotografía muestra una de las escuelas más importantes de la Capital Federal, bautizada con el nombre de Presidente Roca. Como se advierte, la costumbre de glorificar en vida a los grandes dirigentes políticos es un rasgo de nuestra cultura política bien arraigado en este período.

Como resultado de la acción del estado, también mejoró la condición sanitaria de los habitantes, en particular en las grandes ciudades. En esta región, las campañas de vacunación contra la viruela alcanzaron mayor cobertura, y la ampliación de los servicios de agua de red y cloacas comenzó antes y avanzó más rápido que en el interior. Para la primera década del siglo XX, tanto Buenos Aires como Rosario contaban con importantes redes de agua corriente, pavimento y cloacas en sus distritos céntricos. La veloz expansión física de las urbes tornó algo más lenta y difícil la extensión de estos servicios hacia los nuevos barrios de la periferia. En la Buenos Aires del Centenario, algo menos de la mitad de las casas tenía cloacas, y más del 50% de los habitantes accedía a agua de red. Aunque la cobertura distaba de ser universal (todavía no lo es hoy en el Gran Buenos Aires), resultaba significativa para los parámetros de comienzos del siglo XX.

La prosperidad exportadora, que permitió mejorar los ingresos populares y de este modo retrasar la edad de ingreso al mercado de trabajo, ampliando los años de escolarización, también contribuyó al desarrollo del mercado de consumo. Este fenómeno, que se tradujo en una mayor demanda de bienes, incidió en la creación de una vasta oferta de servicios, que también comprendió campos tales como la recreación y la salud.

Una nueva cultura de la higiene



Vista de una de las secciones de Heinlein y Compañía (imagen incluida en Reginald Lloyd [editor], *Impresiones de la República Argentina en el siglo veinte. Su historia, gente, comercio, industria y riqueza,* Londres, Lloyd's Greater Britain Publishing, 1911, p. 499).

La red de agua corriente experimentó una considerable expansión en las décadas del cambio de siglo. El reemplazo de agua de pozo o de río por agua de red contribuyó a promover la cultura de la higiene, y trajo consigo una importante mejora sanitaria. También en este terreno, el triunfo de los ideales higiénicos se acompañó de un avance del consumo de los nuevos artefactos y dispositivos que venían a simbolizarlos. En una sociedad más próspera y algo más hedonista, el baño regular se ganó un lugar entre las costumbres de amplios sectores de la sociedad, al menos entre las clases medias y altas. Para el Centenario, ya existía un segmento del mercado especializado en la atención de esta demanda. La fotografía muestra el salón de exposición de Heinlein & Company, una casa dedicada a la comercialización de artefactos sanitarios, ubicada en Avenida de Mayo al 1400.

En este punto se advierte una clara desigualdad con respecto al interior. Para 1914, mientras la Capital Federal contaba con un médico cada 900 habitantes, seguía habiendo provincias del interior con menos de un médico cada 6000 habitantes, como La Rioja y Santiago del Este-

ro. La cantidad total de médicos que prestaban servicios en el interior no llegaba al 20% de quienes trabajaban en la capital del país, y era inferior a la existente en la provincia de Buenos Aires. Con los dentistas sucedía lo mismo. Si bien para entonces todas las provincias contaban al menos con un dentista (a diferencia de lo que sucedía en 1895), el número total de estos profesionales no representaba ni siquiera una quinta parte de los que atendían a la población porteña. En el litoral trabajaban más de 100 ópticos (89 en la Capital Federal, 11 en Buenos Aires, 7 en Santa Fe, 1 en Entre Ríos y Corrientes), pero en el interior, sólo una persona en Mendoza y dos en Córdoba podían confeccionar o ajustar un par de anteojos. En lo que se refiere al acceso a los servicios de salud, la desigualdad entre el interior y el litoral (en especial, entre el interior y las grandes ciudades donde se concentraba cerca de la mitad de la población de esta región) era abismal.

En este período se produjo también una mejora sustantiva en la calidad de la vivienda en el litoral. Hacia 1895, los ranchos de adobe y paja, predominantes en el interior, representaban una porción minoritaria de los edificios existentes: apenas el 0,3% en la Capital Federal, el 27% en la provincia de Buenos Aires y el 30% en Santa Fe. Como en otros aspectos, la situación en Entre Ríos y Corrientes era menos halagüeña, pues aquí los ranchos representaban el 51% y 61% de las construcciones, respectivamente. No contamos con datos precisos para la región en décadas posteriores, aunque todo sugiere que la vivienda de ladrillos continuó ganando terreno a costa del rancho.

Sin embargo, los problemas de vivienda en la región eran importantes, en especial en las grandes ciudades. La principal limitación radicaba en el tamaño de la oferta. El veloz crecimiento demográfico de las grandes urbes presionó sobre la dotación de viviendas existente, impulsando el alza del precio de los alquileres. La construcción de nuevas viviendas, aunque avanzó a buen ritmo, siempre se ubicó detrás de la demanda, sobre todo en los distritos más céntricos de Buenos Aires y Rosario. Para muchos trabajadores, la solución al problema de la vivienda fue desplazarse hacia el suburbio, que imponía mayores erogaciones en transporte, pero ofrecía alquileres más bajos y también permitía acceder a la propiedad del suelo, primer paso hacia la obtención de una vivienda propia. En Buenos Aires, el acceso a la propiedad era relativamente sencillo, sobre todo si lo comparamos con la situación en las grandes ciudades de Europa. Hacia finales de este período, se estima que una de cada dos familias de la ciudad era propietaria de una casa que, aunque no siempre adecuada, era, al menos, propia. Para los

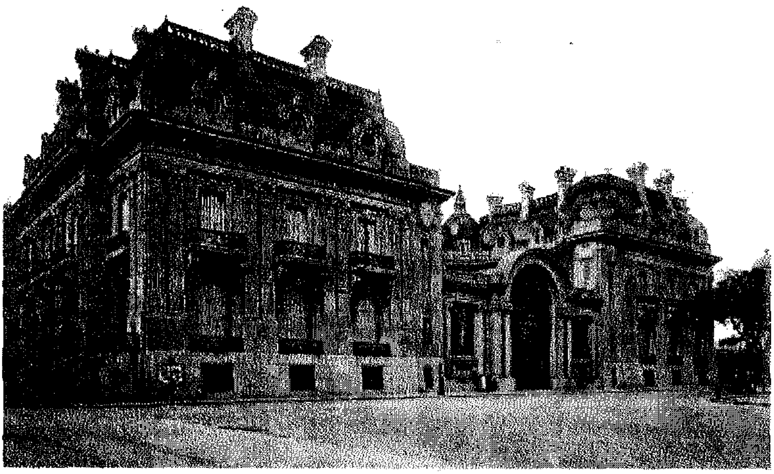
sectores de ingresos más bajos, el acceso a la vivienda continuó constituyendo un problema grave; en el caso de aquellos cuyos ingresos no les permitían aspirar a la propiedad, la renta se convirtió en una fuerte presión, que podía llegar a insumir más de un tercio del ingreso.

Si bien la situación de la vivienda presenta importantes claroscuros, particularmente para los trabajadores de ingresos más bajos o los inmigrantes recién llegados, parece indudable que el bienestar de la población de la región pampeana experimentó un incremento sensible durante los años de apogeo de la economía de exportación. Un alza considerable de las remuneraciones, mejores oportunidades para el acceso a la educación, un ambiente más protegido del ataque de las enfermedades infectocontagiosas y una mayor diversidad de bienes y servicios para consumo dieron por resultado un incremento del bienestar para las mayorías. Quizás la prueba más elocuente de esta mejora la ofrezca la formidable extensión de la expectativa de vida para los habitantes de la región, debida, principalmente, a la caída de la mortalidad infantil. Las estimaciones disponibles sugieren que, para 1869, en Buenos Aires la esperanza de vida al nacer se ubicaba en torno a los 26 años. En 1895, había alcanzado los 40 años, y hacia 1914 era de 48,6. Esto significa que, en el curso de la vida de una generación, la extensión de la esperanza de vida experimentó una ganancia de 22 años. Con este formidable incremento, la duración de la vida estuvo cerca de duplicarse. En ese entonces, los residentes de Buenos Aires tenían, en promedio, 11 años más de vida que los habitantes de las provincias del noroeste.

Este incremento del bienestar material corrió paralelo a la construcción de una sociedad más compleja y estratificada, signada por mayores desigualdades de ingreso y fortuna. En este período, se produjo una importante expansión de los grupos de ingresos medios, en especial de origen inmigratorio, cuya presencia se volvió dominante en el comercio y los servicios, la manufactura y la agricultura. Estos sectores –empleados de cuello blanco, pequeños y medianos empresarios urbanos y rurales, educadores y oferentes de servicios calificados– pasaron a representar cerca de un tercio de la población en la región litoral. El ingreso de estos grupos debe haber superado ampliamente el ritmo de crecimiento de la economía, que triplicó el ingreso per cápita en el curso de la vida de una generación. Los asalariados, o al menos los sectores menos calificados del mundo del trabajo (peones y jornaleros, operarios fabriles), no tuvieron tanta suerte. Si bien las remuneraciones al trabajo manual también se vieron beneficiadas por la expansión

económica, la corriente inmigratoria tendió a moderar el alza de los salarios, que no llegó a duplicarse a lo largo de este período. Muchos trabajadores inmigrantes seguramente se impacientaron ante el moroso crecimiento de sus salarios. Sin embargo, sus mayores destrezas laborales y su ímpetu por mejorar su situación finalmente hicieron que muchos de ellos lograran desplazarse hacia segmentos del mercado de trabajo mejor remunerados o hacia la actividad independiente. En cambio, los trabajadores nativos, cada vez más condenados a ocupar los niveles inferiores de la pirámide laboral y privados de autonomía productiva, sufrieron de modo más directo las consecuencias del lento crecimiento de las remuneraciones al trabajo manual.

La riqueza de la burguesía terrateniente



Harry Grant Olds, *Palacio de la familia Anchorena* (actualmente, la Cancillería), c. 1915.

En las décadas del cambio de siglo, el incremento del valor de la tierra y la expansión exportadora dieron lugar a la emergencia de enormes fortunas rurales. La fotografía muestra la residencia que Mercedes Castellanos de Anchorena mandó erigir a comienzos de siglo sobre la plaza San Martín, actual sede del Ministerio de Relaciones Exteriores. Esta riquísima propietaria rural poseía una de las primeras fortunas argentinas, de más de $ 20 millones oro. La fortuna de la viuda de Anchorena era considera-

ble incluso a escala internacional, y superaba a cualquier fortuna australiana anterior a 1939.

En términos relativos, los trabajadores poco calificados se contaron entre los principales perjudicados por la distribución de los beneficios del crecimiento en los años de apogeo de la Argentina agroexportadora. En el extremo opuesto se ubican los empresarios de la industria, las finanzas, el comercio y, en particular, del sector agrario. La expansión de la economía urbana creó oportunidades para gran número de empresarios, algunos de los cuales lograron acumular considerables fortunas. Sin embargo, los mayores beneficiados por la economía de exportación fueron los grandes propietarios de tierra, pues la expansión rural produjo un excepcional incremento tanto de su ingreso como de su patrimonio.

A comienzos de este período, la expansión de la frontera hizo posible la construcción de vastos imperios territoriales, cuya posesión confirió a la elite rural un lugar de privilegio entre la clase capitalista nativa al tiempo que la convirtió en una de las más opulentas de América Latina y de todo el hemisferio sur. Hacia comienzos del siglo XX, las fortunas rurales eran diez veces más grandes que las existentes en las dos o tres décadas posteriores a la caída de Rosas. En la era de la gran globalización, pues, las fortunas de los más ricos crecieron más rápido que los salarios y que los ingresos de los sectores medios. Acentuando tendencias que habían comenzado a bosquejarse desde mediados de siglo, la era dorada de la economía de exportación se caracterizó por su impacto positivo sobre el bienestar popular, y negativo sobre la equidad. La aceleración del crecimiento agroexportador incrementó los ingresos de los trabajadores, dio vida a amplios sectores medios, pero también aumentó la distancia que separaba a los hombres y mujeres del común de los verdaderamente ricos.

8. Visión en perspectiva

En el período que corre entre la Revolución de 1810 y la Primera Guerra Mundial, la Argentina, que hasta entonces había ocupado una posición periférica y marginal en el imperio español, se transformó en uno de los principales exportadores mundiales de productos primarios, y en uno de los países de mayor crecimiento a escala global. En vísperas de la Gran Guerra, el ingreso per cápita de la Argentina cuadruplicaba el de Brasil, superaba al de España e Italia, y se asemejaba al de Francia y Alemania. El ingreso por habitante de los países más ricos del globo, como Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia, no alcanzaba a duplicar al de nuestro país. Además, en el medio siglo previo, la brecha en los niveles de riqueza se acortó considerablemente. Mejor que cualquier estimación cuantitativa, el hecho de que la Argentina haya sido elegida como destino de inmigración por millones de europeos que dejaban su tierra movidos por la ambición de progreso ofrece una prueba elocuente acerca de su dinamismo económico, a la vez que pone en evidencia las oportunidades de mejora social que ofrecía el país a quienes se disponían a habitarlo.

Tras la emancipación, la economía rioplatense aflojó sus lazos con el Alto Perú y se abrió al influjo de la expansiva economía global. Este crecimiento comenzó a afirmarse en la década de 1820, cuando el momento más destructivo de la guerra civil fue quedando atrás, y se aceleró pasada la mitad de siglo. Desde 1880, cuando nuevas tecnologías de transporte y el incremento del flujo de capital y fuerza de trabajo a través del Atlántico profundizaron su integración en la economía global, la expansión de la economía de exportación alcanzó su etapa de apogeo. Tras la caída de Rosas, y en particular desde la llegada de Roca a la presidencia, la consolidación de un marco institucional favorable para la expansión de la economía de mercado contribuyó a acelerar el crecimiento.

En el siglo XIX, en especial en la segunda mitad, muchos países de la periferia experimentaron procesos de consolidación política y expan-

sión exportadora que presentan similitudes con el caso argentino. En todas partes, el desarrollo del comercio atlántico, y más tarde el avance de los ferrocarriles y la navegación a vapor, junto con la consolidación de sistemas de poder que privilegiaban al sector exportador, sentaron las bases para una importante expansión productiva. Sin embargo, en muy pocos lugares –entre los que se cuentan Canadá, Australia, Nueva Zelandia– el crecimiento fue tan veloz y tan profundo como en nuestro país. Ello obliga a concluir que la performance argentina en esta etapa, con todas sus singularidades, no se explica por la incidencia de factores tales como la calidad de sus instituciones, las destrezas de sus empresarios o la clarividencia de sus elites (cuestiones todas en las que la superioridad de nuestro país, en caso de haber existido, no podía ser muy considerable). En rigor, el factor clave en la expansión económica argentina a lo largo del siglo XIX radica en la excepcional abundancia y calidad de sus recursos naturales. En un contexto en el que la reducción de los costos de transporte y la integración de los mercados atlánticos favorecían a las regiones productoras de bienes primarios alejadas de Europa, nuestro país pudo aprovechar las extraordinarias ventajas comparativas para la producción ganadera y agrícola que le ofrecía una de las praderas más vastas, fértiles y de clima más benigno que existen en el planeta.

La notable trayectoria argentina en el período que analizamos en este trabajo encuentra su principal factor explicativo, pues, en lo que se conoce como su carácter de economía de frontera. El país poseía una enorme reserva de tierra de superior calidad, particularmente apta para la producción del tipo de bienes que la industrialización y la urbanización de las economías centrales reclamaban en cantidades crecientes. A lo largo del siglo, la incorporación de nuevas tierras a la producción permitió multiplicar más de veinte veces el área en explotación, sin que ésta se viera afectada por rendimientos decrecientes (como suele suceder cuando el crecimiento avanza sobre tierras menos fértiles) que redujeran los retornos del capital y el trabajo. Y desde mediados del siglo la expansión de la frontera corrió paralela (y en alguna medida también las requirió) al empleo de técnicas productivas más avanzadas que incrementaron la productividad de los factores de producción. Merced al desplazamiento de la ganadería tradicional por la cría de lanares y vacunos refinados, luego complementada por la expansión agrícola, el suelo pampeano adquirió usos cada vez más productivos, e hizo posible un incremento muy considerable del ingreso agrario. Las enormes ventajas comparativas de origen natural que poseía el sector de exportación permitieron que la Argentina se beneficiara con un nivel de ingreso muy superior al que

hubiese correspondido a las destrezas y esfuerzos de sus empresarios y trabajadores, y a la calidad de su organización institucional.

Evolución del producto bruto interno per cápita, países seleccionados
(En dólares de 1914)

País	1875	1899	1913	Crecimiento anual 1875-1913
Argentina	334	946	1151	3,3%
Australia	1588	1450	1941	0,5%
Canadá	631	1020	1466	2,2%
Italia	565	560	783	0,9%
Gran Bretaña	1041	1386	1492	1,0%
Estados Unidos	826	1387	1815	2,1%

Fuente: Roberto Cortés Conde, *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

El cuadro pone de relieve el acelerado crecimiento de la economía argentina en el medio siglo anterior a la Primera Guerra Mundial, período para el que contamos con información estadística relativamente confiable. En esa etapa, la Argentina creció mucho más rápido que las principales potencias industriales, los países europeos de industrialización tardía y las colonias más dinámicas del imperio británico.

El patrón de desarrollo sobre el que se asentó la expansión exportadora tuvo un carácter socialmente más incluyente de lo que era entonces habitual en América Latina, y que se expresó en las estructuras económicas y sociales surgidas tanto dentro como fuera del sector primario. Desde el comienzo, y mientras continuó la incorporación de nuevas tierras, el crecimiento exportador se desenvolvió en un escenario signado por elevados niveles salariales, escasez de capital y abundancia de tierra. Ello permitió que, junto a las grandes estancias, también aparecieran (en tierras propias o arrendadas) numerosos emprendimientos familiares pequeños y medianos, así como una población trabajadora que percibía remuneraciones muy elevadas según patrones internacio-

nales. Al mismo tiempo, el desarrollo de empresas agrarias altamente especializadas en la producción de bienes exportables obligó al sector exportador a depender de un conjunto de servicios de comercialización y transporte que diseminaron el ingreso agrario más allá de las tranqueras de las estancias y las chacras. Este flujo de riqueza sentó las bases para la expansión de la economía urbana, que creció en importancia conforme aumentaban los volúmenes exportados. El profundo proceso de urbanización que experimentaron las regiones litorales de la Argentina revela que el crecimiento exportador y el desarrollo urbano, más que oponerse, constituyeron dos facetas de un mismo proceso de expansión. Tanto en el campo como en la ciudad, pues, las estructuras económicas y sociales surgidas con el crecimiento exportador permitieron una distribución del ingreso y del bienestar más igualitaria que la habitual en América Latina o en el Viejo Continente.

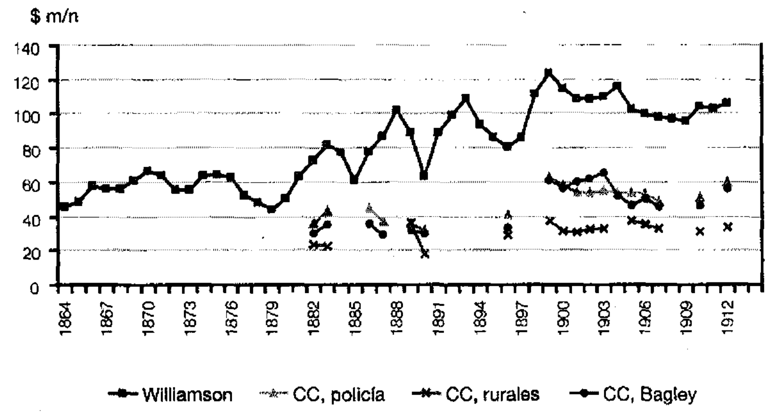
La inmigración desempeñó un papel fundamental en la trayectoria económica argentina del siglo XIX. Pues si bien la clave central del crecimiento radica en la excepcional calidad de sus recursos naturales, el aporte de la inmigración al desarrollo económico y social del país fue muy considerable. Por tres grandes razones, la presencia de la inmigración contribuyó a potenciar el crecimiento. En primer lugar, los inmigrantes gozaban en promedio de mayores destrezas laborales y de un mayor nivel de alfabetización que los nativos, y gracias a ello la calificación de la fuerza de trabajo considerada globalmente mejoró de forma ostensible. En segundo lugar, los inmigrantes se hallaban imbuidos de ambiciones de progreso, un espíritu de sacrificio y una capacidad de iniciativa mayores que el promedio de los habitantes de las comunidades de las que partían, y seguramente también mayores que los corrientes entre los argentinos nativos de similar condición. En tercer lugar, el arribo de grandes contingentes de extranjeros en edades activas disminuyó la tasa de dependencia (es decir, la relación entre activos y pasivos), volcando un porcentaje inusualmente alto de la población total al mundo del trabajo. Gracias a la inmigración, pues, el país sumó una fuerza de trabajo muy calificada y muy motivada, y se dotó de destrezas empresariales y organizativas poco frecuentes en el medio local. Y todo ello vino acompañado, además, por una expansión de la población económicamente activa, que disminuyó el peso relativo de niños, mujeres y ancianos en la población total.

Sin embargo, esta historia de crecimiento económico no incluyó a todos por igual. A lo largo del siglo XIX cobraron creciente relevancia dos obstáculos, uno regional y otro social, a la expansión del progreso social. La región litoral logró cosechar importantes beneficios gracias a

la profundización de sus lazos con la economía atlántica, que trajeron consigo mejoras muy considerables en el bienestar de sus habitantes. Pero sólo unos pocos distritos en el interior del país lograron encontrar formas duraderas de articulación con la próspera economía litoral que le sirviesen para promover el crecimiento y mejorar la calidad de vida de sus poblaciones. El siglo XIX, pues, acentuó la divergencia en los niveles de vida entre el interior y el litoral. Al mismo tiempo, las importantes mejoras en el bienestar de las mayorías alcanzadas en el curso del siglo XIX se vieron acompañadas por un deterioro de la equidad. En la segunda mitad del siglo, los sectores asalariados perdieron capacidad relativa para apropiarse de los beneficios del crecimiento, que se orientaron hacia los expansivos sectores medios y los capitalistas, particularmente los de base rural. A fines del período que consideramos, la Argentina era sin lugar a dudas una sociedad más rica, pero también más desigual. Los gráficos que siguen ofrecen información sobre la suerte de los asalariados y de los mayores capitalistas del país, y ponen de manifiesto la envergadura de este proceso.

Crecimiento y desigualdad

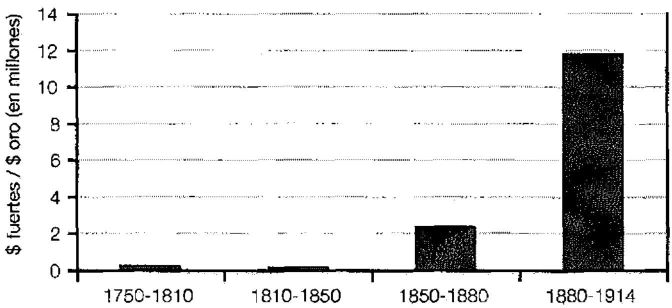
Evolución de los salarios reales, 1864-1912



Fuentes: Jeffrey Williamson, *Real Wages and Relative Factor Prices in the Third World, 1820-1940*, Harvard Institute of Economic Research, Discussion Paper n° 18, Harvard University. Roberto Cortés Conde, *El progreso argentino, 1880-1910*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979.

El gráfico presenta información sobre la evolución de los salarios reales en Buenos Aires, capital y provincia, entre 1864 y 1912. La serie que abarca todo el período ha sido elaborada por Jeffrey Williamson. Roberto Cortés Conde, por su parte, ha producido información más específica sobre la evolución de las remuneraciones en tres segmentos distintos del mercado de trabajo (peones de policía, peones rurales y trabajadores industriales de la empresa Bagley). Pese a las diferencias que pueden observarse, el panorama general sugiere que el poder de compra de los sectores menos calificados se multiplicó 2 o 2,5 veces en el largo plazo, aunque experimentó fuertes oscilaciones.

Evolución de la gran riqueza argentina, 1750-1914
(Promedio de las cinco mayores fortunas, por período)



Fuente: Elaboración propia sobre la base de información provista en juicios sucesorios.

El cuadro ofrece información sobre las mayores fortunas tasadas en las tres etapas que consideramos en este libro, a las que con fines comparativos se agrega el último período colonial. Se considera el promedio de las cinco mayores fortunas. La información no es exhaustiva, ya que no existe ningún registro fiscal que permita identificar con precisión a los principales propietarios del siglo XIX. Pese a sus limitaciones, la evolución que experimentó la gran riqueza argentina no ofrece dudas, al menos en sus trazos más gruesos. Las fortunas de la era colonial eran pequeñas, comparadas tanto con las del siglo XIX como con las que por entonces existían en Perú o México. La independencia golpeó con fuerza a las grandes fortunas, que sólo comenzaron a reconstituirse al cabo de algunas décadas. Desde mediados de siglo, el tamaño de las fortunas argentinas comenzó a crecer de manera acelerada, hasta alcanzar niveles muy elevados en las décadas del cambio de siglo. La expansión agraria

hizo posible la aparición de patrimonios de una escala hasta entonces desconocida en la región, que se contaban entre los mayores de América Latina y los países de la periferia, y que rivalizaban con las fortunas de segundo orden de la Europa continental.

El estallido de la Gran Guerra trajo consigo una violenta alteración de la economía mundial que tanto había favorecido al país. El conflicto marcó el fin de una fase secular de crecimiento que, con todas sus limitaciones, hizo posible un muy sensible progreso económico y social. A partir de ese momento, cada paso hacia adelante resultó más lento y trabajoso. La expansión recomenzó una vez culminada la Primera Guerra, pero desde entonces la Argentina encontró cada vez más dificultades para igualar los formidables éxitos del siglo previo. Hasta cierto punto, ello era inevitable. En la década de 1910 culminó la incorporación de nuevas tierras a la producción, y así llegaba a su fin una época en la historia económica del país. El cierre de la frontera fue el principal factor en la inevitable desaceleración de un largo ciclo de crecimiento, cuyo carácter excepcional dependía más de las ventajas naturales del suelo de la pampa que del talento y la capacidad productiva de los trabajadores y empresarios argentinos. El agotamiento de la reserva de tierras libres puso techo a las posibilidades de expansión del sector agropecuario, precisamente cuando la economía internacional se tornaba más hostil para los países exportadores de productos primarios. Como resultado, la capacidad del sector rural para funcionar como motor del crecimiento del conjunto de la economía se vio severamente afectada.

La pérdida de dinamismo y de peso relativo del sector rural de exportación obligó a la Argentina a fundar su desarrollo, cada vez más, sobre la base de la expansión de los sectores de actividad volcados hacia el mercado interno, que hasta entonces habían crecido impulsados por el auge exportador, pero que siempre habían sido menos dinámicos y eficientes. Con este giro, cuestiones como la escala del mercado interno, el tamaño y la eficiencia del mercado de capitales, la abundancia y el costo relativo de los recursos minerales y energéticos y el peso de las destrezas y capacidades tecnológicas de los empresarios y trabajadores comenzaron a adquirir mayor importancia como factores del desarrollo. La economía más compleja que nació en los años de entreguerra, en la que cobraron primacía los sectores que producían bienes manufacturados para el mercado interno, fue menos competitiva, y por lo tanto incapaz de ofrecer una base capaz de asegurarle a la Argentina un lugar de privilegio entre las naciones con los ingresos per cápita

más altos del mundo. Al mismo tiempo, la desaceleración económica suscitó debates y añoranzas de tiempos mejores que contribuyeron a acentuar la puja distributiva. Desde los años de la Gran Guerra, pues, fueron perdiendo vigencia las excepcionales condiciones que hicieron posible el gran crecimiento decimonónico, y la economía argentina se volvió no sólo menos dinámica, sino también más conflictiva.

Bibliografía

Capítulo 1

Garavaglia, Juan Carlos. *Economía, sociedad y regiones*, Buenos Aires, De la Flor, 1987.

— *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*, Buenos Aires, De la Flor, 1999.

Halperin Donghi, Tulio. *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

— *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

Mata de López, Sara. *Tierra y poder en Salta*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2000.

Míguez, Eduardo. *Historia económica de la Argentina. De la Conquista a la Crisis de 1930*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Moutoukias, Zacarías. *Contrabando y control colonial en el siglo XVII. Buenos Aires, el Atlántico y el espacio peruano*, Buenos Aires, CEAL, 1989.

Tandeter, Enrique (director). *La sociedad colonial, Nueva Historia Argentina*, tomo II, Buenos Aires, Sudamericana.

Capítulos 2 y 3

Adelman, Jeremy. *Republic of Capital: Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

Amaral, Samuel. *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

Brown, Jonathan. *Historia socioeconómica de la Argentina, 1776-1860*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Chiaramonte, Juan Carlos. *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes en la primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Djenderedjian, Julio. *La agricultura pampeana en la primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Fradkin, Raúl, y Garavaglia, Juan Carlos (editores). *En busca del tiempo perdido. La economía de Buenos Aires en el país de la abundancia*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.

Garavaglia, Juan Carlos. *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*, Buenos Aires, De la Flor, 1999.

Gelman, Jorge, y Santilli, Daniel. *De Rivadavia a Rosas. Desigualdad y crecimiento económico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

Halperin Donghi, Tulio. "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en Torcuato Di Tella y Tulio Halperin Donghi (compiladores), *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968.
— *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.
— *Guerra y finanzas en los orígenes del estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

Míguez, Eduardo. *Historia económica de la Argentina. De la Conquista a la Crisis de 1930*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Newland, Carlos. "Exports and Terms of Trade in Argentina, 1811-1870", *Bulletin of Latin American Research*, 17:3 (1998).

Romano, Silvia. *Economía, sociedad y poder en Córdoba. Primera mitad del siglo XIX*, Córdoba, Ferreyra, 2002.

Schmit, Roberto. *Ruina y resurrección en tiempos de guerra. Sociedad, economía y poder en el oriente entrerriano posrevolucionario, 1810-1852*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Salvatore, Ricardo. *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham y Londres, Duke University Press, 2003.

— "Heights and Welfare in Late-Colonial and Post-Independence Argentina", en J. Komlos y J. Baten (editores), *The Biological Standard of Living in Comparative Perspective*, Stuttgart, Franz Steiner Werlag, 1998.

Salvatore, Ricardo, y Newland, Carlos. *Between independence and the Golden Age: the Early Argentine Economy*, en G. Della Paolera y A. Taylor (editores), *A New Economic History of Argentina*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

Capítulos 4 y 5

Adelman, Jeremy. *Republic of Capital: Buenos Aires and the Legal Transformation of the Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

Amaral, Samuel. *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

Cortés Conde, Roberto. *Dinero, deuda y crisis: evolución fiscal y monetaria en la Argentina, 1862-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

Ferns, Henry S. *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1966.

Hora, Roy. *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Míguez, Eduardo. *Historia económica de la Argentina. De la Conquista a la Crisis de 1930,* Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Romero, Luis Alberto, y Sabato, Hilda. *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Sabato, Hilda. *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires. La fiebre del lanar, 1850-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

Sánchez Román, José Antonio. *La dulce crisis. Estado, empresarios e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)*, Sevilla, Universidad de Sevilla/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, 2005.

Capítulos 6 y 7

Adelman, Jeremy. *Frontier Development, Land, Labour and Capital on the Wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914*, Oxford, Oxford University Press, 1994.

Balán, Jorge. "Una cuestión regional en la Argentina: burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador", *Desarrollo Económico*, 18: 69 (1978).

Barsky, Osvaldo y Djenderedjian, Julio. *La expansión ganadera hasta 1895*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Barsky, Osvaldo y Gelman, Jorge. *Historia del agro argentino*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori, 2001.

Cortés Conde, Roberto. *El progreso argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979.

— *Dinero, deuda y crisis: evolución fiscal y monetaria en la Argentina, 1862-1890*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

— *La economía argentina en el largo plazo (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

Devoto, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Díaz Alejandro, Carlos F. *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

Gallo, Ezequiel. *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

Gerchunoff, Pablo, y Llach, Lucas. *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 2004.

Gerchunoff, Pablo; Rocchi, Fernando y Rossi, Gastón. *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas, 1870-1905*, Buenos Aires, Edhasa, 2008.

Lewis, Colin M. *British Railways in Argentina, 1857-1914. A Case Study of Foreign Investment*, Londres, Athlone, 1983.

Hora, Roy. *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

— "Los grandes industriales de Buenos Aires: sus patrones de inversión y consumo, y su lugar en el seno de las elites económicas argentinas, 1870-1914", *Anuario IEHS*, nº 24 (2009).

Míguez, Eduardo. *Historia económica de la Argentina. De la Conquista a la Crisis de 1930,* Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

Regalsky, Andrés. *Las inversiones extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1986.

— *Mercados, inversiones y elites. Las inversiones francesas en la Argentina, 1880-1914*, Buenos Aires, Eduntref, 2002.

Rocchi, Fernando. *Chimneys in the Desert: Industrialization in Argentina during the Export Boom Years, 1870-1930*, Stanford, Stanford University Press, 2006.

Sánchez Román, José Antonio. *La dulce crisis: estado, empresarios e industria azucarera en Tucumán, Argentina, (1853-1914)*, Sevilla, Universidad de Sevilla/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, 2005.